

BECCA
FITZPATRICK

AUTORA SUPERVENTAS DE LA SAGA HUSH, HUSH.

MENTIRAS
PELIGROSAS



Lectulandia

La vida de Stella Gordon es una mentira.

En tanto que testigo principal en el juicio contra de un traficante de drogas, Stella está en el programa de protección de testigos y tiene que vivir en el pequeño pueblo de Thunder Basin, Nebraska, cuyos habitantes no deben saber, jamás, quién es en realidad. Ni siquiera Chet Falconer, el chico que hace que desee revelar su verdadera identidad. Stella sabe que si dice la verdad solo traerá violencia a ese lugar seguro.

Pero a pesar de lo mucho que intenta mantenerse oculta, el peligro está cercano. Los asesinos siempre intentan deshacerse de los testigos, y Stella ha cometido un error que podría convertirse en la pista crucial para encontrarla.

Lectulandia

Becca Fitzpatrick

Mentiras peligrosas

ePub r1.0

Titivillus 03-02-2017

Título original: *Dangerous Lies*
Becca Fitzpatrick, 2015
Traducción: Gema Moral Bartolomé

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Unos airados golpes sacudieron la puerta de la habitación del motel. Permanecí absolutamente quieta sobre el colchón, mi piel caliente, húmeda y pegajosa. A mi lado, Reed atrajo mi cuerpo hacia el suyo.

Se acabaron los diez minutos, pensé.

Intenté no llorar al posar la cabeza en el cálido hueco del cuello de Reed. Mi mente absorbía hasta el último detalle, atesorando el momento con mimo para poder revivirlo durante mucho, mucho tiempo, después de que me llevaran.

Sentí el loco impulso de huir con él. A un lado del motel había un callejón, visible desde la habitación donde me tenían encerrada. Detalles como dónde íbamos a escondernos y cómo íbamos a evitar acabar en el fondo del río Delaware con bloques de cemento atados a los pies me impidieron ceder a ese impulso.

Los golpes se hicieron más fuertes. Acercando su cabeza a la mía, Reed respiró profundamente. También él intentaba recordarme.

—Seguramente habrá micrófonos en la habitación. —Hablaba tan bajo que estuve a punto de confundir sus palabras con un suspiro—. ¿Te han dicho adónde te llevan?

Meneé la cabeza de un lado a otro, y en su rostro, cubierto de cortes y con los pómulos hinchados, expresó desaliento.

—Ya, a mí tampoco.

Se colocó de rodillas con cautela, ya que también tenía el cuerpo magullado, y buscó a lo largo del cabecero de la cama. Abrió el cajón de la mesita de noche y volvió las hojas de la Biblia. Miró debajo del colchón.

Nada. Pero sin duda habían puesto micrófonos en la habitación. No confiaban en que no habláramos de aquella noche, aunque mi testimonio era lo último en lo que estaba pensando. Después de todo lo que había aceptado hacer por ellos, no podían darme siquiera diez minutos, diez minutos en privado con mi novio antes de que nos separaran.

—¿Estás enfadado conmigo? —susurré sin poderlo evitar. Estaba metido en aquel lío por mi culpa, por culpa de mi madre. Eran sus problemas los que habían acabado por arruinar su vida y su futuro. ¿Cómo no iba a estar molesto conmigo, aunque solo fuera un poco? Su vacilación hizo que sintiera una ira profunda e infinita hacia mi madre.

—No —dijo él entonces. En voz baja, pero con firmeza—. No digas eso. No ha cambiado nada. Estaremos juntos. No será ahora, pero sí pronto.

Sentí un alivio inmediato y claro. No debería haber dudado de él. Reed era el hombre de mi vida. Me amaba y me había demostrado una vez más que podía contar con él.

Se oyó una llave en la cerradura.

—No olvides la cuenta de Phillies —susurró Reed con apremio. Lo miré a los ojos. En los segundos que siguieron, mantuvimos una conversación sin palabras. Con una leve inclinación de cabeza le dije que le comprendía.

Después lo abracé con tanta fuerza que oí cómo se quedaba sin respiración. Lo solté justo cuando el alguacil Price abrió la puerta de un empujón. A su espalda, dos berlinas Buick de color negro aguardaban en el aparcamiento con el motor en marcha.

Nos lanzó una mirada.

—Hora de largarse.

Un segundo marshal, al que no reconocí, condujo a Reed al exterior. Reed echó la vista atrás y me sostuvo la mirada. Intentó sonreír, pero solo un lado de la boca se volvió hacia arriba. Estaba nervioso. Empezó a latirme con fuerza el corazón. Era el momento. La última oportunidad para escapar.

—¡Reed! —grité, pero él ya estaba dentro del coche. No se le veía la cara tras el cristal ahumado. El coche abandonó el aparcamiento con un viraje y aceleró. Diez segundos más tarde lo había perdido de vista. Fue entonces cuando el corazón se me desbocó del todo. Estaba ocurriendo de verdad.

Apreté con fuerza el asa de la maleta entre los dedos. No estaba lista. No podía abandonar el único lugar que conocía. Abandonar a mis amigos, mi casa, mi escuela... y a Reed.

—El primer paso es siempre el más duro —dijo el alguacil Price, conduciéndome al exterior por el codo—. Mírelo de esta forma. Podrá iniciar una nueva vida, reinventarse a sí misma. No piense ahora en el juicio. Faltan meses para que tenga que ver a Danny Balandó, puede que años. Sus abogados no harán más que entorpecer el caso. He visto a abogados defensores retrasar juicios con excusas tan dispares como haber perdido la tarjeta para peajes, o un atasco en la autopista Schuylkill.

—¿Retrasar?

—Los retrasos llevan a la exculpación. Por norma general. Pero esta vez no. Con su testimonio, Danny Balandó acabará en prisión. —Me apretó el hombro con convicción—. El jurado la creerá. Balandó se enfrenta a la perpetua sin posibilidad de libertad condicional, y es lo que recibirá.

—¿Permanecerá en prisión durante el juicio? —pregunté con inquietud.

—Encarcelado sin fianza. No podrá hacerle nada.

Escondida en un lugar seguro durante las últimas setenta y dos horas mientras esperaba a que procesaran al camello de mi madre por un cargo de asesinato en primer grado y múltiples cargos por posesión y tráfico de drogas, me había sentido como una prisionera.

Durante los últimos tres días, un par de alguaciles de los US Marshals me habían estado protegiendo en todo momento. Dos por la mañana, otros dos durante el día, y un par más para el turno de noche. No se me permitía hacer ni recibir llamadas

telefónicas. Me habían confiscado todos los aparatos electrónicos. Me habían proporcionado un vestuario compuesto de prendas dispares que uno de los alguaciles había recogido del armario de mi casa. Y ahora, como testigo principal en un caso federal pendiente de juicio, dado que Danny Balandó se había declarado inocente de los cargos, estaba a punto de ser trasladada a mi cárcel definitiva. Paradero desconocido.

—¿Adónde me llevan? —pregunté.

Price carraspeó.

—Thunder Basin, Nebraska. —Había un levísimo matiz de disculpa en su tono, que me indicó todo lo que necesitaba saber. Era un acuerdo de mierda. Yo les estaba ayudando a poner entre rejas a un peligroso criminal y, a cambio, ellos me desterraban de la civilización.

—¿Y a Reed?

—Ya sabe que no puedo decírselo.

—Es mi novio.

—Así es como mantenemos a salvo a los testigos. Ya sé que no resulta fácil para usted, pero estamos haciendo nuestro trabajo. Le hemos conseguido los diez minutos que pidió, saltándonos un montón de normas. Lo último que quiere un juez es que uno influya en el testimonio del otro.

Me obligaban a separarme de mi novio, ¿y esperaban que les diera las gracias?

—¿Y qué hay de mi madre? —Directa, sin emoción.

Price llevó rodando mi maleta hacia la parte posterior del Buick, evitando deliberadamente mi mirada.

—Enviada a rehabilitación. No puedo decirle adónde, pero si se esfuerza, estará lista para reunirse con usted a finales del verano.

—Los dos sabemos que no es eso lo que quiero, así que dejemos este juego.

Price se mostró sensato y lo dejó correr.

Aún no había amanecido y ya estaba acalorada y sudada a pesar de los pantalones cortos y la camiseta sin mangas. Me pregunté cómo podía ir cómodo Price con tejanos y camisa de manga larga. No miré el arma que llevaba al hombro, en la pistolera, pero notaba su presencia. Me recordaba que el peligro no había pasado. No estaba segura de que llegara a pasar algún día.

Danny Balandó no dejaría de buscarme. Estaba en la cárcel, pero el resto de su cártel de drogas campaba por sus respetos. Podía pagar a cualquiera de ellos para que cumpliera sus órdenes. Su única esperanza radicaba en darme caza y matarme antes de que pudiera testificar.

Price y yo nos metimos en el Buick y él me tendió un pasaporte con un nombre que no era el mío.

—No puedes volver, Stella. Jamás.

Toqué el cristal de la ventanilla con las yemas de los dedos. Al abandonar Filadelfia en las horas que preceden al amanecer, pasamos por una panadería. Un

chico con delantal barría el umbral de la entrada. Pensé que tal vez levantaría la vista y haría una pausa para observarme hasta que me perdiera de vista, pero no interrumpió su trabajo. Nadie sabía que me iba.

De eso se trataba.

Las calles estaban desiertas y de un negro reluciente a causa de la lluvia recién caída. Oía el chapoteo del agua bajo los neumáticos, intentando no perder por completo la compostura. Aquel era mi hogar. Era el único sitio que conocía. Dejarlo atrás me hacía sentir como si renunciara a algo tan vital como el aire. De pronto me pregunté si sería capaz de seguir adelante con todo aquello.

—No me llamo Stella —dije al fin.

—Normalmente dejamos que los testigos mantengan el nombre de pila, pero el suyo es poco corriente —explicó Price—. Es una precaución extra. El nombre nuevo suena parecido al antiguo, y eso debería ayudarla a adaptarse.

Stella Gordon. Stell-a, Stell-a, Stell-a. Repetí el nuevo nombre mentalmente hasta que las sílabas encajaron. Detestaba ese nombre.

El Buick aceleró al incorporarse a la interestatal. Pronto vi señales indicando el aeropuerto, y en ese momento, un fuerte dolor me atenazó el pecho. Mi avión despegaba al cabo de cuatro horas. Me costaba respirar, el aire se negaba a entrar, se metía a empujones como algo sólido. Me sequé las palmas de las manos en los muslos.

Aquello no parecía un nuevo inicio. Alargué el cuello para no perder de vista las luces de Filadelfia, o Philly, como decimos los nativos. A medida que el coche las dejaba atrás, sentía que mi vida estaba llegando a su fin.

El sol iluminaba las llanuras de Nebraska, atravesando un banco de nubes en el horizonte con sus intensos rayos rosáceos y dorados. Era casi el ocaso y el terreno se extendía en una interminable sucesión de maizales, salpicado tan solo por la elevada silueta de algún molino de viento o silo de grano.

Atrás habían quedado los esbeltos rascacielos de luces brillantes, las históricas fachadas de ladrillo de los comercios de la Main Line, empapeladas de llamativos anuncios, y los exuberantes y cuidados jardines y las carreteras sinuosas de los barrios residenciales. Nada de ajeteo de personas apresurándose por llegar al metro para ir al centro de la ciudad, nada de bocinas de coches lanzando entrecortadas ráfagas cacofónicas al hacerse más denso el tráfico.

El alguacil Price y yo pasamos junto al ganado que pastaba a ambos lados de la desierta autopista espantando moscas con el rabo. Algunas alzaron la voluminosa cabeza triangular para mirar con curiosidad en nuestra dirección, haciendo que me preguntara cuándo habrían visto un coche por última vez. Bajé un poquito la ventanilla. El aire que entraba silbando olía a vegetación y a algo vivo y extraño. Tres chicos descamisados, flacos como alambres, caminaban descalzos junto a la autopista con cañas de pescar apoyadas en los hombros tostados por el sol.

Me parecía oír la voz de mi mejor amiga, Tory Bell. Te han enviado a la tierra de *Los chicos del maíz*. Peores que los traficantes de drogas italianos. Aquí no vas a durar ni veinticuatro horas.

—Las clases han terminado ya —dijo Price—. Todo el verano para hacer lo que le venga en gana. Ha tenido suerte.

—Qué suerte —dije.

—Aquí estará a salvo.

Esperó a que yo respondiera, pero ambos sabíamos que no estaba a salvo. Todas las mañanas me despertaría preguntándome si sería el día en que me encontraría Danny.

—Vivirá con Carmina Songster. Policía retirada. Muy competente. Sabe la verdad sobre usted y le servirá de tapadera.

—¿Y si no me cae bien?

—Carmina le cae bien a todo el mundo. La llaman Gran. Todo el mundo la llama Gran.

—¿Y me va a proteger?

Price volvió la cabeza para mirarme desde detrás de las Ray Ban.

—Un consejo de amigo. Cómo le vaya este verano dependerá de usted. Demonios, podría ser incluso mejor que tolerable. Sé que está enfadada con su madre...

—No la meta en esto —dije, poniéndome tensa.

—Carmina puede llamarla cuando esté usted preparada. Tiene el número de la clínica.

Lo fulminé con una mirada glacial y llena de significado.

—He dicho que no quiero hablar de ella.

—Tiene derecho a sentirse traicionada y dolida, pero su madre va a mejorar. De verdad lo creo. No se dé por vencida. Ahora la necesita a usted más que nunca.

—¿Y cuando yo la necesitaba a ella qué? —le espeté—. Hace tiempo que dejé de contener el aliento esperando a que mejorara. Ella es la responsable de que yo esté aquí, en lugar de estar en casa con mis amigos en un mundo en que todo tiene sentido. —Me quedé sin aliento.

Price guardó silencio unos minutos antes de contestar.

—Después de presentarle a Carmina, tengo que regresar, pero ella sabe cómo ponerse en contacto conmigo. Llámeme siempre que quiera.

—Ella no es de mi familia. Usted no es de mi familia. Así que dejemos esto también.

Se quedó muy callado y comprendí que mi comentario le había dolido. Estaba poniendo su vida en peligro para protegerme, lo menos que podía hacer yo era demostrarle algo de gratitud. Pero lo que había dicho era cierto. Para él yo era un trabajo. No éramos familia, yo no tenía familia. Tenía un padre al que no veía nunca y que había rechazado la oferta del fiscal para entrar en el programa de protección de testigos conmigo. No podía volver a ponerme en contacto con él nunca más. Y tenía una madre en rehabilitación, a la que esperaba no volver a ver jamás. La familia implicaba amor, compromiso, un sentimiento de solidaridad. Cuando menos implicaba vivir juntos.

Recorrimos el resto del trayecto en silencio. Me desentendí de Price para contemplar el sol que se fundía bajo el horizonte. No imaginaba que él solo pudiera ocupar tanto espacio. Allí fuera, sin edificios ni bosques ni colinas que lo ocultaran de la vista, el sol no era una simple esfera; parecía expandirse como tembloroso oro líquido, como un grueso brochazo de pintura sobre la línea del horizonte.

Había oscurecido ya cuando Price tomó un desvío para enfilear una carretera rural. Nubes de polvo cubrieron las ventanillas. Los baches sacudían el coche y yo iba dando botes en el asiento. Altos y retorcidos álamos flanqueaban la carretera, y por un instante me pregunté cómo sería trepar por sus gruesas e inclinadas ramas hasta llegar a lo alto de la copa. De niña, soñaba con tener mi propia casita en un árbol con un neumático por columpio. Pero ahora ya era demasiado mayor para desear esas cosas.

Vislumbré apenas la silueta de una casa de dos plantas. Tenía la extensión de césped más grande que había visto, y álamos que se elevaban por encima del tejado. El césped daba paso a campos abiertos y más allá no se veía nada más que un cielo de color zafiro salpicado de estrellas.

Aquella inmensidad resultaba casi abrumadora. Me sentía completamente sola. Había viajado hasta los confines del mundo; no había nada más allá de aquel lugar. Si daba unos cuantos pasos más, caería tal vez por el borde de la Tierra.

Nerviosa por esta idea, abrí de nuevo una rendija de la ventanilla para respirar aire fresco, pero la brisa era húmeda y pegajosa. Los insectos nocturnos zumbaban con un suave y monótono ritmo. Era una calma inquietante y vacía como ninguna otra que hubiera experimentado. De repente añoré los sonidos que me eran familiares. Jamás me acostumbraría a aquel lugar.

Price aminoró la velocidad al llegar al buzón, comprobando el número con el documento que sostenía en la mano. Tras confirmar que era la casa correcta, enfiló el sendero de entrada de una imponente casa de tablillas blancas.

La casa tenía porche tanto en la planta baja como en la primera planta, con dos barandillas blancas que recorrían la fachada en toda su longitud. Una enorme bandera americana colgaba de la segunda, ondeando suavemente bajo la brisa. Varias banderas más pequeñas clavadas en el césped trazaban un camino desde los escalones del porche hasta el sendero de entrada que discurría a lo largo de la casa. Al final del sendero, montones de vistosas flores crecían en toneles de *whisky*.

—Hemos llegado —dijo Price, apagando el motor. Accionó la apertura del maletero, donde aguardaba mi maleta.

Sabía que tenía que bajarme del coche, pero mis piernas se negaban a moverse. Miraba la casa fijamente, incapaz de imaginarme allí dentro. Pensé en mi verdadera casa. El año anterior, como regalo de cumpleaños (o más bien para disculparse por no haberme inscrito en la autoescuela porque estaba demasiado ocupada colocándose, y casualmente el momento había coincidido en el tiempo), mi madre había contratado a un decorador para que me cambiara la habitación. Yo lo había elegido todo. Estanterías pintadas de blanco, una araña de luces de estilo *vintage*, paredes de color azul Tiffany, y un escritorio victoriano de caoba que habíamos comprado en nuestro último viaje a Nueva York. Mi diario seguía guardado bajo llave en el cajón superior. Mi vida estaba allí. Todo estaba allí.

Cuando salíamos del coche, una mujer se levantó del columpio del porche y descendió los peldaños. Los tacones de sus rojas botas camperas sonaron con fuerza sobre la madera envejecida.

—Ha encontrado el sitio —dijo. Llevaba tejanos entremetidos en las botas y una camisa de tela vaquera con unos cuantos botones abiertos en el escote. Los cabellos plateados le llegaban justo hasta los hombros. Nos examinó con penetrantes ojos azules—. Estaba disfrutando de un vaso de limonada escuchando a las cigarras. ¿Le apetece beber algo?

—Es una oferta que no puedo rechazar —replicó Price—. ¿Stella?

Miré a uno y a otro. Ellos me observaron con sonrisas contenidas. Sentí que empezaba a darme vueltas la cabeza y parpadeé unas cuantas veces, intentando enderezar el mundo. Las botas rojas de la mujer empezaron a dar vueltas como un

caleidoscopio y comprendí que había perdido la batalla. De repente me encontraba de vuelta en Philly, con un hombre desangrándose en el suelo de nuestra biblioteca y la pared del fondo salpicada de tejido humano. Sentí el peso de la cabeza de mi madre en mi regazo y unos sollozos extraños, histéricos brotándome de la garganta. Oí sirenas de policía en la calle y la sangre que me zumbaba en los oídos.

—¿Quizá prefieres que te acompañe a tu habitación, Stella? —dijo la mujer, sacándome de mis recuerdos.

Sentí que me tambaleaba y Price me sujetó por el codo.

—Llémosla adentro. Ha sido un viaje largo. Una noche de descanso hará maravillas.

—No —dije, recobrándome lo suficiente para desasirme de él.

—Stella...

—¿Qué quiere de mí? —le espeté, encarándome con él—. ¿Quiere que beba limonada y me comporte como si todo esto fuera normal? No quiero estar aquí. Yo no he pedido esto. Todo lo que conozco ha desaparecido. ¡Nunca... nunca se lo perdonaré! —barboté las palabras antes de que me diera cuenta. Tenía el cuerpo tenso y sudoroso. Me froté los ojos, negándome a llorar. Al menos hasta que estuviera sola y pudiera correr el riesgo de desmoronarme. Me clavé las uñas con fuerza en la palma de la mano para arrancar el dolor de mi corazón y concentrarlo en un lugar más soportable.

Antes de llevar mi equipaje hasta la casa, vi a la mujer, Carmina, apretando los labios, y a Price dedicándole una mueca de disculpa como diciéndole que el comportamiento adolescente era impredecible. Me daba igual lo que pensarán. Si creían que estaba siendo egoísta y difícil, seguramente tenían razón. Y si convertía aquel verano en un infierno para Carmina, tal vez me dejaría marcharme antes para vivir por mi cuenta. No era la peor idea que había tenido.

Price subió rápidamente los peldaños del porche y sujetó la puerta con malla metálica para dejarme pasar.

—Quizá será mejor posponer la visita a la casa hasta mañana. Puede que lo que necesite ahora sea dormir —dijo Carmina.

—No puedo ser el único que está agotado —convino Price de inmediato.

Yo no estaba cansada, pero tenía tantas ganas de encerrarme tras una puerta como ellos, así que no discutí. Me daba igual que me hiciera parecer obediente. Carmina tardaría muy poco en darse cuenta de que, por mucho que el Departamento de Justicia me hubiera dado una nueva vida y una tapadera, yo no iba a fingir que estaba de acuerdo con todo aquello.

El interior de la casa olía a agua de rosas. El bonito papel estampado en flores de las paredes se iba despegando, y en la sala de estar vislumbré unos sofás de raída pana azul. Sobre la chimenea colgaba la cabeza de una especie de ciervo con astas. Jamás había visto nada tan rústico y hortera.

Carmina encabezó la marcha por la gastada escalera. En la pared había agujeros

de clavos, pero los retratos se habían quitado. Por primera vez sentí curiosidad sobre Carmina. Quién era. Por qué vivía sola. Si antes tenía familia y qué había pasado con ella. Pero deseché las preguntas al instante. Aquella mujer no significaba nada para mí. Era una sustituta de mi madre proporcionada por el gobierno hasta que yo cumpliera los dieciocho años a finales de agosto y legalmente pudiera vivir por mi cuenta.

Al final de la escalera, Carmina abrió una puerta.

—Dormirás aquí. Hay toallas limpias en la cómoda y lo básico para el aseo personal en el cuarto de baño de al lado. Mañana podemos pasar por la tienda y comprar lo que haga falta. El desayuno es a las siete en punto. ¿Alguna restricción en la dieta que deba conocer? ¿No serás alérgica a los cacahuetes, no?

—No.

—Pues hasta mañana entonces —dijo ella, asintiendo complacida—. Que duermas bien.

Carmina cerró la puerta y yo me senté en el borde de la cama individual. Los muelles emitieron un chirrido discordante. La ventana estaba abierta y entraba una brisa cálida y húmeda. Me pregunté por qué Carmina no ponía el aire acondicionado. No pensaría dejar las ventanas abiertas todas las noches, ¿no? ¿Eso era seguro?

Cerré la ventana, eché el pestillo y corrí las cortinas de algodón azul de un tirón, pero inmediatamente el aire caliente se hizo sofocante. Me levanté el pelo para abanicarme el cuello. Luego me quité la ropa y me dejé caer de nuevo en la cama.

La habitación era pequeña, con las dimensiones justas para dar cabida a la cama y la cómoda de roble. El techo a dos aguas hacía que las paredes parecieran cernirse aún más sobre mí. Seguí con la mirada el rastro de rectángulos azules en el techo deslucido donde los pósters, ahora desaparecidos, habían conservado el color original de la pintura. Pintura azul, cortinas azules, sábanas azules. Y un polvoriento guante de béisbol en el estante superior del armario abierto. Allí debía de haber vivido un chico. ¿Adónde se habría ido?

A algún lugar muy lejano, sin duda. En cuanto yo cumpliera los dieciocho también me iría lejos de aquel lugar.

Metí la mano en el bolsillo delantero de mi maleta y saqué un puñado de cartas. Contrabando. Se suponía que no debía llevar conmigo nada de mi antigua vida, nada que constituyera una prueba de que procedía de Filadelfia, y sentí la emoción de aquella pequeña rebeldía, aunque fuera accidental. Llamadme sentimental, pero últimamente llevaba conmigo las cartas de Reed a todas partes. Cuanto más inestable se iba volviendo mi vida familiar, más consuelo encontraba en ellas. Cuando me sentía sola, me recordaban que tenía a Reed. Él me quería. Él me apoyaba. Hasta hacía tres noches, tenía las cartas guardadas en el bolso. Las había pasado a la maleta para evitar que las descubrieran. Algunas eran recientes, pero otras se remontaban a dos años atrás, cuando Reed y yo habíamos empezado a salir juntos. Prometiéndome a mí misma racionarlas, agarré una de las primeras y devolví el resto a su escondite.

ESTELLA,

NO SÉ SI ALGUIEN TE HABRÁ DEJADO ALGUNA VEZ UNA NOTA DEBAJO DEL LIMPIAPARABRISAS, PERO ME HA PARECIDO QUE SERÍA DE LA CLASE DE COSAS QUE TE PARECERÍA ROMÁNTICA.

¿RECUERDAS AQUELLA NOCHE EN EL TREN, CUANDO NOS CONOCIMOS? NO TE LO HE DICHO NUNCA, PERO TE HICE UNA FOTO A ESCONDIDAS. FUE ANTES DE QUE TE DEJARAS EL MÓVIL EN EL ASIENTO Y YO FUI TRAS DE TI PARA DÁRTELO (TODO UN HÉROE QUE SOY). BUENO, EL CASO ES QUE FINGÍA MANDAR MENSAJES PARA QUE NO TE DIERAS CUENTA DE QUE TE HACÍA UNA FOTO. AÚN LA TENGO EN EL MÓVIL.

TE QUIERO. AHORA HAZME EL FAVOR DE DESTRUIR ESTO PARA QUE PUEDA CONSERVAR LA DIGNIDAD INTACTA.

XREED

Apreté la carta contra mi pecho y noté que se relajaba mi respiración. Por favor, que pueda volver pronto a verlo, rogué en silencio. No sabía cuánto tiempo me servirían las cartas para seguir adelante. Pero la carta de aquella noche había cumplido con su cometido; la sensación de soledad abandonó mi cuerpo, dejándome con un profundo agotamiento físico.

Me tumbé de lado esperando dormirme enseguida. En cambio, cada vez era más consciente de la silenciosa quietud. Era un sonido vacío, esperando a ser llenado. Mi imaginación no perdió el tiempo inventando explicaciones para los leves crujidos de las paredes, que se encogían al disiparse el calor diurno. No podía borrar de mi mente la imagen de los negros ojos de Danny Balandó cuando acabé sumiéndome en un intranquilo sueño.

El ruido sordo de un cortacésped entraba por la ventana del dormitorio, que había abierto en medio de la noche tras despertarme mareada de calor y bañada en sudor. El zumbido del motor se fue acercando, pasó justo debajo de la ventana y se alejó hacia el extremo más alejado del césped. Entreabrí un ojo soñoliento y encontré el reloj de la mesita de noche.

Al instante me sentí invadida por la ira y la indignación. Aparté las sábanas de una patada, asomé la cabeza por la ventana y grité:

—¡Eh! ¿Ha visto la hora que es?

El tipo que empujaba el cortacésped no me oyó. Cerré la desvencijada ventana con un golpe. Amortiguó el ruido mínimamente.

Le hice la peineta al tipo. No lo vio. Los primeros rayos del amanecer asomaban por detrás de él, iluminando miles de motas de polen y mosquitos que zumbaban en torno a su cabeza como un halo, mientras empujaba el cortacésped por el jardín de Carmina. Tenía la punta de las botas manchadas de verde por la hierba, y llevaba un sombrero vaquero tostado calado sobre los ojos. También llevaba auriculares en las orejas y le vi mover los labios siguiendo la letra de una canción.

Me metí un camisón por la cabeza y salí al pasillo.

—¿Carmina? —Caminé silenciosamente hasta el final del pasillo y llamé a la puerta de su dormitorio.

La puerta se entreabrió.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieres?

Su habitación estaba tan oscura que no le veía la cara, pero detecté la preocupación en su voz y oí que buscaba algo a tientas en el suelo, seguramente la ropa.

—Hay alguien cortando el césped.

Ella dejó caer la ropa y se enderezó.

—¿Y?

—Solo son las cinco.

—¿Me has despertado para decirme qué hora es?

—No puedo dormir. Hace demasiado ruido.

Los muelles del colchón crujieron cuando ella se sentó en la cama, dejando escapar un suspiro de exasperación.

—Chet Falconer. Vive carretera adelante. Quiere acabar el trabajo antes de que apriete el calor. Bien por él. ¿No tienes uno de esos aparatitos de música? Ponte una canción y no le oirás.

—No me permitieron traerme el iPhone.

—Un iPhone no es lo único por aquí con lo que se puede escuchar música. Prueba

en el cajón de abajo de la cómoda de tu habitación. Y ahora vuelve a la cama, Stella.

Se inclinó hacia delante y me cerró la puerta en las narices.

Erguí la espalda y volví a mi habitación caminando envarada. Eché una mirada malévolamente por la ventana, observando a Chet Falconer mientras terminaba otra hilera y le daba media vuelta al cortacésped. Desde aquel ángulo no podía verle la cara, pero una mancha de sudor le había empapado la parte delantera de la blanca camiseta, y cuando se detuvo para enjugarse la cara con la manga, el borde de la camiseta se levantó, dejando al descubierto un firme estómago. Tenía los brazos bronceados y musculosos, y daba golpecitos con el pulgar en el mango del cortacésped para seguir el ritmo de la música que estuviera escuchando. Era obvio que había empezado la mañana bebiéndose una cafetera entera. Dado que yo no podía decir lo mismo, me limité a mirarle con el ceño fruncido. Sentí la tentación de abrir la ventana y gritarle alguna obscenidad, pero entre los auriculares y el cortacésped era imposible que me oyera.

Me tumbé boca abajo sobre la cama y apreté la almohada fuertemente sobre mi cabeza. El cortacésped seguía zumbando a través del cristal de la ventana como un insecto furioso. Siguiendo el consejo de Carmina, abrí de un tirón el cajón inferior de la cómoda y estuve a punto de atragantarme de risa.

Dentro había un *walkman* Sony, con radio AM/FM y reproductor de casetes. Le soplé encima para quitarle el polvo, pensando que no había viajado hasta Nebraska sino al siglo anterior.

Revisé las cintas de casete esparcidas por el fondo del cajón, leyendo las etiquetas escritas a mano: Poison, Whitesnake, Van Halen, Metallica.

¿Carmina tenía un hijo? ¿Era aquel su dormitorio antes de que, sabiamente, se hubiera pirado de Thunder Basin?

Elegí Van Halen, porque era la única cinta que no necesitaba rebobinarse. Le di al *play*, me acurruqué bajo las sábanas y subí el volumen hasta que dejé de oír el zumbido del cortacésped de Chet Falconer.

Bajé a la cocina a las diez, siguiendo el olor a bacón y huevos para encontrar el camino. No recordaba la última vez que había comido bacón con huevos. En Disneylandia, seguramente, cuando tenía siete años, acompañando unas tortitas en forma de Mickey Mouse. La idea de comer en una mesa con platos auténticos, por no hablar de que alguien cocinara para mí, era impensable. Mi desayuno normal consistía en un *latte* con leche desnatada y gachas de avena integral del Starbucks. Me lo tomaba en el coche de camino a clase.

Cuando entré en la cocina, encontré la mesa limpia y la comida había desaparecido. A través de la puerta con malla metálica que conducía a la parte de atrás, vi a Carmina de rodillas en el jardín, arrancando malas hierbas. A juzgar por la enorme pila que tenía al lado, llevaba allí un buen rato.

—Creo que me he perdido el desayuno —dije, acercándome.

—Eso parece —replicó sin alzar la vista.

—¿Me ha guardado algo?

—Que yo sepa, el bacón y los huevos no saben bien fríos.

—Vale, lo capto. Si te duermes, te lo pierdes —dije, encogiéndome de hombros.

Si creía que iba a salirse con la suya matándome de hambre, es que no tenía mucha experiencia como madre. Yo podía pasar perfectamente con una taza de café. No sería la primera vez—. ¿Cuándo se come?

—Cuando hayamos ido a presentar unas cuantas solicitudes para trabajos de verano.

—No quiero trabajar.

—Las clases han terminado, así que la mayoría de los trabajos de verano ya se ha cubierto, pero algo te encontraremos —prosiguió ella.

—No quiero trabajar. —Repetí con mayor firmeza. Jamás había trabajado. Mi familia no era de dinero (no vivíamos en una gran finca en la Main Line, y no podía vestirme habitualmente al estilo de Jackeline Onassis), pero tampoco vivíamos al día. Mi madre había sido presentada en sociedad en Knoxville, y aunque se había gastado todo lo que podía considerarse como su dote, para ella era importante mantener las apariencias. Simplemente no podía permitir que me vieran trabajando. Mi padre era director en una empresa de capital riesgo, y tras divorciarse de mi madre hacía más de dos años, la había dejado con dinero suficiente para que no tuviera que trabajar. Hasta hacía unos cuantos días, yo vivía con mi madre en un barrio residencial, en una bonita casa de piedra gris ubicada al final de una larga calle sin salida flanqueada de árboles. Dadas las circunstancias, no había tenido la motivación ni el deseo de sudar la gota gorda por el salario mínimo.

Y desde luego no estaba acostumbrada a recibir órdenes. Mi madre era más una compañera de piso que una madre; a menudo éramos como barcos que se cruzan en la noche. Hacía años que nadie me decía qué debía hacer.

Carmina se sentó en cuclillas y me miró de frente.

—¿Qué vas a hacer durante todo el verano, niña? ¿Estar de brazos cruzados compadeciéndote de ti misma? No será bajo mi techo. Una chica de tu edad tiene que aprender a valerse por sí misma.

Me pasé la lengua por los dientes, sopesando mis palabras. Si Carmina quería pelea, podía complacerla. Pero si ella, que era adulta, me incitaba a pelear, parecía lógico pensar que tenía una intención oculta. Quizá creía que si yo me ponía a gritar y a chillar y sacaba de dentro todo mi dolor, de repente me convertiría en una persona nueva. Una persona que quisiera pasar el verano en Thunder Basin. Una persona que quisiera hacerle la vida fácil a Carmina.

—De acuerdo —dije, esforzándome por hablar con serenidad—. ¿Qué tipo de trabajo cree que puedo conseguir?

Carmina frunció el ceño, demostrando que mi suposición era certera. Esperaba

que yo me rebelara, que me desahogara descargando mi ira. Quería que lo hiciera. Pues tenía una mala noticia para ella. La poli jubilada había perdido su perspicacia. No me tenía calada. Y a mí no se me ocurría una victoria mayor.

—Bueno —dijo por fin pensativamente—, puedes servir comidas. He oído que el Sundown Diner busca camarera para su *drive-in*. O podrías trabajar en los maizales; siempre andan buscando peones. Pero es un trabajo duro y caluroso y se trabajan muchas horas por un salario que no es nada del otro mundo.

—De acuerdo —dije, todavía fría y serena—. Voy a darme una ducha y a prepararme.

Al llegar a mi habitación ya había cambiado de opinión sobre el trabajo. Seguramente lo iba a detestar, pero no podía ser peor que estar todo el día en casa sin hacer nada con Carmina. Además, tenía la sensación de que estaba convencida de que una mocosa malcriada y maleducada como yo iba a fracasar en cualquier trabajo manual, estaba dispuesta a demostrarle que se equivocaba. Un trabajo de verano no podía ser tan difícil. Hacer hamburguesas era asqueroso, pero no se necesitaba ser ingeniero. Y si conseguía el trabajo del restaurante, tendría aire acondicionado. Seguro que Nebraska había adoptado semejante comodidad moderna.

Me pareció algo irónico que yo, la típica princesita del castillo de la colina, me viera obligada a adoptar el disfraz que menos deseaba, el de criada pobre y trabajadora. Me pregunté si el alguacil Price y el resto de sus amigos del Departamento de Justicia lo habrían planeado todo para darme una lección de humildad. Seguramente lo encontraban divertido. «Adelante, chicos. Reíros todo lo que queráis. Cuando todo esto termine, seguiréis llevando trajes baratos y tratando con la escoria. Mientras tanto, el gobierno tendrá que descongelar las cuentas de mi familia, yo recuperaré mi dinero, y este humillante verano no será nada más que un recuerdo lejano».

Media hora más tarde salía del cuarto de baño con los cabellos húmedos y la piel impregnada del olor barato de Ivory. Llevaba unos tejanos cortados y una camiseta blanca sencilla. No me había puesto más maquillaje que unos rápidos toques de crema hidratante y un poco de brillo labial. Aunque había tanta humedad que no necesitaba ninguna de las dos cosas.

Carmina se había trasladado al jardín delantero para seguir arrancando hierbajos. Estaba arrodillada junto al macizo de flores del final del sendero, arrojando hierbajos en un cubo. Cuando cerré de golpe la puerta del porche, alzó la mirada bajo la ancha ala de su sombrero de paja.

—¿Qué clase de trabajo esperas conseguir vestida así? —preguntó, sentándose en cuclillas para examinarme.

—Me da igual.

—Si te da igual, tendrás que conformarte con lo que no quiera nadie más.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Veo que las ganas no te faltan. Bueno, pues sube a la camioneta.

En el sendero había una vieja camioneta Ford con la pintura azul desconchada. Me subí en el asiento del copiloto tras abrir con dificultad la pesada puerta. El interior de ambas puertas estaba oxidado y el relleno de espuma asomaba por los asientos rajados. La guantera estaba abierta. Intenté cerrarla, pero el mecanismo de seguridad debía de haberse roto, por lo que la tapa volvió a abrirse de golpe en la misma posición que la había encontrado. Puse los ojos en blanco, esperando que la siguiente sorpresa no fuera una rata correteando por mis pies.

—Estoy impaciente por pedirte prestada esta chatarra —dije sarcásticamente por lo bajini cuando Carmina se acomodó tras el volante.

—Cómprate tú una camioneta. Para eso se gana un salario. —Apretó el pedal del acelerador, giró la llave del contacto y el motor cobró vida—. Me compré esta camioneta con el sueldo de mi primer trabajo. Fue agradable sentirse una mujer independiente. Por nada del mundo te privaría de esa satisfacción.

—¿De qué año es?

—Del 79.

Solté un silbido.

—Es más vieja de lo que pensaba.

—¿Eso es lo que crees? —Se rio con ganas—. Niña, ¿no te ha dicho nadie que eres tan viejo como te sientes? A juzgar por esa cara larga y mustia que tienes, no soy la que tiene que preocuparse.

Cuando bajábamos por el camino de grava que conducía a la calle asfaltada por la que llegaríamos al pueblo, pasamos por delante de una casa de dos plantas de ladrillo rojo a la sombra de un bosquecillo de álamos. Había macetas de flores colgadas en el porche y el estilo arquitectónico tenía el encanto, y el potencial, de una casa de huéspedes rural.

En ese momento, Chet Falconer apareció por una esquina de la casa llevando una caja de herramientas oxidada en una mano y una escala en la otra. Tampoco entonces le veía el rostro, pero reconocí el sombrero vaquero y la camiseta blanca.

—¿Qué edad tiene? —pregunté.

—Diecinueve. —Un segundo después, Carmina me miró a los ojos como si de pronto hubiera percibido algo importante—. Oh, no. Ni hablar. Ni se te ocurra. Ese chico ya tiene suficientes problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Solo hay una clase de problemas, la clase de la que te mantienes alejada —dijo Carmina con un tono que me convenció de que no iba a revelarme nada más, por mucho que insistiera. Pues vale. Sabía ser paciente. Seguramente ella no se daba cuenta de que, al no decirme nada, me convencía más que nunca de seguir indagando sobre nuestro hombre misterioso.

Observé los brazos de Chet exhibiendo músculos al depositar la caja de herramientas sobre el porche y apoyar la escala contra el costado de la casa. Una cosa era segura, tenía un cuerpo estupendo. Tal vez los chicos del campo sabían cómo

moldearlo.

—Hace muchas tareas de mantenimiento para tener diecinueve años —dije—. Sus padres deben de ser unos negreros.

Carmina me lanzó una mirada de desaprobación.

—Sus padres murieron. Él es el hombre de la casa. Si no se ocupa de ella, no lo hará nadie.

Me costaba creer que tuviera la casa para él solo. En tres meses, yo podía ser como él y vivir sola en la ciudad que yo eligiera. No podía volver a Filadelfia, pero había otros sitios que me gustaban. Boston encabezaba la lista.

—¿A qué universidad irá en otoño?

—A ninguna.

—¿Se va a quedar en Thunder Basin a cortar céspedes el resto de su vida?

Carmina apartó los ojos de la carretera para mirarme. Vi en ellos un destello. Ira, pesar. Una chispa de dolor.

—¿Te parece mal? —preguntó con frialdad.

—Sí, es de perdedores. Debería irse lo más lejos posible de aquí y conseguir una auténtica vida, un auténtico trabajo.

Carmina no replicó, se limitó a mantener la vista fija al frente, pero yo sabía que había comprendido mi insulto perfectamente. Ser policía en un pueblo de mala muerte como Thunder Basin no era un modo de vida auténtico. Pero el hecho de que permaneciera sentada allí, encajando el desaire con el mentón resueltamente levantado hizo que en cierta manera tuviera la impresión de que aquel asalto lo había ganado ella.

Dedicamos las dos horas siguientes a entrar y salir de locales de comida rápida y cafeterías grasientas que salpicaban las siete manzanas de casas del centro de Thunder Basin. La mayoría de los edificios eran de ladrillo rojo o de hormigón encalado. Una elevada torre de agua y unos cuantos silos de grano constituían el resto del paisaje urbano. En una tienda había clavado un cartel escrito a mano que rezaba: CORTES DE PELO, 7,5 FIADO. Solo la propina de mi corte de pelo habitual en Philly ya triplicaba esa cantidad, pensé fríamente.

Rellené una solicitud en todos los restaurantes, que entregué al encargado. Di mi nombre y mi número de la Seguridad Social falsos, que concordaban con mi pasaporte falso. Carmina me ayudó a rellenar la dirección y el número de teléfono donde podían encontrarme. Marqué las casillas para camarera, friegaplatos y encargada. Me daba igual el trabajo. Los detestaba todos. Pasaría los tres meses siguientes haciendo lo que tuviera que hacer, y luego saldría pitando de allí.

—¿Has visto algo que te guste? —preguntó Carmina durante el trayecto de vuelta.

Miré por la ventanilla la neblina verde que pasaba por delante como un borrón. El

terreno era completamente llano, no había colinas que ascender ni valles a los que bajar. La carretera era recta, con pulcras hileras de plantas alzándose a ambos lados, y una cúpula celeste que se cernía sobre mí. Me sentía como una hormiga bajo un vaso. Acalorada, condenada, sin esperanza.

—No.

—Deberías ponerte unos pantalones de vestir y una blusa.

—Nadie los llama ya pantalones de vestir.

—Causan mejor impresión que esos tejanos cortados que enseñan la mitad del muslo.

Me pasé los dedos seductoramente por el muslo hacia arriba.

—Más de la mitad, Carmina. Mucho más de la mitad. Además, no intento impresionar a nadie.

Ella se volvió para mirarme, abriendo los ojos en un gesto teatral.

—No me digas.

Después de comer, Carmina se fue al grupo de estudio de la Biblia. Me quedé sola en la casa, atrapada. No tenía coche. Solo podía llegar hasta donde me llevaran los pies. Se me ocurrió que si conseguía un trabajo, Carmina tendría que proporcionarme un transporte. No iba a recorrer a pie los ocho kilómetros de ida y vuelta hasta el pueblo. En aquel momento me habría conformado con una bici. Cada vez me convencía más de que tener trabajo no iba a ser la peor manera de pasar el verano.

Vi la camioneta de Carmina alejándose entre sacudidas por la carretera de grava. Dejé caer la cortina de la habitación de mi dormitorio y decidí bajar a ver la televisión. Al menos en la planta baja estaría más fresca. Después de ver la tele, podía sentarme en el columpio del porche a sorber un polo y escuchar a los coyotes. Porque desde luego allí no había nada más que hacer.

Bajé por las escaleras y justo en ese momento, sin más, el pasado se abalanzó sobre mí.

Los traumáticos *flashbacks* eran más fuertes que los recuerdos. No perdía el conocimiento (estaba consciente), pero los *flashbacks* eclipsaban mi visión real. Eran muy reales. Y siempre empezaban en el mismo sitio. Era después de la medianoche. Volvía a llegar más tarde de mi hora. No quería arriesgarme a despertar a mi madre (¿a quién quería engañar? Seguro que se había desmayado), así que aparqué el coche más abajo, frente a la casa contigua a nuestra casa de piedra gris. Extrañamente también había un Honda Civic blanco aparcado allí. Los Fogg no dejaban nunca coches aparcados en la calle. Y no tenían un Honda Civic.

Me encogí de hombros y me encaminé rápidamente a la parte posterior de mi casa, hurgando en el bolso en busca de las llaves.

Cuando subí los peldaños de la parte de atrás, me llegó el olor de nuestros setos de boj y de los árboles florecidos. Aunque procuraba estar lo menos posible en casa y evitar a mi madre cuando estaba allí, me encantaba nuestra casa, sobre todo el jardín. Era mi evasión favorita. Holgazaneaba por el jardín, oculta a la sombra de los viejos árboles, soñando despierta mientras escuchaba música de Ben Howard, de los Oh Hellos, o de Boy.

Entré en casa. La luz de la cocina no se encendía. Tampoco la araña del comedor. No se me ocurrió entonces que ocurriera algo malo. Supuse que mi madre había olvidado cambiar las bombillas. A oscuras, me dirigí a tientas a la escalera con paso rápido y ligero. Con suerte no tendría que ver a mi madre hasta el día siguiente.

Cuando pasé por delante de las puertas de cristal biselado de la biblioteca, la vi desplomada en uno de los sillones orejeros de piel. La luz de la luna se filtraba a través de los postigos bañándola en una luz blanca como la cera. Sobre la mesita estaban desperdigados sus accesorios de fiesta, una colorida mezcla de pastillas.

Empezaba a sentir repugnancia...

Y entonces...

Y entonces mi mirada se desvió hacia las sombras a espaldas de mi madre. Aturdida, contemplé fijamente el cuerpo desplomado de un hombre. Tenía las extremidades extendidas en ángulos extraños. Me acerqué. No quería, pero no pude evitarlo. Seguí caminando hasta encontrarme de pie a su lado, con sus vacíos ojos marrones alzados hacia mí.

En la frente tenía un pulcro agujero de bala.

Salí del *flashback* jadeando. Busqué a tientas el interruptor de la luz al pie de las escaleras de Carmina, y me sentí aliviada cuando de inmediato la luz ahuyentó la oscuridad.

El muerto estaba en un ataúd a dos metros bajo tierra. Y Danny Balandó estaba en la cárcel. No podía hacerme daño. Se había borrado el rastro que me llevaba hasta Thunder Basin; jamás encontraría a Stella Gordon.

Con un frío estremecimiento, volví a subir a mi cuarto y saqué una de las cartas de Reed de la maleta. Lo necesitaba allí conmigo, tranquilizándome, asegurándome que todo iba a salir bien, pero esa noche tendría que conformarme con sus palabras. Me enfurecía que el Departamento de Justicia nos hubiera separado de aquella manera. Iban a hacer posible que mi madre se reuniera conmigo; entonces, ¿por qué no lo hacían también con Reed? De haber podido elegir, habría preferido vivir con él. Ni siquiera habría tenido que pensarlo.

ESTELLA,

ANOCHÉ ME PELEÉ CON MI PADRE. FUE TRISTE. AHORA QUE TENGO 17 AÑOS, ME ESTÁ PRESIONANDO PARA QUE ME ALISTE. HACE AÑOS QUE LE DIGO QUE NO PIENSO SEGUIR SUS PASOS, PERO ÉL SE NIEGA A ESCUCHARME. FUI A TU CASA PARA PASAR AHÍ LA NOCHE, PERO NO ESTABAS Y NO CONTESTAS AL MÓVIL. LLÁMAME CUANDO RECIBAS ESTO. ESPERO QUE NO TE MOLESTE QUE ME PRESENTE AHÍ CADA DOS POR TRES. DETESTO ESTAR EN MI CASA. CUANDO ESTOY AQUÍ, MI PADRE NO ME DEJA EN PAZ. DESPUÉS DE LA PELEA, ME DIJO QUE SI ME IBA NO ME DEJARÍA VOLVER A ENTRAR. BUENO, PUES ME FUI. NO SÉ QUE VA A OCURRIR AHORA. ANTES ESPERABA QUE MI MADRE ME DEFENDIERA, PERO SÉ QUE NUNCA LO HARÁ. SIEMPRE SE ESCONDE, SE METE EN LA CAMA USANDO LA FIBROMIALGIA COMO EXCUSA PARA NO INVOLUCRARSE. ES UNA ENFERMEDAD, PERO TAMBIÉN ES SU MECANISMO DE HUIDA. TIENE QUE ENFRENTARSE A ELLA Y DE ESTE MODO NO TIENE QUE ENFRENTARSE A NOSOTROS. OJALÁ TUVIERA DINERO SUFICIENTE PARA IRME A VIVIR POR MI CUENTA. ALGÚN DÍA LO HARÉ. Y TE LLEVARÉ CONMIGO.

XREED

Me dolía recordar nuestros planes. Íbamos a escaparnos y a iniciar una nueva vida juntos. Ahora no sabía si volvería a verlo. Reed podía estar en Kentucky o en Kansas. Jamás lo sabría. A menos que fuera en su busca.

Y podía hacerlo, porque sabía cómo encontrarlo.

El alguacil Price había dejado muy claro que no debía jamás, bajo ninguna circunstancia, tratar de ponerme en contacto con ninguna persona de mi vida anterior. Danny Balandó y sus peligrosos esbirros no dejarían nunca de buscarme. Solo podrían encontrarme si yo rompía las reglas.

Sabía que ponerme en contacto con Reed era romper las reglas, pero él ya no estaba en Philly. Estaba también en el WITSEC, el programa de protección de testigos. Se habían eliminado sus vínculos con la ciudad, y si los alguaciles habían hecho un trabajo la mitad de bueno haciéndole desaparecer como el que habían hecho conmigo, poniéndome en contacto con Reed no iba a dar ninguna pista a los hombres de Balandó sobre mi paradero.

No había visto ningún ordenador en casa de Carmina, y de todas formas no lo habría utilizado. Si quería seguir adelante con aquello, no podía dejar ningún rastro. Antes en el pueblo había visto letreros indicando la dirección de la biblioteca pública. Estaba demasiado lejos para ir andando aquella noche, pero imaginaba que Carmina tendría alguna bicicleta guardada en algún rincón del desvencijado establo que había detrás de la casa. No sabía cuánto duraba el estudio de la Biblia, pero sin duda disponía al menos de una hora.

Atravesé corriendo el jardín de atrás, matando mosquitos a manotazos, abrí las puertas del establo de par en par y paseé la mirada por aquel inmenso espacio. El aire olía a moho y a heno. Y a gasolina. Estaba segura de que el olor a gasolina procedía del gran automóvil oculto bajo una lona que se encontraba al fondo del establo. Alcé la lona y vi que Carmina disponía de un viejo Ford Mustang. Tenía un feo color marrón y había un puñado de avispones muertos sobre el salpicadero, pero no iba a ponerme quisquillosa. ¿Qué posibilidades había de que lograra ponerlo en marcha?

Carmina había dejado las llaves en el asiento del conductor, así que me fue muy fácil encontrarlas.

Tras unos cuantos intentos, el motor del Mustang se encendió con un quejido y el aire se llenó de olor a gasolina quemada. Carmina no me permitía tomar prestada la camioneta, pero no me había dicho nada de no conducir el Mustang.

Me sabía el camino al pueblo, que era todo recto una vez se enfilaba la carretera asfaltada al llegar al final del sendero de grava de Carmina. Una vez en el pueblo, no me costó nada encontrar la biblioteca. Solo había otros tres coches en el aparcamiento, así que tenía dónde escoger. Resultaba raro no tener que recorrer todo el aparcamiento y dar varias vueltas a las calles de los alrededores en busca de un lugar donde aparcar. En Philly casi nunca iba al centro en coche por esa razón. Era mucho más cómodo ir en tren.

Solicité el carnet de la biblioteca en la recepción. Tras comprobar la foto y la

dirección de mi pasaporte, la bibliotecaria me dio un carnet provisional. El definitivo me llegaría por correo en un par de semanas. Carmina no sospecharía nada. Le diría que me gustaba leer, lo que era cierto.

Encontré un ordenador desocupado y me metí en Internet. Poco después de que Reed y yo hubiéramos empezado a salir juntos, él había abierto una cuenta privada de *e-mail* a la que ambos teníamos acceso. En lugar de enviarnos correos, nos escribíamos borradores para que el otro los leyera. Los borradores los eliminábamos después de leerlos. Reed había leído en un artículo que era una técnica que usaban los espías, y aunque a mí me parecía un poco exagerado, no me opuse. Su padre era militar, del ejército. La educación que recibes te determina. Al principio usábamos el correo regularmente... luego lo olvidamos por completo.

Con unos pocos y rápidos pasos, accedí a la cuenta privada de *e-mail*: *Phillies60@gmail.com*. La carpeta de borradores estaba vacía.

Intenté no desanimarme. Esperaba encontrar un nuevo mensaje, sobre todo porque Reed me había recordado la cuenta secreta el día anterior por la mañana, antes de abandonar el motel. Quería hacerle saber que estaba bien, así que redacté un breve *e-mail*.

He llegado sana y salva. Bueno, quizá lo segundo no tanto. Deberías ver este lugar. Casi preferiría estar muerta. Dime algo para saber que estás bien.

Releí mis palabras con cuidado, asegurándome de que eran completamente inofensivas y no suponían ninguna amenaza para mí en el improbable caso de que alguien las interceptara, luego tecleé una breve posdata:

P. D. Han metido a mi madre en desintoxicación. A saber cómo acabará la cosa.

Guardé el borrador y cerré la sesión.

Resoplé. Ahora tendría que ser paciente, virtud que nunca me había gustado y que menos aún había sabido practicar.

Cuando salí de la biblioteca, el cielo era negro terciopelo y diamantes. En Philly, la noche significaba una cosa: preocuparme por mi madre, por saber con quién estaba, qué estaba haciendo, y si tendría que salir a buscarla. Me quedé parada un instante, analizando cautelosamente aquella oscuridad desconocida. Era tan serena, tan sencilla, tan agradable, que parecía ridículo tenerle miedo. Sentía en la piel el hormigueo del aire cálido. Olía a un fresco verdor. La oscuridad suponía un alivio para el sol ardiente que me había hecho escocer los ojos todo el día. Cubría el paisaje de sombras. Casi me hizo olvidar los maizales y el cielo azulísimo, casi me hizo olvidar dónde estaba.

En el aparcamiento solo quedaba un coche, el Mustang de Carmina. No sabía qué lugares frecuentaban los adolescentes de Thunder Basin de noche, pero desde luego la biblioteca no era uno de ellos. Habría recorrido las siete manzanas de la calle principal en busca de signos de vida nocturna, pero seguramente Carmina volvería pronto a casa del estudio de la Biblia. No podía saber lo que había estado haciendo aquella noche.

Le di a la llave de contacto del Mustang. El motor soltó un resoplido, pero se negó a encenderse. Le metí gas y volví a probar. Más gruñidos y zumbidos, pero el motor no se encendía. Tenía las ventanillas bajadas y el coche eructaba densas nubes de humo maloliente. No era una buena señal.

Me bajé y di una vuelta alrededor del coche, pero no vi nada fuera de lo normal. El estúpido trasto se había encendido perfectamente hacía veinte minutos. ¿Qué le pasaba ahora?

—¿Necesitas ayuda?

Giré en redondo. En la oscuridad distinguí una figura alta y desgarbada que vestía Levi's, botas de punta y una camiseta negra ajustada. Los negros cabellos le caían en rizados alrededor de las orejas. Se echó el sombrero vaquero hacia atrás y me dedicó una relajada sonrisa.

—¿Te importa si le echo un vistazo? —siguió diciendo, señalando el coche con un gesto.

Apreté las llaves del Mustang. No tenía motivos para confiar en él. Pensándolo mejor, debería haber aparcado bajo una farola. Aunque tampoco había nadie por allí para verlo si decidía arrastrarme hasta un callejón y rajarme el pescuezo.

—No, no hace falta. —Respondí, esforzándome por parecer cortésmente indiferente—. Suele tardar un poco en arrancar.

Él dio unos afectuosos golpecitos con los nudillos en el lateral del Mustang.

—Coches viejos. Los detestas o los adoras.

—Cierto. —Me senté tras el volante, dándole a entender que no estaba para

charlas—. Gracias por ofrecerte a ayudarme, vecino. —Añadí, porque me pareció que era lo que se decía en lugares pequeños como aquel. Seguramente sería mejor actuar como un lugareño, para que creyera que alguien me echaría de menos si realmente su intención era llevarme a rastras hasta un callejón.

Probé a arrancar de nuevo. El motor tosió y escupió, pero no tuve éxito.

—¿Seguro que no quieres que pruebe? —preguntó él con tono todavía amistoso. Y quizás algo divertido.

—Que sea una chica no quiere decir que no sepa arrancar mi coche —dije, no sin amabilidad, pero con una irritación que se traslucía en mis palabras. Vete, por favor, rogué mentalmente.

—¿Tu coche? Ah. Interesante.

—¿Qué? ¿Como soy chica no pueden gustarme los coches potentes? —dije con tono desafiante.

—Yo no he dicho eso.

Accioné la llave del contacto con más fuerza. El motor soltó un ronco gruñido. Estuvo a punto de arrancar, pero no logré darle el último impulso. Carmina me iba a matar. No sabía cuánto tiempo me quedaba hasta que volviera a casa, pero no podía ser mucho.

Solté un suspiro de resignación y me apreté el puente de la nariz.

—Si te doy las llaves, ¿vas a usarlas para rajarme el cuello y arrojar mi cadáver en el callejón?

—No sería muy listo decírtelo si fuera a hacerlo.

En lugar de reír, lo fulminé con la mirada.

Él sonrió, claramente complacido con su broma.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar eso? —Me pregunté si iba a continuar con el tópico manido de que todo el mundo se conoce en un pueblo.

—El año pasado le vendí este coche a mi vecina —dijo en cambio.

De pronto tuve un mal presentimiento.

—Carmina Songster —añadió—. ¿Vas a decirme por qué conduces su coche, o debo dejar que se lo expliques a la policía?

Mierda.

Me bajé del Mustang y me quedé de pie frente a él. Me sacaba bastante y de cerca vi que tenía los ojos de un brillante e intenso color azul. De un tono entre el turquesa y el de los vidrios de mar.

—No es lo que parece.

—Pues es un alivio, porque parece un robo de coche. Lo que no acabo de entender es por qué te has parado en la biblioteca. Estás a unas cuantas manzanas de la interestatal. ¿No deberías haber salido pitando del pueblo?

—Ahora vivo con Carmina.

Soltó un bufido, rechazando la idea al instante.

—Carmina no ha tenido una sola visita en los diecinueve años que hemos sido vecinos, y conozco a toda su familia. Así que, confiesa. ¿Quién eres en realidad?

—Es mi... madre de acogida. —Respondí inexpresivamente. Era la primera vez que tenía que usar mi tapadera. Si seguía preguntando, se suponía que debía contarle que había estado viviendo con familias de acogida desde la muerte de mi madre, pero recé para que no insistiera. No quería hablar de Stella. Ya estaba harta de ella. Quería volver a casa. Y ya puestos, no quería volver a ver aquel pueblucho perdido en medio de la nada nunca más.

Él meneó la cabeza con suspicacia.

—¿Carmina? ¿Madre de acogida? No me lo creo. ¿Qué edad tienes?

—Cumpló los dieciocho en agosto. —Tres meses insignificantes para lograr la independencia. Pero parecían una eternidad.

—¿Por qué iba Carmina a acoger a una chica de diecisiete años? —se preguntó él, desconcertado.

—A lo mejor se siente sola.

Él volvió a resoplar.

—¿Esa loba solitaria? No. Aquí hay algo que no cuadra. ¿Cuándo has llegado al pueblo?

—Anoche.

—¿Cómo te llamas?

—Stella Gordon. —Sentí una punzada en la garganta al pronunciar el nombre. Lo detestaba. Era como hablar de otra persona, lo que supongo que en realidad estaba haciendo.

—¿Cuánto tiempo hace que vives de acogida? —siguió preguntando. Evidentemente trataba de hallarle algún sentido a mi historia.

—Desde que murió mi madre.

—Lo siento.

Me encogí de hombros. No sentía nada. Mi madre aún vivía, pero para mí era como si estuviese muerta.

—¿De dónde eres?

—De Tennessee —mentí—. De Knoxville, Tennessee. ¿Has estado alguna vez?

—Pues la verdad es que no.

Ni yo tampoco. Supongo que eso significaba que podía decir lo que me diera la gana sobre Knoxville sin que se diera cuenta de nada.

Y entonces él dijo:

—Pero yo diría que no tienes acento de allí. Parece más bien de... la Costa Este.

—Oh —me limité a responder, tomándome unos segundos para inventar una excusa—. Eso es porque mi padre se crio en esa zona. He sacado más su acento que el de mi madre.

Comprobé con alivio que alargaba la mano dando por terminado el interrogatorio.

—Bienvenida a Thunder Basin, Stella. Soy Chet Falconer.

Fruncí el ceño.

—¿El mismo Chet Falconer que le corta el césped a Carmina?

—¿Te ha hablado ella de mí? —dijo, dibujándose una sonrisa en sus labios.

—¡Me has despertado a las cinco de la mañana! ¿Ves estas bolsas que tengo debajo de los ojos? ¡Pues son culpa tuya!

—A mí me parece que tus ojos están perfectamente.

Siguió hablando antes de que pudiera decidir si me estaba tomando el pelo.

—Mira. Te propongo un trato. Yo conseguiré poner en marcha este viejo descapotable, pero tendrás que hacer algo por mí a cambio. En la cafetería que hay a la vuelta de la esquina, verás a dos personas sentadas en una mesa del fondo. Una de ellas es un gamberro con chaqueta de cuero que intenta hacerse el duro —añadió sombríamente—. Quiero que te sientes lo bastante cerca de ellos como para oír lo que dicen, pide una hamburguesa para no llamar la atención, y luego vuelve y cuéntame lo que han dicho.

—Ya veo. ¿Quieres que espíe a tu novia? Si crees que te engaña, es que es verdad.

—Tendré el coche arreglado para cuando vuelvas —replicó él, ignorando mi comentario.

—No hay trato. Tengo prisa. Necesito que arranque ahora.

—Bueno, pues va a tardar un rato.

—Vale —acepté con un resoplido—. Pero la hamburguesa la pagas tú.

Él suspiró con exageradas muestras de paciencia y luego me plantó un billete de diez dólares en la palma de la mano.

—Come despacio. Quiero saber todo lo que dicen.

—¿También la parte dolorosa, cuando diga que te huele mal el aliento y se te llena la boca de saliva al besarla?

Chet se quitó el sombrero vaquero y me dio con él en el culo. O sea, me dio de verdad en el culo.

—Vete ya o te lo perderás todo. Y yo no tengo mal aliento. Ni tampoco lo otro.

—Será mejor que tengas el coche a punto cuando vuelva —le advertí.

—¿Ah, sí? ¿O qué?

—O haré que me pagues otra hamburguesa. Y patatas fritas. Y un batido. —No parecía alterada al hablar, pero si no conseguía llegar a la casa antes que Carmina, seguramente me obligaría a pasar la noche en la cárcel para darme una lección. Además, se aseguraría de que no volviera a tocar el Mustang. Y eso no podía permitirlo, porque necesitaba un medio para ir hasta la biblioteca. Pensaba comprobar la cuenta de *e-mail* tan a menudo como me fuera posible. Reed no tardaría en contestarme y empezábamos a idear un plan para volver a estar juntos después de mi cumpleaños. Él tenía diecinueve años y podía vivir legalmente solo; no teníamos más que esperar a que yo cumpliera los dieciocho.

—Espérate a probar la primera hamburguesa —me avisó Chet con un brillo de

picardía en los ojos.

—¿Y eso qué significa?

—Digamos que el Departamento de Sanidad del condado no es muy escrupuloso que digamos. De hecho aún no está muy claro si tenemos departamento de sanidad o no.

Agité en el aire el arrugado billete de diez dólares.

—Entonces paso de comer y me quedo esto como propina por mis increíbles habilidades como espía.

Giré en redondo, me dirigí tranquilamente hacia el final de la manzana y al llegar a la esquina miré a un lado y a otro. El Sundown Diner se encontraba en la planta baja del edificio contiguo. Lo recordaba de la mañana, cuando había estado por allí buscando trabajo. Ahora tenía encendidas las luces de fuera y las polillas revoloteaban frenéticamente en torno a las bombillas. Un toldo a rayas blancas y azules cubría la entrada.

Entré por la puerta batiente y recorrí rápidamente el local con la mirada. El negocio estaba flojo aquella noche. Solo había dos mesas ocupadas. Una madre con dos niños pequeños estaba sentada en el reservado contiguo a la gramola. Al fondo de la cafetería, dos tíos estaban frente a frente, inclinados sobre la mesa, enfrascados en una conversación.

Supongo que estaba equivocada sobre Chet. No era su novia. Quería que espicara a dos tíos. El que llevaba la chaqueta de cuero aparentaba mi edad, quizás un año menor. Los cabellos castaños le caían sobre los ojos, que no dejaban de moverse con nerviosismo. Su compañero tenía algunos años más y llevaba una camiseta de un concierto de los Journey ceñida a la tripa cervecera. Lucía pobladas patillas pelirrojas y un pañuelo negro atado en torno a la cabeza. Parecía un híbrido entre un Ángel del infierno y un paleta de pueblo. Al instante supe que no me gustaba ni confiaba en él.

—¿Vienes sola? —me preguntó la encargada mientras revolvía en una pila de menús.

—¿Le importa si me siento en el reservado del rincón del fondo? —Esbocé una sonrisa—. Mi sitio de la suerte.

—Pues claro, cariño.

Me acomodé en el reservado. Estaba lo bastante cerca del otro reservado como para oír a los dos tíos, pero habían dejado de hablar al sentarme yo. Para animarlos a que olvidaran mi presencia, saqué del bolso el *walkman* de Carmina, lo dejé sobre la mesa y me metí los baratos auriculares de plástico en las orejas. «No os preocupéis, chicos, estoy perdida en mi propio mundo. Venga, empezad a hablar y daos prisa. No tengo mucho tiempo».

El más joven de los dos fue el primero en hablar.

—Voy a recibir unos cuantos miles de mis padres —confesó con inquietud.

—Define «unos cuantos».

—Cuatro mil.

El Ángel del infierno se rascó el cogote pensativamente.

—No es mucho, pero debería bastar.

—Después de darte el dinero, ¿cuánto tardaré en entrar en el negocio?

—Dos semanas. Tengo que traer la mercancía desde Colorado.

El más joven se lo pensó y asintió.

—Vale. Cuenta conmigo.

—No tan deprisa. ¿Cuánto tardarás tú en darme el dinero?

Justo entonces la camarera se acercó y se colocó entre los dos reservados.

—¿Quieres algo para beber?

—Agua. —Respondí, tratando de mantener el oído atento a la conversación de los dos tíos.

—¿Alguna pregunta sobre el menú?

No había abierto el menú. Ya sabía lo que quería. Por mal que lo hicieran, era imposible que la jodieran con unas patatas fritas. Se freían en grasa hirviendo. Eso mataría cualquier bacteria.

—Una ración grande de patatas, por favor.

—¿Eso es todo?

Asentí, dando por sentado que merecía guardarme el dinero sobrante del billete de Chet, y ella volvió tranquilamente a la cocina.

En la otra mesa, el Ángel del infierno y el chico estaban acabando. El chico mandaba mensajes por el móvil y el Ángel del infierno rebuscaba en su cartera para reunir dinero con el que pagar la cuenta. Sabía que a Chet no le gustaría nada que volviera con tan poca información, pero tendría que conformarse. Me había pedido que escuchara la conversación. Yo no tenía la culpa de que hubiera durado solo un par de minutos.

—Te llamaré cuando tenga el dinero —dijo el chico de la chaqueta de cuero, levantándose y metiéndose el móvil en el bolsillo. Cuando se levantó, debió de percibir que lo estaba observando, porque su mirada se desvió hacia mí. Frunció el ceño con suspicacia al verme, e inmediatamente abrí mi menú y fingí estar absorta leyéndolo.

Él salió, seguido por el Ángel del infierno, y decidí que en lugar de esperar las patatas, iría a ver si Chet había cumplido con su parte del trato. Pagué las patatas en caja, esperando que la camarera las disfrutara por mí.

Encontré a Chet inclinado bajo el capó del Mustang en el aparcamiento de la biblioteca. Miró por encima del hombro cuando me oyó acercarme. Incluso en la oscuridad, vi que tenía las manos manchadas de grasa.

—¿Y bien? —me preguntó, expectante.

—Los padres del chico le van a dar cuatro mil dólares y él va a entrar en negocios con el Ángel del infierno.

Chet soltó una palabrota por lo bajo.

—¿Qué más han dicho?

—No mucho. Ha sido una conversación corta. El chico espera tener pronto su negocio en marcha.

—Por encima de mi cadáver.

—Dime que has conseguido que el coche funcione.

—Claro, era el carburador. Lo tengo abierto, sujeto con un lápiz, para que le entre aire. Mira a ver si ahora arranca.

Me senté tras el volante y giré la llave en el contacto. El motor arrancó enseguida con un ronroneo. Sentí tal alivio que habría besado a Chet.

Pero en lugar de eso, dije:

—¿Cuál es el camino más rápido para volver a casa de Carmina?

Chet dejó caer el capó y se sacudió las manos para limpiárselas.

—No sabe que te has llevado el coche, ¿verdad?

—¿Podría ser nuestro pequeño secreto? —pregunté, mordiéndome el labio.

—La chica nueva me debe ya un favor. —Sonrió, provocando unos juveniles hoyuelos en las mejillas—. Vuelve por Rodeo Road, evitarás un par de semáforos. Carmina no vuelve nunca a casa del estudio de la Biblia antes de las nueve y media. Siempre que no tengas que parar en el paso a nivel, deberías llegar cinco minutos antes que ella.

Cinco minutos no era exactamente el colchón de seguridad que esperaba, pero tendría que conformarme. Le lancé un beso y salí del aparcamiento a toda mecha.

Al llegar a la casa, vi con alivio que la camioneta de Carmina no estaba en el sendero de entrada. Metí el Mustang en el establo dando marcha atrás para dejarlo tal como lo había encontrado. Entré en la casa, encendí la luz, y casi me trago la lengua.

Carmina estaba sentada en el sofá, tamborileando con las uñas sobre el reposabrazos. Apretó con fuerza los labios y el corazón se me encogió en el pecho.

—No he visto la camioneta —dije con nerviosismo.

—Se la ha llevado Mac Hester después del estudio de la Biblia. Tiene que arreglarle la transmisión. Él me ha traído a casa. Las llaves —añadió, extendiendo la mano.

Se las entregué.

—Lo siento.

—No es suficiente, Stella.

Cambié el pie de apoyo y soltó un bufido de impaciencia.

—Siento haberme llevado el coche. No volverá a ocurrir.

—Mírame cuando me hables.

—He dicho que lo siento —le espeté—. ¿Qué más quiere?

—Mañana por la mañana vendrás a la iglesia conmigo.

La miré a los ojos. Llevarme su coche había estado mal y ya le había pedido perdón. Habíamos zanjado la cuestión y ahora no iba a dejar que usara mi mal comportamiento como excusa para ejercer su autoridad sobre mí. Ella no era mi madre, no era más que un peón de la tapadera del Departamento de Justicia, y yo iba

a dejarle muy claro que lo sabía.

—No pienso ir a la iglesia.

—Oh, ya lo creo que vas a ir.

—¿Me está amenazando?

—Vives bajo mi techo y espero que te comportes correctamente. Me has robado el coche y solo lo sientes porque te he pillado... Me decepcionas, y mucho.

—¿Robado? —repliqué, poniéndome de inmediato a la defensiva—. ¡Yo no le he robado el coche, solo lo he tomado prestado! ¿He salido del pueblo? ¿He tenido algún accidente? ¡No! ¡Lo he devuelto al establo tal y como estaba!

—No me interrumpas y no me repliques —dijo ella sin perder la calma—. No soy tu madre, Stella. Lo sé mejor que nadie. No he tenido la oportunidad de conocerla, pero le estaría haciendo un flaco favor si dejara que robaras y mintieras y te salieras con la tuya.

Me tragué la sorpresa y la humillación y lo canalicé todo a través de la rabia.

—A ella no la meta en esto. No permitiré que la use para hacerme sentir culpable.

—A partir de ahora, tendrás que estar en casa a las nueve en punto de la noche.

—¿Qué? —exclamé con un sonido ahogado—. No puede imponerme una hora de llegada. —Al llegar a la edad en que podía salir de noche, mi madre estaba demasiado colocada para importarle a qué hora entraba o salía de casa. Me ocupaba de mí misma y establecía mis propias reglas. ¿Quién se creía que era aquella mujer para decirme lo que tenía que hacer?

—He dicho que a las nueve. Y mañana vendrás conmigo a la iglesia. No puedo obligarte a que te guste. Ni siquiera puedo obligarte a escuchar. Pero no voy a permanecer al margen mientras tú andas por ahí a tu antojo todo el verano. No será mientras estés bajo mi supervisión. Puede que me equivoque. Puede que esté empeorando las cosas. Pero prefiero intentarlo y fracasar a quedarme aquí sentada como una estúpida dudando qué hacer. He dejado un vestido colgado en tu armario. Me da igual si te gusta o no. Espero que mañana a las nueve y media estés en la camioneta, duchada y vestida. ¿Queda claro?

Salí corriendo escaleras arriba. Cerré de golpe la puerta del cuarto sin importarme si era infantil o no. Carmina no podía obligarme a ir a la iglesia. Llamaría a Price. Las cosas no funcionaban con ella. Quizá Price podría hablar con la fiscalía y conseguir que revocaran la decisión de ponerme en acogida hasta que cumpliera los dieciocho años.

Pensaban que hacían lo que era mejor para mí, pero yo estaba mucho mejor sola. Había estado sola los últimos dos años.

Me acurruqué en la cama y me consolé con una de las cartas de Reed.

ESTELLA,

PRIMER DÍA DEL CAMPAMENTO ESTIVAL DE BÉISBOL. LAS INSTALACIONES ESTÁN BASTANTE BIEN. TODO LO QUE QUIERAS PARA COMER EN LA CAFETERÍA. DORMIMOS EN

HABITACIONES PARA DOS, CON UN BAÑO COMPARTIDO AL FINAL DEL PASILLO. MI COMPAÑERO DE CUARTO ES UN GILIPOLLAS. HAY TÍOS DE TODO EL PAÍS EN LA MISMA PLANTA, Y VA Y ME TOCA CON SEMEJANTE CAPULLO. HAY INCLUSO UN CHICO DE LA REPÚBLICA DOMINICANA. SUPONGO QUE ALLÍ EL BÉISBOL ES IMPORTANTE.

DURANTE LA CEREMONIA DE INAUGURACIÓN, LOS ENTRENADORES SOLTARON PALABRAS COMO «LEGENDARIO», «PRESTIGIOSO» Y «TRADICIÓN DE EXCELENCIA» PARA DESCRIBIR EL PROGRAMA DE ENTRENAMIENTO. COSTABA NO ECHARSE A REÍR. HABLAN COMO MI PADRE. TODAVÍA CREE QUE CONSEGUIRÁ QUE ME ALISTE. PUES YO PASO DE LA TRADICIÓN FAMILIAR DE EXCELENCIA DE LOS WINSTON. GRACIAS PERO NO.

XREED

A la mañana siguiente mi malhumor se había disipado levemente. No tenía ganas de ponerme un vestido y permanecer sentada en un duro banco durante una hora, pero después de pasar la mayor parte de la noche reconcomiéndome de rabia, había empezado a ver las cosas desde una nueva perspectiva. Price no iba a levantar un dedo por mí si no le demostraba que estaba intentando que todo fuera bien con Carmina. Seguro que me conocía lo bastante bien como para saber que jamás iría a la iglesia. Lo que significaba que, si al final iba, mi buena disposición se convertiría en un poderoso elemento de negociación. Mira, Price, le diría, yo estoy haciendo todo lo posible. Incluso he ido a la iglesia. Pero lo cierto es que Carmina y yo no nos entendemos.

Y lo mismo con Nebraska. Pero mejor pelear las batallas de una en una.

Por supuesto siempre cabía la posibilidad de que me enviaran a un lugar peor... ¿Podía haber algo peor que Thunder Basin? Eché un vistazo desdeñoso a través de la ventana del cuarto. Ahí tenía la respuesta.

Me duché y me planché el oscuro pelo castaño hasta dejarlo perfectamente liso. Delante del espejo, me alboroté el flequillo con la mano. Empezaba a estar demasiado largo, lo que presentía que iba a ser un problema. Decidí que sería mejor que me lo recortara yo misma, en lugar de dejar que alguien de «CORTES DE PELO, 7,5 FIADO» me hiciera una chapuza.

Poco antes de las nueve y media, bajé por las escaleras llevando un vestido veraniego de color verde menta y unas alpargatas que uno de los alguaciles había recogido apresuradamente de mi casa. La especie de túnica sin forma que Carmina había colgado en el armario no podía considerarse un vestido. Estaba segura de que era una parte tácita del castigo por haberme llevado el Mustang la noche anterior. Iglesia y humillación pública.

—Tu aspecto es respetable —dijo Carmina algo envarada, cuando llegué abajo, esquivando mi mirada. No había olvidado lo ocurrido, ni me había perdonado. Así pues, estábamos en pie de igualdad. Lo que más me enfurecía, lo que me resultaba especialmente doloroso, era que una extraña como Carmina se comportara conmigo como una madre cuando mi madre auténtica no lo hacía.

—No quiero el vestido que ha colgado en el armario. Por favor, lléveselo hoy mismo —dije y, sin detenerme, seguí hasta la cocina, donde me serví una taza grande de café.

—Hoy habrá un pica-pica después del servicio —dijo Carmina desde el pasillo—. Si no quieres quedarte, tendrás que volver andando o encontrar a alguien que te traiga.

—¿Qué es eso del pica-pica? —repliqué, después de quemarme la lengua con el café, que estaba ardiendo. Lo habría preferido con una buena cucharada de azúcar y una pizca de nata, pero no pensaba preguntarle a Carmina dónde estaban. Así que me bebí todo el café negro que pude tolerar antes de que se me encogiera el estómago.

—Una pequeña fiesta con comida. Todo el mundo llevará un plato para compartir y una manta de pícnic.

—Qué bonito. Un pícnic campestre. Paso. —Dejé el tazón en el fregadero y me reuní con ella en el pasillo. Carmina llevaba una falda larga tejana, una blusa blanca, y las mismas botas rojas camperas. Llevaba los cabellos plateados peinados hacia atrás en una trenza francesa de los noventa. Intenté dar con un comentario sarcástico sobre su sentido de la moda, pero al final me limité a poner los ojos en blanco—. Bueno, son las nueve y media en punto. Pongamos el circo en marcha. No quería llegar tarde por nada del mundo.

—Y más que rebelde —murmuró Carmina cuando salió de la casa detrás de mí.

Oh, no había hecho más que empezar. Estaba impaciente por conocer a sus amigos de la iglesia. A poco que pudiera, Carmina y su nueva hija de acogida serían la comidilla de todo el pueblo durante la cena. Tenía intención de ser yo quien la humillara. Era una expolicía. La gente la veía como una figura de autoridad. Quizá su opinión cambiara después de aquel día.

Iba a dejarla por los suelos.

La congregación de Carmina se reunía en un sencillo edificio que se parecía levemente a un enorme establo blanco. En los laterales había ventanas en arco y una torre con aguja coronaba el tejado. Una amplia escalera de ladrillo conducía a las puertas dobles, que estaban abiertas y dejaban escapar música de órgano. Pero lo que realmente llamó mi atención fue el letrero de neón clavado en el césped que rezaba: LA EXPOSICIÓN AL HIJO PREVIENE QUEMADURAS^[1].

En serio esperaba que aquello fuera un indicio de que el clérigo tenía sentido del humor.

Nos saludó en la puerta un hombre que llevaba una camisa negra almidonada y alzacuellos. Llevaba el pelo canoso peinado con raya al lado y nos sonreía cordialmente. Era tan insulso en todos los sentidos que resultaba imposible sentirse ofendida.

—Buenos días, Carmina —dijo, apretándole la mano con afecto—. Veo que nos traes a una visitante.

—Pastor Lykins, le presento a Stella Gordon —dijo Carmina—. Va a pasar el verano conmigo.

Antes de que el pastor Lykins pudiera formular todo un batallón de preguntas, y por la manera en que abrió los ojos por la sorpresa, me di cuenta de que era esa su intención, Carmina me condujo hacia el interior sujetándome por el codo.

—¿No va a dejar siquiera que salude a la gente? —Le dije, mientras ella me llevaba hasta un banco vacío—. Tch, tch, Carmina, ¿qué modales son esos?

—Puedes abrir la boca durante los himnos. —Depositó su guisado de judías verdes para el pícnic entre las dos—. Algo me dice que tienes una buena voz.

Dos mujeres de cabellos plateados llegaron arrastrando los pies y se sentaron delante de nosotras, lanzándonos miradas especulativas a Carmina y a mí. Justo cuando una de ellas intentaba captar la mirada de Carmina, ella fijó su atención en arrancar una bola de pelusa de su falda con auténtico empeño. En ese momento comprendí realmente lo incómoda que se sentía teniéndome en su casa durante el verano. Sabía cuáles eran las supuestas razones de mi presencia en Thunder Basin, pero nunca se me había ocurrido pensar en la parte que desempeñaría Carmina en la tapadera. ¿Una exagente de policía huraña y madura que acogía a una chica de diecisiete años? Seguro que más de uno se quedaría de piedra. Me pregunté por qué la habría escogido la fiscalía. Sin duda era su antiguo empleo con las fuerzas de la ley lo que la había convertido en una buena candidata.

Seguramente le pagaban una pasta por acogerme. Yo no era la típica niña de acogida, era una testigo protegida. Cuanto mayor el peligro, más elevada la paga. Estaba volviendo a ocurrir: me utilizaban por el dinero. La única razón por la que mi madre había luchado por tener mi custodia era que quería conseguir la pensión alimenticia de mi padre... que luego usaba para drogarse. Y ahora Carmina me usaba para endulzar su retiro.

Claro que Carmina no parecía muy interesada en el dinero. Todo lo que poseía eran trastos viejos. Mi impresión era que detestaba más ir de compras que soportarme a mí.

Fueran cuales fueran sus motivos, tenía la clara sensación de que el plan de Carmina era pasar el verano con la cabeza gacha, esquivando preguntas molestas, y rezando para que el tiempo pasara deprisa. Me pregunté qué sentiría teniendo que mentir a sus vecinos y amigos. Al fin y al cabo, tendría que seguir viviendo con ellos mucho después de que yo me hubiera ido, sabiendo que les había ocultado secretos y que no había sido sincera con ellos. Casi me hizo sentir lástima.

Pero yo aún no estaba dispuesta a soltar mi presa. Sobre todo después de que me hubiera obligado a ir a la iglesia. Debería estar durmiendo hasta tarde. Para eso eran los fines de semana.

—¿Por qué me ha acogido en su casa? —le pregunté con un tono algo desafiante, algo suspicaz.

—¿Perdón?

—¿Qué saca con esto? ¿Qué recibe a cambio? ¿Qué le llevó a aceptar a una chica de diecisiete años a la que no le debe nada?

—Vaya, eso es lo que no dejo de preguntarme.

Carmina y yo nos dimos la vuelta en el asiento cuando Chet Falconer se arrellanó en el banco de detrás. Se había adecentado para ir a la iglesia y vestía pantalones de

algodón y un ligero polo de color azul marino. Había prescindido del sombrero vaquero y las botas manchadas de hierba, y había cambiado completamente su aspecto. Una cosa tenía que reconocerle: sabía cómo hacer que sintiera mariposas en el estómago. Le brillaban los azules ojos y se había echado los húmedos rizos detrás de las orejas. Olía a jabón y a ropa secada al sol, una combinación irresistible.

—Buenos días, Chet —dijo Carmina con rigidez, y luego volvió la vista al frente. Fin de la conversación. No sabía si Chet había hecho algo para ofenderla, en el pasado o ahora, o si ella estaba siempre igual de malhumorada. Teniendo en cuenta que Carmina le había comprado el Mustang el año pasado, y que él le cortaba el césped, yo me inclinaba por lo segundo.

—Vaya, Gran, ya sabes que no voy a rendirme tan fácilmente —dijo Chet, inclinándose hacia delante para hablarle en la oreja—. Si querías ayuda en la casa, podría haberte prestado a Dusty. El chaval es un angelito. No te daría ni un disgusto.

—Ejem —exclamó Carmina—. Mira quién fue a hablar. Tú eras igual de rebelde a los dieciséis. ¿No fue por entonces cuando te arresté la primera vez?

—Por fin la conversación se pone interesante —dije, enarcando las cejas para mirar a Chet inquisitivamente.

—No has tenido suerte, soldado —me informó él—. Carmina me guarda todos los secretos. Sabe que dejaría de cortar el césped si ella desenterrara mis esqueletos.

—Yo no sé nada de ese acuerdo —se mofó Carmina.

—Tienes el pelo distinto —me dijo Chet—. Así tan bien vestida, casi no te reconocía. Vaya, ¿pero quién es esa chica tan guapa?, me he preguntado al entrar.

Le saqué la lengua.

—¿Y tú qué? ¿El sombrero y las botas te los vigilan los cerdos?

Chet sonrió.

—Apuesto a que tienes toda una perita en dulce en casa, Carmina.

Carmina soltó otro ejem. Luego frunció el ceño y me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Debo entender que vosotros dos ya os habéis conocido? ¿Cuándo? —preguntó.

—Anoche. —Respondí—. Chet me ayudó a poner en marcha el Mustang en la biblioteca. Yo no conseguía arrancarlo. Tiene muy buena mano con los coches. —Añadí, retorciendo el collar en torno a un dedo con aire candoroso.

La sonrisa se borró del rostro de Chet, por el que pasó una sombra de desconcierto antes de que palidciera de temor. ¿Lo sabe?, me preguntó, articulando las palabras con los labios.

—Ahora sí —contesté tranquilamente.

Carmina se dio la vuelta despacio para lanzar a Chet una sombría mirada de amonestación.

—¿Tú sabías que me robó el coche anoche, Chet Falconer? ¿La ayudaste a salirse con la suya?

—Sí, señora.

—¿Algo que decir en tu defensa?

—El carburador volvía a hacer de las suyas.

—Debería hacer que os arresten a los dos.

Justo entonces, el organista terminó el acorde final del preludio musical, y el pastor Lykins ocupó su lugar en el púlpito. Los feligreses guardaron silencio y todas las miradas se volvieron hacia la parte frontal del lugar de culto.

Carmina lanzó a Chet una larga mirada glacial. Luego sacó el libro de himnos del bolsillo que tenía el banco por detrás y se dio un golpetazo en el muslo con él.

Me mordí el labio para ahogar una risita, justo cuando el aliento de Chet me hacía cosquillas en la oreja.

—Así que te parece divertido. Esta te la guardo.

Debía de estar de muy buen humor porque, después de la iglesia, dejé que Chet me convenciera para que me quedara al pícnic que se celebraba en el jardín de la parte de atrás. Él contribuyó con un par de bolsas de patatas fritas al despliegue de ensaladas, guisos y postres que aguardaban sobre mesas plegables. No llevaba manta para el pícnic, así que, después de separarnos del resto de los feligreses, nos las apañamos sentándonos en la hierba a la sombra de un frondoso roble.

Chet se tumbó de espaldas con los brazos doblados bajo la cabeza.

—Ya sabes que te la voy a devolver.

Me quité las alpargatas con los pies y me recosté lánguidamente contra el tronco del árbol.

—Alguien no estaba escuchando el sermón del pastor Lykins sobre el perdón.

—¿Siempre eres tan mojigata?

—Sí, ¿y? —pregunté, alzando una ceja.

Chet se dio la vuelta hacia mí, apoyándose en el codo, y bajó la voz hasta un susurro sigiloso.

—Recuerdo lo que ha dicho el pastor Lykins sobre arrojar al demonio lejos de nosotros. Vamos, chica, vuélvete por donde has venido.

Le di una patada en la pierna.

—Antes del servicio Carmina y tú habéis mencionado a alguien llamado Dusty —dije—. ¿Quién es?

—Mi hermano pequeño. —A Chet se le nubló el semblante y dejó de bromear.

—Te lo habría presentado, pero no he tenido el privilegio de arrastrar su culo hasta la iglesia esta mañana. Anoche no volvió a casa.

—¿Hermano pequeño? —Cuando Carmina me había dicho que Chet era el hombre de la casa, me lo había imaginado viviendo solo—. ¿Pero tú no tienes solo diecinueve años?

—¿Solo? Tampoco tú tienes muchos menos.

—Quería decir que ¿si es legal que viváis solos? —Sabía que los padres de Chet habían muerto, pero no tenía ni idea de que no solo había tenido de responsabilizarse de la casa, también era el tutor de su hermano—. ¿Qué edad tiene?

—Dieciséis. Lo bastante mayor para conducir, claro que no esperó a tener el carnet para empezar. Mis padres intentaban impedirselo escondiendo las llaves del coche, pero la necesidad agudiza el ingenio y aprendió solo a hacer el puente a los coches cuando tenía trece años. Si dejas aparcado el coche en la calle de noche, seguramente se lo llevará prestado. Te lo devolverá a la mañana siguiente con algo menos de gasolina. —Soltó un resoplido de indignación—. Cuando se digne volver arrastrando el culo de la fiesta en la que sea que se coló anoche, te juro que lo voy a

tener encerrado en la madriguera una semana.

—¿Madriguera?

—Me sorprende que no tengáis en Tennessee. ¿No? Una madriguera es un refugio subterráneo para tornados, tal como suena. Es un túnel debajo de la casa con espacio suficiente para entrar gateando. Carmina tiene un refugio más nuevo en la parte de atrás, con dos puertas que se abren a una escalera que conduce al refugio subterráneo. De unos tres por tres metros de tamaño, con un candado en la puerta. Otros chicos del barrio y yo lo usábamos como club, con letrero de «Prohibida la entrada a chicas» y todo eso.

En realidad había visto unas puertas dispuestas en ángulo a nivel del suelo no lejos del porche de atrás. Había supuesto que conducían a un almacén.

—Ya tendrás ocasión de entrar en uno. Sería raro que pasara un verano sin que hubiera un tornado por la zona.

Me estremecí. Esperaba sinceramente que se equivocara. Había soportado unas cuantas tormentas de hielo en Philly, y había pasado un par de días sin electricidad, y ahí es donde acababa mi tolerancia al mal tiempo.

—¿Dónde están esas fiestas a las que va tu hermano? —pregunté, con un motivo algo egoísta. Después de pasar tres días en una casa segura del gobierno, y tres más bajo la supervisión de Carmina, me moría por algo de vida nocturna. Desde luego Thunder Basin no era Filadelfia, y no esperaba encontrar allí clubes de moda, pero en ese momento, me habría conformado con cualquier cosa. Si Chet me indicaba dónde encontrar una fiesta, no desaprovecharía la oportunidad. No quería pasarme todos los fines de semana de aquel verano encerrada en casa de Carmina. Me moría por algo de vida social.

—El tío con el que estaba anoche es Cooter Saggory, así que seguramente encontraron algún vagón vacío en terrenos del ferrocarril y estuvieron bebiendo hasta caer redondos. O al menos eso espero, pero con Cooter de por medio nunca se sabe. Ese es el problema, que es un peligro en potencia, y ahora Dusty anda todo el día con él. Yo también hice muchas estupideces en mis tiempos, y desde luego he pasado un par de noches en el calabozo, pero nunca hice nada por lo que pudiera acabar en la cárcel.

—¿Cooter Saggory? Por favor, dime que es un apodo.

—Es su nombre, y le va al pelo. —Gruñó Chet—. Pura escoria y un paleta. Como seguramente tú mima pudiste comprobar anoche.

Fruncí el ceño, ladeando la cabeza.

—Un momento. El chico del Sundown Diner, ¿era Dusty? ¿Y el tipo que estaba con él era Cooter?

El rostro de Chet me indicó que creía que yo ya lo habría deducido por mí misma.

—Sí. Lo siento. Estoy un poco distraído. Ha sido una noche larga. Si yo hubiera puesto los pies en la cafetería, Dusty se habría pirado. Y yo no sabría ahora qué está tramando. Me vino muy bien encontrarte.

—¿Me usaste para espiar a tu hermano?

—Y volvería a hacerlo.

—Vale, pero es muy rastrero, y molesto. Dale algo de margen a Dusty. Seguro que siente que lo controlas demasiado y todo lo que hace, todo lo malo, es solo para ponerte a prueba. —Me di cuenta con un sobresalto de que hablaba desde el corazón. La rebeldía había sido mi táctica predilecta para mangonear a mi madre. Saltarme la hora límite de llegada, ponerme de parte de mi padre en tonterías, soltar tacos. Yo era una señorita, descendiente de una refinada familia sureña, y se suponía que debía mostrarme educada y con buenos modales. La táctica me había funcionado. Y luego, claro, ella había empezado a usar drogas e intentar llamar su atención era un empeño fútil.

—Cooter Saggory es un camello —afirmó Chet sin rodeos—. Dusty no sabe dónde se está metiendo. Aunque lo haga para ponerme a prueba, estas no son maneras. En el mejor de los casos, acabará con antecedentes, y en el peor, acabará en prisión.

A decir verdad, yo ya había sospechado que había drogas de por medio. Los cuatro mil dólares de adelanto eran una buena pista. Dusty quería probar fortuna como camello.

—¿Y si se lo cuentas a Carmina? —sugerí—. A lo mejor ella podría hablar con Dusty, darle una imagen más realista de lo que le espera.

—Se dará cuenta de que es cosa mía y será como empujarle a hacerlo. Voy a tener que encontrar otra manera de hacerle entrar en razón.

—¿Se droga?

—No lo he pillado drogándose, pero no quiero engañarme a mí mismo. La muerte de mis padres no fue fácil para él. Habría abandonado los estudios si yo no hubiera estado todo el tiempo encima de él. El mes pasado lo despidieron del Sun Mart. ¿Qué clase de persona es incapaz de conservar un trabajo de meter productos en bolsas? Está metido en algo, estoy seguro —dijo Chet, meneando la cabeza con amargura.

Quería decirle a Chet que sabía cómo se sentía. Vivir con un adicto era una mierda. Siempre con secretos, engaños y excusas interminables. ¿Cuántas veces me habían entrado ganas de zarandear a mi madre y gritarle: «¡Deja de actuar como si fuera una estúpida que se cree todas tus mentiras!»?

Pero la adicción a las drogas de mi madre no formaba parte de mi tapadera. Se suponía que debía contarle a todo el mundo en Thunder Basin que mi madre había muerto. De esa manera, si finalmente se limpiaba y salía de rehabilitación, podríamos instalarnos en otro lugar y empezar una nueva vida, pero juntas. Ese era el objetivo del Departamento de Justicia para mi futuro, y no iba a ocurrir nunca. En primer lugar, era improbable que mi madre lograra rehabilitarse. En segundo lugar, no pensaba volver a vivir con esa mujer jamás de los jamases. Después de haber probado la vida sin ella, tendrían que devolverme a rastras a mi vida anterior, pataleando y chillando.

Fruncí el ceño, ponderando estas afirmaciones lentamente. Seguía considerando Thunder Basin como una prisión, y seguiría siéndolo durante los tres meses siguientes, pero lógicamente en toda prisión había momentos de libertad fugaces. Vislumbrar un pedazo de cielo azul, los trinos de un pájaro en el alféizar de la ventana. O, en mi caso, no sentir el peso abrumador de la preocupación por mi madre. ¿Y si Thunder Basin era una oportunidad para tomarme un respiro?

Chet aguardaba mi respuesta. Se le notaba que necesitaba hablar con alguien, pero el insensato comportamiento de Dusty me resultaba perturbadoramente cercano así que sería mejor cambiar de conversación. No estaba bien, pero era realista. Tenía que atenerme a la historia de la tapadera por mi propia seguridad.

—¿Quién podía imaginar que esto de hacer de padre iba a ser tan duro? —dijo él por fin, frotándose el entrecejo.

—Ya, buena suerte con eso —dije con escasa convicción. Detestaba la punzada de culpabilidad que sentía. Lo que Chet necesitaba ahora era una amiga que le escuchara con simpatía, en lugar de un tópico tras otro.

—Es hora de irse, Stella. —No había visto acercarse a Carmina, que estaba de pie junto a nosotros, ahuyentando el calor creciente con el boletín de la iglesia.

—En realidad va a llevarme Chet —repliqué, mirándole para asegurarme de que estaba de acuerdo.

—Creo que será mejor que vengas conmigo. —El tono de Carmina era tranquilo, pero inflexible como el acero.

Chet me empujó con la rodilla.

—De todas formas tengo recados que hacer en el pueblo. Pero luego nos vemos.

Sentí que me ardía el cuello. Chet no tenía ningún recado que hacer. Estaba dejando ganar a Carmina y eso me ponía furiosa. ¿Era yo la única con suficientes agallas para hacerle frente?

—Entonces te acompaño a hacer los recados —dije, poniéndome en pie al mismo tiempo que él.

—Hoy no —dijo Carmina—. Sube a la camioneta, Stella. Vamos, Chet, no queremos entretenerte.

Chet nos saludó cortésmente a las dos con la cabeza y luego se encaminó al aparcamiento. Volvió la vista una vez, pero no supe interpretar su expresión. ¿Decepcionada? ¿Arrepentida?

Me crucé de brazos sobre el pecho y fulminé a Carmina con la mirada.

—Se le da bien intimidar a la gente, ¿eh?

—Te dije que te mantuvieras alejada de ese chico.

Solté una estridente carcajada.

—¿Porque me causará problemas? Abra los ojos. Chet Falconer es de lo más inofensivo. Fíjese en él. —Hice un furioso ademán en dirección al aparcamiento—. Ha sido lo bastante educado como para dejar que le echara en lugar de provocar una escena. Sé reconocer los problemas, se lo aseguro. Y Chet no es de esos. Aunque lo

fuera, usted no puede decirme con quién puedo o no puedo juntarme. No es mi madre. En lo que a mí respecta, no es más que una sustituta, un referente, un nombre en un documento del gobierno.

Los labios de Camina se cerraron en una dura y finísima línea.

—Sube a la camioneta.

—No.

—No me obligues a repetirlo, Stella.

—Nadie la obliga a hacer nada. Es usted la que me da órdenes. Apuesto a que no soporta que alguien le plante cara. Está acostumbrada a ser la gran poli mala y a que el pueblo la respete por ello. Bueno, pues a mí no me asusta. Volveré caminando a la casa, pero no pienso subirme a la camioneta.

Hacia ademán de dar media vuelta, cuando el pastor Lykins vino hacia nosotras agitando los brazos para indicarnos que le esperáramos.

—¡Carmina! No he tenido ocasión de darle las gracias a usted y a Stella por venir al sermón de esta mañana. —Llegó sin aliento y volvió a estrecharnos la mano, sonriendo de oreja a oreja—. Espero haberles dado algo sobre lo que reflexionar durante la semana.

Carmina esbozó una sonrisa forzada.

—Como siempre, pastor. Y ahora, si nos disculpa...

—Espero volver a verte la semana que viene, Stella.

No tuve mucho tiempo para pensar una respuesta. Casi instintivamente, aproveché la oportunidad y bajé los ojos, dejando escapar un triste suspiro.

—Eso espero. Pero depende de Carmina. No tengo coche ni bicicleta, así que es ella la que decide cuándo puedo salir de casa.

La sonrisa del pastor Lykins vaciló.

—Oh, bueno, estoy seguro de que Carmina querrá que oigas la palabra del Señor, ¿no es cierto?

Carmina puso los ojos en blanco y exhaló un suspiro de resignación.

—Stella puede venir a la iglesia siempre que quiera.

—Gracias, Carmina —dije, esforzándome por parecer sinceramente agradecida.

El Pastor Lykins nos miró a una y a otra con expresión de duda hasta que por fin su rostro se iluminó.

—Stella, ¿juegas a sóftbol?

No sabía adónde quería ir a parar, pero tuve un buen presentimiento.

—Sí, aunque hace un par de años que no juego.

Los ojos del pastor se iluminaron aún más.

—¿Has oído hablar de nuestra liga mixta juvenil de sóftbol? Los partidos son los viernes a la caída del sol. Te he visto antes charlando con Chet Falconer. Él se encarga de la liga. ¿Quieres que le pregunte si puede meterte en alguno de los equipos más pequeños? Yo también fui nuevo en el pueblo. Se tarda un tiempo en sentirse parte de la comunidad, pero lo mejor que se puede hacer es lanzarse y hacer

nuevos amigos. Carmina, seguro que no le importará prescindir de Stella unas cuantas horas a la semana, ¿verdad?

Me di la vuelta para encararme con ella.

—Por favor, Carmina —dije con tono esperanzado, suplicante incluso, pero tenía un arrogante y triunfal brillo en los ojos.

Carmina me lanzó una mirada severa.

—Estoy segura de que no habrá ningún problema. Stella es libre de ir y venir a su antojo, dentro de lo razonable. Por cómo habla, cualquiera diría que soy su agente de la condicional. —Al ver que los dos la mirábamos fijamente, añadió tajantemente—: No lo soy.

El pastor Lykins dio una suave palmada a Carmina en el hombro.

—Estoy seguro de que se necesita cierta adaptación para pasar de su anterior profesión a esta nueva y emocionante tarea de educar a una joven. Dos situaciones completamente distintas que requieren... eh... planteamientos distintos.

Carmina se limitó a mirarlo con rostro circunspecto.

El pastor Lykins carraspeó y luego me estrechó la mano.

—Buena suerte, Stella —dijo con sincera preocupación.

Esperé a que se alejara para sonreír con satisfacción.

Había concluido mi trabajo.

El lunes por la mañana recibí una llamada del Sundown Diner. La propietaria, Dixie Jo, quería entrevistarme para trabajar en su *drive-in*. Me hizo pensar en chicas con patines y la película *American Graffiti*. No había vuelto a patinar desde los seis o siete años, pero recordaba vagamente algo de limbo^[2] y una rabadilla dolorida. Si me hacía patinar como parte de la entrevista, no tendría la menor oportunidad.

Hacía demasiado calor para llevar tejanos, así que me puse unos pantalones cortos de algodón y una camiseta calada. No era lo bastante elegante como para merecer una mirada de aprobación de Carmina cuando bajé los escalones del porche, pero mi objetivo era estar cómoda.

Carmina me había prestado su bici, una bicicleta playera con neumáticos tipo balón. Una cesta de mimbre colgaba del manillar. Como todas las posesiones de Carmina, tenía la pintura sucia y desconchada, y estaba cubierta de polvo. Pero si podía salir de aquella casa gracias a la bici, para mí era tan buena como un Porsche.

Pedaleando hacia el pueblo, el aire cálido me levantaba el pelo. El calor no me parecía opresivo, más bien me daba energía. Sentí el impulso irresistible de soltar el manillar y alzar el rostro hacia el sol. Cautelosamente probé la sensación del viento soplando entre mis dedos. Me sentía abierta a infinitas posibilidades. Aquella carretera, aquella mañana, aquel verano eran míos. No tenía que preocuparme de nada más. Mi madre no estaba. Ya no era problema mío. Imaginando que cada pedalada me alejaba aún más de ella, pedaleé con más brío. Sentí que una sonrisa se abría paso desde mi garganta hasta llegar por fin a mi boca. Era libre.

A las diez, una hora antes de que abriera el Sundown, apoyé la bici contra una farola de la calle y llamé a la puerta. Contestó a mi llamada una rubia esbelta de mediana edad. Tenía finas patas de gallo en los ojos y llevaba el pelo recogido en una trenza floja. Cortos mechones alborotados le sobresalían de la cabeza como rayos de sol. Tenía unos cálidos ojos castaños y un rostro abierto y franco.

—Tú debes de ser Stella. ¿Sabes?, le tengo cariño a ese nombre. Una de mis mejores amigas en el colegio se llamaba Stella. Tenía unos profundos ojos de color avellana, igual que tú.

Me removí, sintiéndome incómoda. No me parecía bien iniciar una conversación sobre un nombre que detestaba y que ni siquiera era el mío. Si emprendía ese camino, inevitablemente tendría que inventar más mentiras. «Era el nombre de mi abuela». O «mis padres me lo pusieron por Stella McCartney». No me parecía correcto mentirle a una mujer con un rostro tan sincero. Y cuantas más mentiras contara, más difícil me resultaría recordarlo todo.

—Usted debe de ser Dixie Jo —me limité a decir—. Gracias por la entrevista.

—¿Has trabajado antes sirviendo comidas? —me preguntó, guiándome a través del comedor hasta una doble puerta batiente. La cocina de blancos azulejos resplandecía y olía a limpio como una pastilla de jabón. Vi a una mujer cortando cogollos de lechuga, a otra que picaba cebolla, y a un tío de mi edad que vaciaba un lavavajillas enorme que desprendía vapor. Hacía calor y tenían el rostro encendido.

Dixie Jo me indicó que tomara asiento en un pequeño despacho contiguo a la cocina.

—No. —Respondí. Me senté frente a ella en la silla del otro lado del escritorio. Decidí que no era el momento de decirle que no había trabajado nunca—. Pero aprendo rápido y soy una persona muy sociable. «Y me encanta el aire acondicionado», añadí mentalmente.

—¿Podrías trabajar por las noches?

—Todas menos la del viernes. —Chet aún no me había dicho nada sobre la liga de sóftbol, pero confiaba en que no habría ningún problema, porque para empezar necesitaba hacer algo los fines de semana. Y además me gustaba la idea de frecuentar la compañía de Chet durante el verano. Dejando a un lado su irritante pose de vaquero, tenía sentido del humor y no era tan paleta como algunas de las personas que había visto en el pueblo. Y, para ser sincera, también estaba de buen ver.

—¿En cuántas horas estabas pensando?

—En todas las que pueda darme.

—Quiero contratar a alguien a tiempo parcial, veinte horas a la semana. Tendrías que ocuparte de preparar algunas cosas, como batidos, y añadir el aliño adecuado a nuestras ensaladas. Pero tu cometido principal consistiría en tomar los pedidos de los clientes que vienen en coche, transmitirlos a la cocina, y llevarlos a los coches cuando estén listos.

—Puedo hacerlo.

—Lo bueno de estar justo en la esquina es que disponemos de todos los aparcamientos a lo largo de todo el lateral izquierdo del edificio. Los clientes llegan con su coche y no tienen que bajarse para que les sirvan la comida. Servimos de veinte a cincuenta coches por noche. —Sonrió astutamente—. No ocupan sitio en el comedor y no hay que limpiar. Lo mejor de ambos mundos. ¿Puedes empezar esta noche, Stella?

—¿Me está ofreciendo el puesto? —pregunté, parpadeando.

—Si lo quieres.

Fue una decisión fácil. ¿Horas lejos de Carmina, aire acondicionado, y algo de dinero para gastar? Sonreí animadamente.

—Ya tiene nueva camarera.

Dixie Jo se levantó al otro lado del escritorio.

—Ven a las cuatro y media. Así tendrás ocasión de ver cómo funciona todo antes de la hora punta. Pago los viernes cada quince días. ¿Aún te interesa?

—Desde luego.

—Entonces, nos vemos luego, Stella. —Con una sonrisa, me indicó con un gesto que saliera yo sola.

Atravesaba la cocina cuando lo pensé mejor, volví sobre mis pasos y asomé la cabeza por la puerta.

—Una cosa más. ¿Tengo que llevar uniforme?

Ella hizo chasquear los dedos.

—Casi se me olvida. Los nuevos acaban de llegar. El viejo era un vestido a rayas blancas y rosas con un adorno de encaje. Lo habría podido llevar perfectamente Dolly Parton en su gira de 1981. Si te pasas por el Ejército de Salvación, lo verás a la venta a diez dólares la unidad. —Revolvió en una de las cajas que había apiladas contra la pared del fondo, y sacó una falda negra de piel de imitación y un top con estampado de camuflaje.

—¿Mejor? —Enarcó las cejas, inquiriendo mi opinión.

Me eché a reír.

—¿Tiene que preguntarlo?

—El top se ha de meter por dentro por seguridad, pero puedes ponerte cualquier calzado cerrado que te parezca. ¿Qué talla prefieres?

Elegí una mediana y salí la mar de contenta. En lo que a entrevistas de trabajo se refería, iba una a cero.

Una vez en la calle, vi que la bicicleta de Carmina había desaparecido.

Miré a un lado y a otro de la calle. Unos cuantos coches circulaban por las calles de adoquines del centro de Thunder Basin, pero las aceras estaban desiertas. No había ningún transeúnte con aire culpable que huyera en una birria de bicicleta. Vaya con la tranquila y segura vida de los pueblos pequeños. Seguía sin móvil, así que no podía denunciar el robo. Tampoco podía llamar a Carmina para que fuera a recogerme. Se pondría furiosa y seguramente me obligaría a volver andando para castigarme. Lo mirara por donde lo mirase, tendría que volver a pie. Primero le daría a Carmina la buena noticia, que me habían dado el trabajo. Y esperaba que bastara para suavizar la pérdida de la bicicleta. Pero no solucionaba el problema de cómo ir a trabajar por la tarde.

Me recogí el pelo, crucé al lado sombreado de la calle, e inicié el largo paseo de vuelta a casa. Solo había recorrido unas cuantas manzanas cuando un vehículo amarillo se detuvo a mi lado. La ventanilla del copiloto estaba bajada. Chet Falconer se llevó la mano al sombrero Stetson y me saludó con una sonrisa.

—Una mañana calurosa —comentó.

—¿Qué quieres? —dije, fingiendo fastidio, pero la verdad era que no daba crédito a mi buena suerte. A lo mejor Chet había acabado ya en el pueblo y podía llevarme a casa de Carmina.

—¿Has venido andando hasta el pueblo? Es un buen paseo.

—No todos somos unos holgazanes. A algunos nos gusta hacer un poco de ejercicio y el aire fresco. ¿Y de dónde sale este engendro que devora gasolina? — pregunté, señalando el vehículo. Nunca había visto nada igual. Parecía un cruce entre todoterreno y camión militar.

—Es una International Harvester Scout de 1977. Ya no las fabrican.

—Me arriesgaré a decir que gasta... ¿4 litros cada 25 kilómetros? Podrías pensar un poco más en el medio ambiente y compartirlo al menos. Buscar a algún viajero solitario que necesite que lo lleven...

Su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Buscas a alguien que te lleve?

—Simplemente me preocupa el estado del planeta que vamos a dejar a nuestros nietos. —Miré la Scout con aire dubitativo para dar mayor énfasis a mis palabras.

—Venga, sube.

Miré hacia delante, me mordí el labio y procuré que pareciera que no acababa de decidirme.

—Pero hace un día tan estupendo.

Chet soltó un bufido.

—Hay treinta y dos grados ahí fuera. Sube antes de que cambie de opinión.

Tiré de la portezuela y subí.

—Vale, me has convencido.

El interior de la Scout de Chet olía a una sencilla mezcla de limpiador de cuero, libros antiguos y césped cortado. No había ningún ambientador artificial colgado del espejo retrovisor, y no me llegó ningún aroma a colonia. Tampoco lo esperaba. Chet no era tan quisquilloso con su aspecto como los chicos de Philly. Desde luego no era tan meticuloso como Reed, que se planchaba los tejanos. Cuando Reed venía a recogerme, se le notaba en el pelo la rigidez de un gel de máxima fijación, la ropa acabada de salir de la lavandería, y olía tanto a colonia como la perfumería de unos grandes almacenes. Seguramente tardaba al menos una hora en arreglarse. Detalles. Siempre me había gustado su atención a los detalles. Pero pensándolo ahora, le hacía parecer un poco... tiquismiquis.

Chet apoyó el codo en la ventanilla abierta y metió la primera.

—¿Directa a casa?

Era demasiado pronto para comer, y no quería volver aún a casa de Carmina. No me apetecía nada tener una nueva bronca. Pero a ver, ¿a quién se le ocurría robar una bicicleta playera verde de 1965 por lo menos?

—¿Sabes de alguna tienda de bicicletas que esté bien? —pregunté.

—¿Nuevas o de segunda mano?

—De segunda mano, por supuesto. Busco una bici muy concreta. Una playera verde con un cesto colgado del manillar. La pintura ha de estar desconchada. Es crucial que tenga arañazos en la estructura. Oh, y el sillín ha de ser ancho y mullido. ¿Crees que encontraré una así?

Chet emitió un silbido con aire pensativo.

—Me parece que no me lo has contado todo.

Alcé las manos en el aire.

—He perdido la bici de Carmina. Esta mañana he venido al pueblo en la bici para una entrevista de trabajo, y me lo han dado, por cierto —hice una pausa para chocar los cinco con él—, y cuando he salido a la calle, ya no estaba. Me la han robado. Primero el Mustang y ahora la bici. Tengo mala suerte. Seguramente me castigará. No se me ocurre un castigo peor que quedarme en su casa las veinticuatro horas del día.

—Los hermanos Charlton —musitó Chet para sí.

—¿Qué?

—Jimbo y Billy John Charlton se han llevado la bici. No te lo tomes como algo personal, se lo hacen a todo el mundo.

—¿En serio se llaman Jimbo y Billy John?

—Estamos en Nebraska.

Ahí tenía razón.

—Sé dónde está la bici exactamente —dijo Chet, e hizo un cambio de sentido ilegal y difícil al llegar al cruce. Me agarré al asa del techo para no perder el equilibrio cuando las ruedas golpearon ligeramente el bordillo.

—¿Dónde?

—El desguace.

—¿Roban bicicletas y luego las llevan al desguace?

—No tienen nada mejor que hacer. Viven en un parque de caravanas cerca de las vías del tren. El padre es un borracho y no tardará mucho en seguir a su mujer, que murió de cirrosis hepática hace unos años. Los hermanos Charlton no estudian, no trabajan y no pagan impuestos. Se rumorea que los dos han tenido relaciones impropias con su hermana pequeña, Millie Sue.

—Puaj.

—Son la deshonra del pueblo, Jimbo y Billy John.

Bueno, eso era lo que ocurría cuando la gente se quedaba estancada en un lugar como Thunder Basin. Una vez que se empezaba con la endogamia, todo era cuesta abajo. Camellos, ladrones de bicicletas y pervertidos, el completo.

Una alta valla metálica coronada con alambre de púas circundaba el desguace de Thunder Basin. Chet aparcó en la parte posterior del amplio recinto para evitar que nos viera el encargado que estaba en la entrada. No era probable que nos metiéramos en ningún lío por meternos allí, me aseguró Chet, pero si entrábamos por la puerta principal, tendríamos que pagar por cualquier cosa que nos lleváramos. Yo no pensaba pagar por una bici que para empezar era mía, bueno, técnicamente de Carmina.

Chet recorrió el perímetro exterior de la valla, encaminándose directamente al lugar donde se había cortado el entramado metálico dejando una brecha disimulada.

—Cuando Dusty tenía doce años, los hermanos Charlton se llevaron su bici. No han variado su forma de actuar en años.

Nos introdujimos por la brecha, recorrimos varias hileras de coches viejos apilados de tres en tres y de electrodomésticos antiguos. Pasamos al lado de una montaña de neumáticos, ejes y otras piezas de coche. También tractores y maquinaria agrícola desechados habían acabado allí. Chet giró al llegar a cierta hilera y, al final de todo, vi un enorme montículo de tierra. En lo alto estaba la bicicleta verde de Carmina.

—¡Es esa! —exclamé, avivando el paso.

Me detuve bruscamente al pie del montículo, consternada al comprobar que la tierra tenía una consistencia viscosa como el barro y que había heno desparramado por encima. Apestaba. Yo era una chica de ciudad, pero no se necesitaba vivir en una granja para saber que aquello era un montón de estiércol fresco.

—Voy a matar a los hermanos Charlton —murmuré vengativamente.

Chet me dio una palmada en el hombro.

—El primer paso es el más duro, nena.

—Supongo que tú no... —dije, mirándolo esperanzada.

Chet levantó las palmas de las manos y retrocedió.

—Ni hablar. Esto es cosa tuya.

Di un paso vacilante hacia el estiércol. Las alpargatas se hundieron en él con facilidad. Arrugué la nariz y dejé que mi mente se deleitara imaginando innumerables formas horripilantes de desmembrar a Jimbo y a Billy John Charlton. Cuchillos. Motosierras. Picahielos. Mis manos desnudas.

Resbalando una y otra vez, conseguí por fin trepar por el montículo hasta la bicicleta. Aposenté los talones con firmeza para no perder pie, y lancé la bici rodando hasta Chet. Las manos me quedaron hechas un asco y tuve que cerrar los ojos y contar hasta diez para no perder la compostura. Cuando reabrí los ojos y aventuré una mirada hacia abajo, me mortificó descubrir que las alpargatas se habían hundido completamente en el estiércol, que me subía por los tobillos desnudos.

No pude evitarlo: solté un chillido.

—Si te hace sentir mejor, las vacas son vegetarianas —me dijo Chet alegremente desde abajo.

—¡Lo que me haría sentir mejor es una ducha!

Conteniendo las náuseas que sentía, troté colina abajo lo más rápido que pude sin correr peligro de caerme. Al llegar abajo, di puntapiés en el aire para hacer saltar los grumos de estiércol que se me habían quedado pegados a los talones, y luego respiré hondo varias veces para serenarme. Al cabo de unos instantes había logrado reprimir las arcadas.

—¿Dónde viven? —pregunté, dirigiéndome ya a grandes zancadas hacia la parte

trasera del desguace, donde estaba aparcada la Scout de Chet—. ¿Dónde puedo encontrar a esos dos hijos de puta?

Chet rehuyó mi pregunta agitando la mano y con un extraño brillo en los ojos.

—Na, ya se ocupará de ellos el karma.

—No voy a esperar al karma. Voy a ocuparme de ellos yo misma ahora. —Insistí, escupiendo cada palabra.

—Jimbo y Billy Joe son mala gente. Yo de ti me iría con la bici, alegrándome de que no la hayan dejado en algún sitio peor.

Me detuve en seco.

—Un momento, ¿se llama Billy John o Billy Joe?

Chet enrojeció levemente. Tosió con el propósito evidente de disimular una carcajada.

Lo miré fijamente durante un rato antes de comprenderlo todo.

—Oh, no —exclamé, entrecerrando los ojos—, no me digas que tú...

—Desde luego que sí. —Chet soltó un grito de triunfo y echó a correr en dirección a la valla.

Agarré la bicicleta de Carmina por el manillar y salí en su persecución, lanzándole una retahíla de insultos amenazadores y muy ingeniosos. Cuando llegué a la valla, estaba sin aliento y notaba el sudor que me caía por la espalda. Chet estaba al otro lado, observándome con desconfianza, pero con una leve sonrisa burlona.

—Te dije que te la devolvería —me dijo con un gesto de suficiencia.

—Ha sido un golpe bajo, Falconer.

Chet me apuntó con el dedo.

—Empezaba a recuperar la confianza de Carmina cortándole el césped, y lo del coche fue un gran paso hacia atrás. ¿Viste cómo me miró cuando descubrió que te había ayudado a arrancar el Mustang? Dime que no fue peor que trepar por un montón de estiércol.

—¿Y qué? —dije con un resoplido—, ¿por qué perdiste su confianza?

—Seguimos hablando de Carmina, ¿no? —respondió él, abriendo los ojos con incredulidad. ¿Acaso necesita una razón?

Razón tenía.

Seguí rumiando mi descontento durante un rato hasta que finalmente dejé escapar un suspiro de irritación.

—Lo mínimo que puedes hacer es llevarme a casa.

Chet sostuvo en alto el trozo de valla cortada y me ayudó a pasar la bicicleta al otro lado. Luego se la echó al hombro y la llevó hasta la parte de atrás de la Scout. Aún me estaba sacudiendo el polvo cuando Chet se acercó y me abrió la portezuela.

—¿Ahora te pones en plan caballeroso? —dije, subiendo al vehículo.

Él soltó otro resoplido.

—¿Qué clase de venganza habría sido si te hubiera rescatado? —Después de sentarse tras el volante, se dio la vuelta para mirarme con aire avergonzado.

—¿Seguimos siendo amigos?

—Solo si me metes en la liga de sóftbol. Necesito vida social. ¿Ha hablado ya contigo el pastor Lykins?

—Pues sí.

—¿Y?

Chet se pasó el pulgar por la nariz.

—Le he dicho que supongo que puedo meterte en mi equipo. Tendremos un jugador de más, pero no le importará a nadie.

—Bien. —Me arrellané en el asiento, satisfecha—. Esperaba que estuviéramos en el mismo equipo.

—¿Ah, sí? —Parecía agradablemente sorprendido.

—He oído que eres un buen parador en corto. No quiero estar en un equipo de perdedores. Obviamente.

—De acuerdo. Bueno, has tenido suerte. Vamos 2 a 0 esta temporada.

Durante el camino de vuelta a casa, Chet sonrió de repente.

—Todavía no me puedo creer que te creyeras esa historia sobre Jimbo y Billy como se llame.

—¡Era una buena historia! —protesté—. ¡Totalmente creíble!

Él puso los ojos en blanco.

—¿Todos los pueblos pequeños de Estados Unidos están llenos de paletos ignorantes y obsesos de la Biblia? —Meneó la cabeza con expresión lastimera—. No es posible que creas eso. Eso es como si yo te dijera que todos los de ciudad son unos adictos al trabajo que te apuñalan por la espalda y son moralmente corruptos.

—Lo de adictos al trabajo seguramente es cierto. La gente se va a la ciudad persiguiendo un sueño...

—Ya sabes a lo que me refiero.

Lancé un prolongado suspiro e hice un mohín.

—Vale, admito que estaba equivocada y tal vez tenía prejuicios. ¿Contento?

—No pretendo obligarte a que pienses de una manera o de otra. Solo quiero que veas las cosas desde mi perspectiva. He vivido siempre en Thunder Basin. Este es mi hogar. Me gusta. Pero no soy ciego. Se nota que tú lo detestas. Pues muy bien. Pero preferiría que te reservaras tu opinión sobre el pueblo, y todos los que vivimos en él, hasta que hayas tenido ocasión de conocernos bien.

Me mordí el labio para reprimir una sonrisa.

—Ojalá pudieras verte la cara ahora. Qué serio te has puesto.

—Esperaba que dijeras *sexy*, encantador e increíblemente apuesto.

—Para eso primero tendrías que librarte del sombrero vaquero.

—Al menos yo no huelo a estiércol —dijo él con una mueca.

—¡Oh! —Eché la cabeza hacia atrás para reír—. ¡No me puedo creer que hayas usado eso! ¡Es de lo más rastrero! Esto es la guerra. —Me incliné sobre el asiento y le pasé un dedo manchado por la mejilla—. Una muestra de lo que te espera. No

sabes dónde te has metido por meterte con los mayores. —Añadí, volviendo los pulgares hacia mí para señalarme.

—Perro ladrador poco mordedor.

—Eso es lo que tú te crees.

—Empieza el juego.

Nos miramos el uno al otro y nos echamos a reír.

—Te llamaré para el partido del viernes —dijo, cuando me dejó en el sendero de entrada de Carmina quince minutos más tarde. ¿A qué número te llamo para encontrarte?

—Llama a Carmina y pregunta por mí. Aún estoy currándome lo de tener móvil propio.

—¿Cuándo me contarás lo del nuevo trabajo?

Estaba tan concentrada en encontrar la bicicleta de Carmina, que me había olvidado completamente de darle los detalles.

—Soy la nueva camarera del Sundown Diner. Seguramente las propinas serán una mierda, pero al menos tienen aire acondicionado.

—Ten cuidado con los vaqueros borrachos —dijo Chet con una sonrisa.

—Ya, bueno, me las arreglaré. —Sabía que solo intentaba asustarme—. Tengo mi primer turno hoy. Deséame suerte.

—No es necesario. —Sus azules ojos se posaron directamente en los míos e inesperadamente sentí una cálida sensación y me quedé sin aliento—. Te van a adorar. Deberíamos celebrarlo el viernes después del partido. Ir a comer algo o a ver una película. Tú decides.

Aparté la vista y recobré la compostura. Acababa de cruzar una línea y no me gustaba cómo me hacía sentir. Chet era un amigo, pero yo quería a Reed. «Y no debería ser necesario que te lo recordaran», me recliné a mí misma.

—Carmina ha sido más estricta de lo habitual desde que me llevé el Mustang el sábado por la noche. Tendré que preguntarle primero —dije. Me daba igual lo que pensara Carmina, y desde luego no pensaba hablarle de mis planes, simplemente lo decía para cubrirme. No quería comprometer toda la noche del viernes con Chet por si después surgía algún plan mejor. Suponiendo que conociera a otras personas en el partido de sóftbol, tal vez recibiera alguna otra invitación. Lo que yo quería en realidad, lo que más echaba de menos, era una fiesta de fin de semana. Mucha gente, música a tope y pasar un buen rato.

Sobre todo, no creía que fuera prudente pasar demasiado tiempo a solas con Chet. Conocía los peligros de una relación a distancia. Cuando el gato duerme, bailan los ratones. Yo no iba a ser una de esas chicas. Reed y yo habíamos pasado demasiadas cosas juntos para tirarlo todo por la borda por un rollo de verano.

—Carmina está acostumbrada a salirse con la suya —dijo Chet—. Pero su casa es lo bastante grande para acoger dos opiniones distintas. Al final entrará en razón; solo necesita algo de tiempo. ¿Estás bien con ella?

—Sí, de coña. Siempre que no estemos las dos en casa a la vez.

—Debe de ser duro tener que mudarse de un sitio a otro sin saber nunca con quién vas a acabar.

—Ajá —musité a modo de evasiva.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el anterior hogar de acogida?

—Demasiado. —Respondí con vaguedad. No esperaba sentir cierto remordimiento por tener que mentir a Chet. La fiscalía había montado una tapadera por mi propia seguridad, y yo lo entendía. Pero Chet y yo nos llevábamos bien. Él era lo más parecido que tenía a un amigo. Me sentía mal aprovechándome de esa amistad, aunque fuera solo durante el verano—. Oye, tengo que irme. Debería echar una cabezada antes de empezar el turno esta noche. Bueno, eso y también planear mi venganza.

—Dormiré con un ojo abierto.

Se me borró la sonrisa de la cara. Chet solo pretendía ser gracioso, pero mis pensamientos volaron hacia Danny Balandó, que estaba ahí fuera buscándome, y comprendí que la broma de Chet también se aplicaba perfectamente a mí.

Había dado en el clavo.

A las cuatro y media, introduje mi tarjeta en el reloj de fichar. Estaba claro que en el Sundown eran demasiado tacaños para instalar un sistema informático. Dixie Jo encargó a Inny, otra camarera de las que servían a los coches, que me enseñara la cocina y me diera lo que supuse que era su versión de un cursillo de entrenamiento.

Inny inició resueltamente su recorrido por la cocina de suelo blanco con andares de pato, soltándome la información a gritos por encima del hombro, y yo me quedé mirándola fijamente sin poderlo evitar. Aquí están los cocineros, aquí la máquina de hacer helados, aquí la mezcladora para batidos, aquí el almacén. Tenía el pelo negro y llevaba una melenita corta y escalada. Sus ojos eran pequeños y parecían instalados bajo un ceño permanente. Y los brazos y las piernas eran largos y flacos. Los brazos los cruzaba sobre un pecho plano, pero por debajo, la camiseta de camuflaje ceñía un vientre redondo y abultado. Inny, que apenas aparentaba diecisiete años, estaba embarazada. Embarazada de verdad.

Me miró de arriba abajo, haciendo explotar el chicle.

—¿Conoces la diferencia entre el aliño francés y el aliño ranchero?

—Claro.

—Esto se va a poner a petar a las seis. ¿No irá a darte un colapso nervioso o algo así, no?

Esboqué una sonrisa forzada porque sabía lo que pretendía Inny. Intentaba ponerme en mi sitio, pero a mí no me intimidaba. No me intimidaba nadie en aquel pueblo.

—Tú dime qué tengo que hacer y yo lo haré —dije.

Inny me plantó un talonario de camarera en la mano.

—Anota los pedidos, dáselos a los cocineros y luego lleva la comida a los coches cuando esté lista. ¿Necesitas que te lo repita?

Me hice con un delantal que estaba colgado en la hilera de ganchos que había junto a las puertas batientes, me lo puse, me lo até alrededor de la cintura y me metí el talonario en el bolsillo de delante.

—Esta es la puerta para ir a atender a los coches —explicó Inny, conduciéndome a una puerta lateral situada más allá de donde estaban los cocineros. Unos menús plastificados colgaban a la izquierda de la puerta. En ella había un ojo de buey por el que se veía la calle lateral—. Quédate aquí y vigila la calle. Seguro que pronto aparece algún coche.

Apoyé el hombro en la puerta con los ojos fijos en la calle. Un par de minutos más tarde, una camioneta aparcó e hizo sonar la bocina.

—La bocina hambrienta, esa es tu señal —me gritó Inny al tiempo que colocaba cuatro cuencos de ensalada en equilibrio sobre su brazo.

Empujé la puerta para salir a la calle. Me encontraba a mitad de camino de la camioneta cuando me di cuenta de que no tenía la menor idea de cómo recibir a un cliente y mucho menos de cómo atenderle. Pero no estaba de humor para soportar que Inny se riera de mi ineptitud, ni para aceptar un buen rapapolvo, así que me eché la cola de caballo hacia atrás e improvisé un saludo.

—Bienvenido al Sundown Diner. Soy Stella y seré su camarera hoy. ¿En qué puedo servirle?

—Dos de pollo empanado y dos de patatas fritas y ensalada de col. Nada de beber. ¿Lo tienes?

—Lo tengo —dije, garabateando el pedido tan deprisa como podía—. Ahora mismo se lo pido.

De vuelta en la cocina, sujeté el pedido con una pinza en la rueda de los cocineros, pero antes de que pudiera suspirar de alivio por haber logrado atender a mi primer cliente sin problemas, oí dos bocinazos más desde la calle.

—Avísame cuando estés a tope —gritó Inny desde el otro lado de la cocina. Salía de una cámara frigorífica, grande como una habitación donde se apilaban en estanterías los alimentos congelados en bolsas, botes y cubos de plástico. El aire gélido salía por la puerta abierta, que ella se apresuró a cerrar. Tuve la sensación de que, si no ponían pronto en marcha el aire acondicionado en la cocina, iba a tener que inventarme una excusa para visitar la cámara frigorífica con frecuencia.

Al llegar a las seis y media estaba demasiado ocupada para sentirme nerviosa. Todos los aparcamientos de la calle estaban ocupados; en cuanto un coche se iba, otro ocupaba rápidamente su lugar. Empezaba a tener la mano rígida de tanto garabatear pedidos a toda prisa, y me dolían los hombros de tanto trajinar bandejas entre la cocina y los coches. La propina habitual eran dos dólares, lo que en Filadelfia habría sido un asco, pero no estaba en posición de quejarme. ¿Quién iba a escucharme? Inny trabajaba a mi lado, metiéndose metódicamente las propinas en el bolsillo sin hacer ningún comentario. Me pregunté para qué estaría ahorrando. No quería sonar moralista, pero estaba segura de que no tendría ningún problema en conseguir una ayuda del gobierno para madres adolescentes.

Inny me tiró de la manga cuando iba a salir de nuevo a la calle.

—Debería avisarte de que esa camioneta que acaba de llegar es la de Trigger McClure.

Eché un vistazo a través de la puerta, pero estaba demasiado lejos para ver por el ojo de buey.

—¿Quién es Trigger McClure?

Por primera vez en todo el turno, la expresión de Inny se suavizó. Meneó la cabeza y me dio una palmadita compasiva en el hombro.

—No dejes que te asuste. Y no dejes que te pisotee.

Empujé la puerta y me encaminé a la camioneta roja aparcada con el morro apuntando al bordillo. El tipo que había al volante aparentaba la misma edad que Inny

y yo. Desde luego iba al instituto. Basándome en la advertencia de Inny, esperaba a alguien mayor con dientes torcidos y ojos crueles y vidriosos por el alcohol. Uno de los vaqueros borrachos de Chet, tal vez.

Trigger McClure tenía una sonrisa lánguida y pícara que cruzaba sus labios en forma de arco. Sus brillantes cabellos tenían un tono entre rubio y rojizo, a juego con sus ardientes ojos azules. Unas cuantas pecas salpicaban su piel lechosa. Tuve que sacudir la cabeza para salir del trance. Parecía el modelo de una tienda de artículos de deporte. No era de extrañar que Inny me hubiera advertido sobre él. Seguramente tenía a todas las tías revoloteando a su alrededor. Era muy difícil que tanta atención no se le subiera a uno a la cabeza.

Trigger inclinó su cuerpo moldeado en el gimnasio fuera de la ventanilla de la camioneta y me hizo una seña de impaciencia.

—Yo soy el siguiente —gritó.

Caminé hacia él y me llegó el olor a sudor masculino. Lo que, unido a su camiseta empapada en sudor y el guante de béisbol que había en el asiento junto a él, me indicó que venía directamente de jugar.

—¿Dónde está Inny? —quiso saber.

—Dentro. Hoy te serviré yo. —Aguardé con el lápiz preparado sobre el talonario para indicarle que no podía perder el tiempo. Aunque él no se hubiera dado cuenta, el coche contiguo al suyo acababa de irse dando marcha atrás, y otro había ocupado su lugar. En el asiento de atrás, unos niños pequeños, gemelos, lloriqueaban y pataleaban, mientras la madre daba golpecitos en el volante y me lanzaba miradas de impaciencia.

Trigger se pasó el pulgar por la frente.

—Escucha... —Fijó la vista en mi camiseta y tuve la clara impresión de que me estaba mirando las tetas—. ¿No llevas chapa con el nombre?

Alcé el talonario.

—¿Quieres oír la lista de bebidas? Tenemos productos Pepsi, limonada, té helado...

—Mountain Dew y pollo empanado, señorita Sin Nombre —me dijo con un asomo de coqueteo, esbozando una sonrisa seductora.

—Ahora mismo.

—Seguro que te gusta verme sudar para saber tu nombre, ¿eh? —Mostró unos dientes tan blancos y rectos como teclas de piano. No sabía por qué, pero había algo en él que me resultaba vagamente familiar. Una idea ridícula, puesto que nunca antes había visto a Trigger McClure. Sin embargo, no podía desprenderme de aquella sensación perturbadora y acabé subiendo la guardia.

—Me gusta mi trabajo —dije, adoptando una afable máscara de cortesía. Si Trigger quería enterarse de mi nombre, tenía múltiples formas de conseguirlo, como entrar en el restaurante, arrinconar a Inny y preguntárselo. No era que no quisiera que supiera mi nombre. Aunque lo pareciera, no era por desconfianza. Simplemente

aquella extraña familiaridad que sentía me había dado escalofríos, y hasta que tuviera tiempo de descubrir de dónde venía, el instinto me decía que guardara las distancias.

—Eres toda una coqueta, ¿eh? —siguió diciendo Trigger, redoblando el encanto de su sonrisa de buen chico.

Coqueta. Siempre había detestado esa palabra. Y aunque él no me creyera, no me mostraba evasiva a propósito. Pero...

Cuanto más lo miraba, más se disparaban las sinapsis de mi memoria. Conocía a aquel tío. Solo que no recordaba de qué.

Quise alejarme para aclararme las ideas, así que rodeé la camioneta y me encaminé hacia la madre de aspecto cansado con los dos niños gemelos.

—Te pongo nerviosa, ¿eh? —dijo Trigger a mi espalda—. Conseguiré tu nombre, monada.

Garabateé el pedido de la madre, atendiendo apenas con la mitad del cerebro, y luego me apresuré a entrar. Iba a volverme loca tratando de ubicar a Trigger McClure. Su nombre no me sonaba de nada, pero desde luego su cara sí. Había cambiado desde la última vez que la había visto, aunque no recordaba cuándo. Había madurado un poco, la cara había perdido la redondez, por eso no lo había reconocido al principio, pero en algún momento de nuestra vida, nuestros caminos se habían cruzado. Y no acertaba a imaginar cómo. ¿Cuándo podía haber conocido yo a un chico de un pueblo de Nebraska?

Tenía que haber sido mucho antes de convertirme en Stella Gordon. Si yo conocía a Trigger, tal vez él también me conociera a mí, a mi auténtico yo y por tanto era una brecha potencial en mi tapadera.

A menos que no se acordara de mí. Era una posibilidad. Al fin y al cabo, a mí me había costado un poco recordarlo. No, recordarlo no. Aún no lo ubicaba. Empezaba a dudar de haberlo conocido. Quizás hacía años me había sentado al otro lado del pasillo en el mismo avión, y confundía una simple mirada al pasar con una relación más profunda y prolongada. Si no podía recordar de qué conocía a Trigger, lo más seguro era que tampoco él me recordara a mí.

Sabía que debía decírselo a Carmina. El marshal ayudante Price querría saberlo. Pero si creían que había una brecha en mi tapadera, seguramente me sacarían de allí. No me había empezado a gustar Thunder Basin, pero lo que menos me apetecía era tener que mudarme a otro pueblo en mitad de la nada. Allí tenía un trabajo. Empezaba a orientarme. Y tenía a Chet.

En cuanto pensé en Chet, me pregunté por qué me habría venido su nombre a la mente. Sí, claro, era buen tío, pero no podía ser una razón para quedarme allí. Supuse que me gustaba su divertida manera de hacerme olvidar que no quería estar allí.

Solo tenía que asegurarme de que nuestra relación no traspasara cierta línea.

Después de colgar los nuevos pedidos en la rueda de la cocina, recogí una bandeja y me dispuse a llevarla fuera.

—¿Se ha metido contigo?

Miré por encima del hombro y vi a Inny echando helado de vainilla en un vaso alto para batidos. Lo colocó bajo la máquina de batidos, que se encendió con un agudo zumbido.

—Nada que no pueda manejar —le grité para hacerme oír en medio del ruido.

—No temas gritarle si se pasa contigo. Dixie Jo no te despedirá por eso. Lo detesta. Seguramente te aumentaría el sueldo.

—La comida se está enfriando —dije, alzando un poco la bandeja que llevaba. Aún no estaba segura sobre Inny. El instinto me decía que no confiara en ella, pero tenía algo, algo que me gustaba, aunque no podía nombrarlo. O quizá la admiraba. No me parecía la clase de chica a la que le daría vergüenza pedirle al novio que se pusiera un condón, de modo que deduje que debía de haberse roto mientras lo hacían. Su embarazo no era un descuido, sino mala suerte. Porque aquella chica era dura como el hormigón. Inny no cedía fácilmente, igual que yo.

Cuando le servía la comida a una familia de cinco personas que viajaba en un Suburban, Trigger hizo sonar la bocina. Se inclinó sobre el asiento para gritar a través de la ventanilla del copiloto.

—¡Eh, Sin Nombre! Quiero cambiar mi pedido. Tacha lo del pollo empanado. Quiero una hamburguesa con bacón y champiñones, poco hecha. Y tráeme también patatas fritas.

Hice una pausa para asegurarme de que podía adoptar una expresión serena antes de acercarme a él tranquilamente.

—Como cliente habitual, estoy segura de que conoces nuestra política. Me disculpo por las molestias, pero una vez que el pedido ha pasado a la plancha, ya no puede cambiarse. —Tras estas palabras, me dirigí a la puerta a grandes zancadas. No quería darle tiempo a discutir conmigo.

No hubo suerte.

—¡Eh! —gritó Trigger, cerrando la portezuela de su camioneta con un fuerte golpe tras bajarse para venir detrás de mí—. Dile a Inny que saque el culo aquí fuera. No te quiero a ti, la quiero a ella.

—Inny está trabajando en el comedor. ¿La quiere a ella? Pida mesa dentro. Sea como sea, si su pedido está en la plancha, y apuesto a que seguramente ya está casi hecho, tendrá que pagarlo. —«Y si no me das propina, te juro que haré algo peor que escupir en tu comida la próxima vez que vengas», pensé.

Empujé la puerta para entrar en la cocina y dejé que le diera en las narices.

En la cocina hacía calor. El vapor que desprendían los cacharros empañaba las ventanas. Soplé hacia arriba para apartarme el flequillo, que parecía pegado a la frente. Habría dado cualquier cosa por tener una razón para entrar en la cámara frigorífica, pero Eduardo, el cocinero jefe, hizo sonar la campanilla para avisarme de que tenía listo un pedido. Y tenía que ser el de Trigger McClure precisamente.

—¡Ahora mismo voy! —le dije a Eduardo. Trigger McClure podía comerse el pedido frío, y ya podía empezar a tranquilizarse mientras esperaba.

En el baño de mujeres, me aferré al lavabo y parpadeé al mirarme en el espejo. Me dolían las piernas y me moría por una silla y un taburete para ponerlas en alto. Solo habían pasado tres horas de mi turno y la idea de meterme en la cama resultaba ya increíblemente apetecible. Abrí el grifo, me eché agua en la cara y me pasé la mano por la nuca.

—Trigger McClure es un capullo vanidoso que se merece un chorro de orina en su próximo Mountain Dew —murmuré al espejo. La idea dibujó una sonrisa fugaz en mis labios. Decidí que la idea era tan estupenda que quizá me ayudaría a pasar el resto del turno. Exhalé un suspiro, dejando que se aflojara la tensión de mis hombros. Fue entonces cuando oí el ruido de la cisterna del váter.

Inny salió por la puerta del váter. Inmediatamente la tensión volvió a atenazarme los hombros y se apoderó de mí un temor enfermizo.

—Yo... —empecé, pero ¿qué podía decir? Lo había oído todo. Aunque yo no pensaba mear jamás en la bebida de nadie, no había sido muy ambigua al expresar mis intenciones.

Inny se acercó para lavarse las manos. Se ahuecó el pelo sin apartar la vista del espejo. Luego apretó los dientes con la boca abierta para comprobar si le había quedado algún resto.

—¿Orina? —dijo al fin.

—Por favor, no se lo cuentes a Dixie Jo...

—¿Orina? —repitió ella, alzando la voz—. ¿No se te ha ocurrido nada mejor que eso?

No sabiendo adónde quería llegar con aquello, pasé por alto su provocación, aunque me habían venido a la mente unas cuantas opciones más asquerosas. Quizá fuera verdad que el valor no estaba reñido con la prudencia.

—La primera vez que Trigger me agarró el culo en el trabajo —dijo Inny—, le puse un grillo muerto en la hamburguesa. ¿Y a ti solo se te ocurre pensar en orina? —Meneó la cabeza—. Puede que tuviera razón. Puede que te dejes pisotear.

Todavía recelosa, me abstuve de contestar.

Inny se inclinó sobre el lavabo para aplicarse una nueva capa de pintalabios.

—Acabo de decirte que puse un grillo muerto en la comida de un cliente, ¿y no tienes nada que decir?

La observé brevemente a través del espejo, sin mirarla directamente a los ojos.

—Pero ¿qué problema tiene ese? —pregunté con cautela.

—¿No es obvio? Tiene la polla pequeña.

Por fin nuestras miradas se encontraron. Muy lentamente, sonreímos las dos.

—Juega a béisbol —siguió diciendo Inny—. Todos los ojeadores tienen la vista puesta en él. Es lanzador, y zurdo además. Deberías ver cómo lanza las bolas rápidas. A ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora y con un pequeño efecto además. La bola traza una curva cerrada de izquierda a derecha justo antes de volar por encima del *home*. —Soltó un silbido de admiración—. ¿Y su bola con cambio de velocidad?

Unos veinticinco kilómetros más lenta que su bola rápida, pero con un efecto descendente de derecha a izquierda. El pueblo entero está convencido de que jugará en las grandes ligas, y con razón. Aunque no te lo creas —añadió con descaro—, no hay muchas celebridades que nacieran en Thunder Basin, así que Trigger ha creado bastante revuelo. Por supuesto tanta atención se le ha subido a la cabeza, y no le ha dejado nada en otros aspectos.

—Parece que sabes mucho sobre Trigger.

—Sé de béisbol —replicó ella, encogiéndose de hombros.

—Si va a acabar en las grandes ligas, se irá pronto del pueblo. Eso debería darte, darnos, un motivo para sonreír.

—Ya —dijo Inny, pero sin la risa que yo esperaba. Su tono parecía incluso malhumorado.

—Ha preguntado por ti. Le he dicho que esta noche tenías turno en el comedor.

Esperé a que dijera algo más, pero ella se secó las manos y abandonó el baño sin decir nada.

Reflexionando aún sobre mi conversación con Inny, extraña pero no necesariamente desagradable, le di un minuto de ventaja antes de salir yo también. Recogí el pedido de Trigger y salí a la calle. Saber que Inny estaba de mi parte me dio la motivación que necesitaba para enfrentarme de nuevo con él. La solidaridad tenía sus cosas buenas.

—Una de pollo empanado —dije, introduciendo la bolsa por la ventanilla de la camioneta de Trigger—, y un Mountain Dew helado.

Él me arrojó la bolsa y estuvo a punto de derramar la bebida en la mano que yo tenía tendida.

—Puedo tomar nota de un segundo pedido de hamburguesa y patatas fritas —dije, empezando a perder la calma—, pero como ya he explicado...

—Dile a Inny que salga aquí ahora mismo.

Necesité de toda mi fuerza de voluntad para hablar con tranquilidad.

—Por halagadoras que sean tus palabras, no puedo hacerlo. Inny está trabajando. Y yo también. Si miras a tu alrededor, verás que hay cinco coches esperando sus pedidos. —Le pasé el portacuentas de piel sintética a través de la ventanilla—. Aceptamos dinero al contado o tarjeta de crédito. No aceptamos cheques.

Trigger no aceptó el portacuentas. En su lugar agarró el refresco. Antes de que me diera cuenta, le había quitado la tapa y el contenido del vaso volaba hacia mí.

Solté un grito ahogado y me pasé las manos por los ojos bañados en el refresco helado.

—Mierda. Qué desperdicio de refresco —dijo Trigger arrastrando las palabras.

Conté hasta diez. Volví a contar. Luego me esforcé en hablar tranquilamente y con total frialdad.

—Me han dicho que eres todo un jugador de béisbol. Lanzador, ¿no? Espero que sepas manejar tus bolas mejor que la bebida.

El rostro de Trigger enrojeció, pero se limitó a agarrarse el paquete descaradamente.

—Ya te gustaría a ti comprobarlo.

Luego puso marcha atrás bruscamente y se fue a toda pastilla.

No sé cuánto tiempo estuve allí mirando fijamente la nube de humo que desprendía su tubo de escape, sintiendo un nudo cada vez más grande en la garganta. Apreté los ojos con fuerza, diciéndome a mí misma que me escocían por culpa del refresco. Sentí un horrible cosquilleo en la nariz y me di cuenta de que estaba a punto de echarme a llorar. Yo que me creía la chica dura de Philly iba a permitir que aquel gilipollas me hiciera llorar. Lo odié por ello casi tanto como me odiaba a mí misma.

Justo cuando creía que iba a perder los papeles, Inny acudió a mi lado.

—Toma —dijo, tendiéndome un trapo—. Para tu información, aún te queda bastante para pillarme. A mí me lo ha hecho tres veces. Cuatro, contando el batido de chocolate. Dios, no había manera de quitármelo del pelo.

Quise reír, pero tenía la garganta ronca y rasposa.

—Dixie Jo le sacará el dinero de la comida a sus padres, pero no puedo prometer que haya propina. Los padres de Trigger son sus mayores fans. Seguramente él les dirá que eres una amante despechada y que te has tirado la bebida encima para llamar su atención. —Inny me miró de soslayo—. Te asombraría saber cuántas chicas de este pueblo son amantes despechadas de Trigger McClure.

—Porque es imposible que una chica lo deteste simplemente porque es un capullo.

—Exactamente.

—¿Quieres ir a comer algo cuando acabemos el turno? —pregunté a Inny, y los ojos se me llenaron por fin de lágrimas. Tal como estaba yendo la noche, necesitaba un poco de compañía. Y a pesar de mi valoración previa, al parecer Inny y yo teníamos algo en común.

—Esta noche no. —Bostezó y se acarició el abultado vientre con aire distraído—. Tendré suerte si no me duermo conduciendo de vuelta a casa. El tercer trimestre es una patada en el culo.

Cuando llegué a casa de Carmina, la encontré despierta esperándome. Estaba sentada en una de las butacas de pana de color azul desvaído de la sala de estar, hojeando un libro. Al verme, se quitó las gafas de lectura y las dejó colgando de la cadena que llevaba al cuello.

—¿Qué tal ha ido?

—Cansado.

—¿Te duelen las piernas?

—No mucho.

—Te dolerán mañana. Deberías ponerte medias de descanso.

Yo tenía la mano en la barandilla; señalé hacia arriba con un gesto fatigado de la cabeza.

—Me voy a acostar.

Servir comidas a los coches era un trabajo extenuante. Aunque la biblioteca no hubiera cerrado ya al acabar mi turno, no estaba segura de que pudiera haber hecho el esfuerzo extra de ir en bicicleta hasta allí para ver si Reed me había dejado algún mensaje. Y eso era decir mucho, porque prácticamente vivía esperando ese mensaje.

—¿Tiene ordenador? —pregunté a Carmina, deteniéndome en mi lenta ascensión por las escaleras.

—Un viejo portátil. Pero está bajo llave —se apresuró a añadir, dejando claro que yo no tendría acceso a él.

—Déjeme adivinar. ¿Los federales dijeron que sería una tentación demasiado grande para mí?

—La gente que te busca podría rastrear la dirección del ordenador hasta Thunder Basin —señaló ella con severidad.

—Se llama dirección IP —dije, pero a pesar de mi desdén, sentí escalofríos por todo el cuerpo. Había usado un ordenador de la biblioteca para ponerme en contacto con Reed. Había sido muy cuidadosa, mucho, pero siempre existía un riesgo. Decirme a mí misma que si Danny Balandó hubiera descubierto mi cuenta secreta de *e-mail*, ya estaría muerta, no me tranquilizó. Quizá sería mejor dejarlo correr durante un tiempo. Pero eso significaría esperar aún más para hablar con Reed, y yo me moría de ganas de planear nuestro futuro. Era la esperanza de volver a estar con él lo que me sacaba de la cama por las mañanas.

—Ha llamado Chet Falconer —dijo Carmina.

—¿Qué quería?

—Hablar contigo.

—Ahora que ha quedado todo claro, ¿puedo usar el teléfono, por favor? —pregunté con desdeñoso sarcasmo.

—Son las once, Stella. Demasiado tarde para llamadas de teléfono. Puedes llamarle mañana por la mañana.

Me reí por lo bajo, pero no me hacía gracia. Era increíble. Carmina no pensaba rendirse, estaba tan resuelta como siempre a mantenerme alejada de Chet. Quizá tendría que explicarle que mi madre había probado la misma táctica con Reed y ya se veía el poco éxito que había tenido.

—Una joven educada no llama por teléfono a las casas después de las nueve de la noche —añadió ella.

—No se trata de eso. Le dan igual los buenos modales. Lo que pasa es que no quiere que hable con él. Admítalo.

Carmina alzó el libro y hundió la nariz en él, dando por concluida nuestra conversación. No iba a escucharme. De modo que así era como se comportaba cuando las cosas amenazaban con no salir como ella quería.

Bueno, al menos ya sabía cómo iba a gastar el dinero de mi primer sueldo. Necesitaba un móvil. De inmediato.

Trabajé la noche siguiente. Era el día libre de Inny y sin sus comentarios sucintos y mordaces sobre la vida en la cocina, el turno se me hizo insoportablemente largo. El Sundown cerraba sus puertas a las diez, pero la cocina no daba por concluida su tarea hasta cuarenta y cinco minutos después por lo menos. Tenían que fregarse suelos y superficies, la máquina de helados tenía que limpiarse con agua caliente, y había que sacar la basura. Como yo era el último mono, las otras camareras se iban temprano, dejándome a mí para acabar la limpieza. A las once menos cuarto, asomé la cabeza en el despacho de Dixie Jo para despedirme.

—Pareces cansada —me dijo, observándome con ojos agudos y penetrantes—. ¿Qué tal lo llevas?

—Mejor. —Suspiré—. Esta noche no la he cagado con ningún pedido.

—Me han contado lo de Trigger McClure.

—Imaginaba que se lo contarían.

Se levantó y rodeó el escritorio para apoyarse en él y mirarme a la cara.

—No soporto a ese crío. Me sube la tensión hasta aquí... —Señaló el aire por encima de su cabeza.

—Ya, Inny me lo dijo.

Mis palabras hicieron que enarcara una ceja.

—¿Inny Foxhall? ¿Hablando con la nueva? ¿Adónde vamos a ir a parar? —Siguió hablando para explicarse—. A Inny le cuesta hacer migas con la gente. Ha levantado unos cuantos muros, como ya habrás imaginado. Imagina que es más fácil mantener el mundo a distancia que exponerse al ridículo.

—¿Por el embarazo?

—En parte. Es diferente en un mundo donde solo vale adaptarse.

El instituto. Ya.

—¿De cuánto está?

—De siete meses. Sale de cuentas la segunda semana de agosto.

—Me da pena.

Dixie Jo se puso rígida y su mirada se hizo más fría.

—No vuelvas a decir eso nunca más, Stella. Inny es tan dura como las bisagras de las puertas del Infierno, pero una cosa la destrozaría: la lástima. ¿Quieres ayudarla? No hagas que se sienta inferior. Trátala como tratarías a cualquier otra persona. —Se apoyó de nuevo en el escritorio, tratando de respirar de nuevo normalmente—. Perdona, no quería ser tan dura contigo, pero Inny es... ¿cómo te lo explico?... Me siento un poco responsable de ella. Le iría bien que la trataran con algo de amabilidad. Es lo que pretendía decir.

La reprimenda de Dixie Jo me conmovió. Y tomé nota mentalmente de no volver

a mencionar el embarazo de Inny nunca más. Pero al mismo tiempo hizo que me preguntara qué más había. Percibía que la preocupación de Dixie Jo iba más allá del embarazo. ¿Cuál era el resto de la historia de Inny?

—Bueno, ¿has sacado la basura? —preguntó Dixie Jo, volviendo a adoptar su acostumbrado tono cordial—. ¿La máquina de helados está limpia?

—Sí.

—Bien. Nos vemos el jueves. Buenas noches, Stella.

Pedaleando hacia la casa de Carmina, pasé por delante de una tienda iluminada con dos coches en el aparcamiento. The Red Barn anunciaba gasolina, cigarrillos y sándwiches calientes. En el Sundown me descontaban las comidas, pero el olor a cebolla frita y pollo hervido mezclado con el del sudor durante seis horas seguidas bastaba para quitarme el apetito durante el trabajo. Así que estaba muerta de hambre. Apoyé la bici contra un árbol y hurgué en los bolsillos hasta reunir treinta dólares de propinas. Tenía el azúcar tan bajo que habría dado todo lo que llevaba a cambio de una Coca-Cola helada.

Cruzaba el aparcamiento cuando vi a Trigger McClure apoyado en la pared de ladrillo de la tienda, concentraba la vista en los coches que pasaban rápidamente por la carretera. Una camioneta aminoró la velocidad y entró en el aparcamiento. Trigger se enderezó de inmediato, mirando la camioneta ansiosamente.

Un hombre con tejanos rotos bajó de la camioneta y se dirigió sin prisa a la entrada de The Red Barn, comprobando el dinero que llevaba en la cartera. En ese momento, Trigger se separó de la pared y saludó al hombre con tono amistoso.

—¿Cuánto quieres por comprarme un paquete de seis? —le oí decir con tono relajado—. ¿Qué te parece uno de veinte? Y te quedas con el cambio.

El tipo soltó una carcajada gutural.

—¿Por qué no? Recuerdo cuando tenía tu edad. Es una mierda, ¿verdad?

Trigger le dio una palmada en la espalda y le tendió el billete de veinte.

—Te debo una, tío.

—Tú haz que nos sintamos orgullosos cuando estés en las grandes ligas, ¿de acuerdo?

Me retiré hacia las sombras para observar cómo se desarrollaba la escena. Unos minutos más tarde, el hombre salió con dos bolsas. Le tendió el paquete de seis a Trigger e intercambió con él unas bromas en un tono demasiado bajo para que yo las oyera, salvo cuando soltaban una carcajada. Poco después el hombre se fue. Trigger subió a su camioneta y se quedó allí. Con las luces apagadas me resultaba imposible ver lo que estaba haciendo, pero me lo imaginaba.

Mi opinión sobre él no mejoró, pero no quería pensar en él en aquel momento; quería un refresco helado y sentarme bajo el aire acondicionado con el pelo en alto para que la brisa artificial me soplara en la nuca.

Una vez dentro de la tienda, agarré una botella de Coca-Cola de la nevera y repasé los sándwiches que había en el aparador. Mientras elegía, la cajera, una mujer

con el pelo teñido de rubio y los ojos mal perfilados, se quitó el delantal y lanzó un grito en dirección a la trastienda.

—¡Theo!

Un chico escuálido, con gafas y acné en la barbilla, asomó la cabeza por la puerta.

—Estoy aquí, mamá.

—Salgo quince minutos —dijo ella, echando mano a los cigarrillos y el mechero que llevaba en el bolsillo de atrás. Encendió un cigarrillo y le dio una calada antes de desaparecer por la puerta de entrada.

—¿En qué puedo servirte? —me preguntó Theo animadamente con una voz típica de la pubertad.

Deposité mi sándwich (me había decidido por uno de jamón y queso) sobre el mostrador y le lancé una mirada cómplice.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Mentiroso.

El chico tragó saliva, haciendo que se le moviera la nuez con nerviosismo.

—Catorce. ¿Vas a denunciar a mi madre? Solo trabajo después de las nueve cuando se toma un descanso. Quince minutos aquí y allá. No se puede decir que infrinja la ley. El resto del tiempo lo paso en la trastienda con mis videojuegos.

—No he oído ningún videojuego.

Theo parecía a punto de mearse encima. Miró hacia abajo y vio que le temblaban las manos. Rápidamente cruzó los brazos sobre el pecho para ocultar su nerviosismo.

—¿Qué hacías en realidad en la trastienda? —pregunté, aunque ya me lo imaginaba. Suponiendo que tuviera ordenador, y que no estuviera jugando, solo se me ocurría otra razón por la que un chaval estaría pegado a una pantalla.

Así que me tomó completamente desprevenida cuando susurró con aire triste:

—Cosía. Estaba cosiendo. —Hundió el mentón en el pecho y encorvó los hombros como preparándose para ser ridiculizado.

No hacía ni veinte minutos que Dixie Jo me había regañado por compadecerme de Inny, pero no podía ver el rostro desesperado de Theo y no sentir lástima por él.

—¿Cosiendo? —dije, procurando sonar interesada—. ¿Qué hay de malo en eso?

Theo paseó la vista por la tienda, pero incluso después de confirmar que estábamos solos, me indicó por señas que bajara la voz.

—¿No... no te vas a reír de mí? —Me miró parpadeando como una lechuza, claramente desconcertado.

—¿Y qué cosas?

Su expresión se suavizó levemente.

—Bueno, ahora mismo estoy haciendo una chaqueta *sport*. Es difícil encontrar una chaqueta bien confeccionada en Thunder Basin. Estoy usando lana de color azul marino y espero tenerla lista para el otoño... —Se interrumpió, se mordió el labio y me miró con seriedad, sopesando si debía revelarme algo más.

—Me gustaría aprender a hacerle los bajos a mi ropa. —En Philly, mi madre se lo encargaba todo a una modista. Inga se llamaba, creo. Pero Theo tenía razón, las cosas eran distintas en Thunder Basin. No sabía dónde podía llevar a arreglar mi mejor ropa, o si había algún sitio donde llevarla. Y lo que era más importante, ¿iba a tener ocasión de ponérmela?—. Quizá tú podrías enseñarme algún día. —Sugerí, de todas formas.

El rostro de Theo pareció fundirse de felicidad.

—¡Por supuesto! Cuando quieras. No es nada difícil. Y soy un gran maestro, en serio. No lo digo por fardar, es la verdad. Cuenta conmigo.

Se echó las gafas hacia arriba con un dedo, y sonrió de oreja a oreja. Y luego sus ojos se posaron detrás de mí. Palideció y tragó saliva.

—Oh, no —susurró con voz ronca.

Antes de que pudiera preguntarle qué ocurría, sonó la puerta y, al darme la vuelta, vi a Trigger que entraba pavoneándose con una lata de cerveza en la mano. Él me vio también, rio por lo bajo y me saludó levantando la lata. O quizá me amenazaba con una segunda dosis de líquido en la cara. En cualquier caso, el gesto me puso de mal humor.

—Theo —dijo Trigger, pronunciando el nombre del chaval con un tono tan insultante que parecía el remate de un chiste grosero—. Me alegro de verte, amigo mío. Me preocupaba que no trabajaras esta noche. No te he visto cuando me he asomado antes. No estarías escondiéndote de mí, ¿verdad? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Siempre te encuentro.

Theo bajó la vista al suelo. Tenía la barbilla hundida en el pecho y cuando habló, apenas se le oía.

—Ya tienes tu cerveza. He visto cómo te la daba ese hombre. ¿No puedes irte ya, por favor?

—¿Irme? Tenemos un trato, Theo.

Theo parpadeó con nerviosismo mirando la puerta lateral.

—Mi madre volverá en cualquier momento...

—Tu madre es una alcohólica —le interrumpió Trigger—. He visto la botella de Smirnoff que llevaba bajo el brazo. Caerá redonda junto a los contenedores y estará fuera de combate durante horas. Estamos solos tú y yo. No vendrá tu mami querida a salvarte. —Abandonó el tono burlón—. Me debes un paquete de cervezas. Tráemelo. Rápido. Voy con retraso por tu culpa.

—Mi madre lleva un inventario de todo muy meticuloso. Si sigues viniendo cada fin de semana, al final del mes se dará cuenta de que faltan cuatro paquetes de Miller High Life.

—Eres un chaval espabilado —dijo Trigger—. Soluciónalo.

—Alguien tiene que pagar la cerveza —insistió Theo—. Estás robando de la tienda.

Trigger emitió un suspiro de exagerada paciencia y se acercó para dar a Theo un

golpecito en el pecho con el dedo.

—No robo nada si es una donación. Métetelo en la cabeza. Ahora ve a por un paquete. O no te invitaré a la fiesta.

—Ya no me importan las fiestas. Cometí un error. No... no quiero ir —balbuceó Theo—. Deberías irte. En serio deberías irte ya.

La sonrisa se borró de la cara de Trigger, que adoptó un tono amenazador. Se apoyó pesadamente en el mostrador, haciendo que Theo retrocediera dos pasos.

—Voy a darte cinco segundos para que me traigas la cerveza, enano con granos. Cinco. Cuatro.

Observé que los labios de Theo empezaban a temblar y gemí interiormente. Maldito sentido del deber moral. Ya me había enfrentado con Trigger la noche anterior, y aunque no me apetecía volver a hacerlo, tenía la sensación de que sabría arreglármelas mejor que Theo, que parecía a punto de echarse a llorar. Trigger había causado ya suficientes lágrimas durante el fin de semana. Además, se me estaba calentando la Coca-Cola. No me había pasado seis horas de pie, trajinando bandejas de comida, para acabar tomándome un refresco tibio.

Trigger había dejado su lata de cerveza sobre el mostrador, y yo la aparté de mi sándwich y mi Coca-Cola. Lo hice con fuerza suficiente para dejar claro que yo estaba primero y que no me gustaba nada que se colara.

—¿Cuánto te debo? —pregunté a Theo.

—Tú otra vez —me dijo Trigger, y en su boca se dibujó una sonrisa fanfarrona—. ¿No tienes nada mejor que hacer que seguirme?

—Yo he llegado antes —me limité a decir.

—¿Siempre eres tan quisquillosa? Un cactus, eso es lo que eres. —Me pasó un dedo por el brazo, y yo se lo aparté de un manotazo. Si volvía a tocarme, le rompía el dedo.

—¿Cuánto te debo? —volví a preguntar a Theo con mayor firmeza.

—Cinco con noventa y siete —respondió él con nerviosismo.

—Aquí tienes diez. ¿Y cuánto cuesta un paquete de Miller High Life?

Theo alzó el mentón bruscamente y me miró con asombro y culpabilidad por igual.

—No te preocupes por eso —musitó—. Yo lo pagaré.

Trigger rio entre dientes, haciendo señas a Theo para que guardara silencio.

—No voy a dejar que una chica guapa me pague la cerveza. —Se encaró conmigo—. Pero me encantaría pagarte un trago. Cuando Theo me traiga las cervezas, ¿por qué no te subes a mi camioneta? Esta noche hay una gran fiesta en el lago Maloney. Verás qué bien te lo pasas. Vamos, Theo, no hagas que esta chica tenga que acudir en tu rescate.

—Oh, no me estaba ofreciendo a pagar la cerveza —intervine—. Solo sentía curiosidad por saber cuánto intentabas robar.

—¿Qué? —dijo Trigger, frunciendo el ceño.

—Tienes exactamente cinco segundos para salir de aquí antes de que llame a la poli —le dije. No tenía móvil, pero había visto un teléfono público fuera de la tienda, y sabía que las llamadas al 911 de emergencias eran gratuitas.

—¿Qué? —repitió él, meneando la cabeza con desconcierto.

—Te lo voy a poner muy clarito. —Señalé la puerta—. Sal por ahí. No vuelvas la vista atrás y no vuelvas a entrar aquí.

Él ladeó la cabeza haciendo caso omiso de mis palabras. Bajo los vapores etílicos que nublaban su mirada, vi un destello que me provocó un nudo en el estómago.

—¿No nos conocemos de antes?

Tragué saliva, pero conseguí mantener un tono sereno.

—Sí, de ayer. ¿No te acuerdas? Me arrojaste la bebida a la cara.

—No, antes de eso... —No concluyó la frase, pero me miró con mayor intensidad, como intentando recordar un tiempo lejano. Sea como fuere, no podía permitirle que lo lograra.

—Estás borracho, Trigger. No ves bien, y desde luego no piensas con claridad. No deberías conducir. Llama a un amigo para que venga a recogerte.

—Lo juro, hay algo en ti que...

—Fuera —dije, y le di un leve empujón para recalcar mis palabras.

En su semblante aún se notaba la concentración, pero comprobé con alivio que no oponía resistencia cuando mi empujón lo impulsó hacia la puerta.

—Volveré —dijo a Theo, apuntándole con un dedo tembloroso—. Volveré. La próxima vez no podrás esconderte detrás de tu novia —farfulló con una mueca, muy perjudicado ya por el alcohol.

—Cierra las puertas con llave y llama a la policía —dije a Theo en cuanto Trigger salió.

—¿Qué? —exclamó él, retrocediendo.

—Si no vas a hacerlo, pásame el teléfono y llamaré yo.

—¿Qué... qué vas a decirles?

—La verdad.

—Trigger me matará si lo denuncias. Si llamas, empeorará todo diez veces más. ¡No lo hagas, por favor!

—No seas tan melodramático. Está borracho. No debería conducir. Además, no puede venir a por ti. Tendrá antecedentes por acosarte y la poli no lo va a permitir.

Le arranqué el móvil del bolsillo de la pechera de la camisa y marqué.

Theo apretó los puños bajo la barbilla. Se estaba poniendo verde por momentos. Pensé en seguir tranquilizándolo, pero no me iba a escuchar. Pronto recobraría la calma y se daría cuenta de que yo tenía razón.

A pesar de lo mucho que me quejaba de la constante supervisión de los alguaciles, si una cosa había aprendido de las fuerzas de la ley durante los tres vertiginosos días de convivencia, era que se podía confiar en ellos. Hice la llamada sin vacilar.

Diez minutos más tarde, un agente uniformado dio unos golpecitos en el cristal de

la puerta y yo le abrí. El agente me tomó declaración mientras Theo se retorció las manos y me lanzaba miradas de honda inquietud. Cuando mencioné el nombre de Trigger, el agente enarcó las cejas.

Mantuvo esa expresión de leve interés mientras yo terminaba de contarle toda la historia.

—¿Estás segura de que quieres continuar? —dijo al fin. Casi sonaba como si me desaconsejara que denunciara a Trigger. Pero no podía ser. Seguro que yo le había interpretado mal.

—Mmm, pues sí.

—¿Has visto qué dirección ha tomado?

—Ha dicho que iba a una fiesta en el lago Maloney.

—Si se cursa la denuncia y se arresta a Trigger y se le acusa, podrían citarte para declarar como testigo ante el tribunal.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Denunciando a Trigger, ¿atraería tal vez una atención de los medios que no me convenía? Alguien tenía que ponerle en su sitio, pero ¿valía la pena arriesgarme a que me descubrieran por eso? Recordé a Danny Balandó mirando fijamente el espejo de dos caras en la rueda de reconocimiento de comisaría. No podía verme, pero sabía que estaba allí detrás. Su espeluznante mirada no disimulaba sus intenciones con respecto a mí. ¿Se propagaría la noticia de aquel pequeño pueblo a nivel nacional? Decidí que no. El miedo, frío y persuasivo, intentaba hacer que me echara atrás.

—No hay problema —le aseguré al agente. Él no sabía que yo estaba en el programa de protección de testigos. Solo lo sabían el *sheriff* y Carmina.

El agente volvió a enarcar las cejas como diciendo: «Mala elección, señorita». Me asombraba que no pareciera complacido, agradecido incluso, de que uno de los ciudadanos de su población se prestara a hacer lo correcto. Ciertamente, yo tenía razones egoístas para querer que le metieran un puro a Trigger, pero eso el poli no lo sabía. En cualquier caso, tenía la clara impresión de que estaba intentando disuadirme. Pues ya podía ir olvidándose. Trigger era un capullo, y si lo arrestaban por conducir ebrio o algo peor, no era culpa mía, sino suya.

—¿Algo más? —preguntó el agente.

—Sí, gracias por haber sido tan servicial. —Sonreí al decirlo, pero por suerte no podía leerme el pensamiento, que no era tan educado ni mucho menos.

Era viernes, el sol se había puesto, y Chet aparecería en cualquier momento para recogerme. ¡Mi primer fin de semana en el pueblo! Nunca hubiera imaginado que vería el día en que me emocionara por un partido de sóftbol. Claro que, a buen hambre no hay pan duro. Lo importante era salir.

Había jugado a sóftbol en Primaria y conocía los principios básicos, así que no temía hacer el ridículo. Además, Chet me había dicho que los lanzamientos eran lentos. Había que ser realmente torpe para no darle a una bola del tamaño de un pomelo que llegaba a la velocidad de un caracol.

Mientras me preparaba para el partido, es decir, me ponía una camiseta y me trenzaba el pelo, sentí un inesperado vuelco en el estómago. La cruda realidad se presentó de repente. No podía creer que hubiera tardado tanto tiempo en darme cuenta.

No volvería a jugar al baloncesto. No jugaría en la universidad.

Desde tercero de primaria hasta el último año de instituto, había jugado al baloncesto todos los años. Era mi deporte. Se me daba bien. Estando en segundo curso, había empezado jugando un par de partidos con el equipo del instituto, y en tercero, ya era fija en el quinteto inicial. Había recibido ofertas para jugar en el Babson College y la Penn State, y al final me había decantado por el Babson.

Me senté en el borde la cama. Agarré el guante de béisbol que había sacado del armario con el permiso de Carmina para tomarlo prestado. Me aferré a él como si fuera un salvavidas. Estaba paralizada y sentía un dolor demasiado profundo para verter lágrimas. Con la mirada vacía fija en la pared, acabé asimilando toda la verdad. Antes de que me hubieran llevado a Nebraska para iniciar mi nueva vida, sabía exactamente cómo iba a ser mi futuro. Un verano de viajes y diversión con mi mejor amiga, Tory, antes de ir a la universidad en otoño. Tory y yo tendríamos que estar en Atlantic City en aquel momento. ¿Sabía ella lo que me había ocurrido? ¿Me daba por muerta? Me sentí egoísta y avergonzada por haber tardado tanto en preguntarme cómo habían reaccionado mis amigos ante mi desaparición. Por lo que sabía, los detectives y los alguaciles no habían explicado ni iban a explicar nada sobre mí. Su trabajo consistía en hacerme desaparecer. No dejarían ningún rastro de migas de pan para que lo siguieran, ni los buenos ni los malos.

Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido después de que me metieran en protección de testigos hacía poco más de una semana, no había tenido ocasión de lamentar la pérdida de mi antigua vida. Ni tampoco de comprender plenamente lo distinto, lo increíblemente ajeno que sería mi nuevo futuro.

Hice un esfuerzo por reprimir el pánico y los mareos que parecían querer adueñarse de mí por turnos. ¿El sueño de jugar para Babson, de lucir su camiseta

verde y blanca? A la basura. Mi beca se había desvanecido con mi antigua identidad. Mi carrera se había acabado, jamás jugaría por mí misma, ni por mi equipo, ni por mi afición. Y había renunciado a todo eso, ¿para qué? Para meter a Danny Balandó entre rejas. Había hecho lo correcto y lo había perdido todo.

El alguacil Price había mencionado que el gobierno crearía un nuevo expediente académico para ayudarme a entrar en la universidad, pero ¿en qué universidad? Con sus trajes y sus insignias, los detectives pretendían tener todas las respuestas, pero ¿podían decirme cómo se suponía que iba a empezar de cero a los diecisiete años? Sentía el miedo profundo y aterrador de perderme a mí misma, o de volverme invisible, si aceptaba sin reservas un nuevo futuro como Stella Gordon.

—¡Stella! —me llamó Carmina desde abajo—. La camioneta de Chet acaba de llegar.

Deseché mis pensamientos y respiré hondo para despejarme. No servía de nada ponerse nostálgico. No había nada en el pasado para mí, salvo dolor y remordimientos. Dolía demasiado ahondar en todo lo que había perdido.

Bajé con piernas temblorosas, tratando de esbozar una sonrisa. Me sentía tensa, crispada, pero seguí probando hasta conseguirlo. Si Chet intuía siquiera mi congoja, insistiría en preguntar. Tenía que aparentar normalidad para evitar su interrogatorio.

«Espabila», me dije.

Las luces estaban encendidas en el exterior, y vi a Chet dirigiéndose a los escalones del porche. Llevaba pantalones de nailon hasta las rodillas y una camiseta gris raída que parecía fina como el papel. Se le ceñía al cuerpo, resaltando los hombros y los pectorales tonificados. En Philly, los chicos que conocía y que tenían un cuerpo como el de Chet se pasaban horas en el gimnasio después de clase. Dado que no había gimnasio en Thunder Basin, era lógico pensar que Chet había moldeado su cuerpo a la antigua usanza: mediante el trabajo físico.

Chet nos vio a través de la puerta con malla metálica y entró sin llamar.

—Carmina.

—Buenas noches, Chet —dijo ella con tono mesurado—. Trae de vuelta a Stella antes de las once y media. —Era una orden, no una petición—. Su hora de llegada son las nueve, pero hago una excepción para los partidos.

—Mañana no tengo que trabajar —dije a Chet—. Puedo dormir hasta tarde. Podemos trasnochar todo lo que queramos.

—La hora de llegada son las once y media —repitió Carmina con firmeza.

—Es la noche del viernes —dije, lanzándole una mirada para darle a entender que me estaba tratando como a una niña y tenía que parar... inmediatamente—. ¿Y si hay una fiesta después del partido?

—Les dices amablemente a tus amigos que tú no irás.

—¡No tengo amigos! Esa es la cuestión precisamente. Me tiene encerrada en esta casa. Sabía que se trataba de una adolescente cuando aceptó esto, así que, ¿por qué no deja de actuar como si yo tuviera cinco años?

—De acuerdo —dijo Chet alzando la voz e interponiéndose entre nosotras—. El partido empieza dentro de media hora. Deberíamos irnos, Stella. —Se volvió hacia Carmina—. La traeré de vuelta a las once y media.

—Le dejas que se salga con la suya —dije, boquiabierta.

Él me rodeó los hombros con un brazo y me dirigió cuidadosamente hacia la puerta.

—¿Tienes guante?

Ya sabía que sí. Yo llevaba el guante en la mano. Simplemente cambiaba de tema a propósito para distraerme. Pero hice caso omiso de la voz interior que me instaba a darle la vuelta y dejarle las cosas claras a Carmina, a presentar batalla tal como ella parecía pretender, me mordí la lengua y decidí rumiar mi rabia en silencio. Había rechazado la mayor parte de los intentos de mi madre por educarme adecuadamente, pero en este único caso, me sometí a las órdenes de Carmina y decidí ahorrarle a Chet un bochorno innecesario. Esperaría a que estuviéramos a solas para darle a Carmina mi opinión sobre sus actos.

Chet cerró la puerta con malla metálica detrás de nosotros y dejó escapar un audible suspiro.

—Alguien tiene que plantarle cara —argüí, dirigiendo la frustración reprimida contra él—. Es evidente que a ti te da miedo, pero a mí no. Si hay una fiesta después del partido, iremos. ¿Qué es lo peor que puede hacer ella? ¿Echarme de casa? —Cerré la boca para no decir más, pero eso no me impidió pensarlo. «Vamos, que me eche. A ver cuánto tardan Price y sus amigos del Departamento de Justicia en presentarse ante su puerta».

Chet abrió la portezuela de mi lado, y la cerró sin decir palabra cuando subí a la camioneta.

No hablamos durante el trayecto hasta el campo de fútbol, y me pregunto si sería un ardid suyo para darme tiempo de serenarme. Bueno, pues yo no quería serenarme. Sabía que Chet y Carmina habían tenido sus más y sus menos en el pasado, y sabía que a ella no le gustaba Chet lo más mínimo, o al menos no quería verme con él, pero la situación era ridícula. Carmina no podía mantenernos alejados mediante castigos. No pensaba tolerarlo. Pero lo importante de verdad era que Chet debería ponerse de mi parte. Eso era lo que yo quería en realidad. Chet tenía muchas cualidades, pero su insistencia en ser cortés con Carmina no era una de ellas. Eso era lo que más me gustaba de Reed, que se ponía siempre de mi parte, aunque para ello tuviera que enfrentarse con mi madre. No le tenía miedo. Claro que, la mayoría de las veces que Reed venía a casa, mi madre estaba en la cama inconsciente, pero la cuestión era que Reed me apoyaba. No podía decir lo mismo de Chet. Y cuanto más evidente se hacía, más traicionada me sentía yo.

Chet aparcó y me miró cautelosamente.

Me bajé de la Scout y cerré de golpe la portezuela. Quería que Chet comprendiera que estaba enfadada. Quizás así se lo pensaría mejor. Si lo que quería era ganarse mi

aprobación, haciéndole la pelota a Carmina no lo iba a conseguir. Ella no significaba nada para mí. Prácticamente era como mi agente de la condicional.

Las luces del estadio bañaban la tierra rastrillada del cuadro interior y la densa hierba que lo rodeaba. Se acababan de repasar las líneas de falta, y la cola del chiringuito llegaba hasta la acera.

—¿Has jugado alguna vez? —me preguntó Chet mientras me conducía hasta el banquillo de nuestro equipo.

—El *wiffle ball*^[3] cuenta, ¿no?

Chet me miró sobresaltado.

—Esto...

—Relájate. Sí, he jugado. Pero hace ya tiempo, así que no esperes una carrera en mi primer bateo.

Chet bajó los escalones que conducían al banquillo y carraspeó para llamar la atención del equipo.

—A ver, todo el mundo, esta es Stella, la nueva jugadora de la que os había hablado. Stella, este es el equipo. No voy a entretenerme con presentaciones, ya os presentaréis vosotros mismos adecuadamente, salvo para decirle a Stella que vigile con el tío que lleva la gorra de los Broncos. Se cree un Don Juan.

Todos se echaron a reír, aparentemente porque la broma tenía algo de cierto.

—Don Juan no tiene nada que hacer a mi lado —dijo el tío con la gorra de los Broncos en un tono de voz que era como chocolate aterciopelo—. Yo soy el auténtico. —Me guiñó un ojo y me lanzó un beso en el aire.

Yo le lancé otro y luego lo miré con suficiencia, demostrándole que no iba a arredrarme con nada. El equipo lo captó perfectamente y llovieron las burlas sobre el Don Juan.

Cuando se apagaron las risas, me senté al final del banquillo, y me sorprendí al notar que la chica de al lado olía a perfume. Era tan intenso, que parecía desprenderlo por todos los poros. Le lancé una mirada furtiva y me fijé en que también llevaba los labios pintados. En realidad, iba toda maquillada. Me incliné hacia delante para ver todo el banquillo y observé al resto de las chicas. Una rubia se había hecho tirabuzones. Otra llevaba pantalones tejanos cortos adornados con cristales y aros en las orejas. Yo era la única chica que tenía aspecto de ir a jugar a sóftbol de verdad.

En otro tiempo, yo era como ellas. Me importaba mi aspecto, sobre todo cuando había chicos de por medio. Pero ya no era Estella Goodwinn. Era Stella Gordon. Había cambiado ya mis Manolo Blahnik por botas con tacos para sóftbol y ahora tendría que sustituir también los cortes de pelo de peluquería cara por la versión de barbería de pueblo. No había visto ninguna otra alternativa en Thunder Basin y, además, recibía una asignación mensual del gobierno. No querían que el cártel de Danny Balandó rastreara el dinero de mi familia desde las cuentas del banco y usara el rastro de los documentos para encontrarme, así que el gobierno se había incautado de nuestros activos y me asignaba un pago mensual, que era tan generoso como cabía

esperar del gobierno. Teniendo en cuenta mis restricciones monetarias y mi incapacidad para interesarme por mantener las apariencias como Stella Gordon, ya no veía el sentido a intentar seguir la moda o estar guapa. Ya ni siquiera sabía quién era.

—Soy Sydney —dijo la chica de al lado, la que iba empapada en perfume. Tenía la cara dulce y diáfana de una lechera, y unas trenzas rubias a juego.

—Stella —repliqué, pensando que aquella conversación era una pérdida de tiempo, ya que ella y yo no íbamos a ser nunca amigas. La había calado en treinta segundos: era del tipo campesino, dulce e inocente. Seguramente se casaría nada más acabar el instituto y tendría su primer hijo antes de cumplir los veinte. Por supuesto me había equivocado con Inny, tenía que recordarlo. Tal vez descubriera que también me equivocaba respecto a Sydney. Recordé que Chet me había aconsejado darle una oportunidad al pueblo y a su gente, antes de rechazarlos de plano. Supuse que no me haría daño seguir su consejo.

—¿Así que eres amiga de Chet? —preguntó Sydney—. He visto que te ha traído él.

—Yo no tengo coche y él vive cerca.

Arrugó la frente, presa de la confusión.

—Él vive en los prados en Sapphire Skies. No tiene vecinos en realidad. ¿Dónde vives tú?

—Estoy pasando el verano en casa de Carmina Songster.

—Oh —dijo, abriendo unos ojos como platos. Por el tono de su voz se notaba que había oído hablar de mí. No sabía si habría sido Chet o alguna otra persona—. ¿Solo el verano? —preguntó para confirmar.

—Ese es el plan —contesté, pensando que era más educado que decir: Sí, ¡aleluya!

—Hace tiempo que conozco a Chet. Cuando era pequeña, estaba colada por él, pero ahora lo tengo superadísimo —añadió con una risita. Luego me examinó con detenimiento algo excesivo mientras aguardaba mi respuesta.

—Parece un tío bastante majo.

—Oh, sí. —Se frotó las manos con torpeza en el regazo.

Chet, que había estado repasando el orden de bateo con el equipo, se puso en cuclillas delante de Sydney y de mí.

—Stella, tú batearás la tercera y jugarás de exterior derecha. Sydney, tú batearás la séptima y jugarás de exterior central. ¿Os parece bien?

Sydney asintió sonriendo ávidamente, no con adoración, a Chet. Él no pareció darse cuenta, y le revolvió el pelo igual que si fuera su hermana pequeña. Cuando se volvió hacia mí, le lancé una inconfundible mirada de reproche, y luego desvié la vista hacia Sydney, que seguía sentada a mi lado sin darse cuenta de nada. Era muy obvio que intentaba transmitir a Chet que no había tratado a Sydney apropiadamente y que debería prestarle otro tipo de atención.

Chet frunció el ceño y meneó la cabeza para indicar que no me entendía.

Exasperada, sacudí la cabeza con más brío en dirección a Sydney.

—Mmm ¿Sydney? —dijo Chet, indeciso, mirándome para confirmar que estaba actuando correctamente—. ¿Quieres... venir conmigo al montículo del lanzador para tirar la moneda?

Sonreí de oreja a oreja para indicarle que lo estaba haciendo bien, pero él volvió a sacudir la cabeza con aire desconcertado, mirándome como si me hubieran salido antenas.

Chet y Sydney fueron al trote hasta el montículo del lanzador para tirar la moneda, y luego regresaron para decirnos quién batearía primero. Los árbitros ocuparon sus puestos en el campo, uno detrás del *home*, el otro detrás de la primera base. Don Juan fue el primero en batear.

—¿Cómo se llama en realidad? —pregunté a Chet, que se había sentado en el banquillo a mi lado.

—Juan. Sí, lo sé. Irónico.

Juan bateó con fuerza y falló. Desde donde estaba le oí soltar un taco en español. El árbitro le advirtió señalándole con un dedo y pronunció unas cuantas palabras severas. El resto de nuestro equipo se tapó la boca para disimular las risas.

—Fantasma —murmuró Chet, meneando la cabeza, pero sonreía.

—¿Es tu mejor amigo? —pregunté.

—Típica pregunta de chica. —Se pasó el pulgar por la nariz—. Pero sí, supongo que sí. Se sentaba a mi lado durante las comidas en la guardería y compartía su Twinkie conmigo. El resto es historia.

Por segunda vez, miré hacia el banquillo para examinar al resto del equipo.

—¿Alguien más sobre quien debas advertirme?

—Sí, el parador en corto. Es duro en el campo de juego, pero es muy sensible. — Me dio un empujoncito en el muslo con el suyo, y el aire a nuestro alrededor pareció hacerse más denso y difícil de respirar. Chet bromeaba de una manera que resultaba increíblemente cariñosa. Y sus intenciones eran más que directas.

Me eché a reír con ligereza tratando de relajar el ambiente, pero sentí el repentino impulso de salir del banquillo y tomar un poco de aire fresco. Chet flirteaba conmigo. Tenía que parar. Mi novio era Reed. Mentalmente tomé nota de que debía pasarme por la biblioteca en la primera ocasión que tuviera, seguramente el lunes antes de entrar a trabajar, para comprobar la cuenta de *e-mail*. Seguro que ya me habría dejado un mensaje.

Pero eso no me ayudaría aquella noche. Necesitaba sacarle a Chet de la cabeza toda idea de que yo estaba dispuesta a iniciar una relación amorosa con él, y tenía que ser de inmediato.

También tenía que controlarme a mí misma. Chet estaba siendo alarmanamente directo y yo no estaba acostumbrada. Reed nunca había flirteado abiertamente conmigo; siempre me demostraba su afecto de manera sutil. Tocándome la mano. Mirándome a los ojos desde el otro lado de una habitación. Poniendo mis canciones

favoritas cuando íbamos en su coche. Se mostraba reservado con todo lo que hacía, incluyendo sus emociones, lo que significaba que yo tenía que esforzarme un poco más para notar su afecto. Chet en cambio era franco y claro. Casi me hacía sentir incómoda, como si saliera a la luz del mediodía después de un prolongado período en el interior. También tenía el peligro de hacer que mi corazón ansiara más.

Habían eliminado a Juan, que regresaba abatido al banquillo, y aproveché la oportunidad.

—¿No has podido llegar siquiera a la primera base? —bromeé cuando Juan arrojó su bate al suelo, disgustado consigo mismo.

—Contigo, *cariño*, recorrería todas las bases. —Con fluida elegancia, Juan se metió entre Chet y yo y me echó un brazo por encima de los hombros—. No te pongas nerviosa. Soy un buen maestro.

—Déjalo ya —le dijo Chet, echándole del banquillo con un amistoso empujón. Pero me di cuenta de que Chet se había sonrojado.

Juan no quiso rendirse, tiró de mí para que me levantara, apretó mi cuerpo contra el suyo y me impulsó a seguirle en un seductor baile latino, tarareando una melodía en mi oído. Yo le seguí la corriente, bailando con él, agradeciendo que su cómica estrategia hubiera disipado rápidamente el momento lleno de significado que habíamos compartido Chet y yo. Me eché a reír.

—Eres bueno, lo reconozco.

—Soy un regalo que nunca se acaba —murmuró Juan tentadoramente contra mi mejilla.

—Vale, dejadlo ya, Stella es la siguiente en batear —nos recordó Chet. Me tendió un bate y señaló el *home* con la cabeza—. A por ellos, Slugger^[4].

Probé unos cuantos bateos fuera del banquillo para practicar mientras la chica que bateaba antes que yo golpeaba una bola, que recogió el tercera base. El árbitro la dio por eliminada, y yo ocupé su lugar. Oía a Chet silbando y aplaudiendo. Era un buen capitán y estaba convirtiéndose en un buen amigo. Me dije a mí misma que nunca seríamos nada más que eso, amigos.

Apoyé bien los pies en la tierra y sostuve el bate en alto. Era un poco largo para mí, pero yo solo pretendía llegar hasta la primera base. Nada de ostentaciones por el momento. La lanzadora se echó hacia atrás para preparar el tiro y luego me lanzó una fácil bola alta. Yo bateé con un agresivo movimiento. Oí el restallido de la bola, arrojé el bate a un lado y eché a correr. Había logrado una bola seca y recta entre el parador en corto y el segunda base, así que llegué a la primera base con facilidad.

Nuestro banquillo estalló en vítores y yo les hice una reverencia.

Chet sonrió de oreja a oreja, pero yo aparté la mirada rápidamente para lanzarle un beso a Juan, que trazaba un círculo en el aire con el dedo, indicando claramente que «tenía la carrera hecha».

Chet fue el siguiente en batear y logró llegar a segunda base después de lanzar una bola muy alta al jardín izquierdo. Jugamos siete entradas y ganamos el partido

por 5 a 4, lo que elevó nuestro récord de temporada a 3-0. Después del partido, ambos equipos se encaminaron hacia el aparcamiento. Yo me quedé mirando con inquietud mientras, uno a uno, todos los jugadores se metían en sus coches y se alejaban. ¿No iba a invitarme nadie a una fiesta? ¿Ni siquiera Juan? Parecía la clase de tío que no se perdería una y no le importaría que otros se apuntaran. Sabía que Chet intentaría convencerme para que volviéramos a casa de Carmina, sobre todo porque eran las once pasadas, pero eso era lo que menos quería. Si volvía a la hora, la dejaba ganar, a lo que me negaba en redondo.

Desanimada, me dirigí al Scout con Chet, que me abrió la portezuela, aunque yo habría preferido que no lo hiciera. El gesto me pareció más íntimo que cortés. Como si fuera una cita. De repente temí que intentara acompañarme hasta la puerta de Carmina para quedarnos a solas en el porche. Fuera como fuese, no podía permitir que lo hiciera.

Cuando nos acomodamos en los asientos, decidí que la mejor táctica sería mantener un tono amistoso, como si fuera uno de sus colegas.

Levanté los pies para apoyarlos en el salpicadero y sonreí con malicia.

—A Sydney le gustas. —A mitad de partido, Sydney se había anudado el suéter a la altura de la cintura, dejando al descubierto el vientre curvilíneo. También había aprovechado cualquier momento libre para susurrarle a Chet al oído. Había señales que eran universales, vivieras en la ciudad o en el campo.

Chet me miró con pasmo.

—¿Qué, Sydney? —Meneó la cabeza—. Imposible. Tiene novio. Un jinete de rodeo de Hershey. Hace un tiempo que están juntos.

—No te ha quitado el ojo de encima en toda la noche, ligón.

—Son imaginaciones tuyas.

—¿Has olido la cantidad de perfume que llevaba? Al principio creía que era Juicy Couture, pero ahora estoy casi segura de que era Feromonas para Atraer a Chet Falconer.

—Para —dijo él con un gemido.

—Tengo razón y lo sabes.

—No sé nada de eso.

—¿Tienes novia? —le pregunté directamente.

Él se pasó el pulgar por la nariz una vez más y carraspeó.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Qué te hace pensar que tengo novia?

—¿La tienes?

—No —respondió él, algo ofendido por el simple hecho de tener que preguntárselo—. ¿Por qué?

Con esta última pregunta, la conversación tomaba de pronto un cariz serio y personal, que no me gustaba. Así que cambié de tema.

—¿Cuándo me vas a llevar a esa cena de celebración?

—Cuando quieras.

—Esperaba que dijeras eso —exclamé, sonriendo triunfalmente y con malicia al mismo tiempo—. Quiero ir ahora.

Chet suspiró y me lanzó una mirada de reprobación.

—Le he prometido a Carmina que te dejaría en casa a las once y media.

—¿Ni siquiera un café? —le rogué, agitando las pestañas persuasivamente.

Él miró el reloj del salpicadero. Las once y veinte.

—A&W aún está abierto. Pedimos desde la camioneta unos batidos de zarzaparrilla con helado de vainilla. Es mi última oferta.

Fruncí el ceño.

—Eres duro regateando.

—¿Yo? ¿Bromeas? Mírate al espejo —dijo, señalando la visera plegada de mi lado—. ¿Aceptas o no?

—Acepto. —Respondí, pero no sin adoptar un tono mohíno.

Chet condujo a través del pueblo hasta el A&W, se detuvo ante la ventanilla de servicio, pidió y pagó los dos batidos. Yo no recordaba la última vez que había tomado un batido de zarzaparrilla. Le habían puesto crema de helado en lugar de helado de vainilla, pero aun así estaba sorprendentemente bueno. Nos dirigimos con la camioneta hasta un parque cercano y nos quedamos sentados en el aparcamiento desierto con las ventanillas bajadas. El aire era cálido y pegajoso, pero con el frío refresco en la mano, no me importaba.

—¿Tienes trabajo? —pregunté—. Además de cortar el césped.

Chet soltó un bufido.

—Lo dices como si cortar el césped no fuera un trabajo de verdad.

—No tienes que hablar con nadie —señalé—. Ni siquiera tienes que ducharte ni vestirme bien.

—Solo corto el césped en dos casas: la de Carmina y la mía. Durante el día trabajo en el rancho de Milton Swope. Siego el heno, me encargo del mantenimiento de los pastos, y cuido del ganado.

—Sigue.

Chet me miró de soslayo, sopesando si mi interés era auténtico o solo quería munición para burlarme después de él.

—El trabajo es duro, pero nada aburrido. Un día tengo que llevar el tractor, al siguiente reparo una cerca, y al otro he de ir en busca de un ternero perdido. Lo mejor es que estoy siempre al aire libre, llueva o haga sol, en lugar de estar encerrado en una oficina encorvado sobre un ordenador.

—El sol te envejecerá prematuramente la piel —le advertí con tono práctico.

Soltó una sincera carcajada.

—Mi madre se ocupó de su jardín durante la mayor parte de su vida adulta. Tenía líneas de expresión, patas de gallo y arrugas provocadas por el sol, y era la mujer más

guapa que he conocido en mi vida.

—Siento lo de tu madre, Chet. Siento lo de tus padres.

—Te lo agradezco —dijo Chet, encogiéndose de hombros—. Con el tiempo resulta más fácil. Bueno, quizá más fácil no, solo más tolerable. Creo que te ayuda saber que no se han ido del todo. No creo en un Dios que haya creado criaturas solo para dejar que luego dejen de existir. La materia no se crea ni se destruye, solo se transfiere, ¿no? No veo a mis padres y no puedo hablar con ellos, pero los siento. Están ahí. Sabiéndolo, la pérdida es menos dolorosa. —Tras una pausa, una leve sonrisa se dibujó en su boca—. Saber que mi madre me vigila, me obliga a pensármelo mejor cada vez que siento la tentación de moler a Dusty a palos.

—Yo no creo en Dios —afirmé tajante—. Si hubiera un Dios, no entiendo por qué habría de dejar que pasen cosas horribles. ¿Un Dios que deja sufrir a las personas, que permite a las personas comportarse de manera abominable los unos con los otros? Eso no es un Dios, es un sádico.

—Conozco a otras personas que piensan como tú. Dusty es una de ellas. No entiendo por qué Dios permitió que mis padres murieran. Cree que si le importáramos a Dios, habría salvado a nuestros padres. Es un punto de vista válido. Yo me he hecho las mismas preguntas, he tenido las mismas dudas. Pero la muerte de mis padres me ha hecho mejor persona. Ahora me preocupo más que antes por Dusty. No creo que Dios se llevara a nuestros padres para obligarme a ser mejor hermano. No creo que nos obligue a nada... esa es la cuestión. Deja que ocurran cosas malas porque no nos controla. Deja que llevemos nuestra propia vida y nuestras acciones tienen consecuencias, buenas y malas. El conductor borracho que mató a mis padres tomó una mala decisión. Si Dios hubiera salvado a mis padres, la mala decisión de una persona, conducir borracho, no habría tenido una consecuencia negativa y natural. Todos tenemos que cometer errores, porque es la única manera de aprender. —Exhaló un suspiro lentamente, pensativo—. Algunas lecciones son más duras que otras.

—Es un punto de vista muy noble, pero discrepo —dije—. Mucha gente conduce borracha y no mata a nadie. Si Dios hubiera querido de verdad salvar a tus padres, podría haberlo hecho.

—¿Tú deseas que Dios hubiera salvado a tu madre? —preguntó Chet amablemente.

La pregunta me pilló por completo desprevenida. Por un momento no supe qué contestar. Él estaba desnudando su alma y lo único que podía ofrecerle yo a cambio era una mentira cuidadosamente elaborada. Mi madre no había muerto. Yo no tenía nada en común con Chet, y me sentía aún más frívola y falsa por fingir lo contrario. Detestaba sentirme así. Pero lo que realmente me molestaba, lo que más dolía, era saber que Chet creía que yo era una persona que no era. ¿Así iba a ser el resto de mi vida? ¿Mintiendo a la gente y no permitiendo nunca que se acercaran a mí lo suficiente para conocer a mi auténtico yo? Odiaba a Stella Gordon. La odiaba más de lo que había odiado jamás a cualquier otra persona.

Salvo quizás a mi madre.

—No creo en Dios, ¿recuerdas? —me limité a decir, y me apresuré a cambiar de tema—. ¿Conoces a Inny Foxhall?

Chet acababa de dar un trago a su batido. Se secó la boca con el dorso de la mano antes de contestar.

—Creo que sí. ¿Baja, morena?

—Sí. ¿Sabías que está embarazada?

—No, no lo sabía.

—Vamos. Un pueblo pequeño como este. Las noticias vuelan.

—Cierto. Hacia las personas que tienen la oreja puesta.

Mi mueca le dijo que pecaba de arrogante.

—¿Alguna idea de quién podría ser el padre?

—Inny está en la clase de Dusty, creo. A lo mejor él lo sabe.

—¿Conoces a Trigger McClure?

—Claro.

—¿Crees que podría ser el padre? —No tenía ninguna prueba que sustentara mis sospechas, aparte del abatimiento de Inny al sugerir yo que quizá Trigger abandonaría pronto el pueblo para jugar en las grandes ligas. Bueno, eso y que Trigger parecía preferir a Inny a cualquier otra camarera del Sundown. No conseguía sacarme de la cabeza la impresión de que entre ellos había algo más que la relación rutinaria entre cliente y camarera.

—¿Trigger e Inny? —dijo Chet frunciendo el ceño, extrañado—. El instinto me dice que no. Pero podría equivocarme.

—¿Por qué crees que no?

Se lo pensó un momento y luego se encogió de hombros.

—Supongo que ella no es su tipo. Aunque también en eso podría estar equivocado.

—¿Y cuál es su tipo?

Me miró con expresión especulativa.

—¿No será que tú...?

—¿Si estoy interesada? Puaj. No. Rotundamente no. —Me estremecí visiblemente para recalcar mis palabras. No estaba interesada en Trigger en absoluto.

Chet pareció relajarse en su asiento.

—Si los rumores son ciertos, a Trigger le gustan las mujeres mayores.

—¿Cómo de mayores?

—Lo bastante para ser experimentadas. —Parecía incómodo con aquel tema. Toqueteaba las llaves que colgaban del contacto—. Hubo rumores sobre él y una profesora. Por lo que yo sé, solo eran rumores.

—Oh, deja de buscar siempre lo bueno en todo el mundo —le dije—. A mí me parece muy capaz de enrollarse con una profesora. ¿Qué ocurrió con ella?

—La trasladaron a otro instituto en mitad del semestre —admitió él a

regañadientes—. Él ya tenía dieciocho años cuando ocurrió la supuesta relación, así que la cosa no pasó a mayores.

—¿Te das cuenta? —dije, dándomelas de enterada. Luego añadí con indignación —: Y por supuesto la culparon a ella. —Igual que cuando había sido culpa mía que el Mountain Dew de Trigger hubiera acabado en mi cara. Al parecer todas las mujeres que se cruzaban en el camino de Trigger tenían la culpa de todo. Qué curioso que siempre ocurriera lo mismo.

—Todo el mundo sabe que tiene muy mal genio. —La voz de Chet era apagada, en parte por incomodidad, pero también expresaba advertencia—. Y utiliza la violencia física.

—¿Con las chicas?

—Con todo el mundo. Puede que con aquella profesora. No conozco los hechos. Pero tú ten mucho cuidado con él. —Miró el reloj—. Debería llevarte a casa. Carmina estará paseándose frente a la puerta con una escopeta en las manos.

Hice un mohín, pero estaba claro que Chet sabía dominarse perfectamente porque, inmune al parecer a mis encantos, me llevó a casa de Carmina y paró en el sendero de entrada a las doce menos cuarto en punto. Las luces de la planta baja estaban encendidas, pero no vi la silueta de Carmina acechando tras las cortinas.

—Gracias por el batido de zarzaparrilla —dije.

—De nada.

Siguió una pausa especialmente larga.

Los ojos de Chet se encontraron con los míos y su ardiente mirada me hizo desear no haber propiciado la ocasión para quedarme a solas con él. Estaba oscuro en la cabina de la camioneta, y aunque el asiento único me había parecido espacioso las demás veces que había viajado junto a Chet, ahora parecía todo lo contrario. Chet estaba tan cerca que yo notaba el calor que desprendía su cuerpo. Oía su respiración lenta y profunda. Puso un brazo sobre el respaldo del asiento con la mano a unos centímetros de mi hombro. Notaba su olor dulce y acre con los sentidos exacerbados, y aunque no me tocaba, tuve un momento de vértigo al pensar que lo haría. Me sentía mareada y alterada, con los nervios a flor de piel.

Y entonces recordé a Reed. Su rostro me vino a la mente de pronto, y la imagen era tan real que parecía que también él podía verme.

Me bajé de la Scout apresuradamente, saltando casi, con el susto en el cuerpo.

Sonreí con toda la naturalidad de que fui capaz, dadas las circunstancias.

—Será mejor que meta el resto del batido en la nevera antes de que se derrita.

No le miré a la cara. No quería ver de nuevo esa mirada ardiente que me obligaba a especular sobre lo que quería decir. Ya lo sabía en realidad, pero no quería seguir pensando en ello. Tenía que recordar que no era Stella Gordon, que no vivía en un hogar de acogida y que no tenía futuro en Thunder Basin ni con Chet. Era Estella Goodwinn, y mi novio era Reed Winslow.

Subí deprisa los escalones del porche, pensando que sería mejor no encontrarme a

Carmina detrás de la puerta, dispuesta a pelearse conmigo. No podría soportarlo. Quería sacarme a Chet de la cabeza y centrarme en lo que era importante: mi siguiente visita a la biblioteca. Reed estaba en alguna parte, intentando ponerse en contacto conmigo.

Estaba en el interior de la casa con la espalda contra la puerta cerrada cuando oí a Chet dando la vuelta en el sendero. Me vino a la mente una imagen de sus ojos azules con una profunda expresión de anhelo. Me gustaba desde el momento en que le había puesto la vista encima, pero nunca lo había encontrado tan atractivo como aquella noche en la cabina de la camioneta. No quería sentir aquella atracción que lo complicaba todo. No sabía qué hacer con ella.

No era la clase de chica que se colaba fácilmente por cualquier tío. Lo tenía todo bajo control, joder.

Pero mentiría si dijera que Chet no me alteraba.

—Esta noche en la iglesia hay una recaudación de fondos, por si te interesan ese tipo de cosas. —Era la tarde del día siguiente, sábado, y Carmina estaba de pie junto al fregadero de la cocina, hundiendo las manos en el agua jabonosa con que fregaba los restos del asado de los platos de la comida.

—¿Qué tipo de recaudación? —pregunté, manteniendo a propósito un tono insulso para no darle la satisfacción de creer que había despertado mi interés cuando no era cierto.

—Para aportar fondos al centro de acogida para mujeres.

—¿Y en qué consiste? ¿Lavan coches? ¿Venden palomitas? ¿Chocolatinas de precio desorbitado? —En verano, mi equipo de baloncesto solía montar lavados de coches los fines de semana cuando necesitábamos dinero. Era lo primero que me venía a la cabeza cuando me hablaban de recaudación de fondos.

—Oh, supongo que tú lo llamarías feria —dijo ella, usando el antebrazo para apartarse de la cara un mechón de pelo blanco que se había escapado de la cinta de la cabeza. Habrá lanzamiento de anillas, *cakewalk*^[5], concurso de pelar mazorcas, y ese juego en el que lanzas dardos a unos globos.

—¿Habrá gente que conozca? —me pregunté en voz alta.

—Creo que sí. El pastor Lykins ha pedido a varios jóvenes que le ayuden ocupándose de las casetas. Muchos de ellos juegan en la liga de sóftbol. —Me miró por encima del hombro—. Supongo que Chet Falconer también estará, si es ahí adonde quieres llegar.

—No quiero llegar a ninguna parte —repliqué, y decía la verdad. La idea de volver a ver a Chet tan pronto me producía sentimientos encontrados. La noche anterior, antes de acostarme, había logrado apartarlo de mi mente, resuelta a poner fin a todo atisbo de sentimiento que pudiera empezar a despertar en mí. Quería que nuestra relación fuera simple. Una simple relación de amistad. Todo había ido bien hasta que me había despertado en medio de la oscuridad con el cuerpo ardiente y sudoroso, y además con agujetas. Sabía que no podía controlar mis sueños, pero el que acababa de tener de Chet, en la parte de atrás de su camioneta, y de sus manos fuertes y muy muy hábiles, me parecía igualmente una traición a mi decisión y a Reed.

—No creas que no me di cuenta de que anoche te trajo a casa después de la hora de llegada —dijo Carmina con el ceño fruncido.

—No tengo hora de llegada. ¿Y en serio le va a dar un ataque por quince minutos de retraso?

—La recaudación empieza a las siete —dijo ella, ignorándome—. Le prometí al

pastor Lykins que iría temprano para ayudar con los preparativos. Estoy segura de que agradecería otro par de manos, si decides venir.

—No me van esas cosas —dije, bostezando con ganas para dar mayor énfasis a mis palabras, aunque era una grosería.

—Tú misma.

Y eso fue todo.

Pero cuando dieron las seis y media y Carmina daba ya marcha atrás con la camioneta, me dije a mí misma: ¿Por qué no? Agarré el bolso y bajé corriendo los escalones del porche. Me sentí como una idiota persiguiendo la camioneta hasta que a ella se le ocurrió mirar por el espejo retrovisor. Frenó entonces y yo me subí, con la respiración jadeante.

—¿Qué? —pregunté, todavía sin resuello, al ver sus cejas arqueadas—. A lo mejor me muero de aburrimiento y se libra de mí para siempre.

—O a lo mejor te diviertes y todo —dijo ella afablemente.

Le lancé una mirada irónica. Ella sonrió, satisfecha de sí misma.

El aparcamiento de la iglesia estaba lleno hasta los topes. Carmina aparcó en una calle lateral y yo la ayudé a descargar las cajas de piruletas, bolas de chicle, globos y bombas de aire, y un par de botellas de vino barato para la rifa. Cuando atravesamos el jardín de la parte posterior de la iglesia, llevando las cajas en una carretilla, vi casetas en las que se anunciaba lanzamiento de pasteles, maquillajes para niños y un surtido de juegos de feria. Había incluso un tanque de agua de los que tienen una persona sentada a la que intentas tirar. El sol brillaba intensamente sobre los árboles, achicharrándome el cuero cabelludo. El sudor me corría por la espalda.

Cerré los ojos. Me sentía en verano... pero no me sentía realmente en verano. Justo entonces debería estar tomando el sol en la piscina de Tory. O ayudándola con la lista de invitados para su próxima fiesta de cumpleaños. Cumplía los dieciocho el miércoles siguiente. Me pregunté si aún se acordaría de mí. Había sido mi mejor amiga durante años. Aunque me creyera muerta, seguro que me tenía presente en sus pensamientos y mi recuerdo la hacía llorar en momentos inesperados.

Noté que me venían ganas de llorar y me oprimí el puente de la nariz con los dedos. No podía continuar así. No podía volver al pasado una y otra vez. Empezaba a comprender por qué el marshal Price me había dicho que empezara de nuevo en Thunder Basin. Dolía demasiado tener un pie en el pasado. Quería aferrarme a él, pero solo había peligro en Philly para mí, o algo peor, la muerte. Fingir que seguía siendo una opción de futuro era una fantasía, y además peligrosa.

Agarré las botellas de vino de Carmina y se las llevé al pastor Lykins, que estaba muy atareado con la mesa para la rifa, poniéndoles etiquetas a las botellas alineadas en pulcras filas.

—Hola, Stella —saludó él, subiéndose las gafas de sol caídas. Era uno de esos hombres que no tenía cara para gafas de sol; tenía un rostro afable de querubín y las gafas parecían fuera de lugar, como si se esforzara demasiado. En cambio, el resto de

su atuendo era exactamente como cabía esperar. Dockers, camisa blanca y mocasines con arañazos.

Su rostro brillaba por el sudor y tenía círculos húmedos en la camisa bajo las axilas. Me estrechó la mano, pero no me miraba a mí, sino a Carmina.

—¿Carmina te ha enviado para dármelas? Tendré que buscarla en cuanto termine con estas etiquetas y darle las gracias.

Di media vuelta para alejarme, pensando en echar un vistazo a los juegos antes de que empezara la feria, cuando divisé a unas cuantas chicas de mi edad apiñadas en torno a una caseta en la que no me había fijado antes. La caseta estaba envuelta en papel rojo y adornada con grandes corazones recortados. Sobre el mostrador había un radiocasete del que brotaba una voz femenina cantando con entusiasmo: «*This kiss, this kiss! Unstoppable. This kiss, this kiss!*».

—¿Quién canta esa canción? —pregunté a una de las chicas de la periferia del grupo.

Ella me miró fijamente como si no pudiera hablar en serio.

—Eh... Faith Hill. Es la canción *This Kiss*. —Siguió mirándome como si esperara a que yo cayera en la cuenta, pero no la había oído jamás—. ¿Lo pillas? «*This Kiss*». Es la caseta de los besos —acabó diciendo con tono impaciente.

Antes de que pudiera preguntarle si hablaba en serio, un coro de chillidos se alzó entre las chicas que estaban más cerca de la caseta. Una mujer escribía nombres en un cartel clavado en un lado de la ventanilla de la caseta.

—¡Trigger McClure! —leyó una de las chicas a voz en cuello cuando la mujer escribió el nombre y a continuación le asignó el turno de las siete.

—¡Chet Falconer! —gritó otra con tono anhelante.

Le di un leve codazo a la chica de al lado por segunda vez.

—Entonces esta caseta es una caseta de besar de verdad. Con besos de verdad. —Era más una manifestación de incredulidad que una pregunta. ¿Aquello era políticamente correcto? A juzgar por la jarra para los donativos, la iglesia había aprobado la idea de comprar, bueno, besos. Había tantas cosas reprobables en ella que ni siquiera sabía por dónde empezar a enumerarlas.

—Eh, sí, claro —dijo la chica—. El tío que haya reunido más dinero al final de la noche será coronado como Míster Labios Ardientes. Le pondrán tiara y banda y todo. Es muy divertido. Ganará Chet o Trigger. Obviamente. O sea, fíjate en los demás tíos que se han presentado voluntarios —siguió diciendo, cuando la mujer añadió al cartel los dos últimos nombres—. ¿Donovan Pippin y Theodore LeMahieu? —La chica arrugó la nariz con asco.

Justo entonces vi que llegaba la Scout amarilla de Chet, y decidí que no podía desaprovechar la oportunidad de tomarle el pelo. Saltando casi, me fui hasta donde había aparcado y me reuní con él en la acera.

—¿Caseta de los besos? —dije con dulce tono, manteniendo el ritmo de sus largas y ágiles zancadas. Chet tenía un aspecto cómodo y desenfadado con tejanos,

botas manchadas de hierba y una camiseta azul marino que resaltaba sus impresionantes ojos azules.

—Estás muy enterada de lo que hago —dijo, sonriente.

—Difícil evitarlo. Cuando han escrito tu nombre en la lista, las chicas embelesadas se desmayaban y caían redondas al suelo.

—¿Pero tú no?

—Yo no voy besando a los amigos —bromeé.

Chet soltó un bufido, pero el brillo juguetón de su mirada se apagó un tanto, y lamenté pensar que había herido sus sentimientos. De todas formas tenía que dejar claras mis intenciones. No quería darle falsas esperanzas. Ni tampoco alentarle para que se comportara de nuevo como la noche anterior en la Scout.

—Además —añadí, esperando reparar su ego—, una caseta de besos le quita espontaneidad al momento. Estoy en contra por principio. A ver, ¿hay algo menos romántico que pagar por un beso? Debería ocurrir cuando el momento sea propicio. No debería ser algo forzado. Es la diferencia entre besar a alguien por primera vez en Las Vegas... y París —dije en un arranque de inspiración.

—¿Has estado alguna vez en París? —dijo con un gruñido, y se cambió de posición las cajas de botellas de leche de cristal que acarreaba.

Por un instante el corazón se me desbocó en el pecho, pensando que había dicho algo que ponía en peligro mi tapadera. Pero no. La analogía era inofensiva. No hacía falta haber ido a París para saber que era mil veces más romántica que Las Vegas.

Aunque Estella Goodwinn sí que había estado en París.

—Ya sabes a qué me refiero —dije.

—¿Por casualidad has visto en qué turno me han puesto?

—A las ocho. Todos los ojos, esto, labios, estarán puestos en ti. —Metí la mano en el bolso para sacar un tubo de bálsamo labial y se lo metí en el bolsillo del pecho de la camiseta—. Una buena acción para un amigo en apuros. Cuando lleves medio turno me lo agradecerás.

Él sacó el tubo y leyó la etiqueta. Era cacao con sabor a menta.

—¿En serio? ¿Esto es lo más cerca que voy a estar de tocar tus labios esta noche? —Meneó la cabeza con aire lastimero y exhaló un suspiro de decepción.

Sonreí. Habíamos vuelto a nuestra vieja rutina de bromas que no nos hacían sentir incómodos. Así era como lo quería yo. Me sentía segura.

—Puedes llamarme *Miss Labios Vírgenes*.

—Al menos pásate por la caseta a saludar... y a donar un par de dólares. Las ganancias se emplearán en juguetes para el centro de acogida de mujeres.

—Solo quieres mi dinero para que te nombren *Míster Labios Ardientes*.

Esperaba que Chet respondiera con una ocurrencia de cosecha propia, pero él se detuvo en seco, como si hubiera topado con un muro. Fijó la mirada en un punto al otro lado del jardín. Enrojeció un tanto y se pasó la mano por el pelo, casi como si le preocupara que se le hubiera puesto de punta. Y tardó unos instantes en volver a

respirar normalmente.

—¿Chet?

Él dio un respingo, como si hubiera olvidado mi presencia. Sonrió, pero su expresión era distante y malhumorada.

—Sí, perdona. ¿Qué decías?

Desvié la vista hacia donde él antes miraba, pero no supe discernir el motivo de su distracción. No creía que se hubiera puesto nervioso por el grupo de chicas que hacían cola frente a la caseta de los besos. Seguro que ya sabía dónde se metía al presentarse voluntario. Y en cualquier caso, Trigger tenía el primer turno. Quizás aquellas chicas se habrían ido ya cuando Chet ocupara la caseta.

Y entonces la vi. Era una pelirroja con una gorra de los Huskers y una camiseta blanca de tirantes. Apoyaba una mano en la cadera y la postura resaltaba sus tonificados brazos. Resultaba difícil saber si también tenía buenas piernas porque llevaba una de esas faldas *hippies* con vuelo que le llegaba por debajo de las rodillas, pero me decantaba por creer que sí. Era pecosa y tenía un envidiable atractivo natural.

—¿Quién es? —pregunté a Chet.

Pero él ahora me dedicaba toda su atención y me sonreía a mí y solo a mí.

—¿Quién es quién? Venga. Ayúdame a llevar estas botellas adonde se lanzan las anillas.

A las ocho había hecho una ronda casi completa de las casetas de juegos. El hecho de divertirme en una feria de iglesia me pareció un claro síntoma de lo necesitada que estaba de vida social. En cierto sentido era bastante agradable pasearse entre desconocidos, pero también me hacía añorar mi casa. Echaba de menos Philly. Echaba de menos la vitalidad, la energía, la yuxtaposición entre la familiaridad y el anonimato de la vida urbana. También echaba de menos a Reed, de un modo tan intenso que me sentía como si hubieran metido a la fuerza mi corazón en una caja excesivamente pequeña.

Me pregunté si existiría alguna posibilidad de escabullirme de la feria sin que Carmina se diera cuenta. A pie, el trayecto de ida y vuelta hasta la biblioteca me llevaría más o menos una hora. Si se daba cuenta de que me había ido, después me cosería a preguntas. O peor, a lo mejor aumentaba su vigilancia sobre mí o empezaba a hacer preguntas por el pueblo. Al final decidí que sería demasiado arriesgado irme. Por mucho que me costara, tendría que ser paciente. Si Carmina descubría la cuenta secreta de *e-mail*, podía dar por perdido el único modo de ponerme en contacto con Reed.

Al otro lado de la feria, Chet relevaba a Donovan Pippin en la caseta de los besos. Tal como le había prometido, me dirigí hacia allí para donar unos dólares a la digna causa de coronarlo como Míster Labios Ardientes. Por el camino me encontré con

Theo, el chico de la gasolinera Red Barn. Iba con la cabeza gacha, zigzagueando resueltamente por entre la multitud, y casi me atropella.

Di un salto hacia atrás.

—¿Dónde está el fuego?

—Oh —dijo él, levantando la cabeza bruscamente—. Hola, Stella. ¿Qué haces aquí?

—Intentando aparentar que me adapto. ¿Quieres venir conmigo a alguna caseta? A cualquiera menos a la de carreras de patos de goma. Ya me han eliminado dos veces.

—Bueno... —empezó a decir, mirando hacia atrás con nerviosismo, como si se escondiera de alguien—. Me temo que no puedo. ¿No habrás visto a un hombre mayor con pantalones cortos de rayas y polo amarillo?

—No. ¿Por qué?

—Oh, nada —respondió sin dejar de mirar a su alrededor con inquietud—. Es mi abuelo. Intento, eh, evitarlo por... ciertas razones. Luego te veo.

Lo agarré por el hombro.

—¿Quién es esa chica con gorra de los Huskers que está junto al *cakewalk*?

Theo entornó los ojos tras las gruesas gafas.

—Es Lacy Parish. Debe de haber venido a casa a pasar el fin de semana. Estudia en la Universidad de Nebraska.

—Eso está en Lincoln, ¿no? —Antes de ir a Thunder Basin, Lincoln era la única población de Nebraska que conocía de memoria.

Theo asintió.

—Acabó el instituto el año pasado. He oído decir que este verano trabaja en Lincoln como canguro.

Lacy se había graduado el mismo año que Chet. En un pueblo tan pequeño, tenían que conocerse. Pero la expresión de Chet al verla delataba algo más que una simple familiaridad. Era el tipo de expresión que se te queda cuando alguien te golpea en el pecho y tu cuerpo se olvida de cómo respirar.

—¿Qué hay entre ella y Chet Falconer?

—Bueno —respondió Theo, después de reflexionar—. Fueron novios, pero eso se acabó. Se suponía que él iba a ir a la Universidad de Omaha, que no está lejos de Lincoln, así que Lacy y él prácticamente estarían juntos, pero entonces los padres de Chet murieron en un accidente de coche. Él se quedó aquí para cuidar de su hermano y ella se fue a la universidad. Pero primero cortó con él. Oí decir que ella no quería esperarle ni tampoco mantener una relación a larga distancia. Antes del accidente de coche, todo el mundo en el pueblo decía que estaban hechos el uno para el otro y que acabarían casándose. La pareja perfecta que se dice. Pero ahora son más bien como una vieja pareja de divorciados. No creo que se hayan cruzado una sola palabra desde que ella se fue a la universidad.

—Qué historia tan triste —musité. Al otro lado de la feria, Chet se asomaba por la

ventanilla de la caseta de los besos para deleitar a una niña pequeña con rizos a lo Shirley Temple, dándole un besito en la sonrosada mejilla. A cambio, la niña dejó caer un billete de dólar en la jarra de los donativos y se fue dando saltos. Era una dulce imagen que me conmovió a mi pesar.

Chet volvió la mirada hacia mí como si hubiera notado que lo observaba. No fueron más que tres o cuatro segundos, pero en ese momento pareció una eternidad. Bajé la mirada a su boca, que tenía más color a causa de la presión repetida de los besos, igual que la piel se oscurecía al agolparse la sangre por una bofetada. Chet me observó con una tensión extraña y anhelante en la mirada, que me puso en alerta.

Oh, oh. Tenía que parar.

Con un esfuerzo le dediqué una sonrisa radiante. Luego le lancé un beso ridículo frunciendo mucho los labios y separándolos ruidosamente. Supe que la distracción había funcionado cuando él sonrió y me hizo señas con el dedo para que me acercara. El momento de tensión, o lo que fuera, había pasado.

—¡Tengo que irme! —exclamó Theo, tragando saliva. Luego se escabulló antes de que pudiera hacerle más preguntas.

Tentada por lo que me había contado Theo, me fui caminando tranquilamente hasta donde se jugaba al *cakewalk*. Mientras examinaba los pasteles, oí a Lacy Parish y a las chicas que se apelotonaban en torno a ella. Del grupo se elevaban murmullos de cotilleos, salpicados por ocasionales estallidos de risas.

—¿Has hablado con él? —preguntó una de las chicas a Lacy.

Lacy fulminó a la chica con la mirada como diciéndole: «¿En serio me preguntas eso?».

—Pregunta estúpida —musitó la chica, ruborizándose.

—Antes lo he visto mirándome —explicó Lacy, poniendo los ojos en blanco—. No podría ser más obvio. Él aún está colado por mí, pero yo lo tengo súpersuperado. O sea, no puede competir con los tíos de la universidad, ¿entendéis? Es duro, pero cierto. Ellos intentan hacer algo con su vida, y él... —vaciló, buscando la palabra con la que causar mayor efecto—, se dedica a cortar el césped.

Un par de chicas soltó una risita disimulada.

Lacy sonrió, complacida consigo misma, luego se puso seria antes de añadir:

—A ver, me sentí súperculpable cuando sus padres... ya sabéis —hizo un gesto para indicar que su público ya conocía la historia—, pero no iba a dejar mi vida en suspenso por un tío con el que me enrollaba en el instituto. Si él creía que íbamos en serio, estaba con la chica equivocada. Ahora estoy haciendo algo con mi vida. La universidad es increíble. Ya lo veréis vosotras también. Es un mundo distinto. Todas las noches ocurre algo. Fiestas, bailes, partidos de fútbol. —Se echó a reír—. Más fiestas.

—¿Y tienes novio? —preguntó una chica con un pañuelo rojo que le recogía el pelo. Me recordó a Rosie la remachadora de los carteles de la Segunda Guerra Mundial. Su tono era duro, un poco desafiante.

—Nadie se echa novio en la universidad. —Lacy se echó el pelo hacia atrás con aire displicente, pero se regodeaba siendo el centro de atención. Sus ojos verdes brillaban, hablaba con voz fuerte y con autoridad—. Es menos serio que en el instituto. No sientes la presión de pertenecer a nadie. Todo va de encuentros fortuitos y de pasárselo bien. Cada fin de semana sales con un tío diferente. No haces siempre las mismas cosas aburridas con el mismo tío. El compromiso es como para gente que no se entera. Como Chet —concluyó, torciendo el gesto en una expresión perversa.

Ya había oído bastante. En un principio me había parecido que Lacy tenía razón al abandonar Thunder Basin y a Chet. No se le podía pedir que renunciara a su futuro por él. Pero después de oírla hablar, definitivamente estaba de parte de Chet. Lacy no se sentía mal por haber herido sus sentimientos. Y para colmo lo ponía de vuelta y media a sus espaldas, menospreciándolo para darse más importancia. Esperaba que Chet no siguiera enamorado de ella, porque desde luego no era lo bastante buena para él.

Estaba a punto de alejarme, cuando Rosie la remachadora volvió a hablar.

—No estés tan segura de ti misma, Lacy. A lo mejor Chet también lo ha superado. Deberías preguntárselo a la cara en lugar de despellejarlo a sus espaldas.

—Los celos no te favorecen, Dawn —le espetó Lacy—. ¿Quién te ha preguntado nada, además?

Dawn se encogió de hombros y se alejó, pero su leve sonrisa petulante no se alteró lo más mínimo. Choqué los cinco con ella mentalmente.

—¿Quién saldría con Chet ahora? —preguntó Lacy al resto de las chicas—. Sabe que vosotras sois amigas mías. Tendrá que sacar el culo de aquí si quiere ligar.

Ya había oído bastante. Pasé por su lado a grandes zancadas y le lancé una mirada asesina, pero ella estaba demasiado ocupada riéndose de sus bromas despreciativas para darse cuenta.

Me encaminé a la caseta de los besos y apoyé el codo en la ventanilla.

—Me alegro de ver que aún no se te han caído los labios —dije a Chet. Eché un vistazo a la jarra de donativos, que estaba atestada de billetes—. Parece que llevas la delantera para el título de Míster Labios Ardientes.

El pastor Lykins, que estaba cerca, reaccionó al oírme. Después de comprobar que no había nadie más escuchándonos, dijo en voz baja, pero emocionada:

—Ha recaudado más de cien dólares. Es el doble de lo que han logrado los dos primeros juntos, pero no le contéis a nadie que os lo he dicho. No queremos lastimar ningún ego. —Rio entre dientes—. Basta con decir que Chet ha sido la estrella del *show*.

Chet me miró encogiéndose de hombros como diciendo: los hechos no mienten, señora.

—Y pensar que intentó todo lo humanamente posible para desdecirse de ser voluntario cuando le aseguré que esta sería la caseta perfecta para él —comentó el pastor Lykins.

Chet se encogió de nuevo de hombros, pero esta vez las puntas de sus orejas enrojecieron. Era el único tío al que conocía que podía mostrarse modesto sin resultar irritante. Si acaso, le hacía aún más atractivo. Era difícil no apreciar a un tío que tenía un lado sensible y vulnerable, aunque él intentara ocultarlo.

—Aún no te he visto en la cola, Stella —dijo el pastor Lykins—. No puedo opinar sobre los besos de Chet, pero por si sirve de algo, puedo asegurarte que no he visto a ninguna clienta insatisfecha.

Me sentí mortificada al notar que me ardía la cara. ¿Me había ruborizado? Antes no me había costado nada lanzarle un beso a Chet por el aire, pero algo había cambiado y no sabía qué era. ¡Maldición, me había ruborizado!

—Oh. Bueno, en realidad... —dije, toqueteándome el pendiente.

—Stella está guardándose el dinero para Theo —intervino Chet—. Le ha tocado el último turno y todo el mundo sabe que es el peor, porque casi todo el mundo se ha gastado ya el dinero. Stella quería asegurarse de Theo tuviera algo en la jarra.

Lancé a Chet una mirada de pura gratitud. Él la recibió con un levísimo asentimiento de cabeza.

—Bien pensado, Stella —dijo el pastor. Miró su reloj—. Parece que se ha acabado tu turno, Chet. Bueno, ¿dónde está Theo...? —Escudriñó la multitud con una mano sobre los ojos para protegerse del sol del ocaso.

—¿Quieres beber algo? —Me preguntó Chet, saliendo de la caseta—. Creo que tienen ponche de frutas y limonada en el chiringuito.

¿Por qué no? Estaba claro que necesitaba algo para refrescarme.

—Gracias por salvarme antes —dije, cuando nos alejábamos del pastor Lykins—. No sé qué me ha dado.

Chet sonrió con una mueca.

—Supongo que si solo hay una chica en la iglesia que no quiera besarme, podré soportarlo.

Me eché a reír, aliviada al ver que no iba a insistir en el tema, e hice un esfuerzo por impedir que mi expresión delatara el menor atisbo de que podía estar equivocado. No quería besarle. De verdad que no. Tenía novio, novio formal, y le era fiel.

En el chiringuito no quedaba ya más que unas cuantas tazas de ponche y unas galletas desmenuzadas. Me senté en la mesa y mordisqueé un trozo de galleta.

—He oído que Lacy está aquí.

Chet me observó mientras sorbía su limonada.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Es un pueblo pequeño. Las noticias vuelan.

—Podría decirte que lo he superado, pero no estoy seguro de que me creyeras. Al parecer nadie se lo cree. Siempre que vuelve a casa, todo el mundo me vigila atentamente, como si pensara que me voy a desmoronar.

—¿Te duele verla?

—¿Que si me duele? —Negó con la cabeza—. Pero me retrotrae al pasado. Tardo

un momento en recordar que ya no estoy en él.

Le comprendía a la perfección. Cuando me asaltaban los recuerdos de aquella noche, me devolvían a Philly. Por mucho que intentara razonar o apelar al sentido común, nada me convencía de que no estaba allí; sencillamente tenía que esperar a que pasara. En esos casos, el tiempo se me hacía eterno.

—Es guapa —señalé.

Él se encogió de hombros con aire evasivo.

—Pero también es un poco bruja. —Levanté la mano antes de que él pudiera protestar—. Solo te lo digo.

—Creo que se siente incómoda cuando estoy yo. Sabe que algunas personas la culpan por el modo en que terminó todo entre nosotros, aunque era inevitable.

No le conté que Lacy parecía absolutamente cómoda tomándole como blanco de sus pullas.

—Siempre he querido ser pelirroja como ella —dije melancólicamente.

Chet me dio un afectuoso codazo.

—A mí me gusta tu pelo tal como es.

Noté que me observaba, noté la atracción de su mirada. Desprendía un olor a tierra muy seductor. Una cálida luz dorada se reflejaba en sus oscuros cabellos. Se apoyaba hacia atrás en la mesa, con su mano no lejos de la mía. Tenía unas manos asombrosas, fuertes, bronceadas y llenas de callos por el trabajo físico. Eran unas manos con un propósito. La clase de manos con las que podía soñar una chica.

Cuando ya no pude evitar más su mirada, vi en ella cierta inquietud, y tuve que esforzarme para no dejar que me afectara. Chet estaba destruyendo mis defensas. Entre nosotros había una química creciente que no podía causar más que problemas. Tenía que ponerle fin.

Pero fue Chet quien rompió el hechizo, no yo.

Con la familiaridad de un viejo amigo, partió un trozo de mi galleta y se lo metió en la boca.

—Tengo que volver a casa y asegurarme de que Dusty no anda haciendo de las suyas.

Y sin más, se fue.

Mientras observaba cómo se alejaba en su camioneta, no podía dejar de pensar en él. Debería haber imaginado que un chico tan atractivo como él no habría pasado desapercibido entre las chicas, que habría tenido alguna relación anterior. Por lo que yo sabía no había habido ninguna otra después de Lacy y, a pesar de los rumores que corrían por el pueblo, sabía que Chet ya no sentía nada por ella. Al verla por la tarde, no se había mostrado dolido. Se había sobresaltado, sí. Le había recordado el pasado, sí. Pero no le había hecho daño. Y ahí radicaba la diferencia.

Se me ocurría otra razón por la que podía haberlo superado, pero me sentía incómoda, así que la deseché.

Decidí demostrar que Chet era un hombre sincero y me dirigí a la caseta de los

besos en busca de Theo.

Lo encontré encorvado en el taburete con la tristeza grabada en cada línea de su rostro. Llevaba una pajarita rosa que hacía juego con sus arreboladas mejillas. Cuando vio que me acercaba, agachó la cabeza y se tapó la cara con la mano.

—Hola, Theo —dije alegremente—. ¿Cómo te dejaste convencer para hacer esto?

—Mi abuelo me presentó voluntario —musitó—. ¿No tendrás una cápsula de cianuro por casualidad?

—Tuve que devolverla cuando abandoné la KGB, lo siento.

Se secó la frente con un pañuelo de bolsillo.

—Aún me quedan veinte minutos de esta tortura.

—Al fijarse en la jarra de donativos vacía colocada sobre el mostrador de la ventanilla, la agarró y la dejó a sus pies. —Quiero ayudar al hogar de acogida, en serio, pero no así. Podría haber donado alguna prenda cosida por mí. Una chaqueta de hombre. Podrían haberla subastado.

Abrí mi bolso.

—Vuelve a poner esa jarra aquí arriba para que pueda meter mi donativo.

Theo me miró parpadeando sorprendido.

—Pero... tendrías que besarme. ¿Quieres besarme?

—Si vas a ser tan directo, bueno, pues sí.

—Pero. Bueno. Ejem. Es que yo soy... soy... —Se aclaró la garganta y enrojeció aún más.

—Theo —le dije amablemente.

—Es, bueno... es un poco violento, ¿no? Quiero decir... —Se inclinó un poco más hacia mí, mirándome intensamente, como si pudiera transmitir información directamente a mi cerebro—. ¿Entiendes lo que intento decirte, Stella?

—Theo. Somos amigos. ¿No vas a besarme de una vez?

—Eh... —Se rascó la mejilla con gesto de incomodidad—. Supongo que podría hacerlo...

Me incliné hacia delante. Él se inclinó hacia delante.

Cerró los ojos y me rozó la mejilla tiernamente con los labios.

—Ha sido el beso más bonito que me han dado en toda mi vida —le confesé con sinceridad—. Ahora vuelve a poner la jarra aquí arriba para que haga mi donativo.

Con sonrisa dulce, casi tímida, devolvió la jarra a su sitio. Dejé caer un puñado de billetes en su interior (todo lo que tenía) y vi que Theo ponía los ojos como platos.

—Stella. ¿Qué haces? No puedes...

—No puedo garantizarte que vayas a ser el próximo Míster Labios Ardientes, pero bastará para superar a Trigger por goleada.

Theo salió de la caseta y me abrazó con fuerza. Su abrazo también fue el mejor que me habían dado en la vida.

La semana siguiente estaba a punto de fichar al acabar mi turno, cuando Eduardo, el cocinero jefe, me detuvo.

—¿Tienes un momento, Stells?

No recordaba el día exacto en que Eduardo me había dado ese apodo, pero me había quedado con él y todos los cocineros me llamaban Stells, con variaciones como Stells Bells, Stelly Belly o Stellow Mellow, pero no me importaba. Era mucho mejor que el «¡Eh, chica nueva!» al que había tenido que contestar durante mi primera noche de trabajo.

—Claro. ¿Qué necesitas? —pregunté.

—Deirdre se ha ido temprano. Tiene a un niño enfermo. Me ha pedido que rellene sus servilleteros. ¿Te importaría ir al almacén y traerme un paquete de servilletas?

Deirdre era una camarera a tiempo completo con dos hijos en la guardería. Solía trabajar en el turno de día, pero alguna que otra vez hacía el turno de noche. Tenía entendido que trabajaba en el Sundown desde que Dixie Joe había abierto sus puertas hacía más de diez años. Me sorprendió que le hubiera pedido a Eduardo que le ayudara con sus servilleteros, en lugar de pedírmelo a mí, o a Inny, que se había ido un par de minutos antes. Por lo que había podido ver, los cocineros no ayudaban nunca a las camareras con sus mesas. Y no había visto nunca a Eduardo y a Deirdre pasando el rato juntos durante los descansos, pero era evidente que algo se me escapaba. Al parecer eran amigos, o al menos se llevaban bien.

—Claro.

El almacén estaba en el extremo opuesto al que ocupaban los cocineros, y se accedía por una angosta escalera de madera. Ya había estado en el almacén varias veces, y aunque desprendía el olor a moho del hormigón húmedo, siempre estaba fresco y yo agradecía la oportunidad de bajar allí y escapar del calor de la cocina.

Encendí la luz en lo alto de la escalera y bajé rápidamente los peldaños de madera. Al llegar abajo, doblé hacia un lado y busqué a tientas la cadena de la bombilla para encenderla. No había ventanas en el almacén, y por la noche estaba tan negro como cabría esperar de un agujero en la tierra...

El fuerte golpe que recibí en el estómago me cortó la respiración. El dolor se expandió por todas partes en un aguda sensación de agonía. Deseé tirarme al suelo y retorcerme, pero no tuve oportunidad de hacerlo. Unas manos me aplastaron con fuerza contra el tabique. Temblaron los estantes que había sobre mi cabeza. Un cálido aliento siseó contra mi mejilla. Mi visión se volvió borrosa.

Aún estaba aturdida por el golpe; no podía respirar normalmente y mucho menos gritar, pero él me tapó bruscamente la boca con la mano. Su piel húmeda apestaba a cuero y a sal. Guante de béisbol y sudor. Me soltó un rugido en la oreja, y en aquel

espacio oscuro como boca de lobo, el sonido tuvo exactamente el efecto que él pretendía: me estremecí de miedo. Él notó mi estremecimiento y rio por lo bajo.

Antes de darme cuenta, sentí que la mandíbula me ardía de dolor. Un golpe seco en el cuello, y caí al suelo jadeando. Grité, pero la puerta se había cerrado tras de mí, y todos los ruidos que pude hacer quedaron amortiguados cuando una bota se clavó en mis costillas. Me quedé sin aliento por segunda vez y me despellejé los codos y las palmas de las manos contra el suelo. Él volvió a patearme. Y otra vez.

Me rodeé la cabeza con los brazos y metí la barbilla hacia dentro, pero no pude protegerme el resto del cuerpo. Sentí un dolor intenso en la espalda y las piernas. Cada patada parecía un cuchillo que se me clavaba hasta el hueso. Tragué saliva y finalmente logré emitir un espeluznante chillido, que resonó en las paredes del almacén; alguien de arriba tuvo que oírlo.

Pensando que alguien llegaría corriendo en cualquier momento, reuní valor suficiente para patear frenéticamente intentando defenderme. Mi pie chocó contra algo sólido, y él soltó unas cuantas palabrotas de rabia. Su mano surgió de la oscuridad y me golpeó en los oídos con fuerza suficiente para hacer que me zumbara la cabeza.

—Así es como quiero verte a partir de ahora —me dijo en un ronco susurro—. Con la cabeza gacha, sin meterte en los asuntos de los demás.

Intenté golpearle, lanzando los puños contra él violentamente, pero él ya se había alejado. Oí los escalones de madera que crujían bajo su peso. Subía despacio, sin prisa. Capté el mensaje. Quería que yo supiera que no huía, que no estaba asustado. Podía entrar tranquilamente en mi lugar de trabajo y darme una paliza tres metros por debajo del despacho de mi jefe. Podía encontrarme en cualquier parte.

Medio desvanecida por el dolor, noté vagamente que sus pies aterrizaban en los peldaños a intervalos irregulares. Parecía que cojeaba. ¿Le había golpeado en la pierna? Sentí una fugaz y sombría satisfacción, y entonces se abrió la puerta en lo alto de las escaleras y arrojó un triángulo de luz en la oscuridad. Entorné los ojos y vi su alta silueta de hombros fornidos saliendo por la puerta, antes de que volviera a engullirme la oscuridad.

Mi cabeza cayó lánguidamente en el suelo de cemento. Luché por permanecer consciente. Habría sido un bendito alivio desmayarme para librarme del dolor, pero Dixie Jo cerraría pronto. No se fijaría en mi bicicleta, que estaba apoyada contra un árbol en la parte de atrás. Solo vería el aparcamiento vacío, daría por supuesto que todos nos habíamos ido, y se iría también.

Yo me quedaría allí toda la noche, en aquella horrible oscuridad, con el sabor de mi sangre en la boca.

Con un gemido, me di la vuelta hacia un lado y me incorporé apoyándome en el codo. El dolor era tan insoportable que ni siquiera podía llorar. Respiré con inspiraciones cortas y superficiales, alarmada por el extraño gorgoteo que parecía brotar de mis pulmones. ¿Tenía algo roto?

—Eduardo. —Logré decir entre resuellos, e hice una mueca al notar el dolor afilado como un cuchillo que me traspasaba al hablar.

Los brazos se habían librado de la paliza, y los usé para arrastrarme hacia la escalera a trompicones. No tenía la menor idea de cómo iba a lograr subir hasta lo alto. No podía ponerme en pie. Me dolían las caderas y la espalda y me venían arcadas. Tragué saliva y ordené a mi estómago que se controlara. Si vomitaba, tal vez perdería el conocimiento. Nadie me encontraría hasta que abriera el restaurante al día siguiente.

Me sentía débil, en un estado de delirio. Lo sabía y eso me causaba un frío terror. Las lágrimas pugnaban por salir. No te atrevas a rendirte, Estella. ¿Tendría fuerzas suficientes para lanzar una lata de azúcar contra la puerta? ¿Lo oiría alguien? No pensaba quedarme allí toda la noche. Él me había dado una paliza de muerte, pero no pensaba darle la satisfacción de saber que me había dejado allí, helada, aterrorizada y sola, durante toda la noche.

Pasos. Oí pasos. El pomo de la puerta giró y la luz iluminó la escalera. Eduardo soltó una retahíla de palabrotas de sorpresa. Oí como en una neblina el crujido de las escaleras cuando él descendió rápidamente por ellas. Se arrodilló a mi lado y posó una mano temblorosa sobre mi hombro.

Vagamente vislumbré sus ojos muy abiertos y su expresión de asombro. Su moreno semblante palideció. Parecía mareado.

Gritó por encima del hombro. Le chillaba a alguien que llamara a la policía. Le oí frotarse las manos repetidamente sobre los muslos, secándose el sudor.

Para un tipo que presumía de duro y que iba cubierto de tatuajes amenazadores de los pies a la cabeza, mi estado le estaba afectando más a él que a mí, pensé débilmente.

Claro que yo aún no me había visto en un espejo.

Durante el trayecto en ambulancia hasta el hospital me dejé llevar por el aturdimiento. Permanecí despierta, pero no alerta, simplemente tenía la mente en otro sitio. Vi destellos de imágenes, pero no provocaron la menor reacción en mí. Noté impasible que los sanitarios se inclinaban sobre mí, trabajando rápidamente. A su espalda vi un equipo médico, tubos y monitores. Una vez más, no hubo reacción. En mi estado de parálisis y desorientación, oí fragmentos de órdenes, seguidas de respuestas concisas.

Nada roto. Eso lo oí, y sentía que una parte de mí, tensa y temblorosa, se relajaba. Si no tenía nada roto, me pondría bien, ¿no? Me dieron algo para el dolor, y cuando este disminuyó, fue fácil sumergirme por completo en la nada.

Carmina llegó al hospital poco después que yo. Dixie Jo debía de haberla llamado; no recordaba haberles dicho a los sanitarios con quién debían ponerse en contacto. Aún no había memorizado el número de teléfono de Carmina. Debería hacerlo, pensé vagamente. Aquello no iba a volver a ocurrir, ya me ocuparía yo de eso, pero de todas formas sería mejor tener a alguien a quien llamar en caso de emergencia.

Carmina apartó de golpe la cortina y entró en el cubículo. Su aspecto era más adusto y formidable que nunca. Yo no estaba aún lista para hablar, así que volví la cara hacia otro lado. Ella comprendió el gesto y desvió su atención hacia el médico de guardia. En lugar de sufrir un ataque de histeria como le habría ocurrido a mi madre, se mantuvo serena y sonsacó la información como una poli experimentada.

—¿Cuál es su estado?

—Costillas magulladas, leves cortes, tumefacción.

—¿Le ha dado algo para el dolor?

—Lortab. La enviaremos a casa con un frasco de diez tabletas para las próximas veinticuatro horas y una receta. Sentirá dolor durante varios días.

—Me han dicho que ocurrió en el Sundown Diner, durante su turno. ¿Le han dicho algo sobre quién la ha atacado? —Se me ocurrió que Camina quizá creería que se había producido una filtración y que Danny Balandó estaba detrás de la agresión. Pero no había sido obra de los esbirros de Danny. Yo no tenía ninguna duda sobre quién lo había hecho—. ¿Dónde está el agente encargado de tomarle declaración? —preguntó Carmina, presionando de nuevo al médico.

—Aún no he visto a nadie del departamento. Ya no tardarán. ¿Por qué no acerca una silla y se sienta junto a su cama? Enviaré a una enfermera con un...

—¿Café? No necesito café. Necesito que el maldito Departamento de Policía envíe a alguien a tomarle declaración. Quiero que salgan ahí fuera y busquen al individuo o individuos que le han hecho esto.

La ira sorda que detectaba en la voz de Carmina provocó un extraño calor en mi pecho. Alivio y gratitud. Ella se hacía cargo de la situación y me liberaba de ese peso. Por primera vez desde que había ingresado en el hospital, sentí una cierta paz. Carmina se ocuparía de que me atendieran como es debido.

Una segunda figura, una mujer alta y morena, con pantalones y blusa de seda, se agachó para pasar por debajo de la barra de la cortina.

—Carmina —dijo.

—Grace. —Carmina se levantó y estrechó la mano de la mujer—. Me alegro de que te hayan enviado a ti. Lo esperaba.

—Lo siento. Siento mucho lo ocurrido.

—Díselo a ella —comentó Carmina, señalándome con la cabeza—. Stella, esta es la agente Oshiro. Trabajé con ella unos cuantos años antes de retirarme. Es una buena policía. Está entrenada para investigar cualquier tipo de delito, incluidas las agresiones. Te va a hacer unas cuantas preguntas. Si en algún momento necesitas un descanso, no tienes más que decírmelo.

Me incorporé en la cama, recostada en la almohada.

—Me siento mejor —dije, y era cierto. Ahora que Carmina había llegado, dando órdenes a todo el mundo, el caos y la confusión ya no me parecían tan abrumadores.

—Aun así. —Los ojos de Carmina se posaron en la agente Oshiro, a la que dio permiso para proceder con una formal inclinación de cabeza.

—Hola, Stella —dijo la agente Oshiro, con esa voz amable pero seria que adoptan los adultos en las crisis—. ¿Qué ha ocurrido esta noche? Cuéntamelo todo tal como ha sido. Procura no dejar fuera ningún detalle.

Le expliqué que Eduardo me había pedido que fuera a buscar servilletas al almacén, que mi agresor me esperaba al pie de las escaleras, que me había pateado y me había golpeado con los puños y la mano abierta.

—¿Era un hombre?

—Me habló. Me dijo: «Así es como quiero verte a partir de ahora. Con la cabeza gacha, sin meterte en los asuntos de los demás». —Tragué saliva, sin saber muy bien si el cosquilleo que notaba en los dedos era por la ira o por el drama de revivir el suceso en voz alta. Recordaba a la perfección su voz ronca y repugnante. Me daba escalofríos.

—¿Viste su rostro?

—Yo estaba en el suelo, cubriéndome la cabeza mientras él me pateaba. No me atrevía a levantar la cabeza para mirarlo por si me dejaba inconsciente de una patada.

—¿Has notado alguna característica especial? ¿Lo que llevaba puesto, quizás un reloj, un tatuaje o unos zapatos concretos?

—La luz estaba apagada. El almacén está en el sótano y no tiene ventanas. Estaba todo negro.

—¿Alguna idea de quién querría hacerte algo así?

Trigger McClure fue el primer nombre que me vino a la mente, y así se lo dije.

Carmina y la agente Oshiro se miraron. Carmina asintió y yo tuve la sensación de que acababan de mantener toda una conversación, y que en ella no se descartaba mi sugerencia de que Trigger estaba detrás de la agresión.

—¿Qué te hace pensar que Trigger querría hacerte daño? —preguntó la agente Oshiro.

—Me arrojó su bebida por encima la semana pasada en el trabajo. Estaba furioso porque no le cambié el pedido cuando ya estaba en la parrilla. Le dije lo que pensaba y creo que eso tampoco le gustó.

Carmina hizo una mueca.

—No me lo dijiste —comentó en tono de desaprobación, y yo me sentí culpable. Me había propuesto contarle a Carmina cuanto menos mejor. Pensándolo ahora tal vez debería haberle contado lo de Trigger, pero no creía que eso hubiera impedido la agresión. Jamás hubiera creído que pasaría de lanzarme un refresco a agredirme. Dudaba de que Carmina lo hubiera visto venir.

—Por lo que parece entre vosotros dos hubo un conflicto —dijo la agente Oshiro, hablando todavía con aquella voz amable y comprensiva—. Seguro que te enfadarías bastante cuando te tiró la bebida por encima.

—Es un capullo.

—Stella —me amonestó Carmina.

—¿Qué? Es la verdad. —Me encaré con la agente Oshiro—. Después de dejarme empapada, se marchó sin pagar. Dixie Jo, mi jefe, tuvo que acudir a sus padres para que le pagaran el dinero de la comida. La noche siguiente vi a Trigger amedrentando a un chaval en la Red Barn. Trigger presionaba al chico para que le diera cerveza gratis. También era obvio que había bebido, así que llamé a la policía... a ustedes. Desde luego no creo que después de eso me tenga mucha simpatía.

—¿Crees que se sintió lo bastante humillado por esos dos incidentes como para decidir darte una paliza y ponerte en tu sitio? —quiso saber la agente Oshiro.

—Creo que Trigger no está acostumbrado a tratar con chicas que hacen algo más que acariciar su ego o sentirse halagadas por sus insinuaciones.

La agente y Carmina intercambiaron otra breve mirada y ambas apretaron los dientes en una mueca adusta mostrándose aparentemente de acuerdo. Al parecer Trigger se había ganado una reputación que no era solo la de estrella del béisbol.

Me aparté el pelo de la frente y di un respingo al tocarme accidentalmente el borde del ojo hinchado. Me había puesto un ojo a la funerala en otra ocasión, jugando en una cama elástica. Tenía entonces ocho años y estaba claro que el tiempo había hecho su trabajo, porque no recordaba que doliera tanto. Empezaba a notar una sorda punzada de dolor en ese ojo.

Carmina me tendió una compresa fría, que me coloqué suavemente sobre el ojo hinchado.

—¿Cuánto tiempo ha estado pegándote?

—Un par de minutos. Ha sido rápido, aunque en ese momento no me lo parecía.

—¿Y luego qué ha pasado? —preguntó la agente Oshiro.

—Se ha ido. No ha echado a correr. No estaba asustado, eso lo ha dejado muy claro. Se ha ido caminando tranquilamente. Pero le he lanzado unas cuantas patadas durante la agresión, y he debido de darle en la pierna, porque cojeaba. Le ha hecho ir más despacio.

La agente Oshiro anotó mi comentario en su bloc.

—¿Cómo sabes que cojeaba?

—Lo he oído. Sus andares eran irregulares. Se apoyaba más en una pierna que en otra.

—¿Y después de que se haya ido cojeando?

—En la cocina hay tres puertas. La que usamos las camareras para atender a los coches, las puertas batientes que conducen al comedor, y una puerta trasera que usamos para sacar las bolsas de basura y llevarlas a los contenedores. Supongo que ha salido por ahí. Eduardo estaba en la cocina. Tiene que haber visto algo. La puerta del almacén se ve fácilmente desde el sitio de los cocineros, y debía de estar ahí.

—¿El mismo Eduardo que ha llamado al 911? —preguntó la agente Oshiro, tomando notas rápidamente.

—Sí.

—Hablaré con él. Mientras tanto, ¿recuerdas algún otro detalle destacable de la agresión? ¿Ha dicho algo más el agresor?

—Se ha reído. —Me estremecí inopinadamente al recordar el timbre feroz de la risa de Trigger—. Le ha parecido todo muy divertido. Creía que yo me lo merecía.

Fue agradable despertar en mi pequeña cama individual de la segunda planta de la casa de Carmina. Por primera vez, agradecía el chirrido familiar del colchón y la cálida luz del sol que se filtraba a través de las cortinas. El cuarto olía a algodón recién lavado y a suelos de madera encerados, y el olor era mucho mejor que el aire estéril y reciclado que impregnaba todo el hospital.

Me incorporé en la cama para realizar un rápido inventario de todos mis dolores. Tenía todo el cuerpo magullado, con grandes moretones esparcidos por piernas, torso y abdomen. El dolor estaba ahí, pero por suerte los medicamentos lo enmascaraban.

Carmina llamó a la puerta y asomó la cabeza. Sostenía una enorme bandeja de cama en las manos, así que tuvo que usar los hombros para abrir la puerta y entrar.

—He pensado que te apetecería algo de desayuno. ¿Te lo dejo sobre la mesilla de noche?

Algo de desayuno incluía tortitas, huevos, *hash browns*^[6], bacón, melón troceado y un gran vaso de zumo de naranja. Carmina preparaba carne y patatas para casi todas las comidas, pero aquel desayuno estaba a otro nivel. Nunca le había visto preparar tanta comida de una vez. Y todo para mí. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien cuidada. La niña que llevaba dentro echaba de menos la época en que mi madre se sentaba en mi cama y me ponía la fría palma de la mano en la frente caliente por la fiebre. Aún conservaba aquellos recuerdos en los recovecos de mi memoria. Eran borrosos, pero reales, por lo que resultaba más doloroso aún recordarlos. Es cierto lo que dicen: no te das cuenta, cruelmente, de lo que has perdido hasta que ya no lo tienes.

—Gracias —dije, quitando el *walkman* y las cintas de casete de la mesilla de noche. Empezaba a encariñarme extrañamente con Van Halen, y solía quedarme dormida escuchando sus grandes éxitos. La calidad del audio de la cinta de casete era abominable, pero la música estaba bien. En cualquier caso era un buen sustituto de mis bandas preferidas. La vida de Estella en Philly y la de Stella en Thunder Basin eran dos entidades distintas, y no quería que se solaparan. Estella tenía una gramola interior en la que sonaban voces nuevas y refrescantes una y otra vez hasta que la letra se grababa en su corazón. Al abandonar Philly, había metido sus canciones favoritas en una caja y luego la había guardado en un lugar inaccesible. Una parte de mí seguía soñando con regresar y volver a ser ella. Recuperaría la caja y dejaría que la música se elevara libremente. Pero nunca pasaría de ser una fantasía, y cada día que pasaba, el sueño se desvanecía un poco más y la realidad se imponía.

Estella se había ido. Stella era mi futuro.

Carmina depositó la bandeja y luego miró por la ventana. Exhaló un suspiro,

como si le diera vueltas en la cabeza a alguna cosa y no estuviera segura de que fuera prudente hablar de ello.

—Chet ha pasado por aquí esta mañana —admitió finalmente con cierta reticencia. Y con ese impenitente tono de desaprobación.

—¿Qué le ha dicho?

—Que estabas durmiendo y que debería volver luego.

—¿Se ha enterado de lo que me ha pasado?

—Sí.

Me erguí en la cama.

—¿Se lo ha contado... todo?

—Cuando no volviste ayer del trabajo, llamé a Chet para ver si sabía dónde estabas. No lo sabía y le preocupó que yo tampoco lo supiera. Se ofreció a ayudarme para buscarte —explicó Carmina con un suspiro de exasperación—. Vino aquí y fue entonces cuando Dixie Jo llamó por teléfono para decir que te habían agredido y que estabas en el hospital. Le dije a Chet que se fuera a casa, pero sospecho que intentó verte. No le dejarían entrar, porque se habían acabado las horas de visita. —Meneó la cabeza con gesto exagerado—. Esta mañana ha traído flores. Margaritas y girasoles del jardín de su madre. Su madre plantó las margaritas en el jardín de atrás hace años y se han extendido por todas partes como malas hierbas. Hannah Falconer siempre tuvo unas flores preciosas... —Dejó la frase sin terminar, con la mirada perdida más allá de la ventana.

—Me gustaría ir a verlo después de desayunar. Iré andando, así que no te molestaré.

—¿Andando? —Carmina se volvió bruscamente para mirarme—. ¿En tu estado?

—El doctor Simpson dijo que debería andar, si me sentía con fuerzas. Y resulta que sí.

—Sé que estás impaciente por ver a Chet, pero no te excedas. Ha dicho que se pasaría por aquí más tarde.

—Quiero hablar con él ahora. Necesito hablar con alguien. Tengo que quitarme este peso de encima para dejar de revivirlo.

Cuando Carmina se dio la vuelta hacia la ventana, levantando la barbilla con aire orgulloso, comprendí que había herido sus sentimientos. Algo había ocurrido en el hospital la noche anterior. Parte de la animosidad que yo había levantado entre nosotras se había desmoronado al entrar Carmina en el cubículo resuelta a ocuparse de mí. Mi opinión sobre ella había mejorado y creo que se había dado cuenta. Pero aunque Carmina creyera que ahora todo iba bien entre nosotras yo todavía no estaba preparada para confiar en ella, y tendría que aceptarlo.

Me comí las tortitas y dos tiras de bacón. Me duché y me vestí. Estaba demasiado dolorida para plancharme el pelo, así que me lo recogí en una simple cola de caballo, pero incluso eso me dolió y me costó más de lo normal. Prescindí del maquillaje y opté por una ligera pasada de bálsamo labial.

Sonó el timbre de la puerta. Pensando que Chet me acababa de ahorrar el trayecto hasta su casa, me puse las sandalias y abandoné la habitación con paso rígido.

Bajaba las escaleras con cautela cuando Carmina fue a abrir la puerta. Dejó cerrada la puerta de la malla metálica, manteniendo así una barrera entre ella y el agente uniformado que estaba en el porche.

—Buenos días, Roger. ¿A qué debo este placer? —Su voz era agradable, pero no del todo sincera. Había cierta dureza subyacente, cierto toque suspicaz.

El agente se llevó la mano a la gorra para saludar.

—He venido por un asunto oficial.

—¿Asunto? ¿Qué asunto?

El agente carraspeó.

—El asunto de la declaración de Stella.

—¿Dónde está Grace Oshiro? Ella fue la que tomó declaración a Stella. El caso es suyo.

—El jefe me lo ha asignado a mí. Yo me ocuparé de él a partir de ahora. He pensado que podríamos conversar tranquilamente aquí, en lugar de mantener una entrevista formal en la comisaría.

—¿Entrevista? ¿A santo de qué?

—Solo para verificar unos cuantos hechos.

—Según yo lo veo, un hecho es una verdad conocida. ¿Qué es lo que hay que verificar?

Roger volvió a carraspear.

—¿Te importa si paso un momento?

—En absoluto. Pero primero me gustaría saber la naturaleza exacta de tu visita. Me empieza a parecer que esta conversación —dijo Carmina, poniendo en esa última palabra un énfasis suficiente para hacer que sonara como un eufemismo— quizá sería mejor mantenerla en comisaría. En presencia de nuestro abogado.

Roger rio entre dientes con incomodidad.

—Vamos, vamos, Carmina. No es necesario que me sueltes los perros. Somos amigos tú y yo. Esta es una visita de cortesía. He pensado que los tres, tú, yo y Stella, podríamos sentarnos y revisar la declaración que hizo Stella anoche. Siempre en tono amistoso, por supuesto.

—Por supuesto —dijo ella con frialdad.

Roger se rascó la mejilla, claramente incómodo.

—¿Tienes por ahí una jarra de esa limonada dulce con albahaca que haces?

—Pues sí. Pero la guardo para mis invitados.

—Vamos, Carmina. No seas así.

—¿Y cómo debería ser? ¿Ingenua? Sé a lo que has venido. Olvidas que pasé cinco años en el cuerpo contigo y otros quince con tu padre. Quieres que Stella se retracte de su declaración. No quieres que presentemos la denuncia. Venga, admítelo. Es una patata caliente para el departamento, arrestar a una joven promesa del béisbol

por agredir a una chica. Ahora dime, ¿el jefe Hearst todavía se va de pesca con el padre de Trigger McClure los sábados por la mañana? Ahora que lo pienso, ¿no van a cazar faisanes en otoño, y ven el fútbol los domingos por la noche en casa del jefe?

Las mejillas del agente se colorearon.

—Es la palabra de ella contra la de él. Hemos hablado con Trigger y nos ha contado su versión de la historia. Dice que vertió su refresco accidentalmente sobre Stella en el Sundown Diner la semana pasada y que desde entonces ella se la tiene jurada. Que lo sigue a todas partes intentando pillarlo. Lo siguió al Red Barn la semana pasada y luego se inventó la historia de que lo había visto intentando robar cerveza.

Hasta entonces, yo había dejado que Carmina llevara las riendas, pero no pensaba permanecer callada ni un segundo más.

—¿Eso ha dicho? —exclamé, furiosa—. ¿Y usted se lo cree? Para que lo sepa, me tiró el refresco intencionadamente después de que yo insistiera en que pagara la comida que había pedido. ¡Y todo lo que le dije al agente en el Red Barn era cierto, hasta la última palabra!

La mirada de Carmina se volvió más dura.

—Stella vio a Trigger amenazando al chico del Red Barn. Y el chico corroboró su historia. Tenemos dos testigos. ¿Cuál es el problema?

—En la declaración que hizo Stella anoche, le dije a la agente Oshiro que estaba segura de que Trigger era el agresor. Es una acusación muy grave. —Roger se echó hacia atrás, irguiéndose. Su abultado vientre tiraba de los botones de la camisa; parecía un pavo real dándose importancia—. Ha levantado muchas ampollas y antes de seguir con esto, quiero estar completamente seguro de...

—Si fuera cualquier otro, no te andarías con rodeos —le interrumpió Carmina—. Los dos sabemos que Trigger es culpable. No es la primera vez que lo acusan de pegar a una mujer. ¿Recuerdas a la profesora? Tú la enviaste a otro instituto a mitad de curso y le dijiste a Trigger que se portara bien en adelante. Te diré cuál es el problema. Esta es la primera vez que el chico corre el riesgo de tener que rendir cuentas por sus actos, y nadie quiere tener que aguantar su pataleta. Deberíamos haberlo detenido la primera vez que la profesora llamó al 911. No somos distintos de los padres que le dan a su hijo pequeño todo lo que quiera con tal de que no les monte una escena en el supermercado.

El agente parecía más irritado a cada momento que pasaba.

—He hablado con Trigger sobre la agresión. Dice que estaba en casa cuando ocurrió. Sus padres lo corroboran. No tenemos nada que lo sitúe anoche cerca del Sundown. Como te decía, se trata de la palabra de ella contra la de él.

Carmina rio entre dientes, pero el efecto resultó amenazador.

—Arrestarlo va a provocar una escena, Roger, eso te lo aseguro. Sus padres pondrán el grito en el cielo. Contratarán abogados. El señor McClure presionará a todos los amigos que tiene en el departamento. Pero es lo correcto y es tu trabajo.

Ahora bien. Si se te ocurre volver por aquí para decir a Stella que mienta por ti, o que finja que ese chico no le hizo nada, o para sugerirle siquiera que lo deje pasar, me veré obligada a pensar que eres uno de esos toros castrados que tiene Dell Chivalry en sus tierras, tan pasivos y patéticos que ni los niños se privan de meterse con ellos cuando pasan por allí.

Tras estas palabras, Carmina cerró la puerta. Apoyó la espalda en ella y exhaló un suspiro. Tardé unos instantes en darme cuenta de que estaba temblando. Cuando ella me pilló mirándola fijamente, abrió los ojos como diciendo: «Menuda cara tienen algunas personas, ¿eh?».

No supe qué decir. Darle las gracias parecía una buena forma de empezar, pero estaba demasiado sorprendida para abrir la boca. En parte sentía deseos de reírme admirativamente por el coraje con que se había enfrentado al agente. Otra parte quería abrazarla. Tal vez incluso derramar lágrimas de gratitud. Carmina me defendía y me apoyaba. No estaba sola.

Finalmente, alcé una ceja inquisitiva.

—El que es policía lo es para siempre, ¿no?

—Maldito Roger Perkins —dijo ella—. Menudo descarado tiene.

—Sé que fue Trigger quien me agredió. No miento para fastidiarle.

—Oh, eso ya lo sé. Igual que sé que todo esto va a provocar mucho encono contra nosotras.

Me pregunté si eso era lo que realmente le molestaba, la sombra que la comunidad iba a arrojar sobre mí y, por ende, sobre ella. Me dije a mí misma que Thunder Basin era una comunidad pequeña y cerrada, y que en ella un puente quemado iba a provocar sin duda una buena humareda. Pero entonces ella agitó la mano y dijo:

—Soy demasiado vieja para preocuparme por lo que digan los cotillas; que se metan con nosotras cuanto quieran. Ya se darán cuenta de que no es tan fácil acabar conmigo. Algo me dice que contigo tampoco.

Le sonreí y ella me sonrió. Su cara se suavizó y, por un momento, olvidó que era policía y vi algo en ella en lo que antes no me había fijado. Era amable, cariñosa. Casi...

Simpática.

A pesar de los reparos de Carmina, insistí en ir caminando a casa de Chet. Necesitaba un rato de tranquilidad a solas para aclararme las ideas. También tenía algo que demostrar. Me había pasado las últimas doce horas en un papel pasivo, permitiendo que médicos y enfermeras me examinaran y toquetearan, y que Carmina me arrojara en la cama y me administrara la medicación, y que él me tratara como si fuera su saco de boxeo. Las doce horas siguientes iban a ser muy distintas. Estaba harta de permanecer inactiva, dejando que todos a mi alrededor manejaran los hilos. Ya era hora de recobrar el control. Y empezaría por usar los pies para ir adonde quisiera.

Llamé al timbre de la puerta de Chet, y aunque llevaba gafas de sol oscuras para ocultar mi ojo morado, me sentí cohibida, nerviosa. Él ya sabía que me habían agredido, pero no estaba segura de que Carmina le hubiera proporcionado más que los detalles imprescindibles. Dudaba de que Chet supiera lo mal que había quedado, y me preocupaba su reacción cuando me viera en persona llena de moretones.

Dusty acudió a abrir la puerta. No lo había visto desde la noche en Sundown Diner, cuando no conseguía arrancar el Mustang, pero ahora que sabía que era el hermano de Chet, las comparaciones eran inevitables. Dusty era casi tan alto como Chet, pero más flacucho, como si aún no hubiera acabado de crecer. Tenía el mismo pelo ondulado, pero a él le caía alborotado sobre los ojos y le hacía falta un buen corte. A pesar de sus similitudes, las facciones de Dusty eran más duras y macilentas, con la mirada huidiza y taciturna. Tenía los hombros encorvados, como si el peso del mundo descansara sobre ellos.

—¿Sí? —dijo. No pareció reconocerme del Sundown, por suerte. No sabía si Chet le había hablado de mí, o si le había contado el motivo por el que estaba en el Sundown aquella noche, o sea, para espiarle a él. En cualquier caso, no sería yo quien ayudara a Dusty a sumar dos y dos.

—¿Está Chet en casa?

—¿Quién quiere saberlo?

—Dile que ha venido Stella.

Él se rascó el cogote, mirándome de los pies a la cabeza. No era un examen lascivo, ni pretendía intimidarme. Simplemente parecía recoger información. Por un momento pensé que acabaría reconociéndome, incluso con los cortes y los moretones.

—¿Cómo ha quedado el otro? —preguntó al fin.

Cojo, pensé. Definitivamente, cojo.

—Dado que me pilló por sorpresa y en la oscuridad, en realidad no lo sé.

—Si has venido a ajustarle las cuentas, te has equivocado de tío. Mi hermano no sabría dar un buen puñetazo ni que dependiera de ello su vida. Y jamás le pegaría a una chica.

—Chet no me pegó. Solo quiero hablar con él.

—Hablar en cambio —dijo Dusty, meneando la cabeza con desaprobación— sí que se le da bien. ¿Sabes esa maestra tan agobiante de la serie de Charlie Brown? Bla bla bla. Ese es mi hermano. «Haz esto. No hagas eso. No dejes tiradas tus cosas. Levántate de una vez. No dejes la leche fuera de la nevera». Espera, voy a buscarlo. —Y por «voy a buscarlo» se refería a volver la cabeza y gritar el nombre de su hermano con tanta fuerza que me zumbaron los oídos. Una vez completado su trabajo, Dusty se sumergió en las profundidades de la casa.

Instantes después, oí a Chet bajando por la escalera. Cruzó el vestíbulo a grandes zancadas, con el pelo goteando y una pizca de champú pegada aún a una ceja. No llevaba abrochado el botón superior de los tejanos, y estaba lidiando con una camiseta con la que intentaba cubrirse el torso. Se detuvo al verme.

Me observó atentamente con expresión preocupada. Paseó la mirada por los moretones de mi cara y capté perfectamente cómo apretaba la mandíbula. Al instante su semblante se ensombreció por el odio que sentía hacia la persona que me había agredido.

—Stella. —Antes de que yo pudiera retroceder o levantar las manos para impedirlo, me atrajo hacia sí y me abrazó con fuerza.

Lancé un leve grito de protesta y él me soltó como si le hubiera pasado la corriente.

—¿Te he hecho daño? No me he dado cuenta. Lo siento...

—No me has hecho daño. —Sonreí para tranquilizarle—. Me tienen drogada hasta las cejas. Es que no esperaba un... abrazo.

Se mesó los cabellos sin dejar de escudriñarme con los labios apretados en una mueca sombría.

—¿Eso es...? —Me quitó las gafas de sol con cuidado, y apretó aún más la boca al ver mi ojo a la funerala. Luego soltó una palabrota, en voz baja y con tono amenazador. Me pilló por sorpresa, porque nunca le había oído decir tacos. Nunca le había visto cabreado de verdad—. ¿Quién te hizo esto?

—Lo están investigando.

—¿Lo viste?

—La cara, no. Estaba completamente a oscuras en el almacén.

—Carmina me dijo que te atacó en el trabajo, dentro del restaurante, donde alguien debería haber impedido que ocurriese. No estabas sola. Había más gente allí. Cocineros, friegaplatos, tu jefe. No estabas en un callejón desierto, estabas en tu trabajo. —Sus azules ojos lanzaban llamaradas—. Esto no debería haber ocurrido.

—Lo encontrarán. Y entonces pagará por lo que ha hecho.

—¿Quién estaba contigo? Quiero nombres. Quiero hablar con todos y cada uno de los que estaban en el restaurante anoche. Alguien tiene que saber algo.

No podía seguir con aquello. Creía que sí, pero me había equivocado. No podía revivir la noche anterior. Y menos ahora, cuando todavía era más que posible que me

desmoronara y perdiera por completo el dominio de mí misma. Ya había hecho mi declaración a la agente Oshiro y no quería discutir de nuevo los detalles con Chet. No era porque no me importara lo que él quería o necesitaba, sino en bien de mi propia cordura. Estaba destrozada y necesitaba serenarme y recobrar la compostura. Quería volver a sentirme fuerte. No quería revivir la noche anterior, volver a sentirme una víctima desvalida. Además, el violento destello que veía en los ojos de Chet me inquietaba. Venganza, pedía. Chet quería arreglarlo a su manera. Si yo se lo permitía (y aunque no se lo permitiera) iba a tomarse la justicia por su mano.

Pero aunque yo apreciaba el deseo de Chet de protegerme, e incluso me sentía halagada, no podía permitir que él librara mis batallas. Carmina iba a tirar de influencias para intentar que volvieran a asignar el caso a la agente Oshiro, y entre las tres demostraríamos la culpabilidad de Trigger. No habría errores ni meteduras de pata irreflexivas por nuestra parte. No daríamos pie a que Trigger pudiera escaquearse por tecnicismos. No se iría de rositas.

—Gracias por las margaritas y los girasoles —dije a Chet, esperando mitigar su ira—. Son unas flores preciosas. Me animo con solo mirarlas.

Chet exhaló un suspiro, enlazó las manos en la nuca e inclinó la cabeza. Echó los hombros hacia delante y hacia atrás. Se notaba que intentaba contener la rabia por mí.

—No quieres hablar de ello —dijo. Su expresión seguía siendo dura, pero sus ojos ya no lanzaban destellos de ira.

—No. Si te digo la verdad, me gustaría ir a dar un largo paseo en coche sin tener que pensar en ello.

Chet se animó un poco ante la idea de poder hacer algo y tener un modo de desahogarse.

—Lo que quieras. Tú dime dónde quieres ir y yo te llevo.

—Llévame a algún sitio donde no haya espejos. —Solté una débil carcajada—. Estoy harta de verme así. Le he pedido a Carmina que tape el espejo del cuarto de baño. Si no tengo que verme, casi se me olvida lo que ocurrió. También es una cuestión de vanidad. Detesto sentirme fea. ¿No te parece increíble que me preocupe por eso?

Los fríos ojos de Chet se desviaron hacia la ventana.

—¿Me lo dirás cuando encuentren al que te hizo esto?

Su expresión delataba que el fuego no se había extinguido del todo, que seguían ardiendo los rescoldos bajo la superficie, y a pesar de la insistencia de Dusty en afirmar lo contrario, tuve la sensación de que Chet sabría defenderse perfectamente con los puños en una pelea. Y entonces fue cuando vislumbré quién había bajo esa apariencia de chico corriente y encantador. Chet no era completamente inofensivo y no iba a tolerar que nadie me hiciera daño. No se lo diría, y difícilmente lo reconocería yo misma, pero el hecho de que pareciera resuelto a protegerme y a reparar cualquier daño que me infligieran hacía que un cálido sentimiento, inesperado e inevitable por igual, me recorriera el cuerpo. No sabía cómo responder a su deseo

de protegerme. Era tan extraña la idea de que alguien se preocupara por mí, que instintivamente la rechazaba.

Tragué saliva.

—Gracias —dije en voz baja, tomándole de la mano para apretársela.

Él miró nuestros dedos enlazados con una seriedad que me hizo comprender mi error. Solté su mano enseguida.

Me dirigí a la puerta y Chet acudió en mi ayuda inmediatamente.

—Ven, apóyate en mí —dijo, rodeándome la cintura con el brazo.

—Estoy bien, en serio —dije, pero era agradable notarlo cerca—. Habría negado cualquier asomo de afecto entre nosotros, pero empezaba a notar los efectos de lo ocurrido la noche anterior, el miedo, la impotencia y el terror que se habían adueñado de mí, y solo deseaba bajar la guardia un momento. Con el brazo de Chet rodeándome, me sentía segura.

—¿Qué te parece si damos un paseo alrededor del lago? —sugirió él—. O el parque. Podemos llevar pan para los patos. No se me ocurre nada más relajante que alimentar a los patos. Y no hay espejos. Incluso el agua del estanque está demasiado turbia para verte reflejado.

—¿Podemos pasar primero por la biblioteca? Si voy a estar descansando durante toda una semana o así, me iría bien tener un buen libro para leer. —Había ido a casa de Chet porque deseaba su compañía y porque quería salir de la cama y dejar de compadecerme de mí misma, pero mentiría si no reconociera que también tenía otra intención oculta. No quería engañar a Chet, pero necesitaba su ayuda con algo de lo que Carmina no podía enterarse. El sentimiento de culpa que pudiera sentir por usar a Chet de aquella manera se disipaba ante el simple hecho de que necesitaba ponerme en contacto con Reed. Llevaba dos semanas en Thunder Basin y no sabía nada de él. A pesar de mis resueltos propósitos, solo había vuelto una vez para comprobar la cuenta de *e-mail*, y no me gustaba darme cuenta de cómo habían cambiado mis prioridades. Tenía que volver a centrarme. Tenía que comprobar que Reed estaba bien. Y teníamos que planear entre los dos cómo íbamos a reunirnos cuando acabara el verano.

Una vez fuera de la casa, Chet me ayudó a subir a la Scout.

—¿Quieres que ponga el aire acondicionado? Creo que aún funciona —sugirió él, probando los botones.

—No. —Me sorprendí a mí misma al rechazar su ofrecimiento. Pero en el hospital había una temperatura controlada, artificialmente fría, y no quería darle a mi imaginación ninguna excusa para recordar aquel lugar, que yo asociaba con dolor, pánico y debilidad. No volvería a sentirme así nunca más.

—¿Cómo está Dusty? —pregunté.

Chet hizo una mueca.

—Durmió en su cama anoche. Es un comienzo, ¿no?

—¿Alguna novedad en su plan de hacerse rico con Cooter Saggory?

—Intento impedir cualquier novedad manteniéndolo demasiado ocupado para poder meterse en líos. Le conseguí un trabajo enluciendo piscinas. Vuelve a casa rebozado en yeso todas las noches, quejándose de lo duro que es el trabajo, y luego engulle la mitad de la comida que hay en la nevera y se tira en la cama. Sé que no se va a hurtadillas porque me he puesto el despertador a cuatro horas distintas durante la noche para poder vigilarlo. Le he dicho que si pierde el trabajo, lo echaré de casa. No lo haré, pero no se lo digas a él. Intenta estar a buenas conmigo porque, hasta que cumpla los dieciocho, soy el administrador de los cuatro mil que mis padres le dejaron en su testamento.

—Entonces puedes impedir que inicie ese negocio desde el principio; tú controlas el capital.

—Puedo intentarlo. —Exhaló un suspiro de inquietud—. Pero Dusty es espabilado. Si yo me interpongo en su camino, encontrará otra manera de hacerlo. Ahora mismo cruzo los dedos para que no se quede sin piscinas que enlucir, o para que no se harte y lo deje antes de que acabe el verano. Cuando empiecen las clases, será más fácil mantenerlo alejado de Cooter.

—Admiro lo mucho que te esfuerzas en cuidar de Dusty —dije. Tenía un vago recuerdo de mis padres interesándose vivamente por mí durante el divorcio. Pero una vez asentada la polvareda, y zanjadas cuestiones como la pensión alimenticia y la custodia, ambos encontraron otros intereses. A saber, el trabajo y las drogas. No había visitado a mi padre jamás después de que se fuera de casa. Hacía más de dos años que estábamos distanciados. Creo que le consideraba culpable del divorcio. Lo más triste era que ya ni siquiera recordaba el porqué. Mi madre tenía el botiquín lleno de pastillas recetadas por el médico durante el matrimonio, pero había realizado una fluida transición hacia drogas más duras después del divorcio. Las drogas se habían convertido en su principal, en su única prioridad.

—Algunas veces desearía que mis padres estuvieran aquí —comentó Chet—. Ellos sabrían cómo ayudar a Dusty. Estaba muy unido a mi madre. A veces creo que si pudiera hablar con ella una vez más... —Se interrumpió—. Sé que es un juego peligroso y no revivo el pasado a menudo, pero de vez en cuando...

Dejó la frase sin terminar, pero yo sabía exactamente cómo se sentía. Cuando estaba realmente deprimida, cuando no podía evitar sentir lástima de mí misma, también yo jugaba a ese juego. Sabía que no podía ganar, pero algunos días, los más oscuros, la tentación de jugar a imaginar un pasado distinto era irresistible.

Llegamos a la biblioteca y, antes de aparcar, dije a Chet:

—¿Puedo pedirte un favor? Me apetece mucho una Coca-Cola. Hay un restaurante Runza al otro lado de la calle. ¿Te importaría ir a buscarme una?

—Claro, ahora mismo voy. Pasaré por la ventanilla con la camioneta y luego aparcaré y me reuniré contigo en la biblioteca. —Se detuvo cerca de la puerta principal de la biblioteca para que me bajara.

Una vez dentro, fui derecha al grano. Estaba segura de que Reed me habría

dejado ya un mensaje. Comprobé la cuenta y no encontré nada. Pensando que sería un error, actualicé la página, pero nada. No había ningún borrador nuevo.

No tenía sentido. Seguro que había ocurrido algo. ¿Por qué, si no, tardaría tanto Reed en ponerse en contacto conmigo? Por un momento pensé en lo peor, dejando que mi imaginación se desbocara. Quizá Reed no había logrado llegar a su nuevo hogar. Quizá Danny Balandó lo había encontrado antes.

Respiré hondo para tranquilizarme. No, estaba exagerando. No cabía duda de que había sucedido algo, pero antes de imaginar lo peor, necesitaba más información. Reed tenía diecinueve años y vivía por su cuenta. Era probable que se hubiera comprado ya un móvil o un portátil, pero quizás había surgido algún obstáculo. Tal vez aún no le habían llegado sus fondos. Tratándose del gobierno, cualquier retraso era normal. Tenía que seguir siendo paciente un poco más y ver si podía sonsacar alguna información a Carmina. Dudaba de que ella supiera algo, pero podía intentarlo.

Acababa de cerrar el navegador cuando vi a Chet acercándose. Con las manos vacías. Debía de haber dejado las bebidas en la Scout. Tenía que obedecer las normas de la biblioteca, cómo no.

—¿Tienes ya algún libro? —preguntó.

—He tenido que buscarlo en el ordenador. Está por ahí. —Lo conduje hasta las estanterías de ficción, fingí buscar un libro en concreto y luego saqué uno al azar y pasé por el mostrador para sacarlo en préstamo.

—¿Vamos en ascensor? —preguntó Chet. Al ver que me quedaba rezagada, me rodeó con el brazo por debajo de los hombros—. Anda ven.

Le dediqué una sonrisa de agradecimiento y dejé que me ayudara a llegar al aparcamiento.

Sentada en la Scout, bebí un largo sorbo de Coca-Cola. Había intentado dejar los refrescos tantas veces como mi madre había intentado dejar las drogas, pero después de todo lo que había pasado, merecía darme el gusto.

Me pregunté si mi madre se decía lo mismo, y de repente la Coca-Cola me dejó un regusto amargo en la boca.

No. Estaba siendo demasiado dura conmigo misma. Mi madre y yo no teníamos nada en común.

—¿Adónde quieres ir ahora? —preguntó Chet.

Me recosté en el desgastado asiento de piel, que resultó inesperadamente cómodo.

—Sorpréndeme.

Atravesamos el parque y nos detuvimos junto al estanque para dar de comer a los patos. A Chet se le había secado el pelo y un rizo le caía sobre la frente. Su piel aún olía a jabón, de cuando mi llegada a su casa le había obligado a interrumpir la ducha. Seguramente había tardado diez segundos en secarse y ponerse unos tejanos antes de

bajar corriendo las escaleras. Reed me había hecho esperar a menudo en su habitación mientras se arreglaba en el cuarto de baño contiguo. A pesar de estar muy resentido con su padre, el general de cuatro estrellas del ejército había dejado su huella en Reed. El hijo del general Winslow iba siempre perfectamente acicalado y se negaba a presentarse en público de manera informal. Difícilmente se encontraría a alguien más opuesto a Reed que Chet.

Encontramos un banco sombreado a la orilla del agua. Chet partió el pan en trozos y me los dio para que se los echara a los patos que graznaban frenéticamente a nuestros pies. Uno de ellos me picoteó el dedo gordo y yo levanté la pierna soltando una risa aguda.

—Carnívoros —dijo Chet, meneando la cabeza con aire de reproche—. Todos ellos.

Demasiado tarde me di cuenta de que Chet había echado el brazo por detrás de mí, apoyándolo en el banco. Era difícil de ignorar. El corazón me latió más deprisa. En parte por la irritación, ya que me había prometido que no iba a dejar que las cosas llegaran tan lejos, y en parte porque me sentía atraída por Chet, lo que me produjo un gran desconcierto. Chet despedía un olor increíble. Y aquellos hoyuelos suyos. Por no mencionar la curva sinuosa de su boca. Me pregunté cómo sería besarla...

Meneé la cabeza. No podía continuar. No iba a engañar a Reed. Y lo que era aún más importante, no iba a dejar que Chet creyera una mentira. Una mentira que era yo misma. La chica de la que él creía estar enamorándose no existía. Era un fraude. Chet era buen tío, un gran tío. No merecía la decepción que iba a sufrir si se liaba conmigo, tampoco que le rompiera el corazón. Mi vida era un completo desastre y, si le besaba, le estaría dando falsas esperanzas. Le apreciaba demasiado para hacerle eso. Lo cierto era que en agosto me iría y no volvería a verme nunca más.

Pero deseaba besarle.

Chet pasó un dedo por la venda que me cubría el corte de la frente. Sentí una punzada interior al notar su roce. Un lánguido calor se extendió por mi cuerpo, y no tenía nada que ver con el sol ni con la ardiente magia de sus rayos. Tenía que parar aquello cuanto antes. Por si necesitaba aún más motivos, el último tío al que había besado había visto cómo su futuro cambiaba radicalmente después de liarse conmigo. Siguiendo con mi razonamiento, si intimaba aún más con Chet y Danny Balandó me encontraba, Chet se convertiría en un daño colateral. Y en lo tocante a daños, yo ya tenía bastante.

—Chet... —protesté.

No llegué a terminar la frase. Con una avidez que no habría esperado de él, Chet puso una mano sobre mi mejilla y atrajo mi rostro hacia él. Me besó con increíble intensidad. Me abandonó toda idea de protestar. Olvidé mis argumentos y me sumergí en su ardiente pasión. Sí, sí, sí, gritaba mi cuerpo. Lo deseaba. Hacía ya tiempo que lo deseaba y estaba harta de resistirme. Apreté mi boca contra la de Chet. Siguiendo un impulso instintivo, me desplazé diestramente a su regazo, me senté sobre él a

horcajadas y hundí los dedos en sus densos y sedosos cabellos.

Aferré sus hombros, complacida con los duros músculos que se tensaron cuando me rodeó con los brazos. Tocarle no hizo más que avivar el fuego de mi deseo. Lo besé ávidamente, con frenesí. Notaba el cuerpo cálido y vivo, vibrando con una deliciosa sensación de deseo. No recordaba por qué no lo había hecho antes. No recordaba nada que no fuera Chet y su cuerpo apretado contra el mío.

Me mordisqueó el labio con los dientes. Saboreé su aliento, cálido y dulce. Tenía una mano sobre mi muslo, recorriendo mi piel desnuda. Todo mi cuerpo se estremecía de placer.

Oí unas risitas.

Aparté la boca de la de Chet y parpadeé para mirar el sendero iluminado por el sol que había detrás del banco. Había allí dos niñas pequeñas que nos señalaban y se reían tapándose la boca con la mano. Pusieron los ojos como platos cuando me vieron; soltaron una exclamación ahogada y echaron a correr. La distracción bastó para que recobrará el sentido.

Me levanté del regazo de Chet. Retrocedí unos pasos. Él alargó una mano para detenerme, pero yo lo detuve alzando una mano. El calor de la pasión empezaba a disiparse y me sentía avergonzada.

Me alisé la ropa. Como si pudiera fingir que no había ocurrido nada. No acabábamos de enrollarnos, no había sentido sus manos sobre mi cuerpo, no me había dejado llevar por un deseo ardiente e incontrolable.

—Quiero volver a casa de Carmina —dije. No podía mirarlo. Si lo hacía, tal vez volvería corriendo a sus brazos. El modo en que besaba...

Cerré los ojos, apretándolos con fuerza. No quería pensar en ello.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Chet, jadeando aún. Apoyó las manos en las rodillas y encorvó los hombros. Él también intentaba recuperar el dominio de sí mismo.

¿Daño? No. No era eso. Atrapada en el momento, no había sentido ningún dolor, tan solo una sensación electrizante y un gran deseo.

—No puedo hacer esto contigo.

—¿Hay otro? —preguntó él con voz ronca.

—Sí.

—¿En Tennessee?

—Sí. —Respondí de nuevo con tristeza. No quería mentir a Chet ni hacerle daño. No debería haberle besado. Viendo la congoja reflejada en su rostro, temí haberlo arruinado todo. ¿Cómo iba a ponerle remedio? No podía perder su amistad. La idea de soportar todo el verano sin él me abrumó mucho más que la vergüenza o el sentimiento de culpa.

—¿Volverás a verlo?

—No lo sé —confesé.

Chet asintió lentamente, pero no había aceptación en aquel gesto. Bajo el dolor de

su expresión, vi que sus ojos lanzaban chispas.

—¿Vas a renunciar a estar conmigo por un tío al que, seamos claros, seguramente no volverás a ver nunca más?

—Lo siento. —No podía decirle otra cosa. Si intentaba explicarme, tendría que contarle toda la verdad. Y eso no podía hacerlo.

—Te quiero, Stella —dijo con la voz aún ronca.

Stella. Ese nombre lo decía todo. Chet no me conocía. No sabía siquiera mi verdadero nombre. Estaba allí sentado, frustrado y vulnerable, abriendo su corazón a una chica que no existía.

—No quiero lastimarte. Quiero ser tu amiga. —La voz me temblaba un poco al hablar, y Chet se echó a reír, pero con una risa amarga.

—Supongo que sobre ese punto estaremos de acuerdo en no estar de acuerdo —dijo. Se levantó del banco y se acercó al borde del estanque con las manos rígidamente apoyadas en las caderas. Cuanto más tiempo permanecía él con la mirada perdida, más grande se hacía el nudo que sentía yo en la garganta.

Me mordí el labio para no llorar. El instinto me decía que me mostrara fría e insensible. Quería sofocar toda emoción. Echaba de menos a Estella, que había aprendido a endurecer su corazón y a no querer demasiado por miedo a verse decepcionada o, peor aún, a sufrir. Así era como me había encontrado Reed después del divorcio, justo en la época en la que mi madre había empezado a drogarse. Fría, distante, desconfiada, cínica. Tenía que encontrar la forma de volver a ser como antes. Era el único modo de protegerme que conocía.

Me sequé los ojos con el dorso de las manos.

—¿Me llevas a casa de Carmina? —dije.

Chet no me habló durante el trayecto de vuelta. No encendió la radio. Yo sabía que no intentaba castigarme, pero me sentía igual. El silencio era horrible y sofocante, el peor castigo que podría haberme impuesto. Quería que me dijera algo, cualquier cosa. Aunque fuera para quejarse del tiempo. Si me hubiera hablado, sabría al menos que no me odiaba, que seguía siendo mi amigo.

Chet se detuvo en un semáforo. El sol estaba alto en el cielo y se reflejaba en el capó de la Scout. Yo notaba el sudor en los riñones. Las ondas de calor titilaban sobre el asfalto. Aún no eran siquiera las doce y el termómetro seguía subiendo.

Miré por la ventanilla y vi el campo de béisbol. Los jugadores corrían alrededor del jardín. A juzgar por el tono rubicundo de sus mejillas y las manchas de sudor de las camisetas, llevaban allí un buen rato. Debían de sentirse completamente cocidos.

Más allá, en las jaulas de batear, unos cuantos jugadores practicaban con el bate siguiendo el ritmo de las máquinas lanzadoras de pelotas. Solo había un jugador sentado en el banquillo, observando a sus compañeros de equipo desde la sombra que proporcionaba el saliente. Lanzaba una pelota al aire metódicamente, aburrido y con los hombros caídos.

El entrenador hizo sonar su silbato y el equipo acudió corriendo desde todos los

rincones. El entrenamiento había terminado. El que calentaba banquillo se levantó y sus rojos cabellos brillaron como el fuego. Se dirigió cojeando al aparcamiento donde tenía su camioneta, apoyando visiblemente todo el peso en la pierna izquierda.

Al parecer Trigger McClure tenía una lesión en la pierna derecha.

ESTELLA,

SIENTO NO HABERTE ESCRITO ESTOS DOS ÚLTIMOS DÍAS. AQUÍ NOS TIENEN MUY OCUPADOS. HAY UN GRAN LETRERO EN LA CAFETERÍA QUE DICE: «VIVE, COME, DUERME Y RESPIRA BÉISBOL». NO JODAS. CÓMETE UN SÁNDWICH DE CARNE CON QUESO EN LEE POR MÍ, ¿VALE?

Y NADA DE LIGAR CON OTROS TÍOS MIENTRAS YO NO ESTOY AHÍ PARA DEFENDER LO QUE ES MÍO.

ES BROMA. BUENO, MÁS O MENOS. NO SÉ QUÉ HARÍA SIN TI.

XREED

Esa noche durante la cena alguien llamó a la puerta. Carmina dejó el tenedor sobre la mesa y dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Si Roger Perkins pretende volver a husmear por aquí, me voy al refugio para animales a por un perro guardián. Si yo no consigo mantener a ese hombre alejado de mi porche, a lo mejor necesito un pitbull.

—Toc toc, ¿hay alguien en casa? —Una voz familiar llegó a través de la puerta de malla metálica, que Carmina usaba de noche con la esperanza de atraer la brisa hacia el interior—. Soy el alguacil adjunto Price. He traído a unos conocidos.

Carmina apartó su silla con expresión impenetrable.

—Estamos aquí, marshal. Entren.

La seguí hasta el vestíbulo, donde entró el alguacil Price seguido de un hombre fornido y atezado, y una mujer con un casco de negros cabellos, espesos y rizados. Los detectives Ramos y Cherry, del Departamento de Policía de Filadelfia. Me habían tomado declaración en comisaría la noche que había llamado al 911, la noche en que me metieron rápidamente en el programa de protección de testigos.

Detrás de ellos, otro hombre se limpió los pies antes de cruzar el umbral. Era de complexión ágil, con un rostro de erudito que observaba el mundo a través de unas gafas metálicas. No recordaba su nombre, pero sabía quién era: el fiscal que llevaba el caso de Danny Balandó.

—Hola, Stella... ¡Vaya! ¿Qué le ha pasado a tu cara? —Price se había inclinado hacia delante para estrecharme la mano, pero se detuvo al verme—. Parece que te has metido en una pelea. —Price lanzó una inquisitiva mirada de interrogación a Carmina.

—Anoche —explicó ella—. Ocurrió anoche. Iba a llamarle.

—Debería haberlo hecho.

—Un chico de aquí. Tiene mal genio. Nos estamos ocupando de él.

—No me gusta ver a mi testigo llena de moretones.

—Ya he dicho que nos estamos ocupando del asunto —repitió Carmina con firmeza.

—¿Por qué no la llamo mañana? —dijo Price con tono neutro, pero era evidente el descontento que expresaba su rostro—. Ya me explicará entonces.

Carmina asintió, pero se notaba su fastidio y el temor que le producía esa llamada. Supuse que, como antigua policía, Carmina tenía la sensación de que se estaba cuestionando su capacidad para cumplir su cometido. Me supo mal que la responsabilidad de mi estado recayera sobre ella, sobre todo porque no era culpa suya en absoluto. Desde la agresión, Carmina me había cuidado con más diligencia que mi propia madre.

—Siento lo que te ha ocurrido, Stella —dijo Price volviéndose hacia mí—. Nos aseguraremos de que no vuelva a ocurrir, ¿de acuerdo? Cuando te dije que aquí estarías a salvo, lo decía en serio. —Su expresión se animó—. Veo que has tomado el sol. Estás morena.

Lo miré, desconcertada, escéptica. ¿A qué venía la charla insustancial? ¿A qué había venido, además?

—Me alegro de volver a verte, Stella —dijo la detective Cherry. Su sonrisa era simpática, pero al mismo tiempo sus ojos lo escudriñaban todo ávidamente, evaluándome a mí, a Carmina, y la casa, o lo que veía de ella.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté a todos en conjunto. ¿Corría peligro? ¿Se había escapado Danny?

—Supongo que no ha leído mi mensaje —dijo Price a Carmina.

—¿Mensaje? —repetió ella—. No he oído el teléfono en todo el día.

—Le envié un mensaje al móvil especial que le di. Decía que llegaríamos esta noche. Ya sé que es una molestia, pero tiene que llevar el móvil encima en todo momento, en serio.

Carmina se palpó los bolsillos vacíos con el entrecejo fruncido.

—No estoy acostumbrada a llevar móvil. Creo que me lo he dejado en la mesilla de noche esta mañana.

—¿Qué hacen aquí? —repetí, esta vez dirigiéndome a Price, puesto que parecía ser el portavoz del grupo.

—Seguro que recuerdas a la detective Cherry y el detective Ramos —me dijo—. Y al fiscal adjunto del distrito, Charles Menlove.

El señor Menlove también dio un paso hacia delante para estrecharme la mano, pero su apretón fue más firme y mucho más formal. La sonrisa de sus finos labios le daba aspecto de rana.

—¿Dónde está la mujer de Servicios Sociales? —pregunté, pensando que era la única que faltaba de todos los participantes en aquella horrible noche en la comisaría.

—No les hemos llamado. Creo que Carmina puede actuar en su nombre —explicó Price.

De repente lo comprendí. La única razón por la que necesitaba a los Servicios Sociales en la comisaría era porque mi madre estaba demasiado drogada para ocuparse de mí mientras hablaba con los detectives. Habían designado a una mujer a la que jamás había visto antes para asegurarse de que yo me sentía segura.

—Se han producido novedades en el caso —dijo Price—. Los detectives no han podido obtener la declaración de tu madre, pero aunque decida cooperar, es muy probable que la defensa refute su testimonio. Intentarán hacer ver al jurado que no es un testigo fiable.

—Porque es drogadicta —dijo. Price asintió con tacto.

—Y Reed, bueno, su historial delictivo lo convierte en un testigo dudoso. La gente no confía en los delincuentes.

—No es un delincuente. Tomó algunas decisiones equivocadas —argüí—. Sé lo de la acusación de allanamiento de morada. Entró en aquella casa por una apuesta. ¡Los dueños ni siquiera estaban! Y sé lo de la acusación de merodeador nocturno. No me puedo creer que eso sea siquiera un delito. ¿Y qué pasa si Reed cometió un par de errores? Eso no cambia lo que siento por él.

—Porque lo conoces —dijo Price.

—Sí —exclamé, poniéndome a la defensiva—. Sé que su padre era severo y autoritario, y que su forma de educarlo, si se puede llamar así, provocó una reacción negativa, llevando a Reed a rebelarse. Si quieren buscar culpables, quizá deberían interrogar al general Winslow. Pregúntenle cómo trató a su hijo durante los dieciocho años que Reed se vio obligado a vivir bajo su techo. Ese hombre es un sociópata maltratador.

Price hizo una mueca adusta, pero no replicó.

—Para un jurado, la apariencia lo es todo. No tienen razones para confiar en Reed. Ahora mismo, tú eres nuestra mejor baza. ¿Recuerdas que te dije que los retrasos favorecen a la defensa? Eso es porque con el tiempo los testigos olvidan su testimonio. Necesitamos asegurarnos de que el tuyo es sólido como una roca.

—La detective Cherry y yo hemos revisado tu declaración —dijo el detective Ramos—, y tenemos unas cuantas preguntas de seguimiento. Queremos comprobar que tu historia no tenga fisuras. No queremos que la defensa encuentre algo que se nos haya pasado por alto.

Las rodillas me flaquearon un poco, pero hice un esfuerzo por mantener la compostura. Preguntas de seguimiento. No tenía más que repetir mi historia y todo iría bien.

—¿Por qué no nos sentamos en la cocina? —Sugirió Carmina—. Stella podrá acabar de cenar y a ustedes podré servirles té helado.

—¿Cómo era la relación entre tu madre y Danny Balandó? —preguntó el detective Ramos, echando hacia atrás los faldones de la chaqueta para aposentar su atlética figura en la silla que había frente a la mía.

—Ya se lo dije. Él era su camello —contesté, sin dejar que me intimidara su corpulencia, como sin duda era su intención.

—¿Eso quiere decir que su relación era estrictamente profesional?

Le aguanté la mirada sin pestañear, pero mis pensamientos iban a mil. Ramos intentaba hincarle el diente a algo, pero ¿a qué? ¿Qué sabía?

—Si usted considera que comprar y vender drogas es una relación profesional, entonces sí.

—Verás, creemos que era algo más que eso. Creemos que Balandó también era su novio, que tenían una relación romántica.

Parpadeé una vez instintivamente, pero mi cara no dejó traslucir nada más.

—¿Eso es lo que dice Danny? Porque todos sabemos que se puede confiar en él. Es un tío estupendo. Porque no está en la cárcel por asesinato ni nada parecido,

¿verdad?

—Stella —dijo Carmina suavemente, cubriendo mi mano con la suya—. Solo los hechos.

—Creemos que la razón por la que tu madre se niega a cooperar con nosotros es que intenta proteger a Danny —explicó la detective Cherry.

—Mi madre es una adicta. Estaba inconsciente cuando Danny Balandó mató a aquel hombre en nuestra casa. No es que no quiera cooperar, es que no sabe nada.

Ramos pasó las hojas del bloc que tenía delante.

—Cuando le pedimos que nos hablara de aquella noche, dijo. —Se mojó el dedo índice para pasar las hojas hasta dar con la que buscaba—: «Váyanse a la mierda». No son las palabras de alguien que no recuerda nada. Es lo que diría alguien que se pone a la defensiva porque oculta algo.

—A lo mejor está harta de que la frían a preguntas sobre algo que no sabe —le espeté. Por debajo de la mesa, me sequé las manos en los pantalones cortos que llevaba.

—Háblanos de esa noche —musitó la detective Cherry. Sus oscuros ojos marrones mostraban amabilidad, simpatía. Era la típica estrategia de poli bueno, poli malo—. Repasémosla una vez más.

—¿Otra vez? —pregunté, exasperada.

—Otra vez —dijo Charles Menlove. Hasta entonces, había permanecido con un hombro apoyado en la pared, observándolo todo sin hablar—. Quiero volver a oírlo.

—Era pasada la medianoche —empecé. Había ensayado esas palabras hasta aprendérmelas de memoria. Mi historia era sólida—. Era muy tarde, o muy pronto, depende de cómo se mire.

—¿Qué hora calculas que era? —preguntó la detective Cherry amablemente.

Meneé la cabeza para indicarle que no lo sabía.

—Había salido con unos amigos. Perdí la noción del tiempo.

—¿No podrías darnos un intervalo de tiempo... entre una hora y otra? —insistió la detective Cherry.

—No. Lo siento.

—Está bien —dijo ella, asintiendo—. Sigue.

—Aparqué en la calle porque no quería despertar a mi madre.

—Porque te habías saltado la hora de llegada, ¿no es eso? —quiso aclarar el detective Ramos—. Estabas preocupada por si tu madre se enfadaba contigo si la despertabas. Querías entrar en casa a hurtadillas. ¿Pero no recuerdas la hora exacta en que volviste a casa? ¿No mirabas el reloj con nerviosismo mientras conducías, sudando la gota gorda con cada segundo que pasaba?

—No tenía hora de llegada. —«Mantén la calma», me dije—. Estaba un poco preocupada por si la despertaba, pero no mucho. Sabía que seguramente estaría inconsciente. Y tenía razón.

—Con diecisiete años, ¿te permitían ir y venir a tu antojo? ¿No te parece un poco

extraño? —insistió él.

—Ella no me permitía nada —repliqué—. Sencillamente no le preocupaba lo más mínimo. Cuando estaba colocada, es decir, casi todo el tiempo, perdía de vista el resto del mundo. No existía nada más para ella. Yo no existía. Era como si... fuéramos compañeras de piso. Un techo, dos vidas distintas. No espero que ustedes lo entiendan.

—¿Qué ocurrió cuando entraste en casa? —preguntó la detective Cherry.

Cerré los ojos y dejé que mi mente rememorara aquella noche. Cada vez que lo hacía, esperaba que la pesadilla se fuera difuminando, pero no era así. Recordaba el pasado con claridad meridiana.

Recordaba el chapoteo del pavimento mojado por la lluvia bajo mis pies cuando me dirigía sigilosamente hacia la puerta de atrás. Recordaba las casas sumidas en el profundo silencio del sueño y la fría humedad del aire nocturno.

Entré. La luz de la cocina no se encendía. Tampoco la del comedor. Caminé a tientas por la casa en medio de la oscuridad.

Cuando pasaba por delante de las puertas de cristal de la biblioteca, vi a mi madre inconsciente en una butaca. Sobre la mesita estaban esparcidas sus pastillas. Antes de que pudiera demostrar el asco que sentía, vi a su espalda algo que llamó mi atención. Era el cadáver de un hombre al que habían pegado un tiro, estilo ejecución.

Me quedé paralizada, no pude gritar.

De la calle me llegaron unos sonidos de refriega.

Me di la vuelta hacia la ventana. Un hombre como un armario arrastraba a un segundo hombre más delgado hasta un Honda Civic aparcado en la calle. El hombre al que arrastraba llevaba un saco sobre la cabeza. Me resultaba vagamente familiar, pero estaba demasiado conmocionada para seguir pensando en ello.

El hombre grande metió al otro en el maletero del Civic y luego lo golpeó con una llave de cruz hasta que dejaron de oírse sus espeluznantes chillidos.

Después de cerrar el maletero, el hombre grande volvió la vista hacia nuestra casa. Sus ojos tenían un brillo oscuro y perturbador. No me vio, pero yo lo vi a él.

Por mucho que lo deseara, jamás olvidaría la cara de Danny Balandó.

—¿Tu madre estaba inconsciente cuando entraste en la biblioteca? —repitió el detective Ramos, devolviéndome bruscamente a la cocina de Carmina.

—Sí.

—Y el hombre del suelo, el hombre al que habían disparado, ¿estaba muerto?

—No se movía. Había sangre por todas partes —dije con voz temblorosa.

—¿Intentó Danny Balandó entrar en la casa en ese momento?

—Volver a entrar. No. Se fue en el coche.

—¿Viste el arma que usó para disparar al hombre de la biblioteca?

—No. Debió de llevársela. ¿Para qué iba a dejarla?

—¿A qué hora llamaste a la policía?

—Justo después de que Danny se fuera.

Ramos revisó sus notas.

—Los registros telefónicos muestran que tu llamada se hizo a las tres y veintidós de la madrugada.

—Creo que es correcto.

—Entonces, podemos suponer que llegaste a casa a eso de las tres y cuarto. ¿Estás de acuerdo?

—Supongo que sí.

—Verás, ahí es donde tenemos el problema. Tenemos una nueva información, y no concuerda con tu declaración.

¿Información nueva? ¿Qué salía a la luz cuando yo estaba en Thunder Basin? La cabeza me daba vueltas intentando adivinar qué sabían. Tenía las manos húmedas de sudor. Me removí en la silla. Ramos prosiguió.

—Con la esperanza de pillar a Danny Balandó abandonando la escena del crimen, hemos revisado horas y horas de grabaciones obtenidas de las cámaras de seguridad de la zona. Cámaras de bancos, tiendas y demás. Tenemos la cinta de una cámara exterior en la que se ve tu coche pasando por el cruce de Audubon con la Octava a la una cincuenta de la madrugada. Ese cruce está tan solo a unas cuantas manzanas de tu casa. Conducías en dirección a tu casa. Es lógico pensar que debiste de llegar a casa a eso de las dos y veinte. Y, sin embargo, no llamaste al 911 hasta una hora más tarde. —Ramos apoyó sus fornidos brazos sobre la mesa y me lanzó una dura mirada—. Esa cámara exterior muestra tu coche dirigiéndose hacia tu casa a las dos quince, y luego, alejándose de tu casa, a las dos cuarenta. Pero aún es más desconcertante que vuelva a aparecer regresando a tu casa a las tres y diez. Es mucho conducir. ¿Qué estabas haciendo? ¿Adónde fuiste?

Lo miré fijamente. Mi parálisis solo duró un instante.

—Fui a casa de Reed —dije por fin, recuperando la voz—. Al ver el cadáver en mi casa, me entró el pánico. No sabía qué hacer. Mi madre estaba inconsciente... no podía ayudarme. Así que cogí el coche y me fui a casa de Reed, pero no estaba.

—¿Fuiste a casa de Reed Winslow?

—Sí.

—¿Por qué no lo mencionaste en tu declaración?

—Yo... —Los ojos me escocían por las lágrimas. Quería mirar a Carmina para pedirle ayuda, pero ella no estaba presente aquella noche. No podía decirme cómo debía responder—. No quería involucrarlo en todo esto. Quería... protegerlo.

—¿No sabías que Reed acababa de estar en tu casa cuando fuiste a buscarlo a la suya? —preguntó la detective Cherry.

Negué con la cabeza tajantemente, parpadeando al notar el escozor de las lágrimas en los ojos.

—No, no sabía que Reed estaba en mi dormitorio esa noche, esperando a que yo volviera a casa. No sabía que iba a oír disparos y que bajaría a ver qué ocurría. No sabía que se encontraría con la escena de un crimen. —Mi tono subió una octava—.

¿Sabía que el camello de mi madre lo sacaría a rastras de la casa, lo metería en el maletero de un coche, y lo golpearía con una llave de cruz para hacerle «olvidar» lo que había visto? ¡No! ¿Por qué tenemos que repetir esto otra vez? —exclamé—. ¡Ya les he contado lo que ocurrió! ¿Por qué me obligan a revivirlo?

—Será mejor que hagamos un descanso —dijo Carmina con esa voz suya, tranquila pero inflexible. Su silla rascó el suelo cuando la echó hacia atrás para levantarse—. Detectives, señor Menlove, sé que han hecho un largo viaje para hablar con Stella, pero ya basta por esta noche. Ya ha tenido bastante.

El detective Ramos se pasó la mano por la cara y la detective Cherry se recostó en la silla con un suspiro de derrota.

Fue Charles Menlove, el fiscal, quien habló.

—Solo una pregunta más, Stella, y nos iremos. ¿Puedes decirnos quién era el hombre de la biblioteca? El hombre muerto.

—Era el antiguo camello de mi madre, el de antes de Danny Balandó.

—¿Sabes su nombre por casualidad?

—Ella lo llamaba el Farmacéutico. Ella y sus amigos. Les proporcionaba analgésicos, creo. Con receta.

La mirada de Charles Menlove era segura y firme, lo que me indicaba que ya sabía lo que yo le estaba contando.

—¿Y qué supones que estaba haciendo en tu casa esa noche?

—Le había adelantado recetas a mi madre, y ella le debía mucho dinero. Vino a casa para exigir que le pagara. La amenazó, le dio una paliza, ya vieron los moretones.

Él asintió con la cabeza.

—¿Y Danny Balandó? ¿Dónde encaja él?

Enfurecida, le di mi opinión con tono desafiante.

—Creo que Danny Balandó apareció, vio al Farmacéutico agrediendo a su cliente y le disparó. Claro que yo no soy la detective. No soy yo quien puede encontrar sentido a esas pistas tan desconcertantes, o no.

—¿Y fue entonces cuando Reed bajó? —preguntó Charles Menlove haciendo caso omiso de mi burla—. ¿Al oír el disparo?

—Eso es. Reed bajó corriendo para ver qué ocurría, y Danny le atacó, lo llevó a la zona oeste y lo arrojó a la cuneta sin preocuparse por lo que pudiera ocurrir.

—Parece que tienes tu teoría muy bien pensada. Admito que está bien desarrollada. Todo explicado, sin cabos sueltos. Prácticamente nos la has entregado en bandeja de plata.

—Les enviaré la factura por correo —dije con fulminante sarcasmo.

Esa noche, yacía en mi cama escuchando el silencio que reinaba en la casa. El aire en la habitación era cálido y apacible, pero temblaba y me tapé con la sábana

hasta la barbilla. Dieron las doce antes de que me atreviera a abrir la ventana. Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos. Apoyé una mano en el alféizar y dejé que la brisa me refrescara la piel sudorosa. Respiré profundamente, tratando de afianzar mis pies en Thunder Basin.

No me había dado cuenta de lo tensa que estaba hasta que se fueron todos, Price, Charles Menlove y los detectives. Al aparecer ellos, era como si hubieran traído a Philly consigo.

Los secretos de los que huía habían acabado por atraparme.

Pero los detectives se habían ido ya y el mundo empezaba a ralentizarse. Sentí que los amplios espacios abiertos que rodeaban la granja me envolvían a mí también. Mis problemas se sumieron en las sombras y la vida volvió a parecer sencilla. Sentí un alivio frío y dulce.

Esa noche Thunder Basin no parecía una prisión. Parecía más bien una puerta abierta al final de un camino largo y doloroso, invitándome a acercarme.

Era mi santuario.

ESTELLA,

ÚLTIMO DÍA DEL CAMPAMENTO DE BÉISBOL. POR FIN ME LIBRARÉ DE MI COMPAÑERO DE CUARTO Y PODRÉ VERTE. ESTOY IMPACIENTE. VOY A COGER UN TAXI DESDE EL AEROPUERTO Y ME QUEDARÉ CON UN AMIGO EN LA CIUDAD HASTA QUE LAS COSAS SE CALMEN EN CASA. ESO ES. UNA PELEA MÁS EN LA RESIDENCIA WINSLOW, Y YO NI SIQUIERA ESTABA ALLÍ PARA INICIARLA. LLAMÉ A MI MADRE ANOCHE Y HABÍA ESTADO DISCUTIENDO CON MI PADRE. SE LO NOTÉ EN LA VOZ. MI PADRE QUIERE QUE DÉ UNA FIESTA PARA SUS COLEGAS DEL EJÉRCITO. PERO CON LA FIBROMIALGIA A ELLA LE CUESTA LEVANTARSE DE LA CAMA. TIENE DOLORES CONSTANTES. ¿CÓMO SE SUPONE QUE VA A PREPARAR UNA FIESTA? AL FINAL, SÉ QUE HARÁ LO QUE ÉL QUIERE. ME CABREA QUE ELLA NO LE PLANTE CARA, PERO TENGO QUE DEJARLO CORRER. HE ESTADO ESPERANDO DIECISIETE AÑOS A QUE LE PLANTE CARA Y MIRA LO QUE HE CONSEGUIDO. PREOCUPARSE POR LOS DEMÁS ES UNA DEBILIDAD. CUANDO LOS DEMÁS TE IMPORTAN, SIEMPRE TIENES ALGO QUE PERDER.

XREED

El domingo siguiente, me encontraba mucho mejor... físicamente. El médico me había dado el alta, y a pesar de que Carmina insistía en que no me diera prisa, estaba preparada para volver a trabajar en el Sundown. Como en todas las poblaciones pequeñas, las noticias volaban en Thunder Basin. Si había una noticia que yo quería que llegara rápidamente a oídos de Trigger era que había vuelto al trabajo. Me había arrancado algo de sangre y piel, pero eso era todo lo que iba a conseguir. No pensaba esconderme en casa de Carmina, aterrorizada por él.

Pero el Sundown cerraba los domingos, por lo que tendría que esperar un día más para ponerme mis medias de compresión, la falda de piel sintética y la camiseta de camuflaje. Me desperté pronto, me levanté antes que Carmina y bajé a preparar el café. Luego me duché para ir a la iglesia. Sí, eso es, a la iglesia.

No había visto ni hablado con Chet desde nuestro desastroso beso de hacía una semana, y a pesar del dicho popular, el tiempo no había curado mi corazón, al contrario, cada día que pasaba me sentía peor. Necesitaba saber que todo iba bien entre nosotros. Necesitaba su amistad.

Podía fingir que me gustaba solo porque no había nadie más por allí, pero lo cierto era que Chet tenía algo especial, difícil de resistir. Era abrumadoramente masculino y al mismo tiempo increíblemente sensible. Una combinación peligrosa. Peligrosa, atractiva y tentadora. Me negaba tajantemente a comparar a Chet con Reed. No tenía sentido. Era feliz con Reed, pero una vocecita en mi cabeza me susurraba que era porque sabía quién saldría ganando en la comparación y no era quien yo quería.

¿O sí?

A pesar de una serie de tentativas cuidadosamente planeadas para tener la oportunidad de calibrar sus sentimientos, no había tropezado con Chet en el pueblo. Tampoco había tenido el valor suficiente para llamarle por teléfono. Suponía que en la iglesia tendría una oportunidad inmejorable de encontrarme con él. Si me sentaba lo bastante cerca de él, inevitablemente nos encontraríamos después del servicio y yo tendría una excusa para hablar con él. No me cabía la menor duda de que sería violento. Yo le había rechazado y seguramente le había herido en su orgullo. Chet tenía todo el derecho del mundo a sentirse dolido. Simplemente yo tenía la esperanza...

Esperaba lo imposible, que las cosas volvieran a ser como antes. Pero me conformaría con pedirle perdón. Y esa era otra razón por la que estaba resuelta a ir a la iglesia aquella mañana. ¿Qué lugar mejor que la iglesia para expiar las culpas?

Carmina y yo fuimos juntas. Me bajé de su camioneta, me alisé la falda y me erguí. Al menos había que intentarlo.

Cuando nos dirigíamos hacia la puerta de la iglesia, pasamos por delante del letrero de neón del jardín, donde se leía: LOS FRUTOS PROHIBIDOS DAN MUCHA MERMELADA^[7].

Parecía hecho ex profeso para mí. Nadie sabía que había besado a Chet, desde luego Reed no lo sabía, ni tampoco ninguno de los feligreses de Thunder Basin, pero de todas formas miraba a mi alrededor con nerviosismo sin poderlo evitar, esperando casi ver grupos de gente cuchicheando y señalándome como si fuera una especie de Hester Prynne del siglo XXI. Como si fuera asunto suyo.

Carmina pareció ver el letrero al mismo tiempo y soltó un gruñido de desaprobación.

—Las horteradas que hacen los pastores hoy en día para atraer a más gente. Ese letrero es una vulgaridad.

—Deberíamos reordenar las letras y crear un anagrama. Un anagrama guarro. Vamos a ver... —Me di unos golpecitos en el labio pensativamente—. Si un novio empalmado en un coche frito...

—Oh, calla ya. —Carmina me miró con aire de reproche, pero a sus labios asomó una leve sonrisa.

—La cara del pastor Lykins sería digna de verse —comenté tentadoramente.

Carmina puso los ojos en blanco y exhaló un suspiro de resignación, como si se lamentara por tener que soportarme.

Llegamos a lo alto de la escalera y el pastor Lykins nos recibió estrechándonos la mano entusiásticamente. Se inclinó hacia mí y su apagado tono de voz se hizo más grave.

—Stella, me afligió mucho enterarme de lo que te ocurrió la semana pasada. Espero de corazón que te encuentres mejor. ¿Recibiste mis flores?

—Sí, gracias. —De hecho, el pastor se había pasado un par de veces por casa de Carmina para ver cómo estaba, pero yo había tenido la suerte los dos días de encontrarme fuera. Una auténtica pena, como diría Carmina.

—Me siento muy aliviado y encantado de verte en la iglesia esta mañana —prosiguió—. Espero que disfrutes con el sermón. Carmina, tan encantadora como siempre.

Carmina le agradeció el cumplido con una brusca inclinación de cabeza, y me condujo al interior de la iglesia.

Esperé a estar lejos de los oídos del pastor para repetir:

—¿Tan encantadora como siempre? ¿Hay algo que no me haya contado?

—No seas absurda.

—¡Le estaba tirando los tejos!

Carmina se detuvo para mirarme con severa desaprobación.

—¿No se te ha ocurrido nada más descabellado?

—Ahora ya sé qué hace en el estudio de la Biblia —comenté con malicia.

—Que Dios nos asista —musitó Carmina, sentándose en uno de los bancos

vacíos.

Acababa de sentarme a su lado, cuando Trigger y sus padres enfilaron el pasillo entre los bancos. Trigger llevaba una camisa azul marino a cuadros y Dockers. Su aspecto era de lo más pulcro, pero yo conocía su sucia verdad. Iba con una muleta y se dirigió cojeando a un banco que estaba dos filas por delante del nuestro. Antes de sentarse con cuidado, miró hacia atrás y me vio. A cualquier otra persona, su expresión le habría parecido impávida, pero yo vi el brillo burlón y malintencionado de sus ojos llenos de rabia. En ese momento, me recordó a Danny Balandó. Compartían la misma arrogancia y el mal carácter. Se notaba tan claramente en la mirada de Trigger como en los ojos enfebrecidos de Danny aquella noche fatídica.

La mujer sentada delante de mí se inclinó hacia Trigger para hablar con él.

—¿Qué te ha pasado, Trigger? ¿Te has lesionado en un entrenamiento?

Él esbozó una lenta y despreocupada sonrisa.

—Sí, señora. Una bola perdida me dio en el tobillo. El médico dice que tengo una fractura del tercio distal del peroné. Mucha palabreja para decir que tengo un hueso roto en el tobillo. Pero puedo caminar, solo que con mucho cuidado. Y tengo que llevar la muleta otras cuatro semanas.

—Qué lástima. ¿Iba a venir a verte jugar algún ojeador esta semana?

—Claro, como siempre. Pero no tema, señora Lamb. Cuando se lanza una recta descendente como lo hago yo, no se mueve nadie. Les doy la oportunidad de quedarse sentados secándose la baba. —Se rio y la señora Lamb se unió a él.

Miré de reojo a Carmina, y aunque vi que tenía la mirada al frente, sabía que no estaba escuchando serenamente el prelude de órganos, como aparentaba. Al final logré atraer su atención e intercambiamos una mirada de complicidad. Me dio unas palmaditas en la rodilla. Yo no sabía qué significaba ese gesto exactamente, pero sentí que se solidarizaba conmigo. Estaba de mi parte.

Chet no vino al servicio. Intenté no mostrarme desanimada cuando Carmina y yo abandonamos la capilla tras el sermón. No quería juzgarle si lo había hecho para evitarme, pero no me parecía su estilo. Era tan probable que Chet se ocultara de mí como que yo me ocultara de Trigger. Así que, ¿dónde estaba?

—No he visto a Chet —dije a Carmina, aún a riesgo de despertar sus sospechas—. ¿Suele faltar a los servicios?

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Debería haberme imaginado que a Carmina no se le escapaba una.

—Por supuesto que no —contesté con tono de mofa—. ¿Qué le hace pensar que ha ocurrido algo? —añadí.

—Tu tono de culpabilidad.

Hice un sonido como si me hubiera ofendido.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué soy culpable?

—Sigue hablando y lo averiguaré. Por algo me pasé treinta años puliendo mis habilidades para el interrogatorio.

Siguió una larga pausa.

—Si hubiera ocurrido algo —dije al fin—, ¿cree que debería ir a verlo e intentar arreglar las cosas?

—No —respondió, después de sopesar la pregunta.

—A usted no le gusta Chet —protesté—. ¡Qué me iba a decir! Preferiría que no volviera a verlo. Pero dejando los prejuicios personales a un lado, ¿qué sería lo correcto?

—No es verdad que no me guste Chet. No pongas palabras en mi boca. Creo que para ti Thunder Basin es una simple parada técnica antes de irte a un sitio mejor. Y creo que Chet busca algo más permanente. No me parece correcto alentar una relación sin esperanzas de que levante el vuelo.

—Seguramente tiene razón —dije en voz baja. Carmina tenía una asombrosa habilidad para descubrir la verdad en medio de las mentiras.

—¿Qué hay del otro chico? —preguntó. Miraba al frente, pero su voz delataba su gran intuición y perspicacia—. He leído tu expediente. Sé que hay un joven en Filadelfia.

—Reed —musité. No estaba segura de cómo encarar las preguntas de Carmina, tan directas. Me habían ordenado que me atuviera a la historia de mi tapadera en todo momento, incluso con Carmina. ¿Por qué rompía las reglas?

—¿Quizás esperas que Chet te ayude a olvidarlo? —sugirió ella en voz baja.

—No. —Respondí automáticamente. ¿Ese era el concepto que tenía de mí? Yo jamás me aprovecharía de Chet de esa manera... ¿no? ¿Lo admitiría si fuera verdad? ¿Por qué tenía que ser todo tan confuso?

—Chet tiene sus defectos, pero es una buena persona, decente y muy trabajador.

—¿Por qué me cuenta eso?

—Para que me creas cuando te digo que no me desagrada.

Noté que me invadía una ardiente sensación de culpabilidad.

—Cree que le haré daño.

—Chet ha tenido un año muy difícil desde la muerte de sus padres. Iniciar una relación con él solo puede acabar en un corazón roto. El suyo, sí, pero el tuyo también. Tú te irás en agosto y tendrás que despedirte otra vez. ¿Fue fácil la primera vez? Lo dudo. Chet estará varado aquí dos años más, ocupándose de su hermano. No veo un final feliz, Stella, es la verdad. Creo que os haréis daño mutuamente.

—¿Por qué se preocupa tanto de repente por los sentimientos de Chet? —No quería mostrarme beligerante, simplemente quería saberlo.

—Tal vez le culpara de cosas que no dependían de él.

—No comprendo.

—Conocía a su padre. Chet se parece a él en muchos aspectos. A veces es difícil recordar que son dos personas diferentes.

—¿No le gustaba el señor Falconer?

—Oh, no era eso exactamente —respondió ella, y exhaló un suspiro lleno de aflicción—. Pero murió, así que ya no importa. —Tenía la mirada perdida y llena de congoja.

—¿Cree de verdad que es mejor que termine con él?

—Sí.

Me quedé callada. No estaba segura de poder terminar con Chet. Él era mi único amigo en Thunder Basin. Sin él, el verano se haría dolorosamente interminable. Se acabarían las pullas y las bromas tontas. Se acabarían los partidos de sóftbol. ¿Qué sentido tendría continuar jugando? Si tenía que alejarme de Chet, mejor hacerlo bien. Echaría de menos su forma de mirarme con esos cálidos ojos azules, como si estuviéramos solos él y yo, y el resto del mundo se hubiera desvanecido. Echaría de menos sus largas zancadas cuando caminábamos juntos. Incluso echaría de menos su estúpido sombrero vaquero. Pero no quería hacerle daño.

Por nada del mundo quería hacerle daño.

—Stella, ¿puedo hablar contigo? ¿En privado?

Me estaba atando el delantal alrededor de la cintura cuando Dixie Jo asomó la cabeza por la puerta de su despacho y me hizo señas para que entrara. Era mi primer día de vuelta al trabajo desde la agresión, y un vistazo a su preocupado semblante me dijo exactamente de qué iba a hablarme. Contuve mi exasperación. Aunque al parecer nadie me creía, me encontraba bien. Después de discutir lo mío, había convencido finalmente a Carmina para que me dejara regresar al trabajo; tal como lo veía yo, lo peor había pasado ya. Tendría que lograr que Dixie Jo comprendiera que no tenía nada de qué preocuparse.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, cerrando la puerta cuando entré.

—Sé que está preocupada por mí, pero estoy lista para trabajar. —Sonreí de oreja a oreja—. Es mejor que quedarme en casa de Carmina contando las moscas de la fruta en el cuenco de melocotones, se lo aseguro.

—Tengo entendido que el médico te ha dado el alta para volver al trabajo —dijo ella. Parecía complacida, pero también la notaba poco convencida.

Levanté los brazos y los dejé caer a los lados.

—Estoy como nueva.

—No pasa nada por estar asustada, Stella. Es perfectamente normal querer algo más de tiempo. Inny y Deirdre están haciendo tus turnos, así que no te preocupes por nosotros. Tómame todo el tiempo que necesites, te lo digo en serio.

—Gracias por el ofrecimiento, pero estoy bien. De verdad.

—Pues yo no puedo decir lo mismo —replicó ella con un suspiro de inquietud, y en ese momento me fijé en que estaba ojerosa y macilenta—. No he dormido bien una sola noche desde que te agredieron. No dejo de preguntarme a mí misma cómo es posible que ocurriera algo así. El Sundown es un establecimiento familiar. Y no me refiero solo a los clientes, sino también a los empleados. Cuidamos los unos de los otros. La idea de que alguien entrara aquí y agrediera a uno de nosotros es... —sacudió la cabeza con expresión de desconcierto— inimaginable. Impensable. Lo siento, lo siento muchísimo.

Abrió los brazos, y aunque yo no estaba acostumbrada a que me abrazaran, dejé que lo hiciera. No quería que Dixie Jo se sintiera responsable de lo que me había hecho Trigger. Ella no podría haberlo impedido. Las puertas no se cerraban con llave porque era de verdad un establecimiento familiar en el que reinaba la confianza. Allí nos sentíamos seguros. Y Trigger se había aprovechado de ello.

Dixie Jo se separó sin soltarme.

—Deja que una veterana te dé un consejo. A veces cuesta más que se cure esto —se señaló la cabeza con un dedo, justo por encima de la oreja—, que esto. —Con el

mismo dedo se señaló el corazón—. Mírame a los ojos y dime que realmente estás lista para volver aquí.

La miré a los ojos como me pedía. Necesitaba trabajar. Tenía que dejarle muy clarito a Trigger que no iba a acojonarme.

—No querría estar en ninguna otra parte.

Aunque aún no parecía convencida del todo, me empujó por los hombros para hacerme girar de cara a la puerta.

—Entonces venga, a darle caña.

Trabajé sin descanso durante todo el turno, llevando las bandejas de comida a los coches y dejando una estela de clientes satisfechos. Me embolsé una propina de cinco dólares de un entrañable anciano con tirantes naranja que me dijo que mi sonrisa era lo mejor de la comida. Sonreír me hacía sentir bien y lo hacía a menudo. Quería que llegara a oídos de Trigger que no me había dejado ninguna cicatriz permanente, ni por fuera ni por dentro. Si esperaba que me derrumbara, había fracasado. Mentalmente dibujé un marcador. Stella uno, Trigger cero.

Ya lo creo, hijo de puta. Al final gano yo.

Al final del turno, Deirdre se fue temprano, dejándonos a Inny y a mí para cerrar. Deirdre tenía más antigüedad, además de dos hijos, así que no me molestó. Inny y yo nos encargamos de limpiar y de organizar la cocina para el turno de la mañana. Rellenamos los saleros y pimenteros, limpiamos con una bayeta los botes de ketchup, y barrimos el suelo. Inny sirvió el helado que quedaba en la máquina para hacernos un par de batidos de cereza. Salimos a tomarlos sentadas en los escalones de la parte de atrás para no dar pie a tener que limpiar de nuevo.

—Por el tarado que te puso la mano encima —dijo Inny, alzando su batido para brindar—. Que se le pudran las pelotas y se le caigan y se las coman los buitres.

—Cuéntame qué tal estás tú —dije, entrechocando mi vaso con el suyo. Luego di un largo sorbo con la pajita—. ¿Qué tal está el bebé esta noche?

—Sigue dando patadas.

Me pregunté si Inny habría deseado que el bebé se muriera. Nadie quería dar a luz a un bebé muerto, pero tampoco nadie quería quedarse embarazada a los dieciséis.

—¿Crees que el padre te ayudará? —pregunté, esperando que no me considerara una entrometida. Tenía que andarme con ojo, tal como me había indicado Dixie Joe. Nada de sentir lástima.

—Sí —respondió Inny—. Me ayudará financieramente, eso lo ha dejado claro. Se está tomando su papel de sostén de la familia muy en serio. Y estará en el parto. — Parecía segura, pero quizá se mentía a sí misma para que la idea de tener un bebé a los dieciséis no pareciera tan temible.

Sorbimos el batido en silencio.

—Creo que sé quién me atacó —dije al cabo de un rato—. Le conté a la policía mis sospechas, pero por lo que yo sé, no han arrestado a nadie.

Inny me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo sabes quién fue? Me dijeron que no le viste la cara.

—Cuando me estaba golpeando, le di una patada en la pierna. Una patada muy fuerte. Le oí subir la escalera del almacén cojeando.

—Así que hay que buscar una pierna herida.

Respiré hondo, esperando que mis siguientes palabras no arruinaran nuestra amistad. Me gustaba Inny y estaba de su parte. Pero también quería proporcionarle una perspectiva de la que estaba muy necesitada. Aunque para ello tuviera que contarle algo que ella no quisiera oír.

—Creo que fue Trigger quien me pegó.

Inny rumió mis palabras. Dejó a un lado su batido, apoyó los brazos en las rodillas y meneó la cabeza de lado a lado. Me alivió que no saltara a defender a Trigger ni me gritara por sacar conclusiones precipitadas.

—Joder.

—Trigger es el padre de tu bebé, ¿verdad? —pregunté con cautela.

Eso sacó a Inny de su ensoñación. Arrugó el gesto en una mueca de perplejidad.

—¿Qué? ¿En serio me lo preguntas? ¿De verdad crees que yo animaría voluntariamente a un bruto repugnante como Trigger McClure a reproducir sus genes? Como vuelvas a sugerirlo, te romperé el brazo, y la nariz también, para que te enteres.

—Entonces... ¿no es el padre?

—No. —Hizo una mueca, enseñando los dientes como un perro al gruñir—. Creo que voy a vomitar.

—Pero siempre pide por ti. —Insistí—. Y cuando dije que seguramente se iría del pueblo para jugar en las grandes ligas, parecías deprimida.

—Era envidia. Créeme, nadie desea más que yo que ese mono peludo se vaya del pueblo, pero me parece injusto que un mierda como él consiga irse tan fácilmente, eso es todo. Debería pudrirse en este lugar. ¿Para qué sirve el karma si no funciona?

—Así que Trigger no es el padre —pregunté una última vez para confirmarlo.

—Te he dicho que te rompería el brazo si volvías a preguntármelo —me espetó Inny amenazadoramente.

—¿Pues quién es el padre?

Su mirada me indicó que no valía la pena que intentara seguir fisgando.

—Si mis padres descubrieran quién es, lo matarían, pero solo si la familia de él no lo matara primero.

—Tú sabes que la curiosidad me volverá loca —dije.

Ella se echó a reír.

—Ese ha sido mi plan maestro desde el principio, volverte loca para que después de tener el bebé no sea yo la única lunática del manicomio.

Seguimos sorbiendo el batido. Estaba aturdida. Tenía tan claro lo de Inny y Trigger... aunque podía afirmar con toda sinceridad que jamás me había sentido más aliviada por haberme equivocado. El futuro de Inny me parecía ahora mucho más

brillante. No sabía quién era el padre, pero no podía ser tan malo como Trigger.

Imaginaba que a estas alturas ya nada de lo que dijera ofendería a Inny, así que le dije:

—Creo que a lo mejor Eduardo ayudó a Trigger. Que le dejó entrar y luego me dijo que bajara al almacén, donde sabía que Trigger me estaría esperando.

—Hace años que conozco a Eduardo —protestó ella con tono de escepticismo—. No es un mal tipo.

—Justo antes de la agresión, me pidió que fuera a buscar servilletas al almacén.

—¿Y para qué iba a pedirte eso? —Inny frunció aún más el entrecejo.

—Dijo que Deirdre le había pedido que llenara sus servilleteros.

—Yo llené los servilleteros de Deirdre esa noche. —Inny sacudió la pajita repetidamente en el batido mientras reflexionaba—. Mierda. Eduardo me cae bien. ¿Se lo has contado a Dixie Jo?

—No. Antes quiero estar segura. A mí también me cae bien Eduardo. No quiero creer que ayudaría a Trigger a hacerme daño.

—Eduardo y Trigger no son amigos, no se mueven en los mismos ambientes. No veo qué razón podrían tener para actuar juntos.

—A lo mejor me equivoco. —Esperaba equivocarme, pero no podía ignorar ciertos aspectos de aquella noche que no encajaban.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Pregúntaselo a Eduardo. Suéltaselo de sopetón para que no tenga tiempo de inventar alguna excusa. Es un tío decente. Enseguida te darás cuenta de si estaba metido en el ajo o no.

—Si me equivoco, no volverá a dirigirme la palabra.

—Si estás en lo cierto, se merece lo que le pase. Dime una cosa. ¿Quieres trabajar en el turno de noche con un tío que permite que a las chicas les den una paliza? Porque desde luego yo no. —Se puso en pie y tiró de mí para que me levantara—. Vamos. Terminemos aquí. Luego te llevaré a una fiesta.

—¿De quién? —pregunté, animándome.

—Nuestra. ¿Y te he dicho ya que podrás beber todo lo que quieras? —Se frotó el abultado vientre—. Tienes conductora.

Conducía la camioneta de Carmina con Inny de copiloto. Aunque me había sentido con fuerzas suficientes para ir a trabajar en bici, Carmina había insistido en que me llevara su camioneta. No parecía muy complacida al recordarle su promesa de que jamás conduciría su camioneta. ¿Qué podía decir? No iba a dejar pasar la oportunidad de incordiar.

Inny y yo nos dirigimos al extremo sur del pueblo, siguiendo el curso del río. Las casas empezaban a escasear. La luna se ocultaba tras una nube, dejando las calles sumidas en la oscuridad. Cuando enfilamos un camino de grava, las nubes de polvo se alzaron frente a las luces largas como fantasmas. Mentiría si dijera que no sentí

escalofríos en la nuca. En todo Philly no había un lugar tan desierto o donde reinara una oscuridad tan asfixiante. Apreté el volante con fuerza, esperando casi que alguna criatura de película de terror surgiera de pronto en medio de la carretera. Por fin divisé las luces de una casa más adelante y me relajé.

En el pequeño terreno que había frente a la casa de estilo Craftsman había coches y camionetas aparcados aquí y allá. Cuando nos acercamos, me maravilló la oscuridad que dejábamos atrás y cómo brillaban las estrellas, lanzando destellos como gemas pulidas. Había vivido toda la vida en una zona residencial de Philly, con las luces de la ciudad a unos pocos kilómetros de distancia, y jamás había imaginado lo negro que era el cielo en realidad. Negro e inmenso.

Inny pasó de largo por la casa, encaminándose a un establo de dos pisos pintado de blanco que había en la parte de atrás de la propiedad. La luz salía a raudales por las puertas abiertas y había gente por todas partes.

Así que aquella era la vida nocturna en Thunder Basin.

El establo olía a serrín y heno fresco, y no era un mal olor. El tejado era alto y a dos aguas, lo que hacía que el establo pareciera aún más amplio. Al fondo había compartimentos para caballos y un tractor justo a mi izquierda. Una escalera de mano conducía al altillo, donde se veían las rectangulares balas de heno pulcramente apiladas. También divisé a dos parejas que estaban tumbadas, montándose allí mismo. Sonreí, diciéndome que algunos tópicos no morían jamás.

Inny y yo nos abrimos paso entre la muchedumbre. Ella saludó a unas cuantas personas con una inclinación de cabeza. Sin detenerse, agarró un vaso de plástico de la pila que había cerca de las cajas de cervezas del centro del establo, y se dirigió a la espita. Aunque tuviera a Inny para conducir a la vuelta, en realidad yo no solía beber. Cuando Reed y yo íbamos de fiesta, él se limitaba a pedir una cerveza que le duraba una hora. A él no le gustaba que el alcohol le nublara el juicio y a mí simplemente no me gustaba el sabor. Bueno, eso, y que albergaba un miedo terrible a volverme igual que mi madre, cuya transición a las drogas duras se debía seguramente al excesivo consumo de alcohol durante el proceso de divorcio. Así que seguí el ejemplo de Inny y me serví un vaso de agua.

—Tengo que mear —me dijo ella.

—Pero si has ido justo antes de salir del Sundown.

—Prueba a quedarte embarazada y verás. Tengo un bebé de dos kilos sentado encima de mi vejiga.

—Demasiada información.

—Voy a buscar un árbol para agacharme detrás. ¿También me vas a decir que es demasiada información?

Mientras esperaba a que regresara, decidí darme una vuelta por el establo. Quizá vería a alguien de mi equipo de sóftbol. No me hubiera importado pasar el rato con Juan esa noche. Parecía que sabía cómo divertirse.

Me abrí paso entre la muchedumbre, buscando una cara familiar, y de repente lo

vi allí, justo delante de mí. Él me vio en el mismo momento exactamente y fijó sus azules ojos en mí.

Metí las manos en los bolsillos de atrás y me balanceé sobre los talones, tratando de parecer perfectamente tranquila, pero en realidad estaba desconcertada. ¿Cuántas veces había ensayado lo que diría en este momento? Y ahora que había llegado, las ideas se me dispersaban. Solo podía pensar en que la camiseta desvaída que llevaba le sentaba de maravilla. Había prescindido del sombrero vaquero y el pelo revuelto le caía sobre los ojos de un modo muy *sexy*. Y entonces recordé que no debería pensar en su cuerpo ni en sus ojos. Los amigos no pensaban así de sus amigos.

—Hola —dije, sonriendo animadamente, como haría una colega—. ¿Me lo parece a mí o me estás evitando? —Reí para indicar a Chet que bromeaba y que estaba dispuesta a ahorrarnos a los dos unos instantes de bochorno o de humillación dándole un tono lo más desenfadado posible a nuestro primer encuentro oficial desde el beso.

—Se te ve mucho mejor —dijo él con expresión educadamente estoica, pero evitando mirarme directamente—. Se te están curando los cortes y moretones.

—Sí, y es un rollo. Me temo que pronto voy a perder el derecho a un tratamiento especial. Esta noche he vuelto al trabajo y los clientes han hecho cola justo delante de la puerta, dispuestos a recoger ellos mismos las bandejas de mis frágiles manos. Voy a echarlo de menos. —Bromeaba, pero Chet no se rio. Al contrario que yo, no parecía haber alcanzado el punto en que podía bromear sobre la agresión. Y eso hizo que sintiera un extraño vuelco en el estómago.

—Me alegro de saber que te encuentras mejor.

—Sí —dije. Detestaba el tono formal y forzado de nuestra conversación. Conocía el motivo, pero echaba de menos lo fácil que resultaba antes hablar con él. Quizá si seguía hablando podría animarlo—. ¿Qué haces aquí?

—Vigilar a Dusty. Y antes de que lo preguntes, sí, me siento como un idiota. Me gradué el año pasado y aquí estoy, en una fiesta de instituto. —Se puso de puntillas para escudriñar la multitud. Había prescindido del sombrero vaquero, pero conservaba las botas. Era extraño, pero cada vez me gustaban más. Estaban hechas para Chet. Duras, resistentes, gastadas. No sabía por qué había tardado tanto en darme cuenta.

—Está muy bien que te preocupes tanto por él, pero ya no es un niño, y nada de lo que hagas va a impedirle tomar malas decisiones. No podrás hacer otra cosa que estar allí para verlo.

De repente me miró sorprendido y quizás incluso con ira. Fue un destello fugaz que desapareció cuando Chet vio en mi cara que no le estaba juzgando, que solo intentaba ayudarle a ver las cosas con claridad.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó, más relajado.

—¿Que qué hago aquí? Pues me ha traído Inny.

—¿Y dónde está?

—Te lo diría, pero es información reservada. ¿Quieres dar un paseo? —sugerí—.

¿Por el río? No puedo prometerte que lo veamos. ¿Te he comentado lo negra que es la noche en el campo? —Esperé a que Chet sonriera, pero no lo hizo. Carraspeé—. Bromas aparte, tengo que decirte unas cuantas cosas, sobre todo para pedirte perdón por no haber tenido en cuenta tus sentimientos el otro día junto al estanque de los patos.

Chet me miró con esos ojos claros que me hacían sentir transparente. No me gustaba la idea de que él viera más en mí de lo que yo veía en él. En aquel momento, Chet era completamente indescifrable. Era como si hubiera levantado un escudo que lo protegiera de mí, y sentí que se me encogía el corazón. No quería ser el enemigo.

—No creo que sea buena idea, Stella —dijo al fin.

Intenté ocultar mi decepción, pero me dolió su rechazo. ¿Tan enfadado estaba que no iba a dejarme pedirle perdón? No podía imaginar que Chet estuviera enfadado conmigo durante el resto del verano. ¿Y si llegaba el final de agosto y tenía que irme sin haberme reconciliado con él? La idea hizo que me invadiera el pánico. No podía soportar la idea de que aquella fuera nuestra última conversación.

—Escucha —dije con tono de remordimiento—. Lo siento. No sé cómo expresar cuánto lo siento. No quería engañarte. De verdad creía que éramos solo amigos. El beso no lo vi venir. Cuando ocurrió yo... bueno, si pudiera retirarlo lo haría.

Su cuerpo se puso rígido. Acababa de meter la pata.

—Por favor, ¿podemos ir a dar un paseo? —pregunté en voz baja con nerviosismo. Quise tocarle el brazo, pero él se puso tenso al notar el roce. ¿Qué pasaba conmigo? No podía pensar con tanto ruido. Había jurado que no permitiría que Thunder Basin acabara gustándome, ni tampoco ninguno de sus habitantes, pero realmente sentía algo por Chet. Tenía que arreglar las cosas antes de que perdiera la oportunidad. Me lo reprocharía toda la vida si nos despedíamos sin haber hecho las paces.

—No puedo perder de vista a Dusty.

—Sabes que no aceptaré un no por respuesta. —Tiré levemente de su manga—. ¿Por favor? —supliqué con desesperación.

Me miró a los ojos. Su expresión era fría y distante.

—No quiero pasear contigo porque no creo que sea justo para tu novio. Dejé muy claras mis intenciones en el banco del parque la semana pasada. Quiero ser algo más que un amigo. No creo que pueda estar contigo sin desearlo. Me gustas demasiado, Stella, para mentirte. No sabía que tenías novio. De haberlo sabido, no habría actuado como lo hice. No habría intentado nada. Ojalá pudiera ser amigo tuyo, pero no creo que pueda conformarme solo con eso. Creo que es mejor que me mantenga a distancia. —Exhaló un suspiro—. Y te pido que hagas lo mismo por mí.

Lo miré fijamente con un nudo creciente en la garganta. No, aquello no estaba ocurriendo. Después de haber vivido varias semanas en Thunder Basin, privada de mi familia y mis amigos, y de haber encontrado por fin a alguien que me importaba, lo iba a perder. Noté que se alejaba de mí definitivamente y el miedo se apoderó de mí

rápidamente. Sentí el vértigo de perder el control de mi mundo. Me había prometido que jamás volvería a sentir la desesperación de depender de alguien, de necesitar a alguien. Había bajado mis defensas con Chet sin que me diera cuenta, y ahora estaba pagando el precio por mi error. Reed tenía razón, preocuparse por los demás era una debilidad. Era un lastre. Querer a alguien significaba que tenías algo que perder.

Me sentí consternada al notar las lágrimas ardientes que me corrían por las mejillas.

—Lo entiendo —dije, secándomelas rápidamente—. ¿Podrías llevar a Inny a su casa? Tengo que irme.

Aturdida, mareada, me abrí paso entre la multitud. Me pareció oír a Chet llamándome, pero no estaba segura. Me zumbaban los oídos como si tuviera un enjambre de abejas en la cabeza. Necesitaba aire fresco. Tenía que alejarme de aquel lugar.

Salí del establo a trompicones y corrí hacia la camioneta de Carmina.

Conseguí dominarme durante el trayecto de vuelta hasta la granja. Pero en cuanto cerré la puerta principal, mis labios empezaron a temblar y las lágrimas que había mantenido bajo control cayeron a raudales. Corrí escaleras arriba antes de que acudiera Carmina. No quería que me viera así. Me encerré en mi cuarto y me tiré en la cama.

Enterré el rostro en la almohada y lloré desconsoladamente.

Me eché hacia atrás en la silla, dejando escapar un suspiro de frustración. Estaba en la biblioteca y seguía sin haber recibido ningún mensaje de Reed. Algo le había ocurrido. Ahora estaba segura. Podía encontrar cien excusas para justificar su silencio, pero en el fondo sabía que algo malo le había pasado. Empecé a notar el estómago revuelto. Intenté sobreponerme, pero no pude. Un criminal implacable buscaba, no, perseguía a mi novio (¡todo por culpa de mi madre!), ¿y de repente mi novio desaparecía? No se necesitaba mucha imaginación para relacionar los dos hechos y llegar a una aterradora conclusión.

Rompiendo una de mis propias reglas, dejé que mis pensamientos volaran brevemente hacia mi madre. Pensar en ella siempre me enfurecía y me agotaba, motivo por el que la había borrado de mi mente. Quizá no fuera saludable, quizá fuera una fase de negación, pero me servía para seguir adelante. Podían pasar días, incluso semanas, sin que pensara en ella. Así era más feliz. Pero ahora volvía a pensar en ella aunque sabía que no podía terminar bien.

¿Estaba a salvo?

Instintivamente la aparté de mis pensamientos como si fuera una sustancia tóxica. ¿A quién le importaba si estaba a salvo? Ella era la que nos había metido en aquel lío. Los actos tienen consecuencias. ¿Acaso no me martilleaba ella con eso cuando era más joven? Si ahora estaba en peligro, se lo tenía merecido.

Oía mi respiración agitada e hice un esfuerzo consciente por controlarla. Me quedé sentada en la silla de la biblioteca hasta que me sobrepuse y conseguí dominarme. La seguridad de mi madre no era asunto mío. ¿Por qué habría de preocuparme por ella, cuando estaba claro que a ella no le importaba yo?

Para apartarla de mis pensamientos, saqué una de las cartas de Reed que había llevado conmigo. Alisé el papel arrugado. La visión familiar de su letra sirvió ya para consolarme un poco.

ESTELLA,

A VECES SIENTO QUE PUEDO EXPRESAR MEJOR MIS SENTIMIENTOS EN UNA CARTA, CUANDO TENGO TIEMPO PARA PENSAR EN LO QUE QUIERO DECIR, ASÍ QUE, AHÍ VA. PRIMERO, POR FAVOR, TEN EN CUENTA QUE IBA A MANTENER LA BOCA CERRADA (NO QUIERO QUE LO QUE TE CUENTO AQUÍ LE RESTE IMPORTANCIA A LO QUE ME CONTASTE SOBRE TU MADRE ANOCHE), PERO AL FINAL HE DECIDIDO QUE ES IMPORTANTE QUE SEPAS QUE NO ESTÁS SOLA. MI MADRE TAMBIÉN ES UNA ADICTA. YA SABES QUE PADECE UNA ENFERMEDAD LLAMADA FIBROMIALGIA, PERO ¿SABES QUE ESO SIGNIFICA QUE TIENE FATIGA Y FUERTES DOLORES MUSCULARES CONSTANTEMENTE? SU MÉDICO LE RECETÓ UN NARCÓTICO, EL OXYCONTIN,

PARA ALIVIAR EL DOLOR. SE SUPONE QUE HA DE TOMARSE UNA PASTILLA CADA DOCE HORAS, PERO YO LA HE VISTO MACHACANDO DOS PASTILLAS, CONVERTIRLAS EN POLVO Y TOMÁRSELAS DE UNA VEZ. DE ESA FORMA EL MEDICAMENTO LO ABSORBE LA SANGRE INMEDIANTAMENTE Y SE COLOCA. SE HIZO ADICTA A ESA DROGA DESDE EL PRINCIPIO. LE OCULTA SU ADICCIÓN A AMIGOS, VECINOS, INCLUSO A SU MÉDICO. MI PADRE LO SABE, PERO FINJE QUE NO. LA LLEVA AL MÉDICO TODOS LOS MESES PARA QUE LE DÉ UNA NUEVA RECETA, PORQUE ES MÁS FÁCIL PONER UNA VENDA SOBRE LA HERIDA QUE ABRIRLA Y LIMPIARLA.

SÓLO QUERÍA QUE LO SUPIERAS. NO ES PARA DARTE PENA, SINO PARA QUE SEPAS QUE NO ESTÁS SOLA.

SI NECESITAS HABLAR, LLÁMAME.

XREED

Veinte minutos más tarde, enfilaba el sendero de la granja. Carmina tenía las puertas del establo abiertas de par en par y se encorbaba sobre una mesa de trabajo con el entrecejo fruncido en intensa concentración. Al oír la camioneta, levantó la vista y me saludó con la mano.

—¿Qué hace aquí fuera? —pregunté, acercándome para inspeccionar su trabajo. Sobre la mesa había varias latas desperdigadas con pinturas de varios colores, principalmente rojos y marrones, y en el estante había una hilera de pequeños tarros de ceras y tintes vegetales. Entre las manos tenía un par de botas camperas de vivos colores. Frotaba las botas con un cepillo de cerdas hasta darles un brillo lustroso.

—Hoy hace un mes que llegaste a Thunder Basin —me respondió.

Hice el cálculo mental y me sorprendió descubrir que tenía razón. Durante las dos primeras semanas, había contado religiosamente los días que faltaban para mi cumpleaños, pero últimamente los cálidos días estivales se confundían unos con otros.

—He decidido que deberíamos celebrarlo —prosiguió Carmina—. Una cena especial para las dos. Y tengo un regalo para ti. —Señaló las botas con la cabeza—. Si las detestas, no tienes que llevarlas. Pero he pensado que a lo mejor te gustaría tener algo más del estilo del campo. Sé que lo de integrarte no es lo tuyo, pero esto es lo que llevan por aquí.

Tomé con cuidado las botas que me tendía y pasé la mano por la suave piel de color chocolate con flores bordadas en color turquesa y rosa viejo. Las botas no eran nuevas. Las arrugas formaban pliegues en la reluciente superficie. Cada uno de esos surcos parecía contar una historia. Me pregunté qué viajes habrían hecho aquellas botas, lo que habrían visto.

—Les cambio el forro a todas —dijo Carmina—, así que no te preocupes por dónde han estado los pies de su antigua dueña.

—Son preciosas —musité, y lo decía de corazón. Tenían algo digno y especial que llamaba la atención. Como un raro tesoro que encuentras en un rincón después de

pasarte todo el día visitando tiendas de estilo *vintage*—. ¿Con qué me las pongo?

Carmina se echó a reír, evidentemente complacida.

—Póntelas con cualquier cosa. Tejanos, vestidos. En el pueblo he visto a chicas que las llevan incluso con esos pantalones cortos tejanos que tanto te gustan.

Por un momento, deseé poder enseñarle las botas a Tory. A ella le gustaban las cosas de estilo *vintage*. Se entusiasmaría con ellas, me diría lo celosa que se sentía y luego insistiría en que Carmina le hiciera un par a ella también.

Así, sin pensar, había cruzado una línea. El pasado no tenía nada que hacer en el presente. ¿Por qué continuaba reviviéndolo? ¿Por qué tenía que arruinar un momento perfecto?

—¿Dónde aprendió a hacer esto? —pregunté a Carmina, volviéndome a centrar en ella.

—¿Renovar botas, quieres decir? Lo hago desde hace años. Mi abuelo, Papa-Dew, me enseñó cuando era niña. Era un buen zapatero. Nos sentábamos en su mesa de trabajo y arreglábamos las botas de toda la familia. Les cambiábamos las suelas y las lustrábamos. Nos ahorrábamos tener que comprar botas nuevas.

»Un año, le dije a Papa-Dew que quería botas con flores. Él se rio y me dijo que las botas y las flores no combinaban bien. Pero el día de Navidad, bajo el árbol encontré un par de botas azules adornadas con flores de cuero.

—Yo apenas veía a mis abuelos —dije en voz baja, sin dejar de acariciar la sedosa piel—. Los padres de mi padre murieron antes de que yo naciera. Y mi madre siempre estaba peleada con los suyos. Decía que estábamos mejor sin ellos, que no valía la pena molestarse por ellos. Viven en Knoxville. Nunca he ido a su casa a verlos. Tengo entendido que viven en ocho hectáreas de terreno y que tienen caballos. Mi madre se negaba a llevarme allí. Solo los vi las pocas veces que vinieron a Philly. Mi madre les obligaba a alojarse en un hotel, así que los veía aún menos. Al cabo de un par de días, mi madre les acusaba de intentar controlarla, tenían una gran pelea. Inevitablemente, al día siguiente, cuando yo preguntaba por ellos, mi madre me decía que les había surgido algo y que habían tenido que volver a Tennessee antes de tiempo.

—Lo siento, Stella. —Carmina puso una mano sobre mi brazo y me miró con tristeza, pero no con lástima. Para mí fue muy importante que me respetara lo bastante como para no considerarme un caso de caridad.

No quería llorar delante de Carmina. No porque no confiara en su sensibilidad, sino porque no confiaba en mí misma. No quería ser esa pobre niña a la que hacían daño una y otra vez. Carmina no era la única que podía convertirme en un caso de caridad. Yo misma lo haría si no me andaba con ojo.

—Me ducharé y me vestiré para la cena —dije.

Su mano seguía posada sobre mi brazo. Creía que me sentiría más yo misma cuando me separara de ella, pero me invadió un extraño vacío interior cuando ella dejó caer la mano.

Me dirigí a la casa con una sensación de soledad y de frío, a pesar del sol abrasador de la tarde.

Me puse un vestido amarillo y mis botas nuevas para cenar. Fuimos a Dirk's Burgers, que era bastante sofisticado para tratarse de Thunder Basin. Se podía pedir cualquier cosa con la hamburguesa: tomate, lechuga y cebolla para los tradicionales; aguacate, brotes de alfalfa y champiñones para los naturales; salami frito y *ricotta* para los que querían un toque de inspiración italiana. Incluso tenían una hamburguesa que era un cincuenta por ciento de buey picado y otro cincuenta por ciento de bacón picado.

En Philly, desde luego, habría elegido la natural. Pero sin ánimo de ofender, en Thunder Basin no sabían hacerla. El buey, en cambio, era perfecto. Al fin y al cabo estábamos en tierra de ganaderos. Así pues, pedí la hamburguesa de 50/50.

—Demos un paseo por el río —propuso Carmina cuando terminamos de cenar—. A esta hora habrá una buena sombra y estará muy tranquilo.

A unas cuantas manzanas del restaurante, paseamos bajo un dosel de álamos que formaban densas arboledas a lo largo de la orilla del agua. Su sombra proporcionaba alivio, unida a la brisa que llegaba desde el río. Carmina se puso seria y hundió torpemente las manos en los bolsillos.

—El alguacil Price ha llamado hoy —dijo escuetamente.

Mi corazón se detuvo al oír aquellas palabras. Me aferré a la puntilla que adornaba el vestido, o más bien lo intenté. Sentía un hormigueo en los dedos. A pesar del calor, sentía una fría humedad. Al instante mi mente se dispersó en varias direcciones, ninguna de ellas buena.

—No se me da bien suavizar las malas noticias, así que simplemente te lo diré. Reed Winslow ha desaparecido.

—¿Él ha...? —Meneé la cabeza. El sendero del río pareció encogerse y expandirse alternativamente. Miré a Carmina y su cara no dejaba de desenfocarse. Me froté la frente con la palma de la mano, intentando lograr que el mundo dejara de girar. Sentía escalofríos, pero sudaba copiosamente.

—Stella. —Noté la mano de Carmina aferrando la mía: era fría y firme. Me aferré a ella casi involuntariamente. Era lo único real en aquel momento.

—¿Desaparecido?

—Hace dos días. Los alguaciles trabajan conjuntamente con la policía local para encontrarlo.

—¿Danny Balandó?

Carmina suspiró y asintió bruscamente.

—Ahora mismo, eso es lo que creen. Reed quebrantó las reglas, Stella. En su ordenador encontraron *e-mails* enviados a Filadelfia. Había instalado *software* para desviar su dirección IP, pero no era infalible. Conocía las reglas y también los riesgos.

Un vecino se dio cuenta de que se había dejado el agua abierta en el jardín y dio el aviso. Hasta que nos llegue más información, tenemos que suponer que se lo llevaron los hombres de Balandó.

—¿*E-mails* a Filadelfia? —musité, aturdida. ¿Había tenido ordenador todo el tiempo y no se había puesto en contacto conmigo?

—Los están analizando.

Me eché a llorar.

—Lo torturarán. No lo matarán enseguida. Lo alargarán. Querrán que sufra.

—Lo siento muchísimo, Stella.

Carmina no intentó contradecirme. Entonces era cierto. Torturarían a Reed de todos los modos imaginables. Redoblé mi llanto.

—Tienen un equipo especial buscando a Reed. Si está ahí fuera, lo encontrarán. Esos hombres y mujeres son los mejores en su trabajo.

Si está ahí fuera. Si no estaba muerto.

—Los alguaciles no tienen razones para creer que tú estés en peligro —dijo Carmina—. Ni tú ni tu madre.

—¡Y qué van a decir ellos! —le espeté—. No quieren que salga huyendo y me esconda. No pueden permitirse el lujo de perder otro testigo. Ojalá no hubiera accedido a declarar. Intentaba hacer lo correcto y fíjese lo que he conseguido. —Sollocé amargamente, enterrando el rostro entre las manos—. No he arreglado las cosas. Las he empeorado.

Los odiaba. Los odiaba a todos. A Danny Balandó. A mi madre por meterlo en nuestra vida. A los alguaciles por no vigilar de cerca a Reed. A Reed por enviar unos estúpidos *e-mails* a Philly, pero no a mí.

Chet tenía razón, era imposible no imaginar lo que habría ocurrido si uno hubiera hecho las cosas de otro modo. Era lo que estaba haciendo yo en ese momento, deseando que mi vida hubiera tomado un rumbo distinto, deseando poder decidir mi futuro, en lugar de depender del capricho de personas a las que despreciaba.

—No pasa nada por llorar —dijo Carmina. Me rodeó con los brazos. Me frotó la espalda en círculos y me acarició los cabellos. No intenté apartarme. Necesitaba que me consolara, y me apoyé en ella. Sabía que eso me hacía débil, pero estaba sufriendo. Por un momento, quería fingir que sabía lo que se sentía cuando alguien se preocupaba realmente por ti.

—¿Le informará Price cuando encuentren a Reed..., cuando encuentren su... su...? —Me temblaba la voz y rompí a llorar. Lágrimas ardientes me cayeron por la cara. Cuando encontraran su cadáver. Esas eran las palabras que quería decir, pero no soportaba la idea de pronunciarlas en voz alta.

—Estoy segura de que sí.

El cadáver de Reed aparecería pronto. La banda de Danny Balandó no quería ocultar su crimen. Dejarían el cuerpo donde pudieran encontrarlo. Querrían dar un ejemplo con él... y enviarme a mí un mensaje de amenaza.

Yo era la siguiente.

Cuando aparqué la camioneta de Carmina en la parte de atrás del Sundown, y Eduardo dejó su motocicleta en la plaza contigua, imaginé que el destino me enviaba una señal. Musité unas breves palabras de ensayo y luego corrí a alcanzarlo antes de que entrara en el restaurante.

—¡Eduardo! Espera.

—Hola, Stells Bells —dijo él, dándose la vuelta. Sus hundidos ojos de color chocolate me examinaron brevemente—. Ese feo ojo a la funerala casi ha desaparecido. Enseguida estarás como nueva.

—En realidad quería hablar de eso contigo. La noche que me agredieron, me pediste que bajara al almacén. Espero equivocarme, pero no puedo evitar preguntarme si no me tenderías una trampa.

Respiré hondo. «Va por ti, Inny», pensé. No se podía ser más directo.

La expresión de Eduardo se volvió pétrea. Abrió la boca, pero si lo que buscaba era una mentira, no le salió ninguna. Entonces lo supe. Era tan culpable como si tuviera las manos manchadas de sangre.

—¿Por qué? —pregunté, tratando de que no me temblara la voz. Confiaba en Eduardo. Éramos amigos. ¿Cómo había podido hacerme eso y seguir mirándome a la cara?

Movió la cabeza de lado a lado. Tragó saliva, buscando aún las palabras. Palideció y se humedeció los labios. Toda su apariencia de dureza se desvaneció y vi en sus ojos un miedo auténtico.

—Yo no lo sabía —afirmó con un hilo de voz—. Tienes que creerme. No tenía la menor idea de que te haría daño. De lo contrario, nunca le habría ayudado.

—¿Cómo consiguió Trigger que lo hicieras?

—¿Trigger? ¿Es él quien crees que lo hizo?

Eso me pilló por sorpresa.

—¿No fue Trigger?

—No lo sé. —Eduardo volvió a menear la cabeza—. Mira, la cosa fue así.

Procedió a explicarme que había encontrado un sobre con cien dólares en efectivo en el asiento de la motocicleta cuando estaba a punto de ir al trabajo. Con el dinero había una nota que decía simplemente: «A las diez cuarenta, envía a Stella al almacén. Sola».

—No sabía que iba a pegarte, te lo juro —insistió Eduardo—. Pensé que sería una broma pesada o algo parecido. Que quizá quería sorprenderte con unas flores. En realidad no pensé mucho en ello. Me guardé el dinero e hice lo que pedía la nota. Si lo hubiera sabido... Tienes que creerme, Stella. Yo jamás te haría daño. Tú lo sabes. Me sentí fatal cuando vi lo que te había hecho. No me lo perdonaré nunca.

—Y, sin embargo, no dijiste nada a la policía.

—¡No quería que me arrestaran! Podrían acusarme de ser cómplice. Joder, Stells. No me arruines la vida por esto, te lo suplico. Te compensaré, pero júrame que no me denunciarás.

—Le mentiste a la agente Oshiro.

—Solo en lo de la nota y el dinero. Todo lo demás era cierto. No vi a nadie saliendo del almacén. Quizá no quería verlo. —Se pasó las manos por la cara y el blanco de sus ojos se hizo más pronunciado—. Quizá tuve un mal presentimiento y no le hice caso. No lo sé. Me convencí a mí mismo de que... No sé lo que creí. Pero no era que pasaría esto.

—¿Cien dólares no te parecieron mucho dinero por un simple favor? ¿No se te pasó por la cabeza que podría ser un soborno?

—No lo sé, joder. No lo sé.

—Tienes que contárselo a la agente Oshiro. ¿Aún tienes la nota? Podría ayudar a implicar a Trigger. Ahora mismo dicen que es mi palabra contra la suya. Él afirma que estaba en casa cuando me agredieron.

—Tiré la nota. Me gasté el dinero. Ojalá no lo hubiera hecho. No se lo dirás a Dixie Jo, ¿verdad? Me dará la patada.

—Mereces que te den la patada.

—Joder, Stells. Tengo que ganarme la vida. Si pierdo este trabajo, podría tardar semanas en encontrar otro. Nunca fue mi intención hacerte daño. Tengo a mi chica en casa, y un niño pequeño. No me arrojes a los leones.

«Como tú me arrojaste a mí», pensé.

—Cuéntale a la agente Oshiro la verdad. Entonces quedaremos en paz.

—¿No hay otra manera? —Estaba sudando y el sudor empezaba a correrle hacia los ojos abiertos como platos, petrificados por el miedo.

—No.

Se pasó la manga por la frente para secarse el sudor.

—¿Crees que me arrestarán?

—Creo que se alegrarán de que hables con ellos. Ya encontrarán una solución. Es a Trigger a quien quieren, no a ti. Tú habla con la agente Oshiro. —No habían vuelto a asignarle el caso a ella, pero quizás aquella información serviría para que lo hicieran—. Y esta vez, cuéntale la verdad sin dejarte nada.

—Sí. Vale. Sí.

—No voy a decírselo a Dixie Jo.

Eduardo resopló.

—Gracias. De verdad, gracias. —Se encaminó a la puerta y la abrió para dejarme pasar—. No tengo palabras para decirte cuánto lo siento. De verdad que lo siento, Stelly Belly.

Yo quería perdonarle, pero no era tan fácil. Había ayudado a Trigger a humillarme y golpearme. Detestaba pensar en lo que me había hecho Trigger. Detestaba sentirse

débil y vencida. Sin la ayuda de Eduardo, Trigger no me habría golpeado. Así que dije:

—Más te vale.

Desde la agresión, Carmina había adquirido la costumbre de quedarse levantada esperándome hasta que llegaba a casa del trabajo. Esa noche no fue una excepción. Entré y la encontré haciendo un solitario en la mesita del café. Últimamente, al llegar a casa, charlábamos un rato, o veíamos juntas una reposición de M*A*S*H antes de irnos a dormir.

Me gustaba que me esperara. Me gustaba contarle anécdotas del Sundown. Me ayudaba a desconectar antes de acostarme, y se notaba que Carmina, que conocía a buena parte de los clientes del Sundown, disfrutaba enterándose de las noticias del pueblo mucho antes de que se convirtieran en chismorreos a la mañana siguiente. No éramos como compañeras de piso que compartían el espacio y nada más, como ocurría con mi madre y conmigo. Éramos algo más.

Pero cuando Carmina se levantó al verme aparecer, vi su expresión seria y supe enseguida que esa noche era distinta, que había pasado algo.

—¿Qué es? —pregunté, aunque ya lo sabía. Habían encontrado el cadáver de Reed. La tortura había sido peor de lo que cualquiera de nosotros podía imaginar. Sería un funeral con el féretro cerrado. Yo no podía asistir por mi propia seguridad.

—Ha llamado tu madre.

Tardé un momento en asimilar sus palabras. Cerré los ojos y respiré hondo. No era la noticia que esperaba. No sabía si era mejor o peor. Quería que encontraran el cuerpo de Reed para poder dejar de pensar en su sufrimiento. Me sentía responsable de su muerte. De no haberme conocido a mí, tampoco habría conocido a mi madre. Estaría en Philly. Estaría vivo.

—Le he dicho que volverías poco después de las once, pero no se le permite realizar llamadas personales después de las nueve. Son normas de la clínica, al parecer.

—Si vuelve a llamar, no quiero hablar con ella.

—Se siente sola. Te echa de menos. Echa de menos su casa.

—Yo también —repliqué con ojos centelleantes—. ¿Se lo ha dicho a ella? ¿Le ha recordado que está en desintoxicación y que yo estoy en Thunder Basin por culpa de las estúpidas e insensatas decisiones que ella tomó?

—Volverá a llamar mañana. Le he dicho que tienes la noche libre.

—No debería haberlo hecho. Además, mañana tengo planes.

—Cinco minutos. ¿No puedes concederle cinco minutos?

—No lo sé. —Respondí airadamente—. ¿Puede ella devolverme mi vida? ¿A mi novio? ¿A mis amigos? No es mucho pedir, ¿no?

—¿De verdad es tan hondo el agujero que ha cavado que no hay esperanza de que

pueda salir de él?

—Dejó de ser mi madre hace mucho tiempo... por decisión propia. Prefirió las drogas. Yo la habría perdonado muchas veces. Quería recuperarla. Necesitaba una madre. Hasta que lo superé y acepté que no podía competir con sus pastillas. Ahora es demasiado tarde. No quiero tener nada que ver con ella. Ya había estado en rehabilitación antes, ¿no se lo ha contado? Y fracasó todas las veces. Era agotador despedirse de ella y luego ir a buscarla y llevarla a casa. Y otra vez a empezar. Actúa como si yo fuera su sostén. Pero ¿cómo va a mantener limpia de drogas a su madre una chica de quince, dieciséis, diecisiete años? Yo era la niña. —Noté que mi tono se hacía más agudo, pero no podía evitarlo—. ¡Era ella la que tenía que cuidarme a mí!

—El perdón es una senda difícil de recorrer —convino Carmina—. Has de encontrar el equilibrio entre olvidar lo que no tiene importancia y aferrarte a lo que sí la tiene.

—¡No quiero perdonarla! —admití furiosamente—. No quiero dejar que vuelva a entrar en mi vida, porque me hará daño otra vez. ¡Y otra y otra!

—¿Le has explicado a ella tu temor?

—Ya lo sabe. —Alcé las manos al cielo, frustrada por tener que mantener aquella conversación. Existía un motivo por el que nunca pensaba en mi madre y mucho menos hablaba de ella. Mi madre sacaba a la superficie todas las emociones que yo no deseaba. Recordarme que aún me aferraba a ellas me hacía sentir aún peor. ¿Por qué no podía seguir adelante y olvidarlo todo? Era lo único que quería de verdad. ¿Qué me lo impedía entonces?

—Tal vez sí, tal vez no. A veces tenemos que decir las cosas dos veces para que se asimilen. A veces tenemos que seguir diciéndolas una y otra vez.

—No debería ser así.

—No, supongo que no. Debería o no debería, podría o no podría. Sería un juego perfecto para esos casinos de Las Vegas. Las buenas personas no pueden ganar nunca. La casa tiene ventaja.

—¿Ha tenido que perdonar a alguien alguna vez? —pregunté—. Me refiero a perdonar de verdad. Eso quisiera saber yo.

Carmina reflexionó sobre mi pregunta.

—Soy una persona reservada, Stella —empezó diciendo con cautela.

—No me venga con chorradas.

Ella alzó el mentón y exhaló un largo y comedido suspiro.

—Sí.

—¿Cuánto tardó?

—Años, supongo. Me resistía. Decidí seguir encolerizada, dejando que mis heridas se enconaran, en lugar de desahogarme y encontrar la paz. Pensaba que tenía derecho a estar enfadada. Comprendí demasiado tarde que también tenía derecho a arreglar las cosas. Podría haberlo hecho —dijo con un inconfundible tono de congoja en la voz—. Pero no lo hice.

—Lo siento. De verdad, lo siento. Pero perdonar duele. Es como decir que lo que te han hecho estaba bien. Lo que mi madre hizo no estuvo bien. ¡Nunca estuvo bien!

—No, no lo estuvo. Y sospecho que tu madre lo sabe.

—La persona a la que perdonó, ¿volvió a hacerle daño alguna vez? —insistí, aunque ya imaginaba la respuesta.

Su vacilación me lo confirmó.

—Sí —dije—. Le hicieron daño otra vez. ¿Cómo puede decirme que debería perdonar a mi madre, sabiendo que volverá a hacerme sufrir?

—Porque aferrarte a esa amarga ira que sientes te hará más daño que los fracasos de tu madre. —Carmina se secó los húmedos ojos, en los que brillaba un profundo y sentido remordimiento. Se dio la vuelta, demasiado digna para dejar que la viera llorar.

—No era mi intención molestarla —dije, sintiéndome culpable. Me había pasado de la raya. Peor aún, había convertido a Carmina en un ejemplo con el único propósito de demostrar que tenía razón. Ella creía en el poder del perdón; yo no. Pero debería haber mostrado mi desacuerdo de un modo más respetuoso.

—No estoy molesta —dijo Carmina con voz débil y atormentada—. Nos pasamos la vida huyendo de nuestro pasado, sin darnos cuenta de que está pegado a nosotros, que jamás podremos escapar de él.

Me removí con nerviosismo, dudando si Carmina querría quedarse sola. Su voz había cambiado. Sonaba solitaria y distante. Ni siquiera estaba segura de que me hablara a mí.

—Debería ir a acostarme —dije.

—Tienes razón —replicó Carmina, tratando de sonar normal, pero su voz era distante—. Ve, yo también me acostaré enseguida.

—¿Quiere que le traiga una taza de té?

—Ah, no. Gracias, Stella. Ve. Yo me voy a quedar aquí un rato escuchando la radio.

Todavía de espaldas a mí, se agachó para recostarse en el sofá, moviéndose con mayor lentitud que de costumbre. Alargó la mano hacia la radio, pero sus dedos se detuvieron a unos centímetros del dial. Todo su cuerpo parecía rígido, como si se preparara para una inesperada y desagradable ráfaga de viento frío.

Pero era verano, y el asfalto quemado desprendía vapor mucho después de la puesta de sol. No habría alivio ni frescor en el aire esa noche.

Me despertó un fuerte estrépito. Parpadeé en la oscuridad, desorientada. ¿El ruido procedía de abajo? ¿Me lo había imaginado? El reloj marcaba las dos pasadas.

Danny Balandó.

Aferré las sábanas, paralizada. Empecé a sudar. Sus hombres me habían encontrado. Se habían presentado en la casa de Carmina para matarme.

Aterrorizada, intenté pensar. ¿Había algún modo de escapar? Tenía la boca seca. No se me ocurría ninguno.

Esperé a oír sus pisadas en las escaleras, pero la casa seguía silenciosa.

Al cabo de unos minutos, el miedo remitió y mi mente se despejó. Los hombres de Danny Balandó no estaban allí. Si no, ya me habrían encontrado.

Aparté las sábanas y caminé sigilosamente hasta la puerta de mi cuarto. La abrí lo justo para echar un vistazo al pasillo.

—¿Carmina?

Abajo, la luz de la sala de estar seguía encendida. Arrojava largas sombras sobre el desvaído papel de la pared. ¿No se había acostado Carmina? No era propio de ella trasnochar tanto ni olvidarse de apagar la luz.

Bajé los primeros peldaños de la escalera.

—¿Carmina? —repetí en voz baja. Si se había quedado dormida en el sofá, no quería despertarla.

Cuando la vi, mi mente pareció sumergirse en una niebla que me impedía asimilar la extraña imagen de su cuerpo caído sobre la mesita del café.

No sabía si realmente era ella, o si los recuerdos del pasado habían vuelto a adueñarse de mi mente. Vi a mi madre desplomada en un sillón orejero de la biblioteca con la piel azulada y los ojos como cabezas de alfiler. Detrás de ella había tejido humano salpicando la pared. Vi a Carmina caída hacia delante con los blancos cabellos cubriéndole la cara.

—¡Carmina! —Corrí hacia ella. Caí de rodillas a su lado. La zarandeeé con fuerza suficiente para despertarla—. ¿Me oye? —No respondió y el corazón empezó a latirme desbocado.

Eché su cuerpo hacia atrás en el sofá. Tenía los ojos cerrados y la boca apretada en una mueca de dolor. Respiraba. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración superficial y errática.

El teléfono. ¿Dónde estaba el teléfono? Lo encontré en su base en la cocina. Al intentar agarrarlo torpemente, se me cayó al suelo con un ruido sordo. Solté una palabrota y lo intenté otra vez. Con dedos temblorosos, marqué el 911.

—Emergencias, dígame.

—Creo que mi madre de acogida, Carmina Songster, ha sufrido un ataque al

corazón. —Solté abruptamente. Quería hablar más despacio. No ayudaría en nada a Carmina si no podía mantener la calma el tiempo suficiente para decirles cómo llegar a su casa. Tenía que hablar con claridad—. He oído un ruido, he bajado y me la he encontrado desplomada sobre la mesita del café. Está muy pálida y no respira con normalidad. He intentado despertarla pero no lo consigo.

—¿Cuál es su dirección?

—El doce de Sapphire Skies.

—El personal de emergencias llegará lo antes posible.

—¿Cuánto es eso? —pregunté con voz cada vez más aguda—. No sé si está bien. Por favor, ayúdeme. ¡No sé qué hacer!

—Estarán ahí lo más rápido posible.

Colgué e inmediatamente rompí a llorar. Cubrí a Carmina con una manta y la arropé cuidadosamente con ella. Me negué a pensar en la muerte. Carmina se pondría bien. Vendrían los sanitarios y nos llevarían al hospital, donde los médicos sabrían cómo ayudarla.

Metí la mano en la fría palma de la mano de Carmina. No hizo ningún esfuerzo por apretarme los dedos con los suyos. No sabía ni siquiera si se daba cuenta de que yo estaba allí.

Redoblé mi llanto. Estaba enferma de preocupación. No tenía a nadie más. Si ella me dejaba, me quedaría completamente sola. Me llevarían lejos de allí, me obligarían a empezar de nuevo en algún otro lugar. Tendría que afrontar mis problemas yo sola, y en aquel momento me parecieron insalvables y sentí que me ahogaba. ¿Qué haría sin Carmina ni Chet? ¿Sin Inny? Me sentía a salvo en Thunder Basin. Me había acostumbrado a las sábanas azules descoloridas de mi cama y a las comidas de carne con patatas de Carmina. Cuando necesitaba hablar, ella me escuchaba sin interrumpirme ni juzgarme. No me ignoraba. Conocía a mi auténtico yo y podía ser yo misma cuando estaba con ella. Confiaba en ella.

Solo la tenía a ella.

Los sanitarios llegaron al cabo de un rato. No estaba en situación de juzgar cuánto tiempo habían tardado. Cuando oí la ambulancia que llegaba por la carretera, me pareció que había pasado mucho tiempo desde que había llamado al 911. Pero debieron de ser solo unos minutos, porque aún lloraba cuando corrí a abrirles la puerta.

—Está en el sofá de la sala de estar. —Señalé frenéticamente hacia donde debían dirigirse.

A partir de ahí, los sanitarios se hicieron cargo de todo. Con serena eficiencia, la colocaron sobre una camilla y la llevaron a la ambulancia.

—¿Es alérgica a las aspirinas? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé.

—¿Eres de la familia?

—Yo... sí —espeté sin pensar. Pero no mentía. Carmina era lo más parecido a

una familia que me quedaba.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—No se permite a los menores ir en la ambulancia. Tendrás que ir al hospital por tu cuenta.

—¿No se me permite? ¡Acabo de decirle que soy de la familia!

El sanitario desvió toda su atención hacia Carmina. Se subió a la parte de atrás de la ambulancia con ella, y le colocó un manguito alrededor de la blanda carne del brazo para tomarle la tensión arterial. El otro sanitario cerró las puertas y la ambulancia salió disparada en dirección al pueblo, dejándome allí plantada, mirándola fijamente.

Estaba demasiado aturdida para pensar. En medio de la confusión, traté de prepararme para lo que pudiera ocurrirle a Carmina. Lo que pudiera ocurrirme a mí. No podía determinar cuándo exactamente, pero en algún momento había empezado a ver a Carmina como a una persona necesaria en mi vida. Una persona que había insistido en derribar mis defensas, cuando lo más fácil habría sido rendirse. Pero Carmina no se había rendido.

Le supliqué que no se rindiera tampoco ahora.

Me senté en el columpio del porche para mecarme despacio en el cálido aire nocturno. Oía los insectos zumbando a mi alrededor, pero solo les prestaba atención vagamente. Cada vez que intentaba volver a entrar en la casa, las rodillas me temblaban tan violentamente que tenía que volver a sentarme. No sabía qué hora era, pero la preocupación por Carmina había absorbido toda mi energía, y ahora no me sentía solo mareada, sino también exhausta. Y me dolía un poco la cabeza.

Tenía que verla. No estaba preparada para enfrentarme con lo peor, pero nunca me lo perdonaría si dejaba que se fuera sin despedirme de ella. Había cometido muchos errores en Thunder Basin, pero ese no sería uno de ellos.

Me levanté y entré en la casa por pura fuerza de voluntad. Me temblaba la mano cuando cogí el teléfono. No sabía qué otra cosa hacer, así que llamé a Chet. El suyo era el único número de teléfono en Thunder Basin, además del de Carmina, que me sabía de memoria.

—¿Sí? —La voz somnolienta de Chet sonaba más grave que de costumbre.

—Chet. —Tragué saliva para aliviar el nudo que tenía en la garganta—. Carmina está mal. Se la han llevado al hospital en ambulancia.

La voz grogui de Chet se despejó de inmediato.

—¿Tú estás bien?

—Estoy bien, pero estoy... preocupada por ella. Estoy tan preocupada por ella... —Oí el sonido tembloroso y agudo de mi voz y no lo reconocí. Jamás me había sentido tan desamparada, tan necesitada de ayuda—. ¿Podrías llevarme al hospital?

Necesito estar con ella.
—Ahora mismo voy.

Me paseaba de un lado a otro del porche cuando Chet enfiló el sendero de entrada de la casa de Carmina con la Scout. Dejó el motor en marcha y saltó al suelo para reunirse conmigo. Llevaba el pelo alborotado y la ropa arrugada, pero apenas me fijé; fueron sus preocupados ojos azules mirándome directamente a la cara los que me hicieron olvidar nuestra pelea y correr hacia él. No me detuve a una distancia segura. Le eché los brazos al cuello y enterré el rostro en su camisa. Pensaba que me había quedado ya sin lágrimas, pero noté que aún se me humedecían los ojos.

—¡Oh, Chet! ¡Estoy tan preocupada por ella!

—Todo va a ir bien —musitó él para tranquilizarme, rodeándome con sus brazos. Le creí, porque tenía que hacerlo. No podía rendirme, por Carmina. Sería fuerte por ella.

—Apenas respiraba. No sabía cómo ayudarla. Si ella... Si ella... —Cerré los ojos con fuerza. No quería pensarlo. Al menos hasta que no tuviera más remedio.

Era la segunda vez que visitaba el Centro Médico Regional de Thunder Basin desde el inicio del verano. No se me ocurría un lugar más sombrío, o con menos esperanza.

Pero me aferraba precisamente a la esperanza, mientras Chet y yo hablábamos con las enfermeras de la recepción de Urgencias. Quería ser fuerte y tomar las riendas, igual que había hecho Carmina cuando era yo la que había ingresado en el hospital. En cambio, estaba allí, moqueando y con los ojos rojos, mientras Chet cosía a preguntas a las enfermeras.

Carmina había tenido un infarto. Respiraba de nuevo normalmente, pero su estado era crítico. El tejido cardíaco había resultado dañado, y los médicos iban a realizar una angioplastia coronaria para reducir ese daño y restaurar el flujo sanguíneo al corazón. Tendrían más información después de operarla.

Mientras tanto, solo nos quedaba esperar.

Me quedé dormida en la sala de espera. Cuando desperté, el sol matutino entraba a raudales por las ventanas. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Chet, que hojeaba un ejemplar de *Sports Illustrated*. Se volvió hacia mí cuando notó que me movía.

—La doctora ha salido mientras dormías.

Me incorporé de inmediato.

—¿Y no me has despertado?

—Solo quería decirnos que la operación ha ido bien. Han trasladado a Carmina a la UCI. Tendrá que quedarse ahí unas cuantas horas para recuperarse de la anestesia. Pronto podrás verla. La doctora, creo que es la doctora Zielke, vendrá a buscarnos en cuanto trasladen a Carmina a una habitación. Stella... —Esperó a que le mirara—. Le has salvado la vida. La has encontrado antes de que fuera demasiado tarde.

Sentí un alivio nervioso en el estómago. Carmina estaba bien. Pronto le darían el alta para que volviera a casa. Yo cuidaría de ella y conseguiría que se recuperara del todo. Podía quedarme en Thunder Basin tanto tiempo como ella me necesitara.

Aún tenía un lugar al que llamar hogar.

Para desayunar, Chet sacó pretzels y zumo de arándanos rojos con manzana de las máquinas dispensadoras. Volvía con todo cuando una doctora salió por la doble puerta que había tras la recepción de Urgencias y se acercó.

—Hola, Stella. Soy la doctora Zielke. He realizado la angioplastia de Carmina y me alegra decirte que ha ido todo perfectamente. Espero que hayas podido dormir un poco, aunque sé que estás muy nerviosa. Hola de nuevo, Chet —dijo, saludándole con una inclinación de cabeza.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Pregunta por ti —respondió la doctora Zielke con una sonrisa cordial—. Está un poco desorientada y muy cansada, pero impaciente por hablar contigo.

—¿Cuándo podrá volver a casa?

—Mañana. Cuando vengas a recogerla, te daremos todo tipo de instrucciones para ayudarla en su recuperación. Le he recetado medicamentos para impedir que se formen coágulos, y es muy importante que se los tome tal como se le indica. Tú puedes ayudarla. —Otra sonrisa—. Se pondrá bien, Stella. En una semana más o menos estará de nuevo en pie y volverá a ser la misma de siempre.

—Quiero verla.

Me hizo señas para que la siguiera.

Sentía una nerviosa agitación cuando crucé la doble puerta en pos de la doctora Zielke y la seguí por el pasillo pintado en tonos *beige*. Chet caminaba a mi lado, apretándome la mano. Oía el eco de nuestros pasos en el suelo de baldosas, mientras pensaba en qué iba a decirle a Carmina al verla. Ella se comportaría de un modo formal y digno, saludándome no sin cierta reserva. No le gustaba la algarabía ni las exageraciones. No sabía muy bien cómo querría que me comportara yo.

La puerta de Carmina estaba abierta. La doctora Zielke nos precedió y entró en la habitación.

—Le he traído algo mejor que las flores y los globos —le dijo a Carmina alegremente.

Rodeé la mampara que dividía la habitación y noté que perdía completamente el control de mí misma.

Yo no era llorona. Estella Goodwinn no era una llorona, y no quería que Stella Gordon lo fuera. Pero cuando vi a Carmina en la cama, con los blancos cabellos

enmarañados y oscuras ojeras de agotamiento, no pude dominar más mis emociones. Me acerqué a la cama y me asombré a mí misma al arrojarme sobre ella para abrazarla.

—Esta es la cara que echaba de menos —dijo ella, y se le quebró la voz. Me acarició el pelo y me estrechó con fuerza contra su pecho—. ¡Cómo te he echado de menos!

—Me han dicho que podrás volver a casa mañana —dije con voz ahogada.

—Eso es. Mañana volveré a casa. No más hospital, no más médicos. Solas tú y yo, Stella, mi niña.

Chet y yo charlamos sobre el tiempo durante el trayecto de vuelta a casa. Charlamos sobre Carmina y Dusty. Él sacó el tema de las Grandes Ligas de Béisbol e hizo unos comentarios sobre la alta calidad de nuestro equipo de sóftbol. Durante esos veinte minutos, tocamos todos los temas posibles menos el que me quemaba en el pecho.

Oí el crujido de la gravilla bajo los neumáticos cuando abandonamos el pueblo y tomamos la larga carretera sin asfaltar que conducía a la casa de Carmina. En los campos, el maíz tenía un exuberante color verde, y los tallos, que parecían haber brotado de un día para el otro, eran casi tan altos como Chet, coronados por panojas del color del trigo. El cielo se extendía sobre nuestras cabezas completamente despejado de nubes y con un desvaído tono azul. Pasamos por delante del ganado que pastaba tras deterioradas cercas y de campos de altos girasoles. Era un escenario muy alejado de las bulliciosas calles de Philly. Era distinto, pero no peor. Simplemente se necesitaba tiempo para acostumbrarse.

Finalmente no pude soportar más la charla insustancial.

—¿Dónde está el rancho de Milton Swope? —pregunté. Dejaría que Chet decidiera cuándo estaba listo para hablar sobre nosotros, pero necesitaba mantener una auténtica conversación. Algún que otro silencio incómodo se podía soportar. Pero viajar junto a Chet sufriendo por todas las cosas que esperaban a ser dichas, mientras él divagaba sobre el pronóstico del tiempo, bueno, eso era una verdadera tortura.

—Al norte del pueblo. En la dirección de las Sandhills.

—¿Qué son las Sandhills?

—Son dunas de arena —respondió él, lanzándome una mirada indescifrable—. ¿Has visto dunas de arena alguna vez?

—En Nebraska, no. —Cerré los ojos—. Descríbemelas.

—Supongo que podría decirse que son colinas ondulantes hechas de arena.

—Sé más descriptivo, por favor.

Chet suspiró, pero se notaba que no era por exasperación. De hecho, se adivinaba una sonrisa.

—No soy poeta.

—Haz un esfuerzo.

Dejó que siguiera una larga pausa antes de empezar a hablar con su voz profunda y reconfortante.

—Hace cientos de años, miles quizá, la erosión del viento creó montículos de arena. Imagina un océano de arena... una pradera de arena. Sobre los montículos se mecen las flores silvestres y la hierba india. Cuando atraviesas las Sandhills, puedes conducir durante horas sin ver ningún otro vehículo. Te sientes como si fueras la única persona que queda en el mundo. Pero no es una sensación de temor, porque te

envuelve una pacífica quietud que no encuentras en ningún otro lugar. Si aparcas el coche y te alejas de la carretera, algo mágico ocurre. El viento empieza a susurrarte. Tienes que escuchar atentamente, pero te dirá que no estás solo. Ves una garza inmóvil sobre una pata a orillas de un lago. Te observa. Siente tanta curiosidad por ti como tú por ella. Eres nuevo y extraño, no está acostumbrada a ver seres humanos.

»Caminas un poco más. Los pelícanos flotan perezosamente sobre lagos centelleantes, y hunden la cabeza en el agua en busca de alimento. En primavera, los urogallos patean el suelo y dan brincos en el aire para atraer a las hembras. Los rituales de cortejo resultan cómicos al principio, pero cuanto más los contemplas, más te impresionan. Son danzas complejas. Te recuerdan las danzas tribales de los sioux o los lakotas. Cuando por fin vuelves al coche, te sientes como si te despidieras de una tierra por descubrir. No puedes evitar pensar que solo un milagro ha impedido que la descubran. Te vas con una imagen en la mente de cómo debía de ser el mundo hace siglos, antes de que lo mancillaran manos humanas.

Suspiré con satisfacción.

—Eso ha sido muy bonito. Quiero ir allí algún día. —Abrí los ojos y miré a Chet—. ¿Me llevarás?

Chet enfiló el sendero de entrada de la casa de Carmina, aparcó frente a la casa y apagó el motor. Me dije a mí misma que no debía especular sobre lo que eso significaba. ¿Me acompañaría hasta la puerta? ¿Entraría conmigo? ¿Por fin estaba listo para hablar? Quería hacerle muchas preguntas, pero deliberadamente guardé silencio y dejé que hiciera las cosas a su manera.

—La otra noche en la fiesta, estaba frustrado cuando dije lo que te dije. Y también decepcionado —admitió—. Pensaba que te gustaba para algo más que como amigo. En mi cabeza había imaginado que podíamos estar juntos. Llevé la fantasía demasiado lejos y luego, cuando me rechazaste, bueno, la caída fue más dura.

»Te dije que no confiaba en poder ser solo amigo tuyo, pero me equivocaba. Si eso es lo que necesitas, puedo serlo. Seré tu amigo mientras tú quieras. Sin ataduras. Nunca pediré nada a cambio, ni siquiera lo esperaré. ¿Quién sabe? —dijo con una sonrisa levemente irónica—. A lo mejor seremos los primeros en conseguir mantener una amistad puramente platónica entre chico y chica.

Hice un esfuerzo por sonreír, pero se había adueñado de mí una extraña sensación. Era una mezcla de decepción y remordimiento. Sabía que era una frivolidad, que no estaba bien, pero no estaba segura de querer que Chet dejara de sentir algo por mí. Me halagaba. Y luego estaba el pequeño detalle de la atracción que ejercía sobre mí. ¿Podíamos ser amigos? ¿Exclusivamente amigos? Él confiaba en ser capaz de cumplir con su parte del trato, pero ahora que yo me veía forzada a adoptar una postura, no estaba convencida de tener tanta fe en mí misma.

Recordé a Reed.

Su recuerdo tuvo el efecto adecuado. Me despejó la mente y deshizo el embrujo. ¿Pero qué me pasaba? ¿Cómo podía pensar en estar con otro tío cuando mi novio

estaba en peligro de muerte? Tenía un compromiso con Reed hasta que supiera con seguridad que había muerto. E incluso entonces, quería llorarle como era debido. Chet tenía razón. Conseguiríamos mantener una relación platónica.

—Gracias por llevarme al hospital —le dije—. No estaba en condiciones de conducir, y no creo que hubiera podido soportar quedarme a solas en la sala de espera durante horas.

—No hay nada que agradecer. Quería estar ahí contigo.

Sus palabras hicieron que sintiera mariposas en el estómago. Resuelta a no dejarme llevar, dije:

—¿Vendrás conmigo mañana a recoger a Carmina cuando le den el alta?

—Por supuesto.

—Te llamaré en cuanto sepa la hora.

—¿Trabajas esta noche? —preguntó Chet.

—Sí. El último turno de la semana. Salgo hacia las once.

—Te esperaré aquí. Me sentiré mejor sabiendo que has llegado sana y salva. Puedo revisar la casa también, si quieres. A nadie le gusta volver a una casa vacía.

—¿Me estás acusando de tenerle miedo a la oscuridad? —bromeé. No solía asustarme, pero desde la agresión de Trigger, me sentía menos cómoda en lugares oscuros. En casa de Carmina me sentía segura, pero de todas formas, no me importaría que Chet le diera un rápido vistazo.

—Solo intento que creas que soy un caballero —replicó él.

—Primero te quedas toda la noche conmigo en el hospital, y ahora vas a recorrer la casa en busca de cualquier cosa sospechosa. Casi eres demasiado bueno para ser verdad.

—Daré un repaso a la casa y me iré. No quiero estorbar tus planes.

—No tengo —le aseguré—. Si quieres quedarte y tomar un poco de la muy apreciada limonada con albahaca de Carmina, estupendo. Y por supuesto disfrutarás de mi compañía. Podría ser peor —dije en tono burlón.

—Seré la envidia del vecindario —respondió él con tono desenfadado, envolviéndome en el torbellino de su mirada. Tenía unos ojos increíbles. De un azul sensual que hacían resaltar sus oscuros cabellos. Quería apartar la vista, pero me vi a mí misma reflejada en aquellos ojos hipnotizadores. Sentí que me derretía, que aquella atracción amenazaba peligrosamente con derrumbar mis defensas.

Cuanto más luchaba contra ella, más débil me sentía. En ciertos aspectos, era agotador tratar de ignorar algo que parecía casi...

Inevitable.

Decidí que era absurdo coquetear con la tentación y me bajé de la Scout.

—Deja que te acompañe hasta la puerta —dijo él, bajando también para reunirse conmigo—. No, insisto. No me gusta dejar a una chica en el sendero de entrada. Será culpa de mi madre, que me enseñó a acompañar a las chicas hasta la puerta.

Viendo que me iba a ser imposible disuadirle, le dejé salirse con la suya. Pero en

cuanto llegamos al porche, le di las gracias rápidamente, abrí la puerta y me apresuré a entrar.

Podía hacerlo, podía fingir que nuestra relación era puramente platónica. Podía achacar a mi compromiso con Reed la culpabilidad que sentía, pero la verdad que atenazaba mi corazón era más profunda, y lo sabía. Me estaba enamorando de Chet. Y no iba a empezar una relación con él solo para romperle el corazón en agosto.

Por suerte en el trabajo el ritmo fue frenético. En el caos de la cocina, no tenía tiempo para pensar en que más tarde iba a ver a Chet. Me dije a mí misma que no tenía importancia que estuviéramos solos en casa, que éramos amigos, pero incluso yo me daba cuenta de que intentaba quitarle importancia a algo que sí la tenía. Nunca era completamente inocente ni inofensivo quedarse a solas con un tío que estaba superbueno.

Después del trabajo volví a casa en la camioneta de Carmina. Por una vez, no pasé del límite de velocidad. Tomé el camino más largo, deteniéndome en todos los semáforos, con un extraño nudo en el estómago que no me gustaba nada. Me podían los nervios. Vale, ya lo había dicho. Estella Goodwin, Stella Gordon, o quien coño fuera, aún era capaz de notar mariposas en el estómago por un tío.

La Scout de Chet ya estaba aparcada en el sendero de entrada. No era de extrañar que hubiera llegado antes, dado que yo había optado por volver a paso de tortuga. Detuve la camioneta de Carmina detrás de la suya, pero entonces me di cuenta de que le estaba bloqueando la salida. No quería que pensara que era una argucia para que se quedara a pasar la noche, así que di marcha atrás y luego aparqué a su lado, dejándole sitio de sobra para que se fuera cuando le diera la gana. Y sería pronto, estaba segura. Al fin y al cabo, solo había ido a revisar la casa para que yo me quedara tranquila.

Encontré a Chet apoyado en la barandilla del porche con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud despreocupada. A pesar de que era casi la medianoche, hacía bochorno. La suave brisa que soplaba no mitigaba la humedad de la noche. La luna brillaba en lo alto, arrojando una tenue luz amarilla. Los huecos del rostro de Chet se sumían en las sombras, resaltando ojos y pómulo.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó.

—He batido mi récord personal de propinas.

—Parece que te has forrado.

—Al final del turno, Inny y yo formamos hileras con los centavos para ver cuál de las dos tiene la moneda con la fecha de acuñación más antigua. Esta noche ha ganado ella: 1938. Justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Da vértigo pensar cuánta gente habrá tocado esa moneda desde entonces. ¿Qué tal el rancho?

—Me gusta la tradición de los centavos. El rancho ha ido bien. He tenido que rescatar a un par de terneros de un hoyo lleno de barro. Como te dije, nunca se aburre uno.

—Pero qué mono. El caballero andante que rescata a los terneros.

—He tenido que lavarme el pelo tres veces para estar presentable antes de venir. Estaba rebozado en barro. Y para empeorarlo aún más, el sol lo había secado antes de que pudiera lavarme. He tenido que frotar tan fuerte que debo de haberme arrancado dos capas de piel por lo menos.

—Creo que te has dejado un poco. —Antes de darme cuenta, le pasé el pulgar por encima de la ceja. No tenía barro. Simplemente deseaba tocarlo. Sus cabellos aún estaban húmedos, y olía a limpio y a tierra, como la lluvia. Se había puesto vaqueros y una camisa vaquera que llevaba arremangada hasta los codos. Ambas cosas le sentaban de maravilla. Los tejanos acentuaban sus largas piernas y la camisa era lo bastante ceñida para resaltar sus músculos. Si a todo ello se añadían sus pómulos prominentes y sus asombrosos ojos azules, desprendía un atractivo difícil de resistir.

—¿Ah, sí? —dijo él, y se pasó el pulgar tímidamente por el mismo sitio—. No quería venir manchado de barro.

Los mosquitos empezaban a atacarme, así que propuse:

—Entremos. Espero que te hayas traído el bate de béisbol para espantar a cualquier monstruo que aceche en las sombras. No creo que Carmina tenga ninguno.

—Sí que tiene. Lo guarda en el paraguero. No me preguntes cómo lo sé.

Abrí la puerta, pero no alargué la mano hacia el interruptor de la luz del vestíbulo. Notaba a Chet muy cerca, detrás de mí. Me flaqueaban las piernas y me sentía como si me fuera a derretir. Estaba todo tan silencioso que oía el ritmo regular de su respiración.

Cerré los ojos y apelé a toda mi fuerza de voluntad para no dejar que las cosas se precipitaran. Si permitía que Chet entrara conmigo, debía prometerme a mí misma que no perdería la cabeza.

—Me gusta el atuendo —dijo Chet, y su voz me llegó desde las sombras—. Cuero y camuflaje. Te pega.

—¿Y por qué?

—Dura. Luchadora. *Sexy*. —Carraspeó—. No debería haber dicho eso. Quería decir que...

Me di la vuelta.

—¿Me encuentras guapa?

Aún no había encendido la luz. Mis ojos empezaban a adaptarse a la oscuridad y distinguía ya la figura de Chet. Tenía sus hombros fuertes y atléticos justo delante de mí. Estaba tan cerca que habría podido tocarlo. Podría haberlo agarrado por la camisa para acercar aún más nuestros cuerpos.

—No —respondió Chet con voz grave y ronca—. Guapa, no.

Se me cortó la respiración.

—Despampanante —prosiguió con la misma voz ronca—. Fascinante. Lista. *Sexy*. No he sido capaz de pensar con claridad desde que te conocí. No se me ocurre un solo día en que no hayas estado en mis pensamientos. Debería pensar en un

centenar de cosas distintas, pero pienso en ti. Qué estás haciendo, cuándo volveré a verte, qué estás pensando.

—¿Quieres saber qué estoy pensando? —pregunté en voz baja.

—Sí.

Aquella ardiente sensación que tenía en el estómago se incrementó. Me sentía mareada. Aún podía retroceder, pensé. No era demasiado tarde. Podía salir al porche y despejar la cabeza.

Pero en ese momento, no quería despejarme. No quería controlarme. Quería tocar a Chet y quería que él me tocara.

Lo miré a los ojos. Él me miró con la misma intensidad. Me deslizaba hacia él. Sentía la atracción del abismo, esa sensación salvaje y maravillosa de caer rápidamente.

Perdí el dominio de mí misma en un instante. Chet lo perdió también al mismo tiempo.

Me empujó hacia dentro, cerró la puerta de una patada y me arrojó contra ella. Su boca ardiente y apasionada se cerró sobre mi boca. Le rodeé el cuello con los brazos, sumergiéndome en un mundo de sensaciones. Chet era cálido, sólido y fuerte. Me aplastaba con su peso, delicioso y real. Había imaginado aquel momento. Había soñado con él, pero mi imaginación era un pobre sustituto de la realidad. Parecía que la sangre se me derretía en las venas y me recorría el cuerpo en oleadas palpitantes que hacían que me diera vueltas la cabeza.

Pasó la mano por mi brazo y me estremecí.

Al notar mi reacción, sus brazos, que antes apoyaba en la puerta a ambos lados de mis hombros, me estrecharon con fuerza contra sí.

Metí los dedos en la cintura de sus vaqueros, tratando de mantener el equilibrio. Las rodillas no me respondían. Era presa de un deseo que llegaba en oleadas cada vez más rápidas e intensas. Cuando las yemas de mis dedos tocaron la suave piel de sus caderas, bajo los vaqueros, él se estremeció y me besó con más fuerza.

Me alzó en volandas y me llevó hasta el sofá. Noté los cojines bajo la espalda, su cuerpo sobre el mío. Me besó con mayor intensidad y deslizó una mano por mi muslo en una cálida caricia. Su boca era cálida y húmeda. Sentía ganas de gritar por las cosas que me hacía. Tenía la impresión de estar ardiendo. Me había sumido en un torbellino frenético y no tenía voluntad suficiente para recobrar la razón. Me dejé llevar, dejándola atrás.

Chet se detuvo. Su mirada era profunda y llena de significado cuando la posó en mí.

—¿Qué ocurre? —jadeé.

Él inclinó la cabeza, apretándola contra mi cuello para hablarme al oído con voz entrecortada.

—No me parece bien hacer esto en el sofá de Carmina.

Dejé escapar un leve gemido.

—Carmina me matará —añadió él.

—Solo si se entera. —Si no volvía a besarme en cinco segundos, estaba segura de que me moriría.

—¿No te parece que es como engañarla? ¿Qué es faltarle al respeto? Está en el hospital. Confía en que yo cuidaré de ti.

Finalmente dejé escapar un gruñido.

—¿Por qué tienes que ser tan... decente?

—Quiero hacerlo bien. No quiero volver la vista atrás y desear haberte tratado mejor.

Recosté de nuevo la cabeza en los cojines, sin saber muy bien si reír o llorar.

—Eres el tío más desconcertante que he conocido. Estoy aquí, y estoy dispuesta.

—No hagas eso, Stella —dijo él, hundiendo aún más el rostro en mi cuello—. Si no me dices que pare, no estoy seguro de ser capaz de contenerme por mí mismo.

Su cuerpo estaba tenso por el deseo contenido bajo un tembloroso control. Le creí. Si yo decía que sí, ya no se detendría.

Suspiré y dejé que mi cuerpo se relajara.

—Me siento como si me hubieran transportado a un universo paralelo. —Me pasé la mano por los cabellos, que se habían soltado de la cola de caballo en algún momento entre tanto beso—. Es la primera vez que me ocurre algo así. Nunca había conocido a un tío que dijera que no. —Lo miré socarronamente—. ¿Eres virgen?

Chet se apartó de mí, soltando el aire despacio para liberar parte de la tensión contenida.

—Sí.

—Ahora sé que estoy en un universo paralelo. ¿Un tío que admite ser virgen? Desde luego hemos dejado la Tierra atrás.

—¿Y tú? —me preguntó mirándome de soslayo.

No esperaba que me lo preguntara con tanta claridad, aunque suponía que era lo justo, teniendo en cuenta que yo acababa de preguntarle lo mismo.

—No.

—Tu novio. En Tennessee.

Tragué saliva. Mis mentiras me perseguían, pero ahora al menos tenía que ser sincera.

—Ha sido el único.

—¿Te trataba bien?

Más preguntas que no esperaba.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Cuando te dejas llevar por la pasión, no piensas en realidad en la otra persona.

—Yo estaba pensando en ti ahora mismo —dijo Chet, bajito—. Si hubiera pensado solo en mí mismo, no habría parado. No me habría importado si querías estar conmigo de verdad. Habría tomado lo que deseaba. —Hizo una pausa—. No quiero que digas que sí porque me tengas lástima, o porque estás sola y no hay nadie más

por aquí.

—No te he besado por eso esta noche. —¿No? No creía que estuviera tratando de superar lo de Reed ni de librarme de su recuerdo. Era verdad que me sentía sola, pero menos que al llegar a Thunder Basin. Chet me atraía. Por eso quería estar con él aquella noche. Porque me gustaba. Porque dolía ocultarle tantos secretos. Por una vez, quería contarle algo íntimo sobre mí. Al compartir aquella conexión física con él, parecía que le estuviera dando algo de mí, de mi auténtico yo.

—Tengo la impresión de que me ocultas algo —dijo Chet—. No sé qué es. Pero noto que está ahí, bajo la superficie.

Me moría por contárselo todo, por aclararlo todo de una vez. Pero era demasiado arriesgado, así que hice un esfuerzo y me mordí la lengua.

—Aquí hace un calor sofocante —comenté, recogíendome el pelo en la nuca—. Ojalá Carmina tuviera aire acondicionado. Fuera hace demasiado calor para abrir las ventanas, pero necesito aire fresco. Hace demasiado calor para pensar.

—Tengo una idea —dijo Chet al cabo de un rato con un destello de osadía en la mirada—. Si te apuntas.

—Eso suena a desafío.

—¿Alguna vez has estado en una laguna de noche?

—Nunca he estado en una laguna, punto.

—Aire cálido, agua fría. No es una mala combinación. —Hizo un gesto con las manos, imitando una balanza—. Pero si prefieres quedarte aquí e intentar dormir con este calor...

—Ahora mismo me cambio.

Una vez en mi cuarto, me puse el traje de baño, una bonita pieza negra tan elegante como había podido encontrar en el Kmart, y elegí una toalla descolorida del armario de la ropa que no creía que a Carmina le molestara que se manchara.

Mientras buscaba las sandalias en mi armario, pensé en lo que me había dicho Chet. Ahora que tenía la mente despejada, intenté recordar mi primera vez con Reed. Fue un poco brusca, un poco torpe. Al terminar, recuerdo que esperaba haberlo hecho bien. De hecho, siempre que nos acostábamos, esperaba hacerlo lo bastante bien como para que Reed no fuera en busca de otra.

Jamás se me había ocurrido pensar en mi propio placer.

Y él nunca me había preguntado.

Aún sentía en la piel el hormigueo del agua fría de la laguna cuando me metí en la cama más tarde. Dejé las luces de abajo encendidas, pero la casa no parecía más segura. De repente deseé haberle pedido a Chet si podía dormir en su casa. En una habitación de invitados o en el sofá, daba igual. No quería estar sola.

Fuera los relámpagos cruzaban el cielo, seguidos por el retumbar de los truenos. Se levantó viento e hizo que las ramas de los árboles golpearan la casa. Unas cuantas gotas de lluvia salpicaron la ventana. Me estremecí y tiré de las sábanas para taparme mejor.

Me pregunté cómo se habría sentido Reed instantes antes de que los hombres de Danny Balandó le tendieran la emboscada. ¿Había notado una sensación gélida en la boca del estómago como la que sentía yo en aquel momento? ¿Se había quedado paralizado con cada golpe y cada crujido de su casa, aguzando los sentidos al máximo?

Era imposible no preguntarse qué le habrían hecho a Reed. Intentaba evitar toda especulación, pero no dejaba de imaginar lo peor. ¿Le habrían destrozado? Cuando encontraran su cadáver, ¿lo reconocería?

¿Soñaba Danny con hacerme lo mismo a mí?

No tenía modo alguno de saber si estaba más cerca de encontrarme. Tenía que intentar crearme una vida fuera de ese miedo implacable e incesante.

Sabía que Danny soñaba conmigo. Y yo soñaba con él.

Mis sueños me aterrorizaban.

El día siguiente por la tarde, Chet me ayudó a llevar a Carmina a casa desde el hospital. Cuando dimos la vuelta al alto seto que bordeaba el sendero de entrada, puso los ojos como platos por la sorpresa.

—¿Pero qué demonios habéis hecho vosotros dos?

En su jardín había un pequeño grupo reunido, y cuando Chet enfiló el sendero de entrada, se animaron todos y agitaron globos y flores, y corrieron a nuestro encuentro, encabezados por el pastor Lykins, que indicó a Chet dónde aparcar con unos cuantos movimientos del brazo y una jovial sonrisa.

—No ha sido idea mía —dije, excusándome de cualquier responsabilidad. Pero en realidad sentía cierto fastidio... y celos. Debería haber sido yo quien le montara una fiesta de bienvenida a Carmina.

—Ni mía —dijo Chet.

Apenas acababa de aparcar, cuando las portezuelas se abrieron desde fuera, y el pequeño grupo aplaudió y lanzó vítores. También me fijé en que algunos llevaban

guisos, ensaladas y postres en las manos.

—Bienvenida a casa, Carmina —dijo el pastor Lykins, acercándose para ofrecer la mano a Carmina y ayudarla a apearse—. Te perdiste el pica-pica del domingo, así que hemos decidido celebrar otro pícnic aquí mismo, en tu jardín. Espero que no te importe.

—Claro que no —dijo Carmina, ruborizada—. Siempre que Stella haya dejado la casa en condiciones de recibir visitas, podemos dejar los platos en la cocina y comer en el jardín de atrás. Hay mucha sombra a esta hora. Chet, ¿puedes abrirme la puerta de casa?

La casa de Carmina se llenó de sonidos. Voces felices, tintineo de cubiertos y platos, risas. Por las ventanas abiertas entraban los trinos de los pájaros. Siguiendo las instrucciones de Carmina, Chet extendió unas mantas de pícnic sobre el césped y colocó sillas plegables en un amplio círculo. Los platos que habían llevado entre todos se depositaron sobre la mesa de la cocina, que estaba convenientemente cerca de la puerta con malla metálica de la parte de atrás.

Puse un panecillo en mi plato, junto con todo lo necesario para hacerme un sándwich de jamón, y luego me dirigí a la nevera en busca de mostaza.

—Supongo que te habrás enterado de lo que ha pasado con Trigger McClure —dijo una mujer que se me acercó por detrás y me acorraló contra la nevera. Se inclinaba hacia delante y hablaba en susurros. Se notaba que había estado comiendo de una de las bandejas de parrillada; tenía una mancha de salsa en la mejilla.

—No —confesé, intentando mantener un tono neutro, si no indiferente. No era del dominio público que Trigger me había agredido, así que no podía adivinar cuánto sabía aquella mujer. Pero la mera mención del nombre de Trigger me había puesto de mal humor.

—El Departamento de Policía lo ha mantenido en secreto —prosiguió la mujer en voz baja, pero excitada—. La verdad es que solo unos pocos escogidos saben que lo detuvieron. Mi hermana es taquígrafa judicial y me dio la primicia. A Trigger lo arrestaron por lo que te hizo. Le acusaron de agresión a secas. No fue con agravantes porque no usó armas ni provocó lesiones físicas graves. El juez le condenó a cinco horas de servicio comunitario, y tiene que ir a clases de control de la ira. ¿Qué me dices a eso? —preguntó con los ojos brillantes y anhelantes de chismorreos.

Me sorprendió que lo hubieran arrestado y se les hubiera pasado por alto contárnoslo a Carmina y a mí. Yo le había denunciado. Me pregunté si habrían aprovechado el ataque al corazón de Carmina para esconderlo todo debajo de la alfombra mientras estábamos despistadas.

—Te hace sentir un poco mejor, ¿verdad, cielo? —insistió la mujer, alentándome a hablar.

—Yo diría que han sido indulgentes con él. Disculpe. —Me alejé, sin molestarme

en inventar una excusa. Agresión sin agravantes. ¿Los pies y las manos de Trigger no contaban como armas mortíferas? ¿Y todos los cortes y las contusiones no habían sido graves? Trigger tenía diecisiete años y seguramente su caso lo había llevado el Tribunal de Menores, así que no me extrañaba que hubieran tenido un poco de manga ancha con él, pero ¿cinco horas de servicio comunitario y clases de control de la ira? ¿Y la compensación? Yo habría preferido que le obligaran a pedirme perdón a la cara. A él le habría puteado más eso que recoger basura los fines de semana.

Me acerqué a la mesa y me serví un vaso de limonada. Estaba muy alterada y casi se me cae la jarra. Tenía que recobrar la compostura. Notaba la mirada de la mujer fija en mí, analizando cuidadosamente mi reacción ante la noticia que acababa de darme. Si mostraba el más mínimo asomo de debilidad, llegaría a oídos de Trigger. Había ganado él, desde luego. Pero su victoria no sería ni la mitad de dulce si yo no me mostraba derrotada.

—Tú debes de ser Stella.

Dejé la jarra en la mesa y alcé la vista. Reconocí a otra mujer que cantaba en la iglesia del coro y tenía los brazos más rollizos que había visto en mi vida. Los codos no eran más que unos bultitos perdidos entre pliegues colgantes de carne flácida.

La mujer, que al parecer no tenía el menor respeto por el espacio personal, me agarró por los hombros y se inclinó hacia atrás para observarme. Casi hizo que se me derramara la limonada.

—Pero qué guapa eres. Con esos ojos tan grandes y de color avellana, además. Seguro que tendrás que espantar a los chicos como a moscones. —Tenía una risa franca y estridente que me crispó los nervios.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —dije, zafándome de sus manos.

—Mavis. Llámame Mavis. Carmina y yo somos amigas desde siempre. Fuimos juntas al colegio y nos graduamos el mismo año. Nunca hubiera imaginado que Carmina me sorprendería de esta manera, pero fíjate, esta mujer tiene unos cuantos ases en la manga. ¡Una hija de acogida! ¿Quién lo iba a decir?

Guardé silencio, esperando que perdiera el interés y me dejara en paz.

—He oído decir que sales con Chet Falconer —siguió farfullando—. Ese chico sí que ha sabido dar un vuelco a su vida. Ojo, yo siempre dije que al final Chet acabaría cambiando para mejor. Nadie me creía, pero es que a mí se me da bien calar a las personas. —Se dio unos golpecitos en la cabeza, dándose las de enterada—. Sé ver más allá de un exterior problemático. Sé ver un corazón de oro bajo la máscara de la rebelión adolescente. —Soltó otra de sus estrepitosas carcajadas.

Lancé una mirada a la puerta de atrás con impaciencia.

—Sí, bueno...

—Por supuesto debe de ser muy duro para Carmina que salgas con el chico de Hannah Falconer. Viejas heridas. —Meneó la cabeza con conmisericordia—. Nunca llegaron a curarse, y aquí estás tú ahora, volviéndolas a abrir. No digo que sea culpa tuya, querida. Simplemente las cosas son como son. Pobrecita, Carmina.

La miré con exasperación.

—¿Disculpe?

—Seguro que ya te han hablado de lo difícil que fue para Carmina la muerte de Hannah Falconer, la madre de Chet. Eran muy amigas, ¿sabes? Amigas desde la infancia. Según recuerdo, Carmina fue la primera en interesarse por Thomas Falconer. Recuerdo que los dos fueron juntos a los bailes del instituto. Y luego a Hannah también empezó a gustarle, y durante un tiempo la amistad entre Carmina y Hannah estuvo en peligro. Al final Carmina se hizo a un lado y dejó que Hannah se saliera con la suya. Carmina fue dama de honor en la boda. Tuvo que romperle el corazón ver cómo se casaban las dos personas a las que tanto quería. Aún hoy tengo la impresión de que Carmina debe de pensar que ella se llevó la peor parte. No digo que sea así, porque es una buena mujer cristiana, pero cuando mira a Chet, que es la viva imagen de su padre, me pregunto si no se despertarán antiguos resentimientos y el dolor de un amor no correspondido. Pero no me hagas caso —añadió haciendo un gesto displicente—, estoy segura de que es mi afición a los chismes la que me hace buscar una historia que reviva viejos sentimientos. Sé que Carmina y Hannah siguieron siendo amigas íntimas hasta el día en que los Falconer murieron. Y Carmina considera a Chet responsable de la muerte de sus padres.

—¿Por qué iba a echarle la culpa a él? —pregunté, irritada con la mujer por contarme esa historia, e irritada conmigo misma por hacerle una pregunta que la animaría a seguir contándola. Pero era mucha la información que tenía que digerir y lo había preguntado sin pensar.

—Cuando aquel conductor borracho chocó con Hannah y Thomas, ellos se dirigían a la comisaría de policía para recoger a Chet. Le habían pillado haciendo alguna tontería, y lo tenían en el calabozo, a ver si se calmaba. Chet era un gamberro que andaba siempre buscando problemas. Si no se hubiera metido en un lío aquella noche en particular, sus padres no habrían estado en la carretera aquella noche fatídica. Claro que esa es solo la mitad de la historia. El nieto de Carmina, Nathaniel, era el mejor amigo de Chet. Iba en el coche con los Falconer esa noche, con la intención de darle a su amigo una charla que necesitaba. Murió también. De un tirón, Carmina perdió a su primer amor, a su mejor amiga, y al nieto al que había criado desde que nació.

Enmudecí. De modo que por eso Carmina mantenía a Chet a distancia. Viéndolo se despertaban dolorosos recuerdos de su nieto. ¿Tenía un nieto? ¿Había heredado yo su cuarto? Teniendo a Chet cerca, era imposible que no recordara a Nathaniel. A Nathaniel, a Hannah y a Thomas.

Deseé que Mavis (¿se llamaba así?) no me lo hubiera contado. Sentí una ardiente sensación que me recorría las venas. Era indignación. Me indignaba que aquella mujer se entrometiera en los asuntos de los demás. ¿Era eso lo que hacían en Thunder Basin, escarbar en el pasado para arrojárselo luego a la cara unos a otros?

—Se equivoca —le dije, y la voz me temblaba un poco por la ira—. Carmina no

le echa la culpa a Chet. Es demasiado buena persona. Comprende que la gente comete errores. Y eso fue exactamente lo que pasó. Chet cometió un error. ¡Un error que le perseguirá durante el resto de su vida, porque la gente como usted no es capaz de dejarle olvidar el pasado, que es lo que debe hacer!

—Oh, querida —dijo Mavis, tapándose la boca, que había adquirido la forma de un grueso óvalo con pintalabios—. Oh, vaya.

—¿En serio? ¿Ahora se ha quedado sin palabras?

—Apenas has tenido tiempo para conocer a Carmina —balbució—. Pensaba que poniéndote en antecedentes arrojaría algo de luz...

—He tenido tiempo más que suficiente para calibrar el carácter de Carmina. Es asombroso lo poco que necesitan decir las personas para que lleguemos a conocerlas.

Se llevó una mano a la garganta adornada con encaje. Tenía una expresión de asombro ofendido.

—¡Pero bueno!

—Ni pero ni nada —dije, enojada.

Después de soltar otro gemido ahogado ante mi grosería, Mavis levantó la barbilla y salió al jardín con andares de pato.

Yo me quedé en la cocina, echando chispas en silencio. Estaba asqueada. Absurdamente también tenía ganas de llorar. Quería ir a buscar a Chet, llevármelo aparte y abrazarlo con fuerza. ¿Cómo podía quedarse en un pueblo que estaba tan claramente en contra de él? Yo de él habría salido corriendo a la primera oportunidad. ¿Por qué no se había ido él? Entonces recordé el porqué.

Dusty.

Chet estaba atrapado allí hasta que su hermano se graduara. Y para ser justos con él, la verdad era que nunca le había oído quejarse. Se preocupaba por Dusty, a pesar de que él no le daba más que quebraderos de cabeza. Chet permanecía en Thunder Basin porque era lo correcto. Su familia era más importante para él que los chismorreos de los entrometidos.

Familia. Yo tenía una familia, pero al contrario que Chet, le había dado la espalda hacía mucho tiempo. Mi madre era un desastre y yo no la soportaba. Estaba mejor sin ella. Esas eran las palabras que me había dicho a mí misma, pero el ejemplo de Chet me hizo detenerme a pensar en mis actos con una mirada más severa.

¿Era una persona horrible? ¿Querría Chet seguir conmigo si se enterara de la verdad sobre mí y sobre mi familia?

Entonces ocurrió algo inesperado. Noté un nudo en la garganta y empezaron a sudarme las manos. Tenía que llamar a mi madre por muy duro que resultara. Antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que tragarme mi orgullo, olvidar la profunda sensación de injusticia que me dominaba, y arreglar las cosas.

Si algo nos ocurría a alguna de las dos, quería que supiera que no la odiaba. No la había perdonado, pero tampoco la odiaba. Era un comienzo.

Cuando nadie me miraba, revisé la lista de llamadas en el teléfono de Carmina.

No llamaría a mi madre ese día; tenía que pensar en lo que iba a decirle y tenía que comprarme un móvil para hacer la llamada. No podía permitir que Carmina supiera que la llamaba. Si perdía los estribos con mi madre, no quería que Carmina sufriera una decepción, o peor aún, que pensara mal de mí.

El único número de la lista de llamadas que no tenía el prefijo de Thunder Basin era un número 800. Tenía que ser el de la clínica. Garabateé el número en una nota adhesiva y me la metí en el bolsillo. La mano me temblaba al hacerlo, y agradecí que Carmina no estuviera allí para verlo.

Iba de copiloto en la Scout, y Chet se negaba a decirme adónde me llevaba. Hacía unos cuantos kilómetros que habíamos abandonado el pueblo y circulábamos a mayor velocidad por un amplio tramo de autovía. A lo largo de la carretera pasábamos por solitarios buzones y, al escudriñar a lo lejos con ojos entornados, vislumbraba las casas a las que pertenecían, y el reflejo cegador del sol en el tejado de aluminio de los establos. También pasamos por delante de molinos y de colinas ondulantes donde pastaba el ganado. El viento agitaba la hierba de la pradera, que tenía el color del trigo.

Por fin Chet aminoró la marcha, abandonó la autovía y atravesó una alta cerca hecha con postes de madera que flanqueaban una angosta pista de tierra. Del travesaño colgaba un letrero de hierro que me dio una pista sobre nuestro destino: MILTON SWOPE'S RANCH.

—¿Me has traído a tu trabajo? —pregunté, tratando de adivinar de qué iba todo aquello. Por la sonrisa de suficiencia que lucía, estaba claro que tramaba algo—. ¿En sábado?

—Parrillada en el trabajo. El jefe dijo que me trajera a un amigo. He sacado un nombre al azar de mi lista y tú has sido la afortunada.

Bajé la ventanilla y saqué la cabeza para disfrutar de la brisa. El aire me revolvió los cabellos y me secó el sudor del cuello.

—¿Qué es ese olor? —pregunté, arrugando la nariz.

—Dinero —respondió Chet con una sonrisa.

—En serio. Apesta.

—El ganado también tiene que hacer sus necesidades.

—¿Vamos a comer una parrillada con este agradable aroma en el ambiente?

—Para el carro. Aún tenemos un buen trecho por recorrer. ¿Sabes la cerca de entrada al rancho que hemos dejado atrás? Pues desde ahí aún quedan ocho kilómetros más hasta la casa. Ya no olerás al ganado cuando lleguemos allí.

Los ocho kilómetros siguientes me permitieron contemplar algunos de los paisajes más bonitos que había visto en Nebraska. El terreno se elevaba en suaves colinas cortadas por arroyos estrechos y sinuosos, y en el horizonte se alzaban unos riscos dorados de escasa altura. Cuando llegamos a la casa, el sendero de entrada ya estaba lleno de coches y camionetas. Chet tenía razón, lo único que se olía ahora era la carne que chisporroteaba en la parrilla.

—Cómete todas las hamburguesas y la ensalada de patatas que quieras —me animó Chet—, pero te recomiendo que prescindas de las ostras de las Rocosas.

—Me gustan las ostras. Nunca he probado las de agua dulce, pero estoy dispuesta

a probarlas.

Se frotó la nariz con el pulgar.

—Puede que para estas ostras no estés tan dispuesta. —Disimulaba una sonrisa, y esa fue mi primera pista.

—¿Qué pasa con ellas?

—Las ostras de las Rocosas no son ostras. Son testículos de ternero.

Me quedé mirándolo fijamente.

—¿Aún te apetece probar? —preguntó él sin parar de sonreír.

Bajé de la Scout lentamente.

—Creo que voy a vomitar.

—Los rancheros tienen que castrar a todos los toros, salvo a unos cuantos elegidos que tienen genes superiores. La mayoría de los toros son de categoría inferior, y no quieren que se reproduzcan. Si los dejas tal cual, se vuelven malos. Tiran abajo cercas, puertas de establo, barras de contención, y cualquier otro recinto donde los encierres con tal de llegar a una vaca en celo. No bromeo. Los he visto destrozar camionetas, depósitos de agua...

—Eso no significa que tengas que comerte sus... ya sabes qué.

—Quien no malgasta no pasa necesidad —replicó él con indiferencia—. Toma, te he traído un pequeño regalo. —Alargó la mano hacia el asiento de atrás para agarrar un sombrero vaquero de paja con una fina cinta de color chocolate—. Acércate.

Cuando me incliné hacia delante, me colocó el sombrero suavemente en su sitio. Nuestras miradas se encontraron y por un momento sentí que la cabeza me daba vueltas.

—¿Parezco una nativa? —pregunté, posando para él.

—Súbete a un caballo y nadie sospechará lo contrario.

—Una vez fui a un campamento de equitación a las afueras de Filadelfia. Mis abuelos me pagaron... —me interrumpí bruscamente, horrorizada por la equivocación. No me podía creer que hubiera estado a punto de soltar toda la verdad: que los padres de mi madre me habían pagado un campamento de equitación el verano antes de que cumpliera los dieciséis. Había estado a punto de hablarle de Filadelfia, de Estella. Rápidamente enmendé mi historia.

—Mis abuelos me pagaron dos semanas de campamento para aprender a montar a caballo. Murieron poco después. Luego murió mi madre y fue entonces cuando acabé en acogida.

—Ojalá no hubieras tenido que pasar por todo eso —dijo él con solemnidad—. ¿Te importa si te pregunto qué le ocurrió a tu padre?

—Oh, también murió.

—Ha habido muchas muertes en tu familia. Debe de ser duro.

—Sí, bueno, al final lo superas. Vamos a por hamburguesas y ensalada de patata, ¿vale?

Su expresión me dijo que no le había engañado, pero, con gran alivio por mi

parte, lo dejó correr. No insistiría en obtener respuestas. Al menos de momento.

Después de comer, Chet y yo nos fuimos a dar un paseo. Detrás de la casa había una franja de cemento con canastas de baloncesto en ambos extremos. Había una pelota en el suelo. Chet la recogió y la hizo girar hábilmente sobre un dedo.

—¿Te apetece hacer unas canastas? —propuso.

Me acerqué al área de tiros libres, pintada con aerosol negro, y alcé las manos para que me pasara la pelota. Él me lanzó suavemente la pelota en parábola. Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco. Me enderecé y lancé un tiro limpio. Ni siquiera tocó el aro.

Chet se me quedó mirando con expresión de asombro.

—Sabes jugar.

—Oh, ¿te refieres a esto? —Haciendo todo un alarde, recibí su pase, driblé bajo la canasta, me impulsé sobre el pie izquierdo y clavé un difícil gancho.

Su sonrisa de estupefacción se hizo aún más amplia.

—No es por criticar tu capacidad para el sóftbol, pero juegas mejor al baloncesto. Mucho mejor.

—Antes jugaba —dije. Recibí otro pase y realicé un perfecto tiro en suspensión.

—¿En el equipo del instituto?

—Sí.

—¿Cuántas becas te ofrecieron?

Casi perdí la pelota mientras driblaba. Me recobré rápidamente y fijé la vista en la canasta, como si evaluara el mejor lugar desde donde efectuar el lanzamiento.

—Ninguna. —Respondí, manteniendo la voz serena.

—No me lo creo. Eres demasiado buena para que no se dieran cuenta.

—No jugué el último curso que... el último curso —mentí.

—¿Por una lesión?

—No. Simplemente estaba ocupada con otras cosas.

—¿Y qué otras cosas eran? —preguntó él absurdamente—. Se nota que te encanta jugar. Se te ve en la cara, en tu lenguaje corporal. Y eres buena, muy buena. ¿Qué había que fuera más importante?

—No quiero hablar de eso. —De pronto me puse a la defensiva. Y estaba nerviosa. No temía que Chet descubriera la verdad. Ya me encargaría yo de que no la descubriera. Era solo que...

Estaba cansada de mentirle. Cuanto más hablara sobre aquello, más presionada me sentiría para inventar nuevas excusas. Estaba más que harta de hacer creer a Chet que era Stella Gordon. Una impostora. Un fraude. Una mentira constante.

—Lancemos unas canastas y ya está, ¿vale? —dije con una voz más tensa de lo que pretendía.

—A mí me dieron una beca de baloncesto —explicó Chet, recogiendo el rebote

para lanzar—. Para Creighton.

Me tocaba a mí mirarle con asombro.

—Tienen un programa impresionante. Hablé con un ojeador de allí cuando estaba en segundo curso. Debes de ser realmente bueno.

—Era bueno. No he mantenido la forma. Contaba con esa beca para pagarme la universidad. Iba a estudiar Biología. Quizá primero trabajaría para la Cruz Roja, adquiriría algo de experiencia de la vida, y luego volvería para graduarme.

—No aceptaste la beca por Dusty. —Lo dije en voz alta al mismo tiempo que lo pensaba—. Tuviste que olvidarte de tus planes por él.

—Ya.

—¿Te arrepientes?

—No. Pero a veces pienso en el tío al que le darían la beca cuando yo la rechacé. —Sonreía, pero su sonrisa parecía algo forzada—. Espero que sepa aprovecharla.

—¿Cuáles son tus planes ahora?

—Asegurarme de que Dusty acaba el curso que viene en el instituto con un diploma en la mano. Luego me apuntaré a Formación Profesional Superior. Y después pediré el traslado a Lincoln. Acabaré graduándome, solo que tardaré un poco más.

—¿En qué posición jugabas?

—Alero.

Me lo había imaginado. Chet era lo bastante alto para jugar de alero, pero no lo bastante corpulento para ser pívot. Yo calculaba que debía de pesar unos 90 kilos.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Base. Siempre quise jugar bajo la canasta, pero era demasiado baja. ¿Listo? —Lancé la bola hacia el aro y Chet saltó con magníficos reflejos y machacó la canasta. Fue impresionante.

—Buena vertical —dije.

—Tú tampoco lo haces mal. Estás en buena forma.

Logré hacerme con el rebote antes que él y le guiñé un ojo.

—O sea, ¿que es así como una chica consigue llamar la atención de Chet Falconer? ¿Por estar en buena forma para jugar al baloncesto?

—Se me ocurren otros atributos que podrían tener prioridad en la lista. —Alzó la mano para pedir la pelota y se la pasé.

—¿Tales como?

—Tengo debilidad por los ojos de color avellana.

—Vaya.

—El pelo moreno. Que sea descarada. Que sepa cómo ponerme en mi sitio.

Hice el sonido y el gesto de un látigo restallando. Él se rio.

—¿Qué me dices de un uno a uno?

Me fui con la pelota a la zona de tiros libres. Entré a canasta driblando para un tiro bajo el aro, luego me di la vuelta e intenté un vistoso gancho de izquierda. Antes

de que pudiera realizar el movimiento completo, él me rodeó la cintura, me levantó del suelo y me hizo darme la vuelta. Perdí la pelota, que salió rodando fuera del cemento.

—¡Falta! —exclamé, pero riéndome histéricamente, porque Chet usaba la mano libre para hacerme cosquillas—. ¡Dos... tiros... libres... para mí! —dije con voz ahogada.

Chet me dejó en el suelo y me aplastó contra el poste de la canasta. Yo estaba sin aliento por haber corrido... y por tenerlo tan cerca de mí. Lo miré fijamente con el corazón desbocado.

Deslizó la mano hacia mi cuello y me atrajo hacia sí. Noté su cálida boca rozando la mía. Cerré los ojos y me dejé llevar. La cabeza me daba vueltas y notaba las piernas deliciosamente flojas.

Chet se retiró, también jadeante.

—Es difícil resistirse a ti.

—¿Cuánto te esfuerzas en resistirte?

—No mucho. —Volvió a besarme.

En ese momento no podía pensar en nada más que en Chet. Me sentía bien con él. Era feliz, maravillosamente feliz, y me sentía completa.

En el camino de vuelta a casa, Chet se detuvo en una cafetería. El letrero que había sobre el garito decía que llevaba abierto desde 1951, y la desvaída pintura de color morado oscuro daba fe de la veracidad de la afirmación. Un tiovivo con ponis blancos giraba lentamente sobre el césped de uno de los laterales del local. El tiovivo me recordó el tiovivo de Parx Liberty en la Franklin Square de Philly.

Cuando era pequeña, mis padres me llevaban allí en las tórridas noches estivales y me dejaban montarme una y otra vez hasta que se quedaban sin monedas. Es cierto lo que dicen. Nunca sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Antes de entrar en el programa de protección de testigos, de haber sabido que no regresaría nunca a Philly, habría montado una vez más. No por los viejos tiempos, sino para disfrutar del recuerdo, para atesorarlo y que cuando volviera la vista atrás, nos recordara a los tres felices y sonrientes, queriéndonos de verdad.

Encontré un reservado dentro de la cafetería y me senté de espaldas a la ventana para examinar el menú que colgaba sobre las cajas registradoras. Chet había salido para ir a retirar dinero del cajero. Yo me debatía entre el helado de menta con chocolate y el pastel, cuando una voz me sobresaltó como si me hubieran clavado un cuchillo en la espalda.

—¿Te importa si me siento? —Sin esperar a que le dijera que en realidad me importaba mucho, Trigger se dejó caer en el asiento que había frente al mío. Dejó su gorra de béisbol sobre la mesa y se pasó la mano por los pelirrojos cabellos. ¿Qué hay hoy en el menú? ¿Ojo a la funerala? ¿Labio partido?

—Aléjate de mí.

De pronto lanzó el puño hacia mí y luego se detuvo en seco y rio entre dientes cuando me vio encogerme de miedo.

—Qué susceptible.

—Se acabó. Voy a llamar a la poli.

—No puedes hacer que me arresten por hablar —dijo él, repantigándose en el asiento como para dejar claro que no pensaba irse a ninguna parte.

—Me estás amenazando.

—¿Quién, yo? ¿Con esta voz tan amigable? No lo creo.

—Pediré una orden de alejamiento.

—¿Y quién te la va a conceder? ¿No te has enterado? Voy a clases de control de la ira. Me he reformado. —Se inclinó hacia delante, cruzando las manos sobre la mesa. Yo me aferraba a mi asiento con tanta fuerza que notaba que las manos se me quedaban sin sangre.

—Te estoy pidiendo que te vayas —dije con firmeza.

—¿Y qué pasa si no me voy? ¿Qué harás entonces?

—Te patearé el culo. Esta vez estoy preparada.

—Vaya, eso sí que ha sido una amenaza. Verás, he estado hablando con mi abogado y resulta que la agresión es una de esas áreas vagas y confusas de la ley. No tienes que ponerme una mano encima para que te acusen de agresión. Basta con que me amenaces de palabra y que yo sienta un temor razonable. —Se inclinó aún más hacia mí con una negra expresión de odio en la cara—. Así que, repítemelo, Stella, ¿qué vas a hacerme si no me levanto de este asiento público?

Estaba tan enfadada que temblaba. Necesité de todo mi autodomínio para hablar con serenidad.

—Te crees que eres el dueño de este pueblo...

—Lo soy.

—No, no lo eres. Tú me pegaste, tus reglas, y yo hice que te arrestaran, las reglas del mundo real. Te has librado con servicio comunitario y control de la ira, pero la próxima vez no serán tan indulgentes. No podrán. Me da igual que tu papaíto se vaya de pesca con el presidente de Estados Unidos, si vuelves a ponerme la mano encima, irás a prisión.

—Es gracioso que digas eso. Verás, cuando venía hacia aquí, me decía: «Soy el dueño de este pueblo, joder. Yo impongo las reglas, joder. Estoy a punto de poner a Stella en su sitio, joder». —Su sonrisa de regodeo era algo más que una táctica de intimidación. Tenía algo, sabía algo. Y yo no adivinaba qué era, pero me ponía muy nerviosa.

—¿De qué estás hablando?

—Hay algo raro en ti —respondió él, agitando un dedo frente a mi cara—. Eres arisca, reservada. Te comportas como si ocultaras algo. ¿Qué escondes, Stella? Sea lo que sea, será mejor que lo hayas escondido muy bien, porque lo estoy buscando. Aún no lo he encontrado, pero lo haré.

Me quedé helada, con un frío que cayó sobre mí denso como la nieve en invierno. Tenía que contárselo a Carmina enseguida.

—Estás pescando en un río sin peces —dije con tono firme y toda la bravuconería de que fui capaz.

—No lo creo.

—Estás en mi sitio.

Trigger y yo levantamos la vista al mismo tiempo. Chet estaba de pie junto al reservado en una postura relajada, pero nunca le había visto una expresión tan dura reflejada en la cara.

Trigger levantó las palmas de las manos.

—No me había dado cuenta de que estaba ocupado.

—Lo está. —Chet hablaba con tono casual, pero en sus palabras ardía un peligroso fuego—. ¿Te importa?

—No. Stella y yo ya hemos terminado por ahora.

Cuando Trigger se deslizó hacia fuera y se puso en pie, Chet lo agarró por la

camisa y lo detuvo.

—Tú has terminado, punto. ¿Queda claro?

—Claro, colega —dijo Trigger con su lenta sonrisa—. Lo que tú digas.

—Recuérdalo. Porque si descubro que te has acercado a Stella, tendremos que volver a tener esta conversación. Y no me gusta repetirme.

Trigger retrocedió, alisándose la camisa y manteniendo la sonrisa, que se le había agriado.

—Pasadlo bien.

Cuando se fue, Chet ocupó el asiento vacío y me cogió la mano.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Pareces cabreada, y quizá también un poco asustada.

Las dos cosas eran ciertas, pensé.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó él.

—Solo era Trigger haciendo de Trigger.

—Me ha parecido que era algo más.

Pensé en contarle la verdad, pero no confiaba en lo que hiciera Chet. Si le decía que Trigger era mi agresor, y que acababa de venir a restregármelo en la cara y a intimidarme aún más, Chet iría a por él. No dudaba de que Chet ganaría la pelea, pero, por gratificante que pudiera ser para mí, me preocupaban las consecuencias. Chet tenía diecinueve años. Si Trigger le denunciaba, el caso lo llevarían los tribunales ordinarios. No quería arriesgarme a que Chet acabara con antecedentes, o en la cárcel, simplemente para halagar mi ego.

—Trigger se las hizo pasar canutas a Inny en el trabajo la semana pasada, y yo me enfrenté a él —expliqué—. Solo intenta intimidarme. No te preocupes. Se le pasará y lo olvidará, ya verás.

Después de que Chet me dejara en casa, fui en busca de Carmina. Estaba sentada en una mecedora en el porche de atrás, mirando a lo lejos con expresión pensativa. Sobre la rodilla tenía apoyado un vaso lleno de limonada con albahaca.

—¿Qué pasa? —pregunté inmediatamente—. ¿Es el corazón?

—No, no, no es eso. Solo estaba pensando. Deseando que el verano no pasara tan deprisa. Cada año pasa más rápido. —Dio unas palmadas en la mecedora vacía que tenía al lado—. ¿Qué tal tu cita con Chet?

—Qué anticuado suena eso —dije en tono burlón, dándole un leve toque en el brazo con el codo—. Ha sido divertido. He visto mi primer rancho de verdad con vacas y todo. Pero luego, en el camino de vuelta, he tenido un encontronazo.

—¿Oh?

—Trigger.

Carmina dejó de mecerse y plantó sus rojas botas camperas firmemente en el porche.

—Sigue.

—Sabe que guardo algún secreto. Me ha amenazado con indagar para descubrirlo.

—Ese chico no tiene dónde indagar —dijo ella con decisión—. La fiscalía le notificó al *sheriff* tu llegada al pueblo. Es el procedimiento estándar para los testigos protegidos, pero tiene órdenes estrictas de guardar silencio. Conozco al *sheriff*, es un buen hombre. Honrado y justo. No quebrantaría la ley ni te pondría en peligro. De todas formas hablaré con él, pero veo claramente lo que pretende Trigger. Intenta fastidiarte. ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que le patearía el culo si volvía a amenazarme.

Ella suspiró, enojada, pero me pareció ver una chispa de orgullo en su mirada.

—Así no se comporta una señorita.

—Tienes razón. Las amenazas huecas no son propias de señoritas. Debería haberle pateado el culo allí mismo.

Esta vez me dio un apretón en la mano.

—Es lo que queríamos hacer todos.

—Carmina, ¿puedo hacerte una pregunta? Es personal, así que si no quieres contestarla, lo entenderé.

—¿Mmm?

—Mi cuarto, ¿de quién era? Antes de que llegara yo, quiero decir.

El suave crujido de su mecedora se interrumpió unos segundos. Luego volvió a empezar, pero ya no era tan pausado ni firme como antes.

—De mi nieto. Nathaniel. —Distraídamente dio un sorbo a su limonada—. El azul era su color favorito. Apuesto a que no lo habías adivinado.

—Seguro que le echas mucho de menos.

—Oh, desde luego. Era un espíritu libre. Contaba unos chistes divertidísimos. También era muy listo. Debatía conmigo cualquier cosa. Aunque no creyera en lo que argumentaba, lo defendía con uñas y dientes, simplemente por debatir. Y era temerario. Lo probaba todo, siempre que estuviera al cincuenta por cien seguro de que no le mataría. Una vez, volví a casa y los encontré a Chet y a él... —Se interrumpió de repente.

—¿Qué estaban haciendo? —dije en voz baja, animándola a seguir.

—Estaban en el tejado —dijo con la voz más grave y teñida de pesar—. Dos plantas arriba. Se turnaban para saltar al suelo dando un salto mortal. Habían acercado una de esas grandes camas elásticas a la casa y la usaban para aterrizar en ella. —Se enjugó las lágrimas y rio entre dientes—. Casi me meo en los pantalones. Y vestía el uniforme.

—Apuesto a que fuiste una gran abuela.

Su sonrisa desapareció.

—Murió, Stella. Hace un año.

—Lo sé.

—¿Chet?

—No. Por una de las mujeres de la iglesia. Quería oír la verdad de tus labios. ¿Te importa si pregunto por los padres de Nathaniel?

—Por mi hija, quieres decir.

—¿Dónde está?

La angustia ensombreció su semblante.

—He cometido errores, Stella. No fui una buena madre. Mi hija abandonó a Nathaniel al nacer. Con él hice lo correcto, pero a ella le fallé. Tenía dieciséis años cuando dio a luz. Estaba enganchada a cosas horribles. Drogas, alcohol, chicos. Yo siempre estaba trabajando. Mi carrera era importante para mí. Lo más importante. Ella se juntó con malas compañías. Yo la castigaba. Le impuse normas, todas las habidas y por haber. Era poli, y una poli realmente buena. Quería enderezarla. Pero nunca hice lo único que necesitaba. Nunca la escuché. Nunca estuve ahí para ella. Simplemente no estuve. ¿Te das cuenta? Esperaba que ella creciera perfectamente sin mi amor. No es de extrañar que se fuera. No es de extrañar que no haya vuelto jamás.

Digerí su confesión lentamente. Intentaba reconciliar aquella versión de una Carmina negligente con la mujer fuerte y lúcida a la que había llegado a querer. Me resultaba difícil creer que Carmina tuviera algo en común con mi madre. Ausente, fría, egoísta... no eran las palabras que imaginaba utilizando para describir a Carmina. Me dolió que hubiera una similitud entre ella y mi madre.

Pero estaba siendo tan sincera conmigo que me resultaba difícil echarle en cara sus errores. ¿Cuántas veces habría perdonado a mi madre solo con que me hubiera contado la verdad? Carmina no era la misma mujer que me estaba describiendo. Severa, siempre cumpliendo su deber, sí. Pero no cruel, insensible ni negligente. Al

contrario que mi madre, ella había cambiado. Su pasado y su futuro no eran iguales.

—¿Qué fue de tu hija? —pregunté.

—¿Angie? La última vez que la vi estaba dando a luz a un varón. A la mañana siguiente el hospital llamó para decirme que se había esfumado y para preguntarme qué quería hacer con el bebé. No te haces una idea de cuántas veces he deseado que volviera. Necesito pedirle perdón y reparar mis errores. Pero sobre todo la necesito en mi vida. Pero yo nunca estuve ahí cuando ella me necesitaba. —Rumió melancólicamente antes de dar un sorbo a su limonada.

—Lo siento.

—Yo también. Todos tenemos nuestros problemas, ¿verdad?

Sonó el teléfono.

Carmina hizo ademán de levantarse de la mecedora, pero yo me puse en pie de un salto.

—Ya voy yo. —Intentaba ayudar en todo lo posible en la casa, sobre todo ahora que tenía tan débil el corazón. No quería que acabara otra vez en el hospital.

Respondí al teléfono en la cocina.

—Residencia Songster, al habla Stella.

—¿Estella? ¿Eres tú? ¿De verdad eres tú? ¡Oh, cariño! Echaba de menos oír tu voz.

Me quedé completamente muda.

—¿Cariño? ¿Estás ahí? Dile algo a mamá —protestó—. He esperado mucho tiempo para hablar contigo. ¡No puedo esperar un minuto más!

El pánico me subió por la garganta. Había decidido llamar a mi madre, pero según mis condiciones. No lo había planeado así. Al pillarme desprevenida, había perdido el control de mis emociones. No la veía desde la noche del asesinato. La noche que me habían puesto bajo la protección de los alguaciles y, feliz, felizmente me habían separado de ella. Casi había logrado olvidarla. Y ahora aparecía de nuevo, provocando que meses de ira y resentimiento contenidos volvieran a la vida en un instante.

—¿Para qué me llamas? —dije, recuperando al fin el habla.

—¿Para qué crees tú, tonta? —siguió diciendo ella, con voz dulzona y burbujeante como la gaseosa—. ¡Necesito ponerme al día! Además, ¿acaso una madre no puede llamar a su hijita solo porque sí?

¿Solo porque sí? ¡Y yo me lo iba a creer!

—No puedo hablar. Estoy ocupada —dije sin emoción, y en su voz se hizo notar la decepción.

—¿Demasiado ocupada para la mujer que soportó veinticuatro horas de dolores atroces para traerte al mundo? Te sacaron con fórceps. Lo más doloroso que he soportado jamás. Me dan vahídos solo de pensarlo.

—Estaba a punto de salir por la puerta —dije con el mismo tono desabrido de antes—. Tengo que ir a trabajar.

—Oye, espera un momento, Estella. Aún no he terminado. He llamado por un motivo.

Ya, ahora sí que era ella.

—¿Qué es esa tontería de que vas a testificar contra Danny? Esos detectives de Philly vinieron a verme. Al menos una de nosotras fue lo bastante inteligente como para mandarlos a la mierda. No puedes hacerlo, Estella. No te lo permitiré. Es un asunto peligroso. Los hombres que trabajan con Danny, créeme cuando te digo que no hay que tomárselos a broma. Son hombres malos, cariño. Muy malos.

—Y tú dejaste que entraran en tu vida.

Si mi comentario sacudió su conciencia, se recobró rápidamente.

—Será mejor para todos que le digas a ese fiscal con cara de sapo del tribunal federal que le tienes miedo a Danny, y que aprecias la protección del gobierno, pero que te importa más tu vida que su juicio.

—Me protegen porque he accedido a testificar. Ese fue el trato. Por eso te protegen a ti también.

—Oh, cariño. No dejes que te engañen. Es el gobierno de Estados Unidos, por amor de Dios. No van a dejar a una niña de diecisiete años a merced de un poderoso cártel, aunque te niegues a testificar. Y eso es lo que vas a hacer. Niégate —dijo, y esta última palabra tenía un tono casi amenazador.

—¿Me quieres aunque sea un poco?

—Yo... ¿Qué? ¿Qué clase de pregunta es esa? Soy tu madre. ¿Qué crees que estoy haciendo? Intento salvarte la vida.

—¿Ha habido algún momento desde que empezó todo esto en que hayas pensado primero en mí? —pregunté, y me temblaba la barbilla.

—¿Adónde quieres ir a parar, Estella? —preguntó con irritación—. Si tienes algo que decir, dilo ya. Ahora mismo.

—Soy tu hija. Deberías protegerme a mí, no a Danny. A él no le importas. ¿No lo entiendes? Tú eras su fuente de ingresos. Te dejaba creer lo que quisieras sobre él porque quería tu dinero. No te amaba —dije, y mi voz se volvió más aguda al pensar en aquella ridícula idea. ¿Cómo era posible que ella no se diera cuenta? ¿Cómo podía estar tan ciega y desesperada?

—Debería haber imaginado que te negarías a escucharme —me interrumpió ella, con tono nervioso e indignado. Pero a su voz asomaba, aunque muy levemente, algo más humano, cierta vergüenza. Por un momento, pensé que podría abrirle los ojos. En el fondo, la persona que era antes mi madre seguía luchando por sobrevivir y yo me aferré a esa posibilidad—. Nunca me escuchas. A mí no me escuchas. Lo hice todo por ti, te di lo mejor que puede comprarse con dinero...

Me cubrí el rostro con la mano. Tragué saliva para librarme del llanto que pugnaba por subirme a la boca. Me dolía que falseara de aquel modo la realidad. ¿Por qué no podía simplemente confesar sus errores? Quería que me pidiera perdón. ¡Quería que volviera mi madre de antes! Pensé en decírselo, pero mi ira se iba

disipando, dejándome un vacío en el corazón. Me sentía completamente exhausta.

—No puedo seguir escuchándote —dije—. Se acabó. No vuelvas a llamarme.

—Escúchame. No testifiques contra Danny. Por una vez en tu vida, escucha a tu madre. No es un hombre al que convenga enfadar. Si pones un pie en ese tribunal, te encontrará. Usará todos los recursos de su organización para encontrarte y te matará. Conoce a gente. A hombres violentos y repugnantes...

Hombres a los que ella había metido en nuestra vida. En mi vida.

Colgué, temblando.

No dejaría que mi madre me siguiera hasta allí, hasta mi refugio. No dejaría que me asustara más de lo que ya estaba.

Esa noche soñé con Danny Balandó. Me desperté jadeando y con la espalda del pijama empapada en sudor. Me dije a mí misma que solo era una pesadilla, que allí estaba segura, que él nunca me encontraría. Pero ningún razonamiento logró calmarme los temblores.

Vi luz bajo la puerta.

—¿Stella? —dijo Carmina, llamando suavemente a la puerta.

—Estoy despierta.

Carmina entró.

—Te he oído gritar.

—He tenido una pesadilla.

—¿Trigger?

—Danny Balandó.

Frágil aún por el ataque al corazón, se agachó con cautela para sentarse en la cama. Me dio una palmada en la rodilla y noté agradecida que tenía los dedos fríos.

—¿Has hablado con alguien sobre las pesadillas? Te he oído gritar en más de una ocasión.

—No. Vivo con ellas.

—¿Quieres hablar conmigo?

—¿Qué quieres saber? —le dije, mirándola a los ojos.

—La experiencia me dice que a veces hay que sacar fuera todo lo malo para poder curarse. Duele, pero es mejor que aferrarse al veneno.

Reflexioné sobre lo que me había dicho.

—Podría empezar por el principio. Podría hablarte de mi madre.

Carmina hizo un gesto con las manos para cederme la palabra; estaba ahí para escucharme todo el tiempo que hiciera falta.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentada tratando de dar con las palabras adecuadas. Albergaba tanta ira contra mi madre, que debería haber sido fácil desahogarme. Sentía que esa ira me desbordaba. Pero al tener la opción de dejarla escapar, parecía que la había enterrado a mayor profundidad de lo que creía. Carmina

tenía razón. Era un veneno que me emponzoñaba la sangre.

—Antes bebía en eventos sociales, o un vaso de vino tinto antes de la cena — empecé a decir lentamente—. Pero durante el divorcio, empezó a beber mucho. A veces nada más levantarse por la mañana. Creo que bebía para olvidar lo triste que estaba. No creo que siguiera enamorada de mi padre ni que lamentara haberlo perdido. Era algo más personal. Veía el divorcio como un ataque contra ella, como un fracaso personal. Mi padre la engañaba y el divorcio era su forma de decirle que ya no era lo bastante joven, lo bastante guapa, o lo bastante buena para él.

—¿Cómo sabes que tu padre tenía una aventura? —preguntó Carmina.

—Aventuras. En plural. Mi madre contrató a un detective privado para que lo siguiera. Le hicieron fotos.

—¿Y ella te las enseñó?

—Quería hacerle daño. A él no le avergonzaba admitir sus indiscreciones delante de mi madre, pero ella pensó que se sentiría humillado si me enteraba yo. —Hice una pausa al recordar la horrible noche en que mi madre me había sacado de la cama después de la medianoche. Yo ya estaba despierta, sus gritos no me dejaban dormir, y ella me llevó hasta mi padre y nos arrojó las fotografías a los dos, exigiéndole que se explicara delante de mí. Pero él no lo hizo. Se fue sin mirarme siquiera. Salió de casa dando un portazo. Al día siguiente, envió a su ayudante a recoger su ropa y otros objetos personales.

»Cuando acepté testificar contra Danny Balandó para la fiscalía, ellos me ofrecieron poner a mi padre en protección de testigos conmigo. Al fin y al cabo, es de la familia. Él se negó. No quería dejar su trabajo y en el programa no te permiten dedicarte al mismo tipo de trabajo una vez que te instalan en otra parte. Le dijeron que yo no podría volver a ponerme en contacto con él, ni en persona, ni por *e-mail*, ni nada. Supongo que le dio igual.

Carmina guio mi cabeza hacia su hombro. No dijo nada, pero noté un cambio en su respiración. Era lenta y profunda, y se había alterado.

—Mi madre empezó a frecuentar la compañía de una mujer llamada Sandy Broucek justo después del divorcio. Se quejaba de que los únicos amigos que tenía los había conocido a través de mi padre, y que aún se movían en los mismos círculos sociales que él. Quería romper con ese mundo y hacer amigos por sí misma. Los antiguos eran educados delante de ella, pero la criticaban agriamente a sus espaldas.

»Tomaba medicamentos para la depresión, y cuando salía con Sandy y sus nuevos amigos, volvía a casa oliendo a maría. Luego empezó a abusar de los medicamentos. Ella y Sandy hablaban de un camello al que llamaban el Farmacéutico. No sé si era farmacéutico de verdad, pero empezaron a aparecer frascos de OxyContin por la casa, recetados para otras personas. Ella intentaba ocultarlos, pero yo lo sabía. Al cabo de un tiempo, dejó de hablar del Farmacéutico y dejé de encontrar frascos recetados. No sé cómo conoció a Danny. Él se convirtió en su nuevo camello y le dio heroína. Al principio era realmente feliz. Después de pasar la noche con los amigos, los días

siguientes reía y bromeaba conmigo. Parecía interesada en mi vida. Estaba deprimida, pero las drogas lo enmascaraban. Creo que ella pensaba que la convertían en la persona que quería ser: feliz, divertida, relajada. Pero no era nada de eso. Seguía deprimida y las drogas solo distorsionaban su percepción de sí misma durante un tiempo.

—Para ella era más fácil beber y tomar drogas que enfrentarse a sus problemas y pedir ayuda —dijo Carmina.

—Tras la felicidad inicial, las cosas se torcieron. Intenté conseguirle ayuda. La llevaba en coche a la ciudad cada mañana temprano para hacer cola en las clínicas de metadona. Se suponía que la metadona la ayudaría a desengancharse de la heroína. Las clínicas se encontraban en lugares sórdidos de la ciudad, y teníamos que esperar fuera, con el frío o el calor, rodeadas de gente sucia y con expresión desesperada. A veces se producían peleas en la cola y yo le rogaba a mi madre que nos fuéramos, pero ella necesitaba la medicina para pasar el día.

»La metadona no funcionó, y ella recayó en la heroína. Perdió tanto peso que estaba casi irreconocible. Dejó de comer, de ducharse o de salir de casa, salvo para irse de fiesta con Sandy. Se negaba a salir de la cama a menos que fuera para ir a por más drogas. Con el tiempo, su estilo de vida la alejó de mí. No estaba ahí cuando la necesitaba. Rompía todas las promesas que hacía. Llegó un punto en el que yo estaba tan asustada que llamé a mis abuelos, a sus padres. Eso empeoró las cosas. Se cabreó tanto que no quiso hablar conmigo. Sus padres la metieron en rehabilitación, pero en el centro nos dijeron que la abstinencia es extremadamente dolorosa y que seguramente recaería. Así fue.

—¿Cuántas veces ha entrado a rehabilitación?

—Esta es la tercera vez.

—En todo el tiempo que trabajé como policía, solo vi a un puñado de drogadictos que lograran desintoxicarse. Las drogas sacan lo peor de la gente. A veces es difícil recordar que su acción es una enfermedad. No define a la persona que la sufre. Detrás de la adicción hay una persona real, un ser humano que merece respeto.

Sacudí la cabeza vigorosamente.

—No le quites su responsabilidad. Ella eligió esa vida. Me tenía a mí, pero eligió las drogas. Es una cobarde. No quiero ser nunca débil como ella.

—Necesita tu fe, Stella.

—Tú piensas que esta vez debería creer que va a recuperarse —dije, poniéndome rígida. ¿Carmina no me estaba escuchando? Era el tercer intento de mi madre. Cuanto más tiempo estaba enganchada a la droga, más le costaba desengancharse. Me había rendido con ella. Me dolía demasiado para dejar que me importara. Cuando algo te importaba, tenías algo que perder.

—Para creer hay que tener fe. Para tener fe hay que tener esperanza.

—No quiero tener esperanza.

—¿Porque duele?

No pude contener más las lágrimas. Me temblaba el labio y la garganta me escocía. Cuando hablé, mis palabras sonaron espesas y frágiles.

—Duele cuando me decepciona. Duele saber que para ella las drogas son más importantes que yo.

—Es más fácil ignorarla, desear que se vaya. Si no existe, no puede hacerte daño.

—Sí —dije con voz estrangulada.

—Oh, Stella. Mi dulce Stella. —Me rodeó con los brazos y me meció mientras yo lloraba.

—Antes de que llamara hoy —dije cuando me calmé un tanto—, había pensado en llamarla yo. —Me sorbí los mocos y me limpié la nariz con la manga—. Pensaba que me sentiría mejor si le decía que ya no la odio y que estoy lista para seguir adelante. No sé si eso me convierte en una estúpida o una ingenua.

—Eres valiente, Stella. Eso es lo que eres.

—No quiero que piense que soy débil o que he cedido. Quiere que la llame. No quiero darle lo que ella quiere.

—¿Qué hay de lo que quieres tú? ¿Por qué no lo miras así?

Reflexioné. Quería ser valiente. Quería curarme. Sobre todo quería que Carmina estuviera orgullosa de mí.

—¿Por qué me acogiste? —pregunté—. No me conocías. No me debías nada.

—Bueno —dijo ella—, la respuesta corta es que me lo pidieron.

—¿Y la larga?

—Supongo que deberías saber que me designaron para el servicio de U. S. Marshals cuando tenía treinta y cuatro años. Estaba a punto de irme a Glynco, a Georgia, para el entrenamiento. Iba a durar diecisiete semanas y Angie, mi hija, iba a quedarse con Thomas y Hannah Falconer durante mi ausencia. Unos días antes de marcharme, descubrí que Angie estaba embarazada. Tenía quince años y estaba de dos meses. Bueno, me quedé. Cuidé de ella y luego cuidé de Nathaniel. Nunca llegué a marshal, pero no me perdieron de vista al parecer, porque me llamaron y me dijeron que necesitaban que acogiera a una chica a la que habían metido en protección de testigos, que la mantuviera a salvo durante el verano.

—Sacrificaste tu éxito profesional para cuidar de tu familia, y luego has renunciado a tu retiro para acogerme a mí.

—Haces que parezca una buena mujer, Stella, pero lo comprendí todo demasiado tarde. Unos años tarde —repitió—. Fue la esperanza lo que me mantuvo a flote durante las negras semanas después de que Angie huyera. La esperanza de poder cambiar. La esperanza de que algún día llegara a perdonarme.

Aunque me escocían los ojos, las lágrimas volvieron a brotar.

—No quiero esperar. Me aterroriza que mi madre demuestre que me equivoco. Me ha decepcionado demasiadas veces. Aquella noche, la noche que entré en protección de testigos, juré que sería la última.

—Háblame de aquella noche. Cuéntame qué fue lo peor. Sácalo todo. Cuéntamelo

para que puedas superarlo.

Quería contárselo. Lo deseaba más que cualquier otra cosa. ¿Librarme del veneno y seguir con mi vida? No pensaba en otra cosa. Pero tenía miedo. El miedo y la vergüenza y la culpa se enroscaban a mi alrededor como una serpiente dispuesta a morderme. Me aterraba que Carmina ya no me quisiera, si se enteraba de lo que había ocurrido aquella noche en realidad, si se enteraba de lo que había hecho yo.

Me daría la espalda. Y me entregaría a las autoridades.

Antes de ir a trabajar, me detuve en el Radioshack. Después de buscar un poco, encontré un móvil prepago, barato y sencillo.

El cajero escaneó el código de barras y lanzó un silbido.

—Te has buscado una auténtica antigualla.

—Mi presupuesto es reducido.

—Eso parece. ¿Algo más?

—Sí, ¿cuánto me costaría un iPhone con contrato?

—Serían unos setenta dólares al mes.

—¿Sería más barato con un Android?

—Más o menos igual.

Calculé lo que podía ahorrar aproximadamente con las propinas. Quizá sería mejor posponer el móvil con contrato hasta mi cumpleaños, cuando me fuera de Thunder Basin y me instalara en algún sitio de manera permanente. Últimamente no había pensado mucho en cómo iba a cambiar mi vida después de cumplir los dieciocho, pero agosto estaba a la vuelta de la esquina. Había cumplido la mitad de mi condena en Thunder Basin. Debería estar emocionada, pero lo cierto era que sentía ciertas dudas. Al cabo de cuatro semanas abandonaría Thunder Basin para siempre, y no se lo había dicho a Chet. Tampoco había hablado de mis planes con Carmina. Los quería mucho a ambos y no tenía ganas de despedirme de ellos, pero si pensaba racionalmente sabía que Thunder Basin no era mi destino final. Quizá fuera el tipo de lugar en el que Stella Gordon podía asentarse, pero cambiar el nombre no había eliminado a Estella Goodwinn de mi interior. ¿Podía sentirme feliz y completa en Thunder Basin? ¿O estaba destinada a cosas más grandes y mejores? Siempre había tenido la fantasía de huir con Reed y empezar una nueva vida juntos, de tenerlo cerca para que me cuidara. Pero esa opción ya no existía, y tampoco estaba segura de que la hubiera elegido de ser aún posible. El verano me había cambiado.

Quería encontrar mi propio camino.

En el trabajo andábamos cortos de personal. Inny había llamado para decir que estaba enferma, y Dixie Jo estaba al teléfono tratando frenéticamente de ponerse en contacto con Deirdre para ver si podía ayudar en la hora punta.

—¿Ha habido suerte? —pregunté, asomando la cabeza por la puerta de su despacho.

—No. —Dixie Jo se frotó las sienes—. Ya es mala suerte que pase un sábado por la noche.

—Haré todo lo posible por atender yo sola a los coches.

—Oh, ya lo sé. No es eso lo que me preocupa. Es Inny —admitió—. No consigo contactar con ella. Llamó hace horas para decir que estaba enferma. Dejó el mensaje en el contestador. No es propio de Inny. Si se encontrara mal para venir a trabajar, me lo diría a la cara. Se ofrecería para buscarme una sustituta. No se me quita de la cabeza que me evita a propósito. ¿Y por qué querría hacerlo?

—Sale de cuentas cualquier día de estos —le recordé. En casa tenía un regalo para llevárselo a Inny en cuanto me enterara de que había ido al hospital—. ¿Cree que se habrá puesto de parto?

—Lo he pensado y he llamado al hospital. No ha ingresado. No responde al móvil. ¿Y si está en alguna carretera solitaria, en la parte de atrás de su coche, tratando de dar a luz ella sola?

—¿Haría una cosa así?

—Le preocupa no poder pagar la factura del hospital. —Volvió a frotarse las sienes—. Hace meses que trabaja turnos extra para ahorrar. Sus padres no la apoyan. Le han dicho que no quieren saber nada de ella si se queda con el bebé. Incluso le han amenazado con no pagar las facturas. Legalmente están obligados a pagarlas, por supuesto, pero ahora es una cuestión de orgullo. Inny no aceptará su ayuda. Si teme no poder pagar el hospital, creo que es capaz de dar a luz en un campo. Cualquier cosa antes que pedirles dinero a sus padres. Debería haber acudido a mí. Le dije que acudiera a mí.

—No lo hará nunca. —En los dos meses que había tratado a Inny, jamás le había visto pedir ayuda. Incluso con los tobillos hinchados y el vientre tan abultado que parecía haberse tragado un balón de playa, se negaba a sentarse para tomarse un descanso al final de la noche y dejar que fuera yo la que rellenara sus saleros y pimenteros. Estaba decidida a hacerlo todo ella sola.

—Muchacha estúpida —exclamó Dixie Jo. Apartó su silla de un empujón y empezó a pasearse por la oficina—. Muchacha terca y cabezota. —Le cayó una lágrima por la mejilla—. Necesito estar sola, Stella. Necesito pensar adónde iría Inny a tener el bebé.

—Puedo ayudarle a buscarla. Ahora o después de mi turno. Simplemente dígame qué quiere que haga. —Yo también estaba preocupada por Inny, sobre todo ahora que conocía mejor su situación. Si sus padres no aceptaban el bebé, hacía tiempo que Inny debía de haber descartado la idea de pedirles ayuda. Por muy desesperada que estuviera, lo haría todo sola, aunque eso la matara.

—Te lo agradezco —dijo Dixie Jo, y en su semblante se reflejaba una honda pesadumbre—, pero temo que en cualquier caso lleguemos demasiado tarde.

Después del trabajo encontré una nota bajo el limpiaparabrisas de la camioneta de Carmina. Era de Chet, y la noticia que me daba no mejoró mi estado de ánimo.

Dusty no se había presentado en el trabajo. Chet había estado trabajando en el

rancho hasta la puesta de sol, y no había oído el mensaje que le había dejado el jefe de Dusty en el móvil hasta más tarde. Peor aún, Dusty se había apoderado del dinero que Chet guardaba en casa para emergencias. Había desaparecido todo. Chet estaba buscando a su hermano y me llamaría a casa de Carmina en cuanto supiera algo.

Yo no quería pensar mal de Dusty, pero tenía el presentimiento de que estaba impaciente por iniciar su negocio con Cooter, aunque para eso tuviera que engañar a su hermano. Resultaba difícil no pensar en el paralelismo con mi madre. Había sido solo una vez, pero me había robado dinero para drogarse. El dinero estaba en mi monedero al irme a la cama. Ella se fue de fiesta con Sandy, y a la mañana siguiente el dinero se había esfumado. Quizás habría vuelto a robarme, de no haber aprendido yo a ocultar el dinero.

Me había quedado dormida con la ventana abierta, invitando al menor asomo de brisa que pudiera haber a entrar en mi cuarto, y el ruido sordo de la Scout me despertó al instante. A oscuras, me puse unos pantalones cortos y bajé corriendo.

Chet se bajó de la camioneta con movimientos pesados, los hombros encorvados y los ojos apagados. Me miraba, pero no parecía verme. Se quedó parado, aturdido, parpadeando como si se hubiera perdido. Enseguida comprendí que era por Dusty. Algo horrible había ocurrido.

—¿Chet? —Deslicé los pies dentro de los zuecos de goma del jardín de Carmina y bajé corriendo los escalones del porche. El aire nocturno era denso y cálido, pero la expresión de Chet me produjo escalofríos, y deseé haberme puesto algo encima de los hombros—. Es Dusty, ¿verdad?

Chet se deslizó hacia el suelo y apoyó la cabeza en el lateral de la Scout. Su rostro, que siempre me había parecido fuerte y confiado, reflejaba extenuación.

—Se lo ha gastado absolutamente todo. Sus ahorros para la universidad. El dinero que ha ganado este verano, nuestro fondo para emergencias. Casi cinco mil dólares desaparecidos.

—¿Drogas? —pregunté en voz baja.

Él rio con aspereza y su tono glacial volvió a provocarme escalofríos.

—Ojalá se lo hubiera pulido en drogas. Drogas que pudiera vender. Drogas que dieran beneficios. Ha usado el dinero para contratar a una comadrona. Su novia está embarazada. Yo ni siquiera sabía que tenía novia.

Ahora me tocaba a mí parpadear. Me quedé con la mirada perdida y el nombre me vino sin querer.

—Inny.

—Se van a quedar con el bebé. ¿Me has oído? ¡Se van a quedar con el bebé! —gritó, enfurecido—. No me digas que debería alegrarme de que Dusty acepte su responsabilidad. Por una vez en la vida, no quiero que sea responsable. Quiero que sea egoísta. Igual que yo ahora.

—¿Has intentado hablar con él?

—Me ha dicho que no tenían suficiente dinero para el hospital, así que han

contratado a una comadrona. Me ha dicho que se quedarán con el bebé, y en cuanto he asimilado sus palabras, he empezado a gritarle para intentar hacerle razonar. Le he dicho que si no da el bebé en adopción, le echaré de casa. Me ha colgado. —Chet respiraba entrecortadamente y sus sombríos ojos lanzaban llamaradas—. No quiere escucharme, pero sabe que tengo razón. Si se queda el bebé, todo habrá terminado. No irá jamás a la universidad. Se quedará aquí, enluciendo piscinas hasta que la espalda ya no le aguante más, y luego se pondrá a trabajar en el ferrocarril en North Platte. No es eso lo que mis padres querían. —Se mesó los cabellos—. No estoy hecho para esto. He fracasado. Le he fallado a todo el mundo. Por eso Dusty quería asociarse con Cooter Saggory, para mantener a su novia y al bebé. No me di cuenta. No me enteré de nada. Todo se desmorona a mi alrededor.

Yo no sabía qué decir. Le cogí la cara entre las manos y apoyé la frente en la suya. Mis manos eran firmes, pero notaba que empezaba a derrumbarme. Lo que Chet no había dicho, aunque lo sabía tan bien como yo, era que si Dusty no podía mantener a su bebé como creía, Chet le ayudaría. Ahora estaba cabreado y amenazaba con echarle de casa, pero no lo haría. Cuando se calmara, aceptaría que era el tutor legal de Dusty y le ayudaría... a costa de sus propios sueños y su futuro.

—Oh, Chet —dije, sintiendo que se me partía el corazón por él.

—Sus padres ya la han echado de casa —dijo con brusquedad—. Inny no tiene adónde ir. Solo la aceptarán de vuelta si da al bebé en adopción.

—No lo hará.

Sus ojos, llenos de perplejidad, se encontraron con los míos.

—¿Tiene ella la menor idea de lo que significa ser madre? Dusty dice que sabe que no será fácil, pero en realidad no tiene la menor idea de lo que le espera. No es que no sea fácil. Es que será lo más duro con lo que se encuentre en toda su vida. No está preparado. Él cree que sí, pero solo es un crío. Aún no ha vivido su propia vida, ¿cómo va a ocuparse de la vida de otra persona?

Lo abracé con más fuerza. No tenía respuestas a sus preguntas, pero lo último que necesitaba Chet en aquel momento era sentirse solo. Al menos podía escucharle y ofrecerle mi compañía.

—Le he dicho a Dusty que ella no puede vivir con nosotros —explicó Chet con tono lúgubre—. Me he reído al oír su sugerencia. Le he llamado idiota y unas cuantas cosas más. Le he dicho que no se presentara en casa con ella o con el bebé porque no les dejaría entrar.

»Qué ironía —prosiguió—. Esta semana en el trabajo estábamos castrando toros y no suelo ser quisquilloso, pero esta vez me he parado un momento y he sentido un poco de pena por ellos, ¿sabes? Y entonces ha ocurrido esto con Dusty y mi primer pensamiento ha sido: no, la castración no es mala en absoluto. Hay que aplicársela a los seres humanos.

Pretendía hacer una broma, pero yo no tenía ganas de reír.

—Voy a dejar que Inny se venga a vivir a casa, ¿verdad? No sé si es lo correcto o

la peor idea que he tenido en mi vida, pero me aterra dar mi brazo a torcer y dejar que ella y el bebé vivan con nosotros.

—¿Qué habría hecho tu madre? —Mientras esperaba a que me contestara, me hice la misma pregunta. ¿Qué habría hecho mi madre si Reed me hubiera dejado embarazada? Daba igual. Yo me habría fugado con él. No me habría quedado en casa el tiempo suficiente para ver su reacción, porque lo cierto era que a ella le habría sido indiferente. Era culpa de las drogas. Lo despojaban a uno de la capacidad de preocuparse por cualquier otra cosa que no fuera conseguir más drogas.

—Si no la acepto en casa, Dusty dejará el instituto para buscarse un trabajo a tiempo completo. Tendrá que pagar un alquiler, comida, facturas y todo lo demás. Su vida se acabará ahí.

—Seguramente es cierto.

Chet volvió a suspirar, pero esta vez su cuerpo se relajó y supuse que eso quería decir que ya tenía su respuesta.

—Aquí me tienes para ayudarte, ya lo sabes —dije.

Apoyé la mejilla en su hombro. Él me acarició el pelo distraídamente y dejó escapar otro triste suspiro.

—¿Qué he hecho para merecer esto?

—A Carmina se las hiciste pasar canutas —dije, con una leve sonrisa—. Hay quien lo llamaría karma.

Él se echó hacia atrás para mirarme a los ojos.

—Me refería a ti. ¿Qué he hecho para merecerte, Stella? He cometido errores. La he jodido muchas veces. Así que, ¿cómo un tío como yo puede acabar contigo? —Había auténtico asombro en el modo en que me miraba. Si antes me sentía culpable, no era nada comparado a cómo me sentía ahora.

Cuando apreté mi cabeza contra su pecho, respiró hondo. Tenía que contarle que iba a abandonar Thunder Basin.

No podía posponerlo más.

Unos días más tarde, estaba arrodillada entre los rosales de Carmina, absorta en la tarea mecánica de arrancar malas hierbas mientras reunía el valor suficiente para llamar a mi madre y decirle, primero, que iba a testificar, y segundo, que ya no la odiaba.

Después de colgarle el teléfono durante nuestra última conversación, me había jurado que no volvería a hablar con ella. Pero era el veneno el que hablaba, tratando de seguir enraizado en mí, llenándome de amarga rabia. Tenía que llamarla. Esta vez yo pondría las condiciones. Tenía que exorcizar los fantasmas del pasado y seguir adelante.

Nunca había perdonado a nadie (al menos oficialmente, como en un confesionario con un sacerdote), y no acertaba a dar con el equilibrio entre lo que quería que mi madre oyera y lo que quería que sintiera.

No quería que, cuando nuestra conversación acabara, mi madre creyera que no tenía la culpa de nada, que su comportamiento podía excusarse. Supongo que quería que supiera que no iba a permitir que volviera a hacerme daño... pero si ella quería fustigarse a sí misma por las malas decisiones que había tomado, pues adelante.

Carmina no lo aprobaría, pero tenía que empezar por algún lado. Quizá más adelante decidiría perdonar del todo a mi madre. Seguía sin creer en Dios, pero me parecía lógico que, si realmente existía un gobernante supremo del universo, no podía esperar que unas emociones contenidas durante tanto tiempo se olvidaran en un instante. Decidí que el perdón llevaba su tiempo. Era un proceso. Mejor empezar despacio que no empezar en absoluto.

Oí la Scout acercándose por la carretera. Me eché hacia atrás y me quité los guantes, justo cuando Chet giraba para enfilarse el sendero de entrada.

—¿Estás ocupada? —me preguntó, dejando que el brazo colgara fuera de la ventanilla. Llevaba el sombrero vaquero calado sobre los ojos, que lanzaban chispas maliciosas.

—Estás de buen humor.

—Si aceptas venir conmigo, será aún mejor.

—¿Qué tienes pensado?

—¿Has ido alguna vez a un rodeo?

—¿Con vaqueros y payasos?

Una sonrisa bailaba en sus labios.

—Sí. Y con vaqueros montando toros y lanzando el lazo, carreras de carromatos y niños montando ovejas.

—No —dije con cautela. Nada de lo que había dicho Chet parecía hecho para mí, aunque en realidad no había entendido ni la mitad.

—Sube. —Señaló con la cabeza el asiento del copiloto—. Estás a punto de recibir una lección cultural.

—Mira, creo que no sabes lo que significa la palabra cultura. ¿Dónde está Dusty? —pregunté para ganar tiempo.

—En casa con su novia y el bebé. Vamos. El tiempo es oro.

Inny se había trasladado a vivir con Dusty y Chet durante el fin de semana. Yo había ido a visitarla y a darle mi regalo para el bebé (una niña a la que habían llamado Beatrix), pero Inny estaba dormida. Me moría de ganas de hablar con ella y ponerla al día sobre los últimos chismes del Sundown.

—No sé —dije, eludiendo aún la respuesta. No era que no quisiera salir con Chet, pero... ¿un rodeo? ¿No criticaban los rodeos los activistas de los derechos animales? Además, imaginaba un sucio camión de comida donde vendían testículos de toro fritos al lado de churros y buñuelos.

—No te lo pienses tanto —dijo él, sonriendo al ver mi expresión, que debía de parecer realmente turbada.

—Nada de testículos de toros. —Respondí al fin—. Es mi última oferta.

—Trato hecho.

—Y si llueve, buscaremos refugio. —Negros nubarrones ensombrecían el horizonte, aunque el sol de la tarde brillaba con fuerza. En el pronóstico del tiempo no habían dicho nada de lluvia, pero nunca se sabía.

—Nada de concurso de camisetas mojadas hoy, de acuerdo.

—Carmina se ha ido a comprar. Deja que me cambie de ropa y le escriba una nota.

Una vez en mi cuarto, me puse el vestido amarillo, dejé una nota para Carmina en la cocina, y agarré un par de Coca-Colas heladas de la nevera.

—¿Voy bien vestida para un rodeo? —pregunté a Chet, girando para que me viera bien. Había conjuntado el vestido veraniego con las botas que me había regalado Carmina.

—Pareces una nativa.

Le arrojé una de las Coca-Colas y me subí a la camioneta.

—Primero tengo que dejar unos equipos de rodeo, pero no tardaremos mucho —dijo Chet, poniendo la marcha atrás—. Milton Swope me remitió a un vecino que tiene un par de vaqueros que van a competir esta noche, montando potros salvajes a pelo y con silla. Tengo que llevarles el equipo.

Treinta minutos más tarde, llegamos a la parte posterior del estadio del rodeo. Camionetas y remolques para caballos atestaban el camino polvoriento y lleno de surcos que rodeaba el estadio. Estábamos en el lado opuesto a las gradas, y desde allí veía que empezaban a llenarse, aunque aún faltaba media hora para que empezara el rodeo. Cuando pasamos por delante de las rampas de carga, Chet señaló a una serie de vaqueros que estiraban las piernas.

—Esos que están calentando son los que montan potros salvajes a pelo. Tienen

que atarse las espuelas, hacer sentadillas para estirar la entrepierna, y por supuesto mascar tabaco, trasegar cerveza e insultar a los rivales.

—¿Qué aplastan con los guantes?

—Colofonia. Frotan con ella rápidamente la cuerda con la que van a montar para que quede pegajosa.

—Parecen nerviosos.

—En parte sí, claro, pero sobre todo están concentrados. Imaginando el peor y el mejor de los casos. Soñando con el premio. Están en juego cien mil dólares esta noche.

—Caramba. —Era mucho más de lo que habría imaginado para un evento de pueblo.

A continuación pasamos por delante del chiquero. La cerca era alta, pero vislumbré una piel negra sobre unos poderosos cuartos traseros y unos afilados cuernos.

—¿Cómo funciona lo de montar toros? —pregunté—. Me dijiste que el novio de Sydney monta toros. ¿Está aquí?

—A lo mejor. Si hay un deporte del rodeo que yo no probaría, es el de montar toros. Demasiado arriesgado. Cuando era pequeño, vi a un jinete al que el toro le había ensartado el muslo, cerca de la entrepierna. Con eso se me quitaron las ganas enseguida. Pero es emocionante ver cómo lo hacen. Un jinete puede obtener de cero a cien puntos. Cualquier puntuación por encima de setenta y cinco es impresionante. El jinete tiene que permanecer sobre el toro durante ocho segundos para obtener algún punto; si se cae, los puntos son para el toro. Si el jinete toca el toro, la cuerda o a sí mismo con la mano libre, la mano que siempre se le ve en el aire, queda descalificado.

—Siempre había creído que la mantienen en alto para guardar el equilibrio.

—A los jinetes los juzgan por el estilo y el control, por cómo sincronizan sus movimientos con los del toro, y por cómo se comporta el toro. Si el animal es más agresivo de lo normal y se lo hace pasar mal al jinete, se le dan puntos extra. Al cabo de ocho segundos, suena una bocina y el jinete puede saltar al suelo.

Había visto películas de vaqueros con zahones y camperas, contorsionándose y agitándose como una muñeca de trapo sobre un toro que corcoveaba. Estaba de acuerdo con Chet: no era algo que quisiera probar.

Chet aparcó a cierta distancia de los cajones de salida, y descargó un par de cajas de la parte posterior de la Scout.

—¿Te ayudo? —me ofrecí.

—No. Estoy en un momento.

Cuando desapareció, apoyé las botas en el salpicadero y observé a los jinetes que se estiraban por el espejo retrovisor. Lamenté no haberme puesto el sombrero vaquero que me había regalado Chet. Podría haberme hecho una *selfie* campestre con el chiquero justo detrás de mí.

Pero como ya no usaba las redes sociales (el gobierno había cerrado mis cuentas), tampoco tenía ningún sitio donde colgar la foto. Y luego estaba el problema de no tener cámara en el móvil.

Saqué el móvil de prepago del bolso y le di vueltas entre las manos. Aún no sabía qué iba a decirle exactamente a mi madre. Y aun cuando tuviera las palabras ensayadas, temía olvidarlas y ponerme a gritar o, peor aún, a llorar.

Llevaba días buscando las palabras adecuadas, pero empezaba a aceptar que aquella conversación no era de las que se ensayaban. Jamás daría con las frases perfectas. Quizá debía cambiar de enfoque, lanzarme simplemente y tener fe en que las palabras brotarían cuando las necesitara.

Podía llamarla ahora, mientras esperaba a Chet.

Con la ayuda de una honda inspiración, marqué el número de la clínica de desintoxicación. Antes de que pudiera reprimir la agitación que notaba en el estómago, me contestó la recepcionista.

—Con Savannah Gordon, por favor —pedí. Carmina me había dicho que el Departamento de Justicia le había dado a mi madre el mismo apellido que a mí: Gordon.

—Un momento. —Después de una pausa, su voz volvió a la línea—. Lo siento, Savannah Gordon ya no está con nosotros.

—¿Cómo?

—Ha solicitado el alta esta mañana.

—No puede ser. Debe de haber un error. Vuelva a comprobarlo.

—Está aquí, en su historial. Ha abandonado el programa voluntariamente.

—¿Adónde ha ido?

—A los pacientes no se les pide esa información. ¿Señorita? Tengo otra llamada. ¿Le importaría esperar un momento?

—Sí, me importaría —le espeté—. Necesito saber adónde se ha ido Savannah. —Sabía que no me serviría de nada alterarme, pero estaba demasiado sorprendida para ser cortés. ¿Mi madre había dejado solo la rehabilitación, o también el programa de protección de testigos? Sabía que el programa era voluntario, y que podía abandonarlo cuando quisiera, pero no sería tan estúpida como para volver a asumir su verdadera identidad.

¿Sabía la fiscalía lo que había hecho?

—No es nuestra política hacer un seguimiento de los pacientes una vez que abandonan el programa —dijo la recepcionista con tono envarado.

—Ya, gracias por su ayuda —dije, y colgué.

Me quedé mirando al vacío, perpleja. ¿Por qué mi madre había abandonado la rehabilitación?

Porque necesitaba drogas. Esa era la razón por la que siempre se iba. Y si había vuelto a las drogas, también había vuelto a Philly.

No podía creer que hiciera algo tan peligroso. ¿No se había parado a pensar en los

riesgos? Si los hombres de Danny la encontraban, la matarían. Daba igual que no quisiera cooperar con las autoridades; Danny no lo sabía. Y desde luego no la amaba. ¿Valía la pena perder la vida por colocarse? ¿Había dedicado un solo momento a pensar en cómo podía afectarme a mí su temeridad?

Era lógico pensar que la fiscalía le habría dado a mi madre mi nuevo nombre: Stella Gordon. Si los hombres de Danny la pillaban cuando estaba colocada, quizá me delataría. Se lo podían sacar por las malas. No quería creer que pudiera traicionarme estando sobria, pero no estaba segura. En lo tocante a mi madre, no había nada seguro.

Tenía que reflexionar. Estando Danny entre rejas, ¿a quién llamaría ella cuando llegara a Philly? A Sandy.

Si mi madre había vuelto a Philly, Sandy lo sabría. Mi madre querría irse de marcha con ella.

Me habían advertido que no debía ponerme en contacto con ninguna persona de mi vida anterior, pero no pensaba quedarme sentada y dejar que mi madre se hiciera matar. Y tampoco iba a dejar que me pusiera en peligro a mí.

Deliberadamente puse freno a mis pensamientos. Tenía que actuar con inteligencia. La banda de Danny Balandó vigilaba quizás a Sandy, esperando que tarde o temprano mi madre apareciera. El alguacil Price me había dicho que una de las estrategias de Danny (y del cártel, si este le apoyaba) consistiría en vigilar a nuestra familia y los amigos más íntimos, esperando pacientemente a que uno de nosotros diera un mal paso y se pusiera en contacto con ellos. Tenía que ser muy muy cuidadosa. No podía despertar la más mínima sospecha.

En una ocasión Reed me había dicho que el mejor modo de evitar que rastrearan tu llamada era usar un teléfono de prepago desechable, porque solo podía rastrearse si estaba encendido. Sabía que llamar a Sandy no carecía de riesgos, pero podía reducir drásticamente las posibilidades de que me pillaran si apagaba el móvil y lo tiraba a la basura inmediatamente después de usarlo. Para encontrarme, los esbirros de Danny Balandó tendrían que estar escuchando las llamadas de Sandy, tendrían que reconocer mi voz, y tendrían que averiguar desde qué teléfono llamaba. Seguiría existiendo un riesgo, pero sería mínimo.

Hecha un manojo de nervios, llamé a Sandy. Su número estaba fresco en mi memoria. En Philly, las noches que mi madre no volvía a casa, sabía que debía llamar a Sandy. Siempre iban juntas. Si no habían perdido el conocimiento, por lo general una u otra era capaz de indicarme una dirección. Luego me tocaba a mí ir en busca de mi madre y llevarla de vuelta a casa. Cerré los ojos y noté que me brotaban las lágrimas. Los recuerdos eran dolorosos.

—¿Sí? —respondió Sandy con tono malhumorado, pero sobria.

—¿Podría hablar con Sandy Broucek, por favor? —Adopté una voz ligeramente más grave, aunque no temía que me reconociera. Solo habíamos hablado unas cuantas veces y Sandy no frecuentaba nuestra casa. Me había dado cuenta desde el

primer momento que yo no le interesaba en absoluto.

—¿Quién es? —quiso saber.

—Soy Mary Dutton. Tengo a mi cargo varias cuentas a nombre de Savannah Goodwinn y no consigo contactar con ella. La tiene a usted anotada como contacto principal. ¿Estaría usted dispuesta a proporcionar su información de contacto actualizada?

—¿Usted qué es, cobradora de deudas?

Yo no sabía si los auténticos cobradores de morosos tenían que anunciarse como tales. En cualquier caso, no tenía por qué regirme por sus normas.

—Trabajo con Keystone Financial Services. Se han producido importantes actualizaciones en las cuentas de Savannah que afectarán a futuras transacciones. Es urgente que se lo notifique.

—¿Y por qué Savannah iba a dar mi número? —exigió saber Sandy con tono aún más irritado.

—Parte de mi trabajo consiste en encontrarla, y hasta que disponga de su número de teléfono y de su dirección actuales, tengo que seguir llamando a este número.

Estas últimas palabras parecieron darle que pensar. No hizo una pausa demasiado larga antes de contestar.

—Vale, está bien. Puedo darle su nuevo número. Ha tenido suerte. Hacía meses que no sabía nada de Savvy, pero me ha llamado esta mañana. Un momento, aquí está. ¿Lista?

—Lista. —Intenté sonar tranquila y no delatar mi impaciencia.

—Prefijo dos uno cinco...

Anoté el número, lo repetí y luego di por terminada la llamada.

La siguiente era más difícil de hacer. Cuando mi madre contestara, necesitaría de toda mi fuerza de voluntad para no gritarle. Estaba furiosa y disgustada, pero si quería que cooperara, tendría que mostrarme tranquila. Si mantenía la sangre fría, quizás ella me imitara. Quizá podría razonar con ella y persuadirla de que volviera a rehabilitación.

El teléfono sonó y sonó. Cada instante que pasaba, notaba que mi ira se desvanecía, sustituida por la preocupación. ¿Y si le había ocurrido algo?

Me bajé de la Scout y paseé de un lado a otro delante de la camioneta. Me cayeron unas cuantas gotas de lluvia en los brazos, pero por el aspecto del cielo, parecía que al final no llovería. Chet estaba tardando mucho. Oía a los locutores del rodeo a lo lejos, presentando a los participantes en el concurso de arrojar el lazo.

Me senté en el parachoques e hice un esfuerzo por dominar los nervios. No iba a dejarme llevar por el pánico hasta que tuviera un motivo real. Quizá mi madre estaba demasiado colocada para contestar al teléfono. No podía dejarle un mensaje, era demasiado arriesgado. Tendría que volver a llamarla...

Me odié a mí misma al notar que estaba al borde de las lágrimas. No lloraría por ella. No se lo merecía.

—Al habla Thomas Dickerson. —La voz masculina del otro lado de la línea me sobresaltó.

—Eh, sí, ¿está Savannah? —pregunté, adoptando la misma voz grave de antes.

—¿Quién?

Repetí el nombre de mi madre.

—Lo siento, se ha equivocado de número.

Comprobé el número. Lo había marcado correctamente.

—No conozco a ninguna Savannah —añadió él.

No me lo podía creer. Sandy me había dado un número falso. Debería haberlo imaginado.

Colgué e inmediatamente apagué el móvil. Luego lo arrojé a un barril que hacía de papelera.

Volví a subir a la Scout, sintiéndome engañada. Me vino a la cabeza toda una sarta de insultos para Sandy. Tendría que pensar en otro modo de ponerme en contacto con mi madre. Temía que se me estuviera acabando el tiempo. No podría eludir a los hombres de Danny mucho tiempo, sobre todo si estaba colocada, lo que afectaría a la poca capacidad de razonamiento que le quedara.

Tenía que contárselo a Carmina. Desde luego no podía ocuparme del asunto yo sola. Cuando Chet volviera, le explicaría que me había surgido una emergencia y que necesitaba volver a casa. Carmina llamaría a Price y ellos enviarían a un equipo en busca de mi madre.

Eso fue lo último que pensé antes de que alguien abriera la portezuela desde fuera. Yo tenía el hombro apoyado en ella y estuve a punto de caer. Conseguí evitarlo, pero me encontré cara a cara con Trigger McClure.

—¿Qué hay, señorita? —dijo con voz meliflua en la superficie, pero glacial y sombría en el fondo. Un leve rubor teñía sus mejillas y tenía los ojos ligeramente velados. Llevaba una botella de cerveza colgando entre los dedos.

—Aléjate de mí, Trigger.

Él se llevó la botella a los labios.

—No. No lo creo.

—Entonces voy a bajarte de esta camioneta y te voy a patear el culo.

—No pretendo hacerte daño —dijo él alzando las manos—. Solo quiero hablar.

—¿Hablar? ¿Me tomas el p...?

—No he terminado. Me toca a mí hablar. Luego te tocará a ti. Así es como funciona.

—Funciona así: voy a darte un puñetazo en la jeta. —Para demostrarle que no era una amenaza vana, le pegué un puntapié en la pierna y le hice perder el equilibrio.

Un destello de ira asomó a sus ojos, pero lo dominó inmediatamente. Su boca se curvó en una lenta sonrisa.

—Al fin he descubierto de qué te recordaba, por qué me sonabas tanto. Las fotos del campamento de béisbol. Eres la novia. Tenía montones de fotos tuyas. Estás distinta ahora, por eso no te reconocí enseguida.

—¿Qué?

—El campamento de béisbol. Hace dos veranos. Era compañero de litera de tu novio, Reed Winslow.

Sentí que me quedaba sin respiración, igual que si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Miré a Trigger boquiabierto. Noté que enrojecía por la conmoción y la sorpresa. ¿Conocía a Reed? ¿Trigger era el compañero de cuarto «gilipollas» del que se quejaba Reed? ¿Por eso me sonaba Trigger la primera vez que lo vi? ¿Porque Reed me había enseñado fotos del campamento de béisbol?

Sí.

Trigger lo había adivinado antes que yo.

Recobré la compostura y le lancé la mirada más ridícula y extravagante de que fui capaz.

—No sé de qué me hablas.

—Reed no estaba mal. Como jugador de béisbol o como compañero de cuarto. —Se encogió de hombros—. Pensaba mantener el contacto. Pero no lo hice. ¿Qué tal anda el bueno de Reed? ¿Vosotros dos todavía...? No, no puede ser. Últimamente te lo montas con Chet Falconer. —Antes de que pudiera decirle lo que opinaba de sus estúpidas y groseras especulaciones, añadió como si tal cosa—: Los Phillies era el equipo favorito de Reed, porque él era de Filadelfia. Tenía acento, como esos acentos

de Nueva York que se oyen en la tele, pero un poco distinto. Tú tienes el mismo acento. Estás pálida, Stella. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? —preguntó, fingiendo preocupación al tiempo que me tocaba el hombro como si quisiera sostenerme.

Le aparté de un manotazo.

—¿Qué hace una chica de Filadelfia en Thunder Basin? ¿Forma parte de tu gran secreto?

Levanté la barbilla.

—Estoy en el sistema, idiota. Me envían con padres de acogida. Sí, soy de Philly, ¿y qué?

—¿Padres de acogida? —Meneó la cabeza para mostrarse en desacuerdo—. No es así como lo recuerdo yo. Recuerdo perfectamente a Reed diciendo que tu familia tenía dinero. Tu madre era una de sus mejores clientas. Tenía un vicio muy feo. Sí, estoy enterado. ¿Seguro que no quieres beber nada? Da la impresión de que te sentaría bien. ¿No? Supongo que es lógico. Tienes miedo de volverte igual que tu madre, ¿no? Una borracha y una adicta. Dicen que la adicción se puede heredar; es genética. Pero no nos salgamos por la tangente. Tú has tenido tantos padres de acogida como yo. A menos, claro está, que tu madre sufriera una sobredosis y estirara la pata. Pero entonces tú ahora estarías viviendo con algún familiar. Con esa rica y extensa familia tuya. Así que, ¿qué haces aquí realmente? —me preguntó—. ¿Qué hace una chica rica privilegiada en mi pequeño rincón del mundo?

—¿Qué has dicho de mi madre? —Me temblaba la voz, no sabía si por el miedo o la ira.

—Oh. —Puso los ojos en blanco—. ¿No lo sabías? Vaya, ahora me siento un mierda. No me correspondía a mí decirte que Reed le suministraba OxyContin a tu madre. Era su especialidad. Tenía montado todo un negocio en el campamento. Se lo vendía a los demás jugadores. Alardeaba de haber ganado lo suficiente en el campamento para recuperar lo que había pagado por la matrícula. Alardeaba de que estaba ahorrando para comprarse una casa propia. Iba a dejar la casa de sus padres para vivir con su chica. —Sus ojos me lanzaron una mirada penetrante—. Tú.

Mentiras. Trigger no decía más que mentiras. Yo conocía a Reed. Había estado enamorada de él durante dos años. En ese tiempo, no había otra persona en el mundo con quien tuviera una relación más íntima. Me habría enterado si él hubiera sido un camello. Le había confesado lo de la adicción de mi madre, y él se había mostrado más que comprensivo. Me había apoyado. Me había amado. Imposible que fuera un camello. Habría notado algún indicio.

Todas aquellas noches que volvía y me lo encontraba en casa, me estaba esperando. Me negué a considerar siquiera la posibilidad de que en realidad estuviera allí por mi madre. La noche que Danny Balandó le había golpeado con una llave de cruz, Reed estaba en mi casa esperándome a mí. No estaba allí para vender OxyContin a mi madre.

Pero era su droga favorita. Junto con la heroína que le suministraba Danny.

Un camello para el OxyContin y otro para la heroína.

No.

Oh, Dios, por favor, no.

Sabía que la madre de Reed tomaba OxyContin para el dolor de la fibromialgia, pero ahora parecía que, o bien él vendía parte de lo que le recetaban a su madre, o al menos había descubierto lo que era capaz de hacer la droga viendo a su madre. ¿Cómo podía Reed hacerme daño de esa manera? Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me negué a pestañear por temor a que se desbordaran.

Trigger se inclinó hacia mí, apestando a alcohol y hablando en susurros.

—No te preocupes, cariño. Tu secreto está a salvo conmigo. De hecho, creo que voy a dejar de hurgar en tu pasado. Tus secretos no despiertan lo más mínimo mi interés. Porque... tú no me has dado ningún motivo para hacerte daño, ¿verdad? Usa esa bonita cabecita tuya para pensarlo. —Su expresión se endureció—. Eso es, Stella, yo siempre gano.

Estaba temblando. Se había levantado viento y refrescaba un poco, pero el frío que yo sentía era interior. Los secretos empezaban a desvelarse, y yo había sido tan egoísta, había estado tan ensimismada, que no me había dado cuenta de que no era la única que los guardaba. ¿Cómo habían podido? Seguro que los dos me habían tomado por una idiota. Una niña estúpida, ciega y crédula. El asombro empezaba a ceder paso a una sensación creciente de traición y humillación. Habían actuado a mis espaldas. Reed no era mi aliado. Era el camello de mi madre. ¿Me había usado para acercarse a ella? ¿O le había gustado yo primero, y la adicción de mi madre había sido una ventaja adicional, una oportunidad para lucrarse?

Sonaron truenos y di un bote en el asiento. El mundo se había vuelto sombrío de repente. Una ráfaga de viento helado entró por las ventanillas abiertas, pero yo sentía una ardiente sensación de mareo en el estómago. Quería apartar a Trigger de un empujón y echar a correr. Quería correr y correr, pero no se podía escapar de la verdad.

Trigger profirió una exclamación de sorpresa que llamó mi atención.

Se tambaleó hacia un lado, tratando de mantener el equilibrio. Chet estaba detrás de él. El viento azotaba con fuerza sus oscuros cabellos. Su mirada era dura y fría. Los relámpagos dibujaban el contorno de su cara.

—Vuelve a tocarme y te rompo la mano. —Gruñó Trigger, irguiéndose. Ambos tenían la misma estatura, pero la severidad de Chet le daba un aspecto mucho más amenazador.

—Te dije que te mantuvieras alejado de ella.

—Este es un país libre, puedo hablar con quien quiera —dijo Trigger, arrastrando las palabras.

—Cierto —convino Chet y apretó con fuerza la mandíbula—. Pero hay una diferencia entre hablar y acosar, y me estoy hartando de tener que repetírtelo. Teníamos un acuerdo, tú y yo. Stella y tú no tendréis ningún trato. No te acercarás

más a ella. No la mirarás. Ni siquiera pensarás en su nombre. Cuando ella esté en una habitación, tú te esfumarás. En lo que a ella se refiere, tú no existes.

—No me gustan las amenazas —dijo Trigger con desprecio.

De pronto, Chet dio un puñetazo a Trigger en la mandíbula. Otro violento puñetazo en las costillas y Trigger aulló de dolor. Trigger lanzó el puño contra Chet, que esquivó el golpe haciéndose a un lado y luego agarró a Trigger por el brazo y le golpeó en la articulación del codo. Chet dio por terminado el ataque con un golpe en la nariz, que derribó a Trigger.

—¿Qué coño te pasa? —gimoteó Trigger, tratando de ponerse en pie.

—Quédate en el suelo —bramó Chet—. Si te levantas, te golpearé otra vez.

—Te voy a denunciar. —Gruñó Trigger, pero se quedó en cuclillas.

—Hazlo. Cuéntale a la policía que te han pateado el culo. Me encantaría verlo escrito en el informe. Claro que será mejor que esperes a mañana antes de denunciarme, cuando estés sobrio, porque la poli es un poco quisquillosa con los menores que beben. Pero entonces surgirán más preguntas, como por ejemplo por qué has esperado hasta mañana. Por no mencionar la mala prensa. Apuesto a que a los ojeadores de las ligas profesionales les encantará un tipo con mal genio, un tipo al que no se puede controlar y con los puños sueltos.

—¿Más amenazas? —dijo Trigger, escupiendo las palabras con el rostro tan sombrío como las nubes.

—Solo te ayudo a ver tus opciones. Estas cosas siempre se resuelven de dos modos posibles, o por las buenas, o por las malas. Tú eliges.

—¿Crees que hay la más mínima posibilidad de que elija lo más fácil, de que me deje intimidar por ti?

Chet rio por lo bajo y se frotó los rojos nudillos en los tejanos, como preparándolos para un segundo asalto.

—Espero que prefieras hacerlo por las malas. No he hecho más que empezar.

—Debes de tener ganas de morir. Eres un loco hijo de p...

—Loco no, furioso. Tengo más ira reprimida de la que puedes imaginar. Golpearte me sirve para desahogarme. Así que, ponme a prueba, Trigger. Levántate y dame lo que quiero.

La expresión de Trigger cambió, como si hubiera comprendido que Chet no iba de farol. Retrocedió. Levantó una mano para indicar a Chet que guardara las distancias. Con la otra mano se tocaba la mandíbula, que estaba adquiriendo un tono morado.

—Tu novia no es quien tú piensas —dijo Trigger, señalándome con un dedo acusador—. La historia de la acogida es una tapadera. Tiene madre, una madre yonqui, en Filadelfia. Y ese no es su único secreto. Estoy buscando. Encontraré más. Hay algo en ella que da mala espina.

—Cuando acabe contigo, la gente dirá lo mismo de ti —dijo Chet, avanzando hacia él.

—¿Estás sordo o qué? —aulló Trigger, alejándose a trompicones—. Te estoy diciendo que tu novia te ha mentado. Nos ha mentado a todos.

—Así que tiene sus secretos. ¿Y qué coño te importa a ti? —saltó Chet, defendiéndome, pero se le notaba dolido por el tono de voz. Le dolía saber que Trigger tenía razón. Yo le había mentado y, aunque aparentemente no iba a reprochármelo, tampoco lo iba a olvidar. Sus ojos lanzaban chispas—. ¿Por qué Stella te importa tanto? ¿Por qué no la dejas en paz?

—De acuerdo, tío, cálmate. Me mantendré alejado de ella.

—Vas a hacer todo lo posible para que olvide que existes.

—Sí, sí, eso también. Lo que quieras, tío.

—No tendrá que volver a verte.

—Si me ve, no será por mi culpa. —Trigger retrocedió cautelosamente sin hacer movimientos bruscos—. Ahora me voy. Pero tú aléjate de mí, ¿me oyes?

En cuanto estuvo a cierta distancia de Chet, Trigger dio media vuelta y se alejó cojeando a toda prisa. Chet y yo nos resguardamos del vendaval, encerrándonos en la Scout. Pero el viento soplaba con fuerza descomunal. Incluso después de subir las ventanillas, seguía sacudiendo la camioneta.

Chet agitó el puño y flexionó los dedos.

—Hacía tiempo que no golpeaba a nadie. Había olvidado cuánto duele.

—¿Por qué le has golpeado? Ha sido tan... —No encontraba las palabras. Había sido tan... impropio de Chet.

—Te agredió en el Sundown, ¿verdad? Él fue el agresor —dijo Chet en voz baja. Tragué saliva.

—Chet...

—No me lo contaste. Lo sabías, pero me lo ocultaste.

—Temía que fueras a por él. Tenía miedo de que te metieras en problemas. No quería que Trigger fuera la causa de una mancha en tu historial. O algo peor.

—¿Ah, sí? —Su mirada se volvió más penetrante—. Bueno, pues a mí me da miedo que tú te metas en problemas. Cuando pienso en que te hizo daño, no lo puedo soportar. Nadie, ni Trigger ni ninguna otra persona, puede hacerte daño de esa forma. Estabas destrozada, Stella —dijo, alzando la voz—. ¿Cómo no me iba a afectar? Cuando quieres a una persona, cuidas de ella. Peleas por ella.

Fruncí el entrecejo.

—No necesito que pelees por mí. No soy una niña enclenque. Sé cuidar de mí misma.

Chet ladeó la cabeza para examinarme.

—Estás enfadada porque le he golpeado.

—No.

—Y una mierda que no.

—Llévame a casa —pedí con el rostro vuelto hacia la ventanilla, sin mirarlo.

—¿Ahora me vas a negar la palabra?

—Te he dicho que me lleves a casa —dije entre dientes.

—Dime que estás cabreada. Eso puedo soportarlo. ¿Pero que no me hables? Llevo un año viviendo solo con mi hermano, Stella. No juego al rollo pasivo-agresivo. Dime lo que piensas. No me castigues con el silencio. No me trates como si fuera una de tus amigas.

—Eres un cabrón condescendiente.

—Dime qué es lo que te molesta —insistió él, alzando aún más la voz.

Las lágrimas fluyeron a mis ojos. Quería decirle que me había ofendido al considerarme débil. Hacía años que cuidaba de mí misma. Chet no tenía la menor idea de lo que había tenido que soportar ni de lo fuerte que era. Pero sobre todo me asustaba pensar que se estaba enamorando de mí. No iba a permitir que luchara por mí, para luego abandonarle. No era justo. Era una cobardía y yo estaba harta de ser una cobarde. Sería más fácil abandonarle si no tenía que enfrentarme con el hecho de que me amaba.

—Te cabrea que haya peleado por ti —insistió Chet—. No te gusta la agresividad masculina. Ni la violencia. ¿Alguien te hizo daño? ¿Alguien de tu pasado? ¿Es eso?

Me volví hacia él, furiosa.

—Cállate, Chet. Cállate.

Al ver mi expresión, Chet se interrumpió bruscamente.

—¿Qué pasa? Joder, dímelo. No pelearé más, si eso es lo que quieres. Solo necesito comprenderte.

Me mesé los cabellos, tratando de contener los latidos desbocados de mi corazón. Quería decirle la verdad. Estaba ahí, esperando, igual que mis lágrimas. Podía contársela. Sería tan agradable hablarle con sinceridad, tener a alguien con quien compartir mi carga, abrir las compuertas y librarme al fin de los secretos que me envenenaban.

Pero decirle la verdad no me proporcionaría más que un alivio momentáneo; no resolvería mis problemas, de hecho, los agravaría. E involucraría a Chet en una peligrosa trama con la que no tenía nada que ver. Así que, reprimí el dolor y me tragué con esfuerzo las palabras que pugnaban desesperadamente por brotar.

Envarado en su asiento, Chet fue el primero en hablar con tono inexpresivo.

—Vale. Te llevaré a casa.

Encontré a Carmina en la parte de atrás, echando el pestillo a los postigos para proteger de la tormenta las ventanas de la casa, azotada por hojas y plantas rodadoras que llevaba el viento.

—Mal presagio en el aire —gritó por encima del hombro, cuando corrí a ayudarla—. La tormenta va a ser de las fuertes. —Vio entonces mi expresión—. ¿Qué pasa, Stella?

Aunque habría deseado no tener que decírselo, no veía otra opción. Entre elegir lo que quería y lo que era más inteligente, solo podía haber una respuesta. De modo que le conté que Trigger había descubierto que procedía de Filadelfia. Luego le dije que

mi madre había abandonado la rehabilitación. Ella no preguntó cómo había conseguido Trigger desentrañar mi pasado, ni cómo había averiguado yo el número de la clínica; inmediatamente entró en casa y llamó al alguacil Price.

El descubrimiento de Trigger era una amenaza para mi seguridad. De momento era pequeña, pero él seguiría indagando. Al final quizás encontrara algo que supondría un peligro mayor. Ya no estaba segura en Thunder Basin.

Tenía que marcharme.

Esa noche escuchaba el clamor de la tormenta. Las ráfagas de aire golpeaban el cristal de la ventana y el granizo bombardeaba el tejado. Desde la ventana de mi cuarto, observaba los granos helados que cubrían el césped de blanco y convertían la carretera en hielo. La oscuridad era completa y solo la luz de los relámpagos permitía ver el paisaje. Reses y caballos habían desaparecido de los pastos, y la cebadilla se agitaba como las olas en un mar embravecido.

La furia de la tempestad reflejaba el sentir de mi propio corazón. Pensaba en mis secretos, atrapados en él, aleteando frenéticamente como pájaros tratando de escapar. Los notaba incluso ahora como peso abrumador, y me preguntaba qué habría sido de la dura y despiadada Estella. Meses atrás había tomado la decisión de mentir a las autoridades. A los detectives les había contado la historia que yo quería que creyeran. Aunque en aquel momento no comprendía plenamente lo que estaba haciendo, confiaba en mi fortaleza y me había prometido a mí misma que me llevaría mis secretos a la tumba.

No sabía que acabarían matándome.

El violento estrépito de la tormenta me lastimaba los oídos, hasta que acabé poniéndome los auriculares. Pero aquella noche, la trepidante música *heavy* de las cintas de Nathaniel no consiguió distraerme.

A la mañana siguiente, el cielo tenía un luminoso color zafiro. El jardín estaba cubierto de basura y ramas, y la carretera estaba salpicada de charcos de barro, pero eran los únicos vestigios de la tormenta de la noche anterior. Los pájaros lanzaban alegres trinos y el rocío que cubría la hierba reflejaba la luz del sol. El aire estaba tranquilo y me envolvía los hombros como un cálido y grueso chal.

En la cocina encontré una nota de Carmina. Decía que había ido a por leche, pero no me engañaba. Estaba comprando comida para mi viaje. Imaginé que crujientes panecillos de masa fermentada, rosbif, queso y patatas fritas acabarían en una bolsa de papel marrón con mi nombre en ella. En opinión de Carmina, no valía la pena hacer nada si no era con comida, sobre todo carne, patatas y pan.

El alguacil Price tenía previsto llegar al día siguiente por la noche para llevarme a mi nuevo domicilio. Esta vez había resuelto no molestarme con él. No hacía más que su trabajo. El mío era dejar que me mantuviera a salvo. Fin de la historia. Nada de malas caras, y nada de desear quedarme donde era imposible que me quedara. Para demostrarlo, me recordé a mí misma que, de todas formas, apenas quedaban un par semanas para abandonar Thunder Basin. ¿Qué más daba adelantar el viaje? No había que darle más vueltas.

Respiré hondo. No quería pensar en el mañana. Me quedaban casi treinta y seis horas en Thunder Basin y quería aprovecharlas al máximo. Sé valiente, cabeza alta. Esa era mi estrategia. Pero en el fondo, tenía miedo de muchas cosas. De abandonar aquel lugar que había llegado a querer. De romperle el corazón a Chet. De separarme de Carmina. De enfrentarme con el mundo sin ellos dos. No quería ni sabía cómo decir adiós.

Tal vez fuera mejor así. Cuando el marshal Price viniera a por mí, no habría tiempo para una despedida larga y sensiblera. Tendríamos que actuar con rapidez y pulcritud. Estaría en el coche a kilómetros de distancia de Thunder Basin antes de que empezara a sentir que se me partía el corazón. Tendría que enfrentarme a ese dolor yo sola, como siempre.

Salí de la casa y acaricié las petunias de Carmina, plantadas en barriles de *whisky*. Me empapé de su aroma, grabándolo en la memoria. Paseé con los pies descalzos sobre la cálida hierba. Noté el calor del sol en la cara y escuché los dulces y amistosos trinos de los sabaneros.

Subía descalza por el sendero de entrada, repasando el correo de la mañana, cuando oí un chirrido de neumáticos a mi espalda, en la carretera.

El sol se reflejó en el parabrisas del coche cuando este giró hacia el sendero. La conductora se bajó y contempló la blanca casa de tablillas haciendo visera con la mano sobre los ojos. Llevaba un vestido con estampado de flores, limpio y planchado, y sandalias. Sus suaves cabellos castaños le caían sobre los hombros, recién lavados y con mucho volumen. No tenía ya aspecto demacrado. Cuando su mirada se posó en mí, vi una vehemencia, una animación, que me devolvió de pronto al pasado.

—¿Mamá? —dije, asombrada.

—¡Cielito! —Vino hacia mí con andares afectados y los brazos extendidos. Antes de darme cuenta, me aplastaba contra su pecho—. Oh, cariño. ¡Tu mamá te ha echado de menos!

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, zafándome de su abrazo.

Ella me pellizcó la mejilla.

—¿Esa es manera de saludar a tu madre? Deja que te mire. —Me examinó atentamente, sujetándome por los hombros—. ¡Es increíble lo morena que estás! Ya veo, yo todo el verano encerrada bajo luces fluorescentes, mientras tú estabas aquí tomando el sol. —Hizo chasquear la lengua—. No es justo.

Me limité a mirarla fijamente. Su presencia allí, limpia y sobria, no parecía real.

—Bueno —dijo, sentándose en el columpio del porche de Carmina. Cruzó elegantemente las esbeltas piernas—. Háblame de tu verano. —Recorrió el jardín con la mirada y una sonrisa de suficiencia—. Me asombra que hayas aguantado tanto. ¿Qué hace por aquí la gente para divertirse?

—¿Cómo me has encontrado?

Soltó una carcajada burlona.

—¿A ti qué te parece? Soy tu madre. Los federales tuvieron que decirme adónde te habían llevado. Exigí saberlo desde el principio. ¿Creías que iba a dejar que te llevaran y te escondieran sin mi conocimiento?

—Llamé al centro de rehabilitación. Dijeron que habías pedido el alta. Pensaba...

—¡Sorpresa! —exclamó ella, levantando las manos y agitando los dedos—. Me fui antes de lo previsto. Menuda aburrida aguafiestas sería si te hubiera dicho que venía. Quería darte una sorpresa. Pero bueno, no te preocupes por mí lo más mínimo. Estoy limpia. Toda mi perspectiva ha cambiado. A pesar de lo mucho que detestaba aquel lugar —arrugó la nariz—, soy la primera en admitir que era lo que necesitaba. Tenías razón, cielito mío. Necesitaba ayuda. Bueno, pues ya la he tenido. Ahora tenemos la oportunidad de empezar de nuevo. Una segunda oportunidad. Las cosas van a ser distintas esta vez, Estella.

—Stella —la corregí automáticamente. Pero ella tenía razón. Las cosas eran diferentes, muy diferentes. ¿Quién era aquella mujer exageradamente afectuosa? Dos años atrás, mi madre había emprendido un camino que la había conducido directamente al cruce entre estar deprimida y estar colgada. Era difícil recordarla cuando no se mostraba perdida, desinteresada e, intencionadamente o no, muy fría e indiferente conmigo.

Ella agitó una mano despectivamente.

—Para mí eres Estella. Y yo soy tu madre. Los federales y sus documentos no pueden cambiarlo.

—Yo... ¿Qué estás haciendo aquí? —repetí, todavía aturdida.

—¿Quieres dejar de preguntarme eso? Parece que te moleste que haya venido. Ya no tienes que seguir aquí, cielito. Olvidemos este lugar. He venido a recogerte. Seremos tú y yo otra vez. Compraremos una casa, encontraremos trabajo, echaremos nuevas raíces. Bueno, echaremos de menos Philly, pero encontraremos algún sitio casi igual de bueno. Sé que te encanta Boston. —Su tono era optimista, lleno de esperanza—. Estaremos a un paso de nuestra antigua vida. Bueno, no me digas que no te gusta cómo suena.

—Boston. —Repetí.

—Eso es, cariño. Nos mudamos a Boston.

Atónita, fui incapaz de articular una respuesta. Antes de que pudiera pensar en una, apareció la camioneta de Carmina en el sendero. Frenó detrás del coche de mi madre, que claramente no esperaba encontrar allí, luego retrocedió y aparcó al lado. Al verla, mi primera reacción fue un nerviosismo generalizado y un extraño hormigueo en el cuerpo que me impelía a apartarme de mi madre, a separarme de ella. No sabía qué pensar, hasta que comprendí que me avergonzaba de ella. Me incomodaba la idea de presentársela a Carmina. No sabía cómo explicar qué hacía allí. Carmina no lo tenía previsto. Y no le gustaban las sorpresas.

Carmina saltó fuera de la camioneta. Sus botas rojas aterrizaron con firmeza en el sendero. Nos miró a mi madre y a mí y su expresión se alteró. Se volvió vigilante.

Supongo que vio el parecido, porque sus primeras palabras fueron:

—Usted debe de ser Savannah.

—Eso es. ¿Y usted es...? —Me pareció que la voz de mi madre era innecesariamente fría y miré a Carmina tratando de expresarle una disculpa.

—Carmina Songster. Bienvenida a Thunder Basin.

—He venido a recoger a Stella. No tardaremos. Stella, cariño, ¿por qué no vas adentro y recoges tus cosas?

Miré a Carmina, cuya expresión era indescifrable.

—No sabía que iba a venir hoy a buscar a Stella —dijo ella.

—No sabía que necesitaba su permiso —replicó mi madre, con un tono que escondía un matiz sutil. Resentimiento, quizá.

—¿Permiso? Cielos, no. Al menos no de mí. Usted es su tutora legal.

—Soy su madre.

—Sí, por supuesto. Pero me pregunto —dijo Carmina pacientemente—, ¿se lo ha pensado bien todo esto? Si se lleva a Stella de Thunder Basin, tendrá que notificárselo al Servicio de US Marshals. Necesitan conocer el paradero de Stella, dado que ha aceptado testificar en favor de la fiscalía. Todo esto se explica en el contrato que firmó cuando entraron en el programa de protección de testigos.

—No tengo por qué decirles nada —replicó mi madre altivamente—. El programa es voluntario. Podemos dejarlo cuando queramos. Si Estella y yo nos vamos, no puede decirnos qué debemos hacer.

—¿Haría eso? —preguntó Carmina con tono aún mesurado—. ¿Pondría a Stella en peligro? Si se van, tendrán que recuperar su antigua identidad. Los US Marshals ya no serán responsables de su seguridad. Sé que quiere recuperar su antigua vida, pero ya no es seguro. No es una opción. Sé que seguir adelante es duro, pero tiene que intentarlo. Necesita pensar primero en su hija, en lo que ella necesita.

—Sé cómo mantener a salvo a mi hija —dijo mi madre, aferrándome por los hombros protectoramente—. No voy a llevarla a Filadelfia, sino a Boston.

—Está cometiendo un error —dijo Carmina sin rodeos.

—Date prisa, Stella —repitió mi madre con mayor firmeza, pero sus ojos lanzaban chispas al mirar a Carmina—. Nuestro avión sale a mediodía.

—¿Has comprado los billetes? —El pánico parecía cerrarme la garganta. Realmente mi madre hablaba en serio. ¿Y la rehabilitación? Ahora estaba limpia, pero ¿cuánto duraría así? ¿Lograría siquiera llegar a Boston sin recaer?

—Aún te quedaban unas semanas de rehabilitación —protesté.

—Ya te he dicho que estoy limpia —replicó ella, nerviosa e irritada. Su encanto sureño se iba desmoronando, dejando al descubierto a la mujer tensa y siempre a la defensiva que yo recordaba—. Siempre dije que lo dejaría cuando estuviera lista. Y lo he dejado. Ahora ve a por tus cosas. No tenemos mucho tiempo.

De repente tuve miedo de no poder despedirme de Chet. De Inny y de Dixie Jo. No podía irme sin dejar que supieran lo mucho que significaban para mí. ¿Cómo

podía abandonar a Chet sin disculparme por lo de la víspera, sin arreglar las cosas? No era así como quería recordarlo: dolido y frustrado por mi rechazo. No era justo para él. Sufría con solo pensarlo.

—¿Por qué no entran y les hago el desayuno a las dos? —sugirió Carmina a mi madre—. No pueden viajar con el estómago vacío. ¿Has comido algo, Stella? —me preguntó, antes de que mi madre pudiera rechazar la oferta.

Meneé la cabeza para indicarle que no, agradeciendo la oportunidad de ralentizar las cosas. Todo era demasiado precipitado. ¿Cuántas noches había permanecido despierta en mi pequeño cuarto, contando los días que faltaban para volver a la Costa Este y estar rodeada de extraños en una ciudad rebosante de energía y oportunidades? Había soñado con regresar a la vida de Estella. Pero eso era una fantasía. Un deseo secreto que te guardas dentro porque no pertenece al mundo real. No podía volver atrás y no podía abandonar el programa de protección de testigos. Pero tampoco podía abandonar a mi madre.

—Carmina hace unos desayunos estupendos —le dije a mi madre—. Tortitas con huevos y bacón. No tardaremos nada.

—He tomado café por el camino —me espetó ella con brusquedad, pero al ver mi expresión decaída, exhaló un suspiro de impaciencia—. Un par de minutos, Stella. Luego tenemos que irnos.

Carmina acompañó a mi madre al cuarto de baño de la planta baja para que se refrescara, y yo subí a mi cuarto a hacer el equipaje. Una bolsa era todo lo que necesitaba. No había aumentado prácticamente mis pertenencias durante el verano. Me di cuenta de que la mayor parte de las cosas que llevaría conmigo serían recuerdos atesorados con mimo. Sin motivo aparente, los ojos se me llenaron de lágrimas.

La puerta se abrió.

—Stella —dijo Carmina en voz baja.

Me sequé los ojos con la manga.

—Estoy bien. En serio. Estaré bien. Todo irá bien —dije, llorando a moco tendido—. No tardaré. Tengo poco equipaje. No he adquirido casi nada. —Eché un vistazo a las escasas prendas que había extendido sobre la cama. Mi vestido amarillo. Las botas que me había regalado Carmina. El sombrero de Chet.

—Es curioso —dijo ella, sentándose en el borde de la cama—. Justamente estaba pensando en lo mucho que había ganado yo teniéndote aquí conmigo este verano. Has sido una bendición, Stella. Cada noche me voy a la cama con el corazón un poco más alegre. Le doy gracias a Dios por el tiempo que has pasado conmigo.

Incapaz de contenerme, la rodeé con mis brazos.

—Oh, Carmina. ¿Tú quieres que me vaya?

—No quiero que te vayas —respondió, parpadeando, pero no lo bastante rápido como para evitar que se le humedecieran los ojos—. Oh, Stella, no quiero que te vayas. ¿No te das cuenta? Y en el fondo, creo que tú tampoco quieres irte.

—No quiero tener que cuidar de mi madre, pero si no lo hago yo, ¿quién lo hará? Nunca conseguirá salir adelante sola.

Su sonrisa era dulce y triste. Apoyó mi cabeza en su hombro y pasó sus cariñosos dedos envejecidos por mis cabellos.

—Stella, si te vas, no habrá nada que impida a Danny Balandó encontrarte a ti y a tu madre —dijo con tono serio y teñido de preocupación—. Por mucho que se diga a sí misma que Boston no es Filadelfia, será como caminar lo más cerca posible del fuego sin quemarse, o eso cree ella. No puedes irte en ese coche con ella. ¿Lo entiendes? Legalmente no puedo impedirte que te lleve consigo. Es tu tutora legal y, por mucho que me desagrade, debo cumplir la ley. El alguacil Price y yo podemos ayudarte a solicitar la emancipación, pero llevará su tiempo. Si te vas con tu madre, el tiempo correrá en nuestra contra.

—¿Qué crees tú que debería hacer?

—Vete a casa de Chet. Sal por la puerta de atrás. Quédate allí hasta que yo vaya a buscarte. Deja que yo me ocupe de tu madre. Intentaré ayudarla a comprender que su plan es peligroso.

Tres meses atrás eso era exactamente lo que habría hecho, habría rehuido los problemas en lugar de afrontarlos. Habría deseado que mi madre se fuera, habría fingido que no existía, y luego se lo habría echado en cara a ella. Huir no me había servido de nada tres meses atrás, y no funcionaría ahora.

Por una vez, tenía que ser sincera y demostrarle lo fuerte que era ahora. Necesitaba decirle que no iría con ella a Boston y que esperaba que ella tampoco fuera. Si realmente quería que las cosas funcionasen entre nosotras dos, primero tenía que acabar la rehabilitación. Ya sabía que no bastaría con eso, pero sería un primer paso. Una demostración de buena fe.

—No, soy yo quien debe decírselo —expliqué.

—¿Estás segura?

—Sí.

Carmina me apretó la mano.

—¿Quieres que vaya contigo?

Negué con la cabeza. Mi madre se pondría aún más a la defensiva si creía que la idea era de Carmina.

Bajé las escaleras deslizando la mano por la barandilla gastada, notando el peso de cada pisada. No sabía cómo iba a reaccionar mi madre. O quizá sí. Y por eso me flaqueaban las rodillas y tenía un nudo en el estómago. Manteniendo los nervios a raya y tratando de reforzar una confianza menguante, entré en la sala de estar, donde vi a mi madre inclinada sobre el bolso de Carmina.

—¿Qué estás haciendo? —balbucí.

Ella dio un respingo. Con un ágil movimiento sacó la mano del bolso y se la metió en el bolsillo. Cuando se dio la vuelta, su sonrisa era tan dulce como el azúcar.

—Hola, cariño.

—¿Qué te has metido en el bolsillo?

—Escucha, cariño, he pensado que podríamos quedarnos en la ciudad esta noche. Hacer de turistas durante el fin de semana y luego empezar a buscar apartamento en los barrios residenciales a la semana si...

—¿Qué te has metido en el bolsillo? —repetí, acercándome a ella a grandes zancadas. Intenté agarrarla, pero ella me apartó la mano dándome un rápido manotazo.

—No me toques, Estella. No... No me gusta cómo me miras.

—¿Qué has sacado del bolso de Carmina?

—Creía que se me había caído una horquilla...

—Dinero, ¿es eso lo que le has cogido? —pregunté con tono furioso—. ¿Para poder comprar drogas? Sabía que no estabas limpia. Habría sido demasiado fácil. —Debería darme un puntapié a mí misma por haberla creído... no, por querer creerla. Habíamos retrocedido en el tiempo. Mi madre volvía a ser una fuente de mentiras. Yo volvía a perder el derecho a respetarme—. ¡Has pedido el alta antes de tiempo porque no podías soportar un día más sin colocarte!

—Calla, Estella —me espetó—. No le digas esas cosas a tu propia madre. Es de mala educación.

—Le has robado a Carmina. —Me temblaba la mandíbula—. Después de todo lo que ha hecho por mí. Me acogió cuando nadie más me quería.

—Yo te quería, cielo... —empezó a decir ella, alargando las manos hacia mí.

Yo levanté las manos para mantenerla a distancia.

—Para. Simplemente... para. —Cerré los ojos y brotaron las lágrimas—. Tienes que irte. Es necesario que te vayas. Vuelve a rehabilitación o vete a otro sitio, me da igual. Pero vete. Y no voy a ir contigo.

Me sentía mal. Las piernas apenas me sostenían, pero tenía que guardar la compostura y conseguir echarla. Era la única idea que me martilleaba la cabeza. Me apoyé en la pared, tratando de contener las náuseas. No quería recordar todas las veces que había vuelto a casa y había encontrado a mi madre tirada sobre su propio vómito con la piel azul y los ojos como cabezas de alfiler. Me preguntaba entonces si estaba muerta, deseando secretamente que lo estuviera...

—Te necesito, cariño. —Su voz se quebró.

—Para. Vete. Por favor. Vete —le supliqué.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Pero en el pasado, en todas aquellas noches, sus ojos estaban secos. Se quedaba tumbada en la cama con la mirada fija en el techo de su dormitorio, y yo le quitaba los zapatos y la arropaba con las mantas, y luego la velaba toda la noche. ¿Viviría? ¿Qué sería de mí? Me pasaba horas dándole vueltas a esas preguntas.

Había cuidado de ella durante años. Quería creer que la ayudaba. Había sido necesario ir a Thunder Basin para ver la verdad. No estaba ayudando a nadie, y mucho menos a ella. Cuanto más la protegiera, más daño haría ella a más personas.

—No puedo irme sola —susurró con la blanca piel translúcida salpicada de manchas rosadas. En ese momento parecía una niña pequeña y asustada.

—Si te quedas, se lo diré a Carmina.

—No puedes hacerme esto.

—No permitiré que le robes.

Mi madre soltó un gemido de desconcierto.

—¿Adónde voy a ir?

—Si eres lista, volverás a rehabilitación.

Me fulminó entonces con la mirada.

—No me mires así —dijo—. No me juzgues. No te atrevas a plantarte ahí como una santurróna y mirarme con desprecio. No tienes ni idea de lo que tuve que sufrir. Era el ama de casa perfecta, la anfitriona perfecta de las mejores fiestas. Hacía reír a sus amigos. Le di una preciosa hija. ¡Lo hice todo bien y él me dejó! —exclamó con tono airado, rayano en el histerismo. Pero enseguida se convirtió en llanto y desesperación—. No tenía que acabar así. Yo tenía sueños. Yo tenía... tenía... —Se cubrió la cara con las manos—. No tengo nada. Todo se ha esfumado. —Sollozó—. Si tú también me abandonas, ¿qué será de mí?

La cabeza me estallaba. No quería que ella tuviera aquel poder sobre mí, el de atraerme hacia ella, para luego arrojarme a un lado. Y absorberme de nuevo. Detestaba sentirme atrapada en la corriente de sus mareas. Había pasado años a su merced, siempre con la sensación de que estaba a punto de volcar.

Y entonces me había instalado en Thunder Basin. La marea había reulado. El verano había sido un regalo. Una escapada egoísta y culpable, pero gratificante. Había sido una estúpida al creer que duraría. Carmina tenía razón. El pasado formaba parte de nosotros; no podíamos escapar de él.

Noté que la marea me lamía los pies, tirando de mí, pero no me dejaría arrastrar. Era mi madre. Quería que se curara. En el fondo, la quería. Pero también tenía que recordar que ella era la madre y no al revés. No podía obligarla a hacer nada.

—Tienes que irte. —Conseguí arrancar las palabras de algún lugar recóndito de mi interior. Una versión más fuerte de mí era la que hablaba.

—No puedes hacer esto.

—No puedo seguir protegiéndote. No puedo mentir. —Quería interrogarla también acerca de Reed, pero a la vista de todo lo demás, la relación que existía entre ellos parecía insignificante. Lo dejé correr. Lo que no iba a ignorar era que no estaba curada de su adicción, que no estaba preparada para asumir de nuevo su papel de madre responsable.

Se volvió hacia la puerta con el rostro inexpresivo. Cerré los ojos y escuché sus pasos vacilantes que se alejaban. Notaba una dolorosa opresión en el pecho. Sentía un profundo vacío en mi interior que era congoja y alivio a la vez.

La puerta principal se cerró tras ella y yo me desplomé en el suelo.

Ya no estaba atrapada en su marea.

El sol se ponía llevándose consigo el calor del día, y mientras yo me mecía en el columpio del porche, bebiendo un vaso del té helado de Carmina, el aire nocturno era casi balsámico cuando me susurraba en la piel. El tiempo estaba cambiando, encaminándose hacia el otoño, y el verano se acababa. Igual que mi estancia en aquel tranquilo y hermoso refugio. Se acercaba el mañana y dolía pensarlo. El mañana significaba cambio. Significaba la despedida y volver a empezar de cero.

Cuando intentaba imaginar adónde me llevaría el alguacil Price, cómo sería mi nuevo cuarto, cuál sería mi siguiente trabajo, todo se volvía borroso. Quería quedarme allí. No estaba preparada para irme. Una parte de mí, muy pequeña y poco realista, soñaba cómo sería quedarse para siempre, convertir Thunder Basin en mi hogar.

Pero aunque Trigger no hubiera puesto en peligro mi tapadera, ¿podría llegar a sentirme realizada allí? ¿O acabaría por aburrirme, y me volvería irritable y malhumorada? Pero lo más importante era si podría echar raíces en un lugar donde había mentido a todo el mundo.

No, no podía.

Debía ser realista. Había llegado el momento de seguir adelante. Antes de lo planeado, pero ¿y qué? Así era la vida. Y yo podía echarme a llorar, o podía comportarme como una adulta y aceptarlo.

Doblé las rodillas hacia el pecho y absorbí el aroma dulzón de las azucenas de agosto. Una hinchada luna amarilla surcaba el horizonte. Podría haberse tragado diez lunas de Filadelfia, de tan grande como era. El canto de los grillos entre los arbustos me arrullaba hasta hacerme sentir pesada y somnolienta.

La puerta de malla metálica chirrió y las botas de Carmina sonaron en la tarima de madera.

—Mírate, perezosa como un mapache doméstico.

Le sonreí, alzando el vaso.

—Tu té es realmente bueno. Ojalá se me hubiera ocurrido pedirte que me enseñaras la receta. Ahora es demasiado tarde.

Carmina tardó unos instantes en contestar.

—No te quedes dormida aquí fuera, o los mosquitos se darán un festín contigo.

Observé su falda tejana y la blusa almidonada.

—¿Adónde vas?

—Al estudio de la Biblia. Estaré de vuelta a las diez.

—No hace falta que vuelvas temprano por mí.

—Iré al estudio de la Biblia y luego volveré directamente a casa, como hago siempre —dijo ella con tono práctico.

—O podrías invitar al pastor Lykins a tomar algo por ahí.

Ella entornó los ojos mirándome con desaprobación.

El pastor Lykins no bebe.

—Entonces invítale a venir y tomar un té.

—¿Y la teína? No pegaría ojo. Tú tampoco deberías beberlo a estas horas.

—Créeme, si el pastor Lykins viene aquí, no será para dormir. He visto cómo te mira. Puede que no beba con esos labios tan puros, pero apuesto a que los usa para...

—Imité el sonido de besos.

—Stella —me regañó ella, y luego siguió su camino, pero no antes de que viera que se había ruborizado.

—Solo se vive una vez. Tráetelo a casa y te juro que desapareceré. No os daréis ni cuenta de que estoy aquí.

—¿Por qué habría de importarme que estés aquí?

—Oh, Carmina. —Alcé las manos al cielo—. Eres un caso perdido.

—Buenas noches, Stella. Pórtate bien mientras estoy fuera.

—¡No mientras dependa de mí! —le grité cuando ella ya se subía a la camioneta.

Ella agitó la mano para despedirse. Luego vi las luces traseras de la camioneta enfilando la carretera entre sacudidas.

Me despatarré en el columpio del porche, notando que la teína me agitaba la sangre. No estaba de humor para ver la tele. Me sentía alterada, incapaz de quedarme quieta. La noche era perfecta. Luna llena. Un mar de estrellas. El calor justo que emanaba de la tierra. Una buena noche para abordar un asunto largo tiempo demorado.

Subí a mi cuarto para ponerme el traje de baño y me sujeté el pelo en un moño alto. Eché un vistazo al espejo y observé que mi madre tenía razón. Tenía la piel del color de la miel oscura, casi del mismo tono que mis ojos. Y mis brazos y piernas estaban torneados. Incluso los músculos de los hombros se habían definido. Era el resultado de todo un verano trajinando bandejas de comida.

Pensé en mi mejor amiga, Tory, y en todas las horas que habíamos pasado escudriñándonos en el espejo. Pose frontal, pose lateral, pose mirando por encima del hombro. Nuestro ideal era un cuerpo largo, esbelto e iridiscente como un perla. Seguíamos la dieta religiosamente y nunca hacíamos deporte, porque no queríamos muscularnos.

Esa idea provocó una lenta sonrisa. Realmente entonces no tenía ni idea. O quizá mi percepción había cambiado. En cualquier caso, me gustaba la imagen que veía ahora. Me sentía nueva, confiada y llena de vida.

No había cogido el pareo de mi casa en Filadelfia, así que me puse unos pantalones cortos tejanos deshilachados y me colgué una toalla del cuello.

Luego me dirigí a casa de Chet.

Durante casi tres meses nuestras vidas se habían cruzado, girando ambos frenéticamente uno alrededor del otro como planetas en órbita. ¿Cómo se rompía esa

clase de fuerza gravitacional sin hacer daño a nadie? Por la mañana había estado a punto de irme con mi madre. Sin despedidas dolorosas, evitando el sufrimiento, huyendo. Era más fácil abandonar que ser abandonado.

Sin darme cuenta, me había vuelto a meter en la piel de Estella, dura e impenetrable como una armadura. ¿Un verano perfecto con el tío perfecto? No podía durar. Nada duraba. Mejor retirarse cuando uno todavía tenía la ventaja, y que le dieran al resto del mundo.

Pero cuando estaba a punto de irme con mi madre, no me preocupaba que Chet no fuera más que un rollo de verano.

Me aterraba que fuera algo más.

Un instante después me encontraba en el porche de Chet. Acudió a abrir la puerta desnudo de cintura para arriba y descalzo. Los húmedos cabellos le caían sobre los ojos y olía a jabón y a un café tardío. Apoyó su musculoso brazo en la jamba de la puerta y me miró.

—Siento lo de anoche —me disculpé—. Fui injusta contigo al negarme a hablarte. ¿Podemos olvidarlo? ¿Podemos volver a ser amigos?

La tensión abandonó sus fornidos hombros.

—Nunca hemos dejado de serlo.

Mi sonrisa expresaba alivio en parte, pero también una esperanza.

—¿Quieres ir a nadar?

Sus ojos escudriñaron los míos, como si viera algo en ellos de lo que yo misma no era consciente. Su expresión cambió, se hizo más perspicaz.

Me pregunté si notaba la extraña agitación que sentía en mi interior, o si leía los pensamientos que agitaban mi mente. Pensaba en él, en sus fuertes manos sujetándome, en su cuerpo apretado firmemente contra el mío. El sabor de su boca saboreando la mía. Su aliento, cálido e irregular, en mi oído. El apetito insaciable que solo él podía satisfacer.

No se molestó siquiera en cambiarse. Me tomó de la mano y echó a andar. Fue entonces cuando supe que el deseo apremiante que agitaba mi sangre, también agitaba la suya.

Me encontraba en el embarcadero de la laguna, observando a Chet trepando como un mono por el tronco de un grueso árbol que se inclinaba sobre el agua. El reflejo de la luna llegaba hasta la orilla. Traté de ahuyentar a manotazos los mosquitos que me zumbaban en los oídos.

Al llegar a la copa del árbol, Chet alargó las manos hacia las frondosas ramas para agarrarse a una cuerda. Sin aflojarla, colocó los pies contra el tronco del árbol adoptando la postura adecuada para lanzarse en rápel. Dándose impulso con fuerza, saltó sobre la laguna trazando una elegante curva. Cuando sus talones se encontraban sobre la parte más profunda del agua, soltó la cuerda y se sumergió, pero no sin

proferir primero una exclamación entusiasta.

Su cabeza volvió a la superficie y sacudió los cabellos igual que un perro.

—El agua está estupenda.

Doblé las rodillas y me zambullí. Apreté los ojos con fuerza cuando el primer choque del agua fría electrificó mi piel. Después de unas cuantas brazadas bajo el agua, emergí para respirar. La laguna era profunda y tuve que agitar los pies para mantenerme a flote. Chet se encontraba a medio metro de distancia, haciendo lo mismo.

Se acercó entonces nadando muy muy lentamente.

No me moví. Me estremecía de excitación. Su ávida mirada hacía que mi cuerpo vibrara sin control. Noté el tacto seductor de las yemas de sus dedos acariciándome el estómago. Fue un roce bajo el agua, incitante y provocador, que despertó todas mis terminaciones nerviosas.

Busqué su mano en las turbias aguas. Sus manos rodearon mi cintura, acercándome a él. Su piel desprendía calor en el agua fría. Un calor que me lamía el cuerpo, disolviendo mis miedos, mi angustia y todo el sentimiento de culpa que llevaba como un yugo sobre los hombros. Por eso había acudido a Chet esa noche. Lo necesitaba. Notaba los latidos de su corazón, vivo y apremiante. Él también me necesitaba.

Estaba decidido. No abandonaría Thunder Basin sin haber compartido algo real con él. Una parte de mí que fuera auténtica. No más fingir que era alguien que en realidad no era. Estaba lista para exorcizar el pasado y ofrecerle mi auténtico yo.

Mis piernas se entrelazaron con las suyas; sentí sus pies agitando el agua con fuerza. Su rodilla se deslizó entre mis piernas y me quedé sin respiración.

—No hago pie —dije, moviendo los dedos de los pies en la fría nada.

Pero no me hundía bajo el agua, me hundía en Chet, flotando etérea mientras me mordisqueaba y me besuqueaba la garganta, provocando nuevas oleadas ardientes que me quemaban por dentro. Aferré sus cabellos y arqueé la espalda hacia atrás, apoyando las rodillas en sus muslos. El agua nos rodeaba por todas partes, creando un intenso contraste entre frío y calor. Chet me sostuvo en alto y su húmeda boca se deslizó por mi cuerpo hacia abajo. Me quedé sin aliento cuando su lengua se introdujo entre mi piel y el elástico del bañador. Noté que algunas zonas de mi cuerpo parecían derretirse y otras se ponían erectas. En medio de aquel éxtasis, comprendí que aquello era el placer. Un placer ávido, egoísta y maravilloso.

Topamos con el embarcadero y noté el duro poste clavado en la espalda.

Me miró a los ojos con una expresión que era a la vez una pregunta y una promesa.

Al comprobar que yo no le detenía, su boca se unió a la mía. No fue un beso suave ni contenido. Me besó con pasión y guio mis piernas con las manos para que se entrelazaran alrededor de sus caderas. Aquellas manos rudas y fuertes me acariciaron los muslos.

—Te deseo. —Su voz grave y áspera avivó aún más mi deseo.

Busqué su sexo. Él me clavó los dientes en el hombro, ahogando un gemido. Me aplastó contra el poste, con la expresión ardiente y voraz de sus azules ojos como único aviso de lo que estaba a punto de desatarse.

Más tarde, subí por la escalerilla del embarcadero y me tumbé sobre las tablas de madera desgastadas. Sentía un delicioso agotamiento. Chet se tumbó a mi lado y me rodeó con el brazo para acercar mi cuerpo, que se amoldó al suyo. Me besó en el hombro desnudo.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí toda la noche —murmuró.

—Carmina se quedará despierta esperándome.

Me lamió la oreja.

—No quiero dejar de abrazarte.

Sonreí. Lo cierto era que la idea de dormir allí con Chet era perfecta y maravillosa. Me encantaba la sensación de tenerlo tan cerca. Me encantaba estar con él.

Hasta que una vocecita me recordó en susurros que aquello todavía era una mentira. Le había entregado una parte de mí, pero no le había contado toda la verdad. Chet se estaba enamorando de una sombra de mí, de alguien que era real e irreal al mismo tiempo. Alguien que se iría al día siguiente.

Cuando volvió a darme un largo beso, comprendí que había llegado el momento de contárselo.

—¿Te creíste lo que dijo Trigger ayer? ¿Que tengo secretos?

La luna brillaba con intensidad suficiente para ver mi reflejo nadando en sus ojos. Su expresión cambió con mi pregunta; vi en ellos un destello de inquietud, de ansiedad.

—Todo el mundo tiene secretos —dijo, eludiendo en parte la pregunta.

—¿A ti te carcomen por dentro tus secretos? ¿Te impiden dormir por la noche?

Me miró durante un buen rato.

—¿Quieres contarme tus secretos? —preguntó al fin en voz baja.

Tragué saliva. Tenía que contárselo a alguien, porque mi secreto me estaba destrozando poco a poco y corría el peligro de que acabara conmigo. Aun así, no lograba decidirme entre hablar o postergarlo.

—Entonces te contaré yo el mío —dijo él.

Me incorporé.

—¿Tu secreto?

—¿Tienes frío? —Fue en busca de las toallas, me echó la mía sobre los hombros y frotó enérgicamente. Luego, mientras se secaba con la suya, se sentó en el embarcadero frente a mí y carraspeó.

—El año pasado mis padres murieron en un accidente de coche —empezó—. Eso ya lo sabes. Lo que no sabes es que mi mejor amigo iba en el coche con ellos. —Soltó una ronca y temblorosa carcajada—. Mi mejor amigo, Nathaniel, era el nieto de

Carmina.

Le abrí la mano, que apretaba con fuerza, y me la llevé a la mejilla.

—No hablo con nadie sobre esa noche —siguió diciendo él—. Sé lo que diría la gente, que no debo sentirme culpable. No podía saber que un coche iba a estrellarse contra el coche de las tres personas a las que más quería. Y tendrían razón, yo no lo sabía. Pero no estaba en la cárcel esa noche por nada. Era culpa mía. Había bebido demasiado y conducía demasiado deprisa. Me pillaron. No puedo reprocharle a Carmina que me arrestara. Fui yo quien decidió beberse aquella botella. Cometí un error que me atormentará hasta que muera. No he vuelto a tomar una sola copa desde aquella noche. No me apetece, me da asco. Yo me doy asco. —Se pasó las manos por la cara y siguió hablando con una voz que delataba su angustia—. Fue la última noche de Carmina en la policía. Pidió el retiro anticipado y, teniendo en cuenta que le faltaban dos meses para jubilarse, se lo concedieron. Sabían que necesitaba un tiempo de luto. Ella es la única que sabe que yo había bebido. Se tomó muchas molestias en asegurarse de que no se supiera la verdad. Sospecho que en parte sentía que se lo debía a mis padres. No había podido salvarlos de mí, pero decidió salvar mi futuro. Me dio una segunda oportunidad que yo no merecía. Sí, Stella, me carcome por dentro. No, no me deja dormir por las noches. La gente cree que soy una víctima. Un hermano altruista que ha sacrificado su futuro para criar a su hermano. —Meneó la húmeda cabeza y el agua que goteaba de sus cabellos le rodó por las mejillas como si fueran lágrimas—. Solo soy un tío que intenta desesperadamente reparar sus errores, pero toda una vida de reparación no devolverán la vida ni a mis padres ni a Nathaniel.

Lo abracé con fuerza, pero no intenté contradecirle ni consolarle. Él no quería que le hiciera sentir mejor ni que ahuyentara a sus demonios. Simplemente quería que le escuchara e hiciera lo posible por no juzgarle. Lo sabía, porque eso era exactamente lo que quería yo también.

—No tienes por qué contarme tus secretos, Stella —dijo él—, pero quería que supieras el mío. Si me detestas por ello, lo comprenderé. Dios sabe que yo me detesto a mí mismo.

Lo miré con el alma acongojada. Me sentía más próxima a Chet que nunca. Teníamos algo en común. No Chet y Stella, sino Estella y Chet. Ambos guardábamos un secreto vergonzante y destructivo. Y ambos estábamos dispuestos a revelarlo, por desagradables que fueran las consecuencias. Mentir no había resuelto mis problemas, los había empeorado. No podía hablar por Chet, pero mi secreto me había matado por dentro. Me sentía fría, triste y vacía, cuando quería sentirme auténtica, esperanzada y viva.

—Yo también tengo un secreto. —No me detuve a pensar si estaba cometiendo un error.

—Stella...

—No. No intentes pararme. Sé que quieres estar seguro de que estoy preparada para hablar, pero si busco más excusas, guardaré este secreto hasta que acabe

envenenándome. Necesito que me escuches. —Se me quebró la voz y tuve que respirar hondo para tranquilizarme—. No me llamo Stella Gordon. No soy de Knoxville y no vivo con familias de acogida. Antes de venir a Thunder Basin, vivía en Filadelfia con mi madre. Mi... mi verdadero nombre es Estella Goodwinn. Fui testigo de un crimen y ahora estoy en el programa de protección de testigos.

No podía mirarle a la cara. Temía que me viera con nuevos ojos, como si no me hubiera visto nunca antes y los tres meses anteriores se hubieran borrado en un instante. Hacía apenas un momento sabía exactamente lo que Chet sentía por mí. Ahora ya no podía estar segura de nada. Salvo quizá de lo que sentía yo por él. Tenía miedo de perderlo. Esa idea me traspasó con un miedo cerval mucho mayor que el ser descubierta por Danny Balandó.

Noté que sus brazos me rodeaban y le oír murmurar.

—Ven aquí.

Le dejé que me abrazara, porque no quería sentirme sola.

—Estás en el programa de protección de testigos —repitió con voz bastante firme—. Y no te llamas Stella. ¿Se me permite hacer preguntas? Porque tengo unas cuantas. Si no estás preparada, puedo esperar.

Chet tenía preguntas. En eso no había caído. Me temblaban las manos y cerré los puños para controlarme. Los abrí otra vez, los cerré.

—No sé mucho sobre protección de testigos, pero supongo que el crimen no fue uno normal y corriente. Sería algo de drogas, tráfico de personas, armas, terrorismo, algo realmente serio. Crimen organizado. Dirigido por personas muy peligrosas.

Asentí y, aunque Chet intentaba mantener una expresión normal, a sus ojos asomó un miedo gélido.

—La fiscalía me envió a Thunder Basin para ocultarme —dije—. Porque el hombre que me anda buscando, el hombre contra el que acepté testificar, es muy peligroso.

—Ese hombre... está en Filadelfia.

—Sí.

Sus ojos no se apartaban de los míos y la preocupación no había desaparecido.

—¿Es de la Mafia?

—De un cártel. Uno de los más grandes que controla el tráfico de drogas en la Costa Este.

—¿Estás a salvo aquí?

—Creo que sí. Carmina también lo cree. Ella forma parte de mi tapadera. Siento haberte mentado. Quería que conocieras a mi auténtico yo, pero estaba asustada.

Chet negó con la cabeza.

—No digas eso. Ya conozco a tu auténtico yo. No me he pasado todo el verano con una extraña. Puede que te consideres una gran actriz, pero nadie puede mantener una farsa durante tanto tiempo. Te conozco —repitió, pronunciando las palabras con seguridad.

—Me alegro de que pienses así —dije en voz baja—. Pero te he mentado en más cosas. Muchas más. —Haciendo acopio de valor, volví a respirar profundamente—. El crimen por el que voy a declarar fue un asesinato. En mi casa. Esa noche llegué a casa tarde, muy tarde, y había sangre por todas partes. Le habían disparado a un hombre... en la cabeza. —Apreté los ojos para disipar el horripilante recuerdo—. Había trozos suyos salpicando la pared. Y la sangre... cubría las paredes. —Añadí con la respiración cada vez más agitada.

—Respira —me indicó Chet. Me tomó las manos y las apretó con suavidad, trazando círculos sobre mis nudillos—. Tranquila. Respira hondo. Ya no estás allí. Estás aquí conmigo.

—Al muerto... lo conocía. Era el primer camello de mi madre. Ella lo llamaba el Farmacéutico. Él le entregó un montón de recetas por adelantado, pero ella no se las pagó. Lo abandonó sin más cuando Danny Balandó entró en su vida. Danny le suministraba heroína y fingía estar interesado en ella, seguramente para conseguir que le comprara más. Ella creía que eran novios. La noche en que el Farmacéutico murió, vino a nuestra casa a exigir dinero. Mi madre salió de la habitación con la excusa de ir a buscarlo, pero lo que hizo fue llamar por teléfono a Danny. Trigger decía la verdad, Chet. Mi madre es una adicta. No está muerta. Se ha pasado el verano en rehabilitación.

Hice una pausa, dándole un momento para hablar, pero él me miró en silencio con una nube oscura y tensa ensombreciendo su mirada.

—Mi novio, Reed, también estaba esa noche en casa. Estaba arriba, durmiendo en mi cama, esperando a que yo volviera. Oyó el disparo y bajó corriendo. Danny lo llevó afuera a rastras y le dio una paliza para hacerle olvidar lo que había visto, para amenazarle y que callara. Al menos eso creía yo. —Me apreté los ojos con los dedos, tratando de evitar que brotaran las lágrimas—. Ahora ya no estoy segura. No estoy segura de nada. Una parte de mí cree que quizá Reed le vendía OxyContin a mi madre y que Danny lo descubrió. Si Reed le vendía OxyContin a mi madre, ya no consumiría tanta heroína. ¿Y si Danny dio una paliza a Reed para marcar su territorio? Así es como veía Danny a mi madre, como una propiedad suya. Ella cree que eran novios, pero no era verdad. Danny es un delincuente. Un criminal peligroso, mentiroso y manipulador. Fue lo peor que le podía ocurrir.

Chet me pasó los pulgares por las mejillas para secármelas.

—Debió de destrozarte ver que trataban así a tu madre. Y debió de enfurecerte ver que ella lo permitía.

—Sabía que Danny Balandó era peligroso, pero cuando llamaron a la policía para informar del asesinato y me llevaron luego a comisaría, descubrí que llevaban años intentando cazarlo. Creían que ocupaba un puesto importante en el cártel, pero no disponían de pruebas. Nunca habían logrado montar un caso contra él.

—Tú les ayudaste a atraparlo.

Me invadía una nueva oleada de vergüenza.

—Cuando volví a casa aquella noche, la del asesinato, mi madre estaba sentada en una silla a un metro del cadáver del Farmacéutico, con el rostro blanco como el papel. Se le había corrido el rímel. Estaba temblando. Y tenía un arma en el regazo. El arma asesina.

»Me entró el pánico. No tenía tiempo para pensar. No quería perderla, me daba miedo quedarme sola. En cierto modo, por retorcido que fuera, estaba acostumbrada a cuidar de ella, así que instintivamente mi primer impulso fue el de protegerla. Cogí el arma y volví a mi coche. Conocía el sitio de una antigua mansión colonial en ruinas. Bajando la colina desde las ruinas, en lo profundo del bosque, sabía que había un antiguo almacén para guardar hielo tallado en la ladera de la colina. Una reja de hierro bloqueaba la entrada y la fachada estaba cubierta de hierbajos y enredaderas. No jugaba nadie allí, ni siquiera los niños. Arrojé el arma a través de los barrotes de hierro. Nadie la encontraría allí. Luego volví a casa y llamé a la policía. Le dije a mi madre que se tomara todas las drogas que necesitara para perder el conocimiento. Por primera vez, quería que se colocara. Le dije que, cuando despertara, la policía la interrogaría y ella tendría que decirles que no sabía nada. Le dije que yo me ocuparía de todo. Llamé a la policía y cuando llegaron yo... yo...

—Les dijiste que Danny Balandó había disparado al Farmacéutico.

—Mentí a la policía para encubrir a mi madre. Nunca imaginé que nos meterían en protección de testigos. No imaginaba que tendría que mentirle al fiscal, a los alguaciles que arriesgaban su vida para protegerme, y a un pueblo entero con gente a la que acabaría por apreciar. He tenido que mentir y mentir, y cada vez me sentía más culpable y avergonzada y atrapada. Pensé que la policía arrestaría a Danny y que así desaparecería de la vida de mi madre para siempre. No tuve tiempo para reflexionar. Tenía que actuar. Danny Balandó era un hombre horrible. Me pareció justo que fuera a prisión. Me convencí a mí misma de que hacía lo correcto. —Miré a Chet a los ojos, demasiado ensimismada en mi dolor para ver qué emociones delataban sus rasgos—. Danny Balandó es un hombre terrible, pero no cometió ese crimen. Lo hizo mi madre.

—Encubriste a tu madre porque era todo cuanto tenías. La querías y querías protegerla. Eso es lo que hace el amor, Stella. Nos hace leales, ferozmente leales.

—Le mentí a la policía. Podrían acusarme de perjurio. Podría ir a prisión. Si digo la verdad, desde luego mi madre irá a prisión. —Lo miré con expresión de impotencia, deseando que me dijera que no iba a ser así, pero debía ser realista. Había tenido todo el verano para darle vueltas al asunto desde todos los puntos de vista. Estaba acorralada en un rincón. No había ninguna trampa por la que pudiera ayudar a mi madre a escapar. Mi madre había cometido un asesinato. Si yo hablaba, tendría que pagar por su crimen.

Si yo no hablaba, ella seguiría haciendo daño a los demás. Robaría, mentiría y engañaría. Cualquier cosa con tal de colocarse. Y si su adicción empeoraba, mucho me temía que sus crímenes se volverían más peligrosos y destructivos. Me veía

forzada a elegir entre mi madre y desconocidos a los que quizá no conocería jamás. Pero esos desconocidos eran la hija de alguien, el novio de alguien, la persona amada de otra persona.

Chet acunó mi rostro entre sus manos y apoyó la frente en la mía. Noté su suave y dulce aliento. Sus manos eran firmes y frías, y cuando me echó el pelo detrás de las orejas, no tuve más remedio que mirarlo.

—Ojalá pudiera hacer que todo eso desapareciera, o librarte de ello para ocuparme yo de todo —dijo—. No lo dudaría un instante, si pudiera quitarte esta carga de los hombros, lo haría. Sufro viéndote sufrir, sobre todo porque yo lo único que deseo es hacerte feliz. Amarte.

—¿Cómo puedes amarme? —pregunté entre sollozos—. Soy una mentirosa.

—No —me recriminó él—. No vuelvas a decir eso. A principios del verano, cuando Carmina y tú os peleabais siempre que surgía la oportunidad, yo me mantenía al margen porque sabía que acabaríais solucionándolo. No me necesitabas. Bueno, ahora me necesitas. Me necesitas para decirte la verdad, porque tú estás demasiado involucrada para ver con claridad. Tu madre tomó unas terribles decisiones. No conozco todos los detalles, pero he oído lo suficiente para saber que convirtió tu vida en un infierno. Eso te ha marcado y te ha destrozado la vida. No voy a decirte lo que pienso de ella, porque nadie merece oír esas cosas de su propia madre. No me importa lo triste y patética que fuera su vida. Tú eras su responsabilidad. Eras una niña que necesitaba a su madre. No debería haber echado esa carga sobre tus hombros.

—Carmina me ha dicho que la culpa es de su adicción, es una enfermedad...

—¿Ah, sí? —replicó él con aspereza—. Pues Carmina es mejor persona que yo. A la mierda con tu madre. No ha sabido cuidar de ti y te ha hecho daño. Ella te ha metido en esta situación y yo no puedo soportar verte sufrir así.

—Dime qué debo hacer, Chet. Ayúdame, por favor.

—Tú sabes lo que debes hacer.

Meneé la cabeza con pesar.

—Si digo la verdad, la arrestarán. Irá a prisión. Y yo me quedaré sola. Estaré completamente sola.

—Oye —dijo él, alzándome el mentón, y su voz se había suavizado—. Me tienes a mí. Tienes a Carmina. Aquí en Thunder Basin hay personas que te quieren. ¿He mencionado ya que me tienes a mí? Por si acaso no te ha quedado claro, puedes contar conmigo. No solo hoy, sino siempre, Stella.

Sentí que me atragantaba con lágrimas de culpabilidad. Él estaría siempre ahí, pero yo me iría al día siguiente. ¿Por qué no era capaz de decírselo?

Porque no quería romperle el corazón. No. Porque no quería que se me rompiera el mío. Aún seguía buscando un modo de evitarlo. Me dije a mí misma que aquella noche la dedicaría solo a exorcizar el pasado. El futuro lo afrontaría por la mañana. Por la mañana tendría el valor suficiente para decírselo.

—Siento que tu madre te haya metido en este horrible lío. Sé que crees que no puedes hacer lo correcto, pero he sido testigo muchas veces de tu valentía y no dudo de ti.

A pesar del cansancio, me puse en pie. Me froté la nuca para intentar aliviar la tensión. Chet también se levantó y me rodeó con sus brazos desde atrás. Me besó suavemente en la base del cuello, y luego apoyó el mentón en mi hombro, con los ojos fijos aparentemente en el mismo punto de la laguna que yo miraba sin ver.

—¿Vuelves a casa? —preguntó.

—Tengo que decirle la verdad a Carmina. Toda. Esta noche. Antes de perder el valor.

Chet sonrió, a pesar de la seriedad del momento.

—Bueno, pues súbete a mi espalda. Te llevaré a caballito hasta casa.

No parecía correcto sonreír en aquella situación, pero lo hice de todas formas. Chet sabía cómo tratarme. Iba a echarle muchísimo de menos. Me subí a caballito sobre su espalda y él me sujetó por las piernas y me impulsó hacia arriba. Respiré hondo. Todo saldría bien. Al menos esa noche. Lo creía porque, cuando estaba con él, todos mis miedos parecían desvanecerse.

Chet y yo fuimos paseando tranquilamente hasta casa, con la ropa mojada goteando. Él se echó mi toalla sobre los hombros y me tomó de la mano. Después de todo lo que habíamos hecho aquella noche, era un poco tonto emocionarse con un gesto tan pequeño, pero quería recordar las cosas grandes y las pequeñas por igual.

Cuando pasamos bajo las ramas de los álamos, sus hojas se agitaron y susurraron como viejas damas chismosas al ver a unos amantes volviendo a hurtadillas a altas horas de la noche. Antes de ir a ver a Chet, me había prometido a mí misma que no tendría nada de qué arrepentirme esa noche, y había mantenido mi palabra. Quería compartir algo real y auténtico con Chet antes de marcharme. Y también quería algo real de él. Lo quería a él. Solo lo quería a él. Al contemplar sus pómulos delineados por la luz de la luna, se despertó de nuevo un cálido deseo. Nunca había sentido nada parecido, y el contraste entre Chet y Reed estaba tan claro como si fueran el día y la noche.

Reed me había atraído porque me sentía sola y asustada y necesitaba a alguien que me ayudara a olvidar mis problemas en casa. Él me había escuchado y me había enseñado a ser dura... con su ejemplo. A cambio, me había acostado con él. Pensándolo bien, me parecía que había sido más una transacción de negocios que un romance salvaje y vertiginoso. El miedo y la desesperación no eran razones para amar a alguien. El amor no necesitaba de razones, me dije. Era un vínculo profundo, un compromiso. Era algo que debía dejarte sin respiración, algo que no debería obligarte nunca a transigir.

Cuando llegamos a casa de Carmina, su camioneta no estaba en el sendero.

—¿Qué hora es? —pregunté a Chet.

—Casi las diez.

Exhalé un suspiro y asentí. Esperaba que Carmina hubiera llegado ya para no tener tiempo de perder el valor, pero no tendría que esperar mucho. Pronto volvería del estudio de la Biblia.

Chet me acompañó hasta la puerta, luego entrelazó sus manos con las mías.

—¿Quieres que me quede hasta que vuelva Carmina?

—No. Necesito un rato sola para ordenar mis ideas.

Me puso una mano en la mejilla.

—Dile lo que me has dicho a mí. Ya lo has hecho una vez. Lo más duro ya ha pasado.

Pensando con lógica, sabía que Chet tenía razón. Ojalá mi corazón desbocado pensara igual. Por fin había llegado el momento. Iba a confesar toda la verdad y a asumir las consecuencias. Me sentía aliviada y quizás incluso un poco orgullosa al darme cuenta de que no tenía miedo, solo estaba nerviosa e impaciente.

—Volveré mañana. Te llevaré a desayunar —me ofreció Chet.

—Estupendo. —Y durante el desayuno se lo diría. Pero no iba a estropear aquella noche. Sería mi último acto egoísta y no iba a estropearlo. Semanas, meses o años más tarde, quería recordarla como la noche perfecta con el primer chico al que había amado.

Chet me apoyó contra la puerta y me besó dulcemente.

—Esta noche no voy a dormir.

—¿Por lo de antes, en la laguna?

—Porque estoy preocupado por ti. Pero bueno, lo que ha pasado en la laguna... eso no lo voy a olvidar en mucho tiempo. Quedará grabado a fuego en mi memoria. Soy un tío con suerte.

Me reí a mi pesar.

—Lo dices para hacerme sonreír.

—Me gusta hacerte sonreír. Te asombrarías si supieras las cosas que estoy dispuesto a hacer para que seas feliz.

—Eres increíblemente bueno conmigo, Chet.

—No he hecho más que empezar. —Me besó la mano y, una vez más, tuve que reprimir el sentimiento de culpa. No permitiría que me robara aquel momento. Me quedé mirando cómo se alejaba Chet, hasta que la oscuridad lo engulló.

Me dejé caer en el columpio del porche y me llevé una mano al pecho. Me preguntaba si tenía derecho a ser tan feliz. A ser tan maravillosa y arrebatadoramente feliz. Decidí que todo el mundo tenía derecho a sentirse así al menos una vez en la vida. A tener una luz a la que aferrarse cuando se cernía la oscuridad. Un rayo de felicidad para proporcionar a una persona la esperanza de que la luz volvería a brillar.

Al poco rato entré en la casa y busqué a tientas el interruptor de la luz que se encontraba a unos pasos de la puerta. Extasiada aún por la dicha de haber estado con Chet, no me percaté enseguida de que las luces no se encendían.

Cuando por fin me di cuenta, se me erizó el vello de la nuca.

De repente me encontraba de vuelta en Philly; era de noche; estaba oscuro. Algo muy malo sucedía.

Oí un leve ruido sibilante a mi espalda.

Giré en redondo y vi a Trigger. Estaba sentado en la silla que tenía Carmina al pie de la escalera, respiraba entrecortadamente y tenía la barbilla caída sobre el pecho. Se aferraba el abdomen y la sangre le chorreaba por entre los dedos.

Levantó la cabeza y su cara se contorsionó en una mueca de dolor. Sus ojos lanzaban llamaradas de odio.

—Debería... haber sido... yo quien... te matara —jadeó.

No le comprendí, pero sabía que mi vida corría peligro. Lo notaba vibrando a mi alrededor. Retrocedí trastabillando hacia la puerta principal, temblando de miedo. Tenía que salir de allí. Chet. Tenía que alcanzarlo.

Pero una figura oscura y amenazadora apareció de pronto, cerrándome el paso.

—Estella, Estella —dijo el hombre. No hablaba con el acento abierto al que me había acostumbrado en Thunder Basin. Era un acento de Europa del Este. Uno del centenar de acentos que se oían en las calles de Philly.

Reculé.

—¿No confías en mí? —preguntó con tono divertido—. ¿Crees que soy un hombre malo? ¿Por qué crees tú que te perseguiría un hombre malo? —Su tono se volvió burlón—. Quizás hayas sido una niña mala. Quizás hayas jodido a personas que no debías.

Se me heló la sangre en las venas. No. No, no, no.

Tenía que salir de allí. Tenía que huir. Pero las piernas no me respondían, eran de mantequilla.

—Llamaste a Sandy Broucek —dijo él, y chasqueó la lengua para mostrar su desaprobación—. Tch, tch, tch. ¿No te explicaron que no hicieras esas cosas?

Meneé la cabeza con incredulidad. Había apagado el móvil inmediatamente. Lo había hecho todo bien. El esbirro de Danny Balandó había dado palos de ciego y le había salido bien.

—La tecnología es sofisticada, ¿sí? Intervine el teléfono de la amiga de tu madre. Rastreé tu llamada. Vine al pueblo y enseñé tu foto. Este chico —hizo un gesto despectivo en dirección a Trigger— me trajo hasta ti. Fácil, muy fácil.

—Debería haberte matado... en el Sundown —dijo con voz ronca.

El hombre se giró y le disparó. Ocurrió muy deprisa. La bala silbó veloz. El cuerpo se desplomó hacia un lado y el silbido paró.

Unos puntos negros nublaron mi visión. Noté que estaba a punto de entrar en estado de *shock*. Tenía que seguir alerta. Pero el cuerpo de Trigger estaba allí, muerto. Era igual que en Philly. Había muerte en todas partes. Podía olerla, podía oírla zumbando en mis oídos.

—No voy a testificar contra Danny. —Me temblaba la voz—. Sé que no mató a ese hombre, el hombre al que llaman el Farmacéutico. Voy a contarle la verdad al fiscal y dejarán salir a Danny.

—Ah, pero yo no te creo.

Retrocedí arrastrando los pies hacia el interior de la oscura, oscurísima casa de Carmina. Las persianas estaban bajadas y las cortinas, corridas. Los ojos no podían adaptarse a tan escasa luz.

—Por favor, no haga esto.

Él se abalanzó sobre mí. Yo tenía las llaves de casa en la mano y le rajé la cara con ellas.

Él soltó un sonido de rabia, como un animal, y se dobló de dolor.

Me disparó, pero yo ya había salido huyendo por la puerta de atrás.

La luz de la luna iluminaba el jardín. No había lugar al que huir. Me encontraría fácilmente a campo abierto. La puerta del establo no tenía cerrojo. La casa de Chet estaba demasiado lejos.

Le oí moverse a trompicones por la casa, chocando contra los muebles. Venía a por mí.

Corrí, presa del pánico. Tropecé con una estructura baja que se materializó de la nada en medio de la oscuridad. Era el refugio para las tormentas.

Descorrí el cerrojo de las puertas que conducían bajo tierra. Levanté una y luego la otra. Por la abertura salió un olor a tierra fría y húmeda. Una escalera de traviesas descendía hacia la más absoluta negrura.

Me introduje por la abertura y cerré las puertas sin hacer ruido. A cada paso que daba hacia el fondo, iba creciendo el frío que me helaba por dentro. Abajo, abajo, abajo. En el fondo la oscuridad era impenetrable. No veía nada. Pero tampoco él.

Encontré a tientas una segunda puerta y la atravesé. Palpando, di con el cerrojo y lo eché. Carmina llegaría a casa en cualquier momento. Solo tenía que permanecer escondida durante un rato. Intenté serenarme y ordenar mis caóticos pensamientos, motivados por el pánico. Olía a sudor. Mi propio sudor.

Las puertas metálicas de arriba se abrieron con un crujido. Me sentía mareada por el miedo. Luego oí ruido de pasos, metódicos y pesados, que descendían. Cuando se movió el pomo de la puerta, mi respiración se convirtió en jadeos entrecortados.

Con la boca seca por el terror, oí que la emprendía a golpes con la puerta. También la pateaba. Oí la madera astillándose cada vez más fuerte con cada golpe.

Y entonces oí su suave respiración.

—Estella —llamó en voz baja. Sus zapatos rasparon el cemento al moverse él por el interior del refugio—. ¿Recuerdas la promesa del señor Balandó después de que lo identificaras para la policía?

¿Cómo iba a olvidarla? Las palabras de Danny habían traspasado el espejo de dos caras de la comisaría. Su voz enfurecida aún resonaba en mis oídos. «Te mataré. Te encontraré y te mataré. Nunca estarás a salvo».

La voz de Danny se elevó por encima de los gritos de los agentes ordenando que se lo llevaran. Incluso después de que los guardias lo sacaran a rastras del pequeño cuarto que había tras el espejo de dos caras, le oí aullando mi nombre con sus horribles rugidos sanguinarios.

—Danny preferiría estar aquí —dijo el hombre en un escalofriante susurro—. Pero no importa. Me ha dado instrucciones. Sé exactamente lo que tengo que hacerte.

El miedo me recorrió de los pies a la cabeza.

Un estallido ensordecedor me retumbó en los oídos.

Me tapé la boca con la mano, haciendo un esfuerzo para no gimotear, para no emitir ningún sonido. Apreté la espalda contra la pared. Las piernas me temblaban demasiado para sostenerme. Me atenazaba una desesperación ciega y frenética.

—Quizás empezaré disparando balas, ¿sí? Aquí y allá. A todas partes. Gritarás cuando te dé. Te encontraré, Estella Goodwinn.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Las lágrimas me corrían por la cara. Me rodeé el cuerpo fuertemente con los brazos. Temblaba hasta los huesos. Iba a encontrarme. Igual que había encontrado a Reed. Igual que algún día encontraría a mi madre.

Danny Balandó cumpliría su promesa.

—Baja el arma.

La voz de Chet me sacó de mi estado. Levanté la cabeza y escudriñé la negra habitación. ¿Había imaginado su voz?

—Tengo un rifle del veintidós apuntándote —dijo Chet al hombre—. Deja el arma en el suelo y empújala hacia aquí con el pie.

El hombre rio entre dientes.

—No puedo verte. ¿Cómo sé que dices la verdad?

—No lo sabes.

—¿Sabes cómo usar ese rifle, muchacho?

Sonó un estallido desgarrador, seguido del ruido de un casquillo que caía al suelo.

—Parece ser que sí sé usarlo —dijo Chet—. El arma en el suelo, y la empujas con el pie hacia aquí, sencillo.

—Vale, vale —dijo el hombre—. La estoy dejando en el suelo. —Se oyó el ruido del arma deslizándose por el suelo.

—¿Tiene móvil? —le preguntó Chet.

—En mi habitación del motel, sí.

—Entonces ahí es adonde vamos. Vas a llamar a la gente para la que trabajas. Les dirás que has matado a Stella, que has terminado el trabajo. Si quieres salir de aquí vivo, que tu historia sea convincente.

El hombre se rio por lo bajo.

—¿Y luego qué? ¿Me matarás? El que me paga se dará cuenta si no regreso a Filadelfia. Envió a más hombres. No parará hasta encontrarla. Ahora o más adelante, no hay diferencia, ella morirá. Es... ¿cómo lo decís?, un caso perdido. Estás arriesgando tu vida sin necesidad. Olvídate de la chica y sálvate tú. —Soltó un gruñido indiferente—. Lo que haga con ella no es de tu incumbencia.

—Ahí es donde te equivocas. Pégate a la pared.

El hombre exhaló un suspiro afligido, como indicando a Chet que estaba cometiendo un grave error.

—A la pared —ordenó Chet.

—Sí, sí, ya voy.

—¿Stella? —dijo Chet—. ¿Estás bien?

—Sí. —Respondí con voz ronca.

—La Scout está en el sendero. Tiene la llave en el contacto. Vete a comisaría. No te muevas de allí hasta que Carmina vaya a buscarte. No salgas por nadie más.

Me puse en pie y caminé a tientas en busca de la puerta. Las lágrimas me rodaron de nuevo por las mejillas, pero esta vez eran lágrimas de alivio. Chet me había encontrado. Viviría. Volvería a verlo a él y a Carmina.

Siguiendo la pared con una mano, me moví en medio de la oscuridad. Solo faltaban unos pasos más...

Oí un ruido de pisadas y noté que unas manos intentaban agarrarme. Antes de que pudiera apartarme, él me aferró por el brazo y tiró con fuerza. Giré y acabé con la espalda contra su pecho. Noté su respiración jadeante contra la mejilla. Algo frío y afilado se clavó en mi garganta. Ahogué una exclamación de dolor cuando se hundió un poco más.

—Tengo un cuchillo en su garganta. —Gruñó el hombre—. Baja el rifle. Ponlo en el suelo con mi arma. Deslízalos hacia aquí.

—¿Stella? —gritó Chet.

—Tres segundos más y le rajo el cuello. —Volvió a gruñir el hombre.

Oí a Chet dejando el rifle en el suelo. Le siguió el arma del hombre. Rasparon el cemento cuando Chet empujó ambas armas con el pie hacia nosotros.

—Al rincón —bramó el hombre—. De rodillas. Agacha la cabeza. Háblame mientras lo haces. Oigo tu voz y sé dónde estás.

—Me estoy moviendo —dijo Chet—. Estoy de rodillas. Con la cabeza gacha. — El sonido de su voz confirmaba su ubicación.

—Ahora tú —me ordenó el hombre, empujándome hacia Chet. Gateé hacia él y me apreté contra su cuerpo. Busqué a tientas su mano y se la apreté. Noté el cuerpo de Chet firme y cálido, pero aunque no temblaba, sabía que debía de estar asustado.

Oí al hombre palpando el suelo para apoderarse de las armas.

Chet me estrechó entre sus brazos. Estábamos de rodillas, aferrados el uno al otro con fuerza.

—Lo siento. Lo siento mucho —dije en voz baja entre sollozos.

Él me besó en la frente y me apartó el pelo húmedo de la cara. Cerré los ojos e imaginé que podía ver sus oscuros rizos y sus chispeantes ojos azules, su hermoso rostro cincelado que yo asociaba con fortaleza, inteligencia y ternura.

—Chsss, no digas eso —musitó él—. Ocurra lo que ocurra ahora, vamos a pensar el uno en el otro. Recordando solo lo bueno. Hasta que todo esto acabe, nos aferraremos a eso. Sin lamentaciones.

El hombre recogió el rifle. Apreté a Chet con más fuerza.

—Stella primero —ordenó el hombre—. Levántate.

Antes de que pudiera incluso asimilar su orden, o darme cuenta de que todo había llegado a su fin, de que iba a matarnos, primero a uno y luego al otro, Chet se puso en pie.

—Yo iré primero.

—¡No! —exclamé, tratando de ponerme en pie para detenerlo. No lo encontré. Estaba demasiado oscuro—. ¡No, Chet!

Oí al hombre empujando a Chet hacia las escaleras. Enseguida noté un golpe en el pecho que me lanzó de culo sobre el duro hormigón. Se me escapó todo el aire con un sonido sibilante. Tuvo que pasar un rato para que el aire volviera a quemarme la garganta.

Escuché, aturdida y horrorizada, cómo se cerraban las puertas metálicas de arriba, separándome de Chet.

—¡Chet! —chillé.

—¡Recuerda lo que te he dicho! —me gritó él a través de las puertas.

Me arrastré escaleras arriba y golpeé las puertas metálicas. Fue inútil. El cerrojo estaba echado. No podía llegar hasta Chet. No podía evitar lo que iba a ocurrir. Conjuré una imagen mental de Chet y la reviví una y otra vez.

Me tapé las orejas con las manos y lloré. No quería oír el disparo. No quería saber cuándo moría. Bajé las escaleras a trompicones para distanciarme del horrible sonido que iba a producirse.

Aún había cosas que quería decirle a Chet. Había cosas, cosas importantes, que cambiaban la vida y que no habíamos hecho juntos. Me equivocaba con respecto a aquella noche. No era así como tenía que acabar nuestra historia, llena de lamentaciones.

El sonido del disparo me desgarró por dentro.

Y lo supe.

En aquel instante, supe que Chet había muerto. Me quedé paralizada. Estaba completamente grogui. De repente vomité el contenido de mi estómago.

Me temblaban las extremidades de manera incontrolable. Incluso los labios parecían vibrar. No veía nada. La oscuridad era absoluta y hacía frío. Olía a rancio, a humedad, pero yo tenía frío. Un frío que me llegaba hasta los huesos.

Debería haber llorado. Quería hacerlo, pero no quedaba nada dentro de mí. Seca y vacía, me senté con la espalda contra la pared, oliendo a vómito.

Se había ido. No volvería nunca. Yo lo había matado. No era dramatismo ni una exageración. Estaba muerto por mi culpa. Porque se había enamorado de mí. Porque había actuado honorablemente intentando salvarme la vida.

Retrocedí en el tiempo mentalmente, volviendo al principio. Si no hubiera ido aquella noche a la biblioteca para dejar un mensaje a Reed en la cuenta de *e-mail*. Si el motor del Mustang no se hubiera ahogado. Si no hubiera permitido que Chet me ayudara...

No le habría conocido, ni habría pasado los tres mejores meses de mi vida con él. Pero él seguiría vivo.

Era tan profundo mi dolor, que casi se me pasó por alto el ruido de unas fuertes pisadas bajando las escaleras. Haces de luz iluminaron erráticamente la habitación subterránea. Todos convergieron sobre mí en rápida sucesión.

—¡Stella!

Alcé la cabeza bruscamente al oír la voz de Carmina.

—¿Carmina?

Ella se acercó rápidamente, tiró de mí para ponerme en pie y estrecharme entre sus brazos. La fuerza de su abrazo me dejó sin respiración.

—Estás bien. Estás bien —murmuró con voz temblorosa por el alivio.

Las piernas me fallaron y me dejé caer contra ella.

—Apartaos todos. Dejadle sitio. —Me tocó la frente con la mano—. Está fría. Tiene la mirada desenfocada. ¡Que alguien me dé una botella de agua!

Me cayó agua entre los labios. En cuanto comprendí que era real, bebí ávidamente. Brotaron entonces las lágrimas y lloré desconsoladamente.

—Chet. Él... él...

—Oh, Stella. No. Está vivo. Está ahí fuera. Le está interrogando la policía.

—Yo... ¿Cómo? —La miré sin comprender—. He oído el disparo.

Su voz se volvió solemne.

—Yo le he pegado un tiro al hombre que intentaba mataros. Chet me llamó hace un rato para decirme que le había parecido oír ruido de disparos aquí, en casa. Le he dicho que no se moviera, pero él ha venido a por ti. Yo he llamado enseguida a la

policía y he venido hacia aquí.

—El nombre del difunto es Yevgeniy Polishchuk —anunció uno de los agentes uniformados, acercándose para hablar con Carmina—. Estamos comprobando su identidad en el sistema. La dirección de su permiso de conducir es de Filadelfia, Pennsylvania.

—Tengo que ver a Chet —dije. Todo lo demás podía esperar.

En ese momento, Chet se abrió paso entre los agentes y entró en el refugio. Su mirada escudriñadora dio conmigo y dejó traslucir todo lo que sentía. En un segundo me atraía hacia él. Guio mi cabeza contra su pecho. Noté su respiración entrecortada. Lo agarré de la camisa con ambas manos. No quería volver a perderlo.

—Estás vivo —dije—. Eres tú de verdad.

—Al oír el disparo pensaba que estaba muerto —me dijo él al oído con voz ronca—. No sabía por qué no sentía dolor. Y entonces he visto la sangre. Era su sangre y él estaba en el suelo. Carmina tiene una puntería increíble.

—Te has ofrecido a ir primero —dije—. Intentabas ganar tiempo, esperando que llegara Carmina y me salvara.

—No importa. No necesitaba más tiempo.

—A mí me importa.

Chet me besó una vez, dos. Enterró el rostro en mis cabellos y me abrazó con más fuerza.

—No había elección posible. Por supuesto tenía que ir yo primero. Salgamos de aquí. Necesitas un sitio donde sentarte y desahogarte.

—Primero tengo que contarle a Carmina lo que te he contado antes. Debería habérselo dicho hace mucho tiempo. Si lo hubiera hecho, no habría pasado nada de todo esto.

—¿Decirme, qué? —preguntó Carmina, volviendo la espalda al agente con el que hablaba.

La luz de las linternas iluminaba sus facciones fuertes y resueltas. Cuando la miré a los ojos, no sentía miedo. Si acaso, quería ser como ella. Valiente. Quería hacer lo correcto, aunque también fuera lo más difícil.

Miré una vez más a Chet, que asintió con la cabeza para darme ánimos. Él creía en mí, y a eso me aferré.

—Vayamos a casa —dije a Carmina.

A la mañana siguiente, Carmina y yo nos columpiábamos ociosamente en el porche cuando Chet llegó caminando por el sendero con ramos de girasoles en las manos. Llevaba la camisa arremangada hasta los codos y con el cuello abierto. El sol del verano había bronceado su piel, igual que la mía. Sus cabellos eran oscuros y rebeldes, sus ojos, del color del cielo a medianoche.

Se llevó una mano al sombrero para saludar cuando nos vio observándolo, y luego subió los escalones del porche ágilmente.

—Uno para la dama que me salvó la vida —dijo, depositando un ramo en las manos vacilantes de Carmina—, y otro para mi chica.

—¿Te has enterado de que Carmina ha salido en las noticias esta mañana? —le pregunté, al tiempo que inhalaba la terrosa fragancia de las flores amarillas.

—Pues sí —respondió él, sentándose en el primer escalón y estirando las largas piernas—. Pero dime una cosa, Carmina. Cuando apuntabas a ese hombre con tu arma, ¿se te pasó por la cabeza que podías darme a mí? Estaba muy oscuro. ¿Y si yo me hubiera movido en el último segundo? ¿Y si se hubiera movido él? ¿Y si hubieras dado un respingo y te hubiera fallado la puntería?

—Fallarme a mí la puntería, y qué más —se mofó ella.

Chet se colocó el sombrero vaquero sobre el corazón con gesto solemne.

—No es que a mí me haya pasado nunca, claro. Pero yo soy joven. —Sonrió—. Tengo mejor vista.

—Quizá debería haberte pegado un tiro a ti —comentó ella—. Se habría desinflado ese orgullo que mantiene tu cabeza a flote. —Su tono se hizo más serio—. Podemos bromear si queréis, pero me alegro de que ambos estéis a salvo. Me siento... feliz de que estemos juntos. No sé vosotros, pero anoche no dormí. No imagino lo que debe de estar pasando la familia de Trigger. Se podrá decir lo que se quiera de él, pero ningún padre o madre merece tener que enterrar a su hijo. —Sus ojos se humedecieron y parpadeó para secarlos—. Creo que a sus padres les va a costar bastante digerir lo que hizo Trigger y cómo acabó la vida de ese pobre y estúpido muchacho. Seguramente a mí también me va a costar un tiempo superar lo de anoche. No sirve para nada imaginar lo que podría haber pasado, cómo podría haber acabado todo, pero si no voy con cuidado, no dejo de pensar en ello.

Sí, es cierto, pensé. Yo tampoco había dormido. Había revivido una y otra vez los últimos minutos antes de que Carmina matara al sicario de Danny Balandó. El terror, el miedo, seguían vivos en mi memoria. Y cuando no imaginaba otros finales posibles para esos últimos minutos, pensaba en mi madre. ¿Estaba bien? ¿Volvería a verla? También había pensado en Reed. Pensándolo bien, creo que siempre había sabido que entrar en el programa de protección de testigos suponía el final de nuestra

relación. No volveríamos a vernos jamás. Había querido creer lo contrario por un mero instinto de supervivencia. Necesitaba desesperadamente aferrarme a la esperanza de que mi antigua vida, y las personas que entonces tanto me importaban, no desaparecerían para siempre. Aunque los hombres de Balandó no hubieran encontrado a Reed, él no me estaba buscando. Había seguido adelante sin pensar en mí.

Igual que yo.

—Voy a servirte un vaso de limonada de albahaca, Chet —dije, poniéndome en pie.

—¿Vosotros dos no tenéis nada mejor que hacer que estar con una vieja como yo? —dijo Carmina, agitando las manos para echarnos—. Dad un paseo. El día es demasiado bonito para quedarse aquí sin hacer nada. No, Stella, no quiero oír una sola palabra. Tengo el crucigrama del periódico para entretenerme. Venga, idos ya.

Me mordí el labio para reprimir una sonrisa. Al parecer Carmina había acabado aceptando que Chet y yo estuviéramos juntos. Le había costado lo suyo.

—Vale, pero solo si me prometes poner mis flores en un jarrón.

—Como si yo fuera a dejar que las flores de Hannah Falconer se estropearan —dijo ella con tono de exasperación, arrebatándome el ramo de las manos y usándolo luego para darme en el trasero—. Dad un paseo para abrir el apetito. Tendré la comida lista para cuando volváis.

Recogí mi sombrero vaquero del taburete de ordeñar que Carmina usaba como tope para la puerta, y me lo puse. Luego dejé que Chet me tomara de la mano y me guiara por el sendero.

—Carmina y yo mantuvimos una larga charla anoche —dije, balanceando nuestros brazos—. Estuvimos despiertas buena parte de la noche. Se lo conté todo. Los detectives que llevan el caso vienen para aquí. Tendré que volver a prestar declaración. Saldrán a la luz todas mis mentiras, pero no tengo miedo. Prefiero afrontar las consecuencias a seguir viviendo esa horrible mentira. Carmina dice que las acusaciones por perjurio son extremadamente raras, por lo que seguramente saldré bien parada en ese sentido, y que además me sentía tan culpable que ya me he castigado yo bastante a mí misma. Podría haber evitado todo esto si hubiera contado la verdad desde el principio.

—Estabas asustada. Querías proteger a tu madre.

—Busqué excusas para mis actos. Me dije a mí misma que no pasaba nada por mentir porque Danny Balandó era un malhechor que debía estar entre rejas. Quizá sea así, pero no por un crimen que no cometió.

—¿Lo han soltado?

—Sigue detenido, acusado de conspiración. Con la orden de registro de su arresto, encontraron pruebas que lo relacionan con el cártel. No va a salir de la cárcel en mucho tiempo.

—¿Les preocupa que envíe a algún otro a por ti?

—Soy un testigo desacreditado. La fiscalía no puede utilizarme ante el tribunal. Nada de lo que yo diga tendrá valor, porque he mentado antes. En cualquier caso, ya no le acusan de asesinato. Ya no soy una amenaza para él.

—¿Y tu madre?

—Los alguaciles la están buscando. La encontrarán tarde o temprano. Mientras tanto, supongo que habrá vuelto a robar y a drogarse —dije, y mi voz se volvió melancólica. Por mucho que me negara a aceptarlo, seguía queriendo a mi madre. Quería que se rehabilitara. Quizá lo lograría algún día, pero el camino sería largo y duro—. Es lo único que conoce.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Chet, deteniéndose a la sombra de un amplio álamo. Apoyó los brazos sobre la cerca de madera con aire despreocupado, pero al mirarlo bien, vi que apretaba las manos con fuerza. Las abría y cerraba con dedos tensos, esos dedos fuertes y seguros—. ¿Volverás a tu antigua vida? —Parecía contener la respiración mientras escudriñaba mis ojos con una mirada penetrante.

Sopesé su pregunta cuidadosamente. Habían cambiado tantas cosas durante el verano. Yo había cambiado. Ya nunca volvería a ser la persona que era antes. Ya no era Estella Goodwinn.

—No tengo buenos recuerdos de allí. Aquella chica asustada y desesperada de Filadelfia no soy yo. Ya no soy yo. Este es mi hogar ahora. Aquí es donde pertenezco.

Lentamente se disipó la sombra de su mirada y en sus ojos brilló una chispa de esperanza.

—¿Te quedas?

Me apoyé con los codos en la cerca a su lado y sonreí.

—Verás, hay un tío aquí, un tío muy dulce, *sexy* y sensible, y no estoy dispuesta a dejarlo escapar.

Chet se colocó delante de mí con las piernas a ambos lados de las mías, y apoyó las manos en la cerca, dejándome atrapada entre la cerca y él. Luego bajó la cabeza y me habló con su boca a unos centímetros de la mía.

—Vas a tener que decirle a ese tío que estás comprometida. Porque yo no voy a compartirte.

—¿Debería decírselo amablemente? —musité, acercándome más a él para seguirle el juego. Cuando mi boca rozó su mandíbula, oí su respiración cálida y ronca.

—Qué más da. Cuando acabe contigo, ni siquiera recordarás su nombre.

—Mmm, ¿eso es una promesa?

Chet me echó hacia atrás la chaqueta tejana que llevaba sobre los hombros. Aterrizó sobre los dientes de león con un frufú de tela. Sus ojos de largas pestañas me miraron de arriba abajo sin prisa. Noté el calor de su mirada por todo el cuerpo como una caricia física que despertó un deseo incontenible.

Si algo había aprendido, era que Chet siempre cumplía sus promesas.



BECCA FITZPATRICK (nacida el 3 de febrero de 1979) es una escritora estadounidense, conocida por haber escrito uno de los *best sellers* del New York Times: *Hush, Hush*. Criada en Centerville (Utah), se graduó en abril de 2001 en Universidad Brigham Young con una licenciatura en Ciencias de la Salud, y se fue a trabajar como secretaria, maestra, y de contadora en una escuela secundaria alternativa en Provo. Para luego dedicarse a su gran pasión: escribir.

En febrero de 2003, su marido Justin, un nativo de Filadelfia, la inscribió en una clase de escritura creativa para su vigésimo cuarto cumpleaños. Fitzpatrick ha declarado: «*Ese día me fui de la niña que escribió las historias diarias en la intimidad de su diario, a la niña que escribió las historias y los compartió con la gente fuera de los mundos en su cabeza. Fue también en esa categoría que empecé a escribir Hush, Hush*». Acerca del regalo de Justin también podemos encontrar una referencia en la dedicatoria del primer tomo de su saga. La dedicatoria reza: «*Para Heather, Christian y Michael. Nuestra infancia no era nada sin imaginación. Y a Justin. Gracias por no elegir la clase de cocina japonesa. Te quiero*». Al parecer, su marido tuvo que decidirse entre el curso de escritura creativa y el de cocina japonesa.

Poco después de terminar de escribir la saga *Hush, Hush* la autora anunció estar escribiendo una nueva historia. Esta tiene como título *Black Ice*.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. La palabra «hijo» en inglés, *son*, tiene una pronunciación muy similar a la de sol, *sun*. (*N. de la T.*) <<

[2] Ejercicio de patinaje que consiste en abrir las piernas el máximo posible para pasar por debajo de una barra colocada a escasa altura del suelo. (*N. de la T.*). <<

[3] El *wiffle ball* es una variante del béisbol que se juega en lugares pequeños. La pelota es de plástico, ligera y perforada, y el bate es de plástico y normalmente amarillo. (N. de la T.) <<

[4] Apelativo del argot del béisbol para denominar a un bateador con mucha potencia.
(N. de la T.) <<

[5] Juego típico de ferias y eventos para recaudar fondos. Se venden tíquets a los participantes y luego se trazan tantos cuadrados en el suelo como tíquets vendidos, cada uno con su número correspondiente. Los participantes pasean por encima de los cuadrados mientras suena música. Cuando se detiene la música, se da un número, y la persona que está en el cuadrado con ese número gana un pastel. *(N. de la T.)*. <<

[6] Desayuno típico de cafeterías estadounidenses. Consiste en cortar patatas en tiras o bien triturarlas y freírlas luego bien prensadas en forma de tortita. (*N. de la T.*) <<

[7] Juego de palabras intraducible. La palabra *jam* en inglés significa literalmente «mermelada», pero también se refiere a un atasco, lío o problema. Así pues, es una manera de decir que no debes caer en la tentación para no pecar. Es una frase recurrente en muchas iglesias de Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<